

Máximo Huerta

Intimidad improvisada



Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

Cita

Presentación. Desde mi mesa

[INSTRUCCIONES PARA QUE LA VIDA NO SE TE ENFRÍE]

Caminante, sí hay camino
La abuela de la calle Fuencarral
Los «Porsiacaso»
Bienvenidos a Matrix
Ligerita de ruedas
Las gafas de verte
Diez al día
Una copa en Le Carillon
Tierra
Quítese todo
Queridos vecinos
Grandes ilusiones
Baja el volumen
Si te pica, te rascas

Jóvenes y guapos
Satán vive en el Gym
Lo importante
La familia bien, gracias
Qué manía tienes
Saca la pandereta
Chicos malos
El bar de siempre
¡Esa puerta!
Lo invisible
El momento más feliz
Cuñados y «enteraos»
¡Móvil, para qué os quiero!
A tu edad yo...

[CON UN POCO DE AZÚCAR...]

Departamento de recuerdos
Malditos Petas Zetas
Superhéroes en pijama
La tele y yo
Veinte años no es nada
Hazte la cena
La buena gente
Abrígate, compañero
Qué paliza
Cucharas de plástico
Vente al pueblo

[A DOÑA LEO LE GUSTAN LAS PEONÍAS]

Pierdo el tiempo
¡Oh, «Runners»!
La flor de mi secreto
Ese chico que pasea
De cerdos y perros

¿Quieres salir conmigo?
Guau
Barriguitas
Mi perra no tiene raza

[LOS GUIONISTAS DE LA VIDA NUNCA TIENEN SUFICIENTE]

Se vende sofá
Barras de bar
La foto de tu ex
¿Qué ha cambiado?
Instagram
Estoy en la terraza
La dictadura de Twitter
Papá, no corras
Sin datos
Elogio de la pereza
Orgullo y WhatsApp
Me gusta
Tienes un «e-mail»
La mano en el fuego
Postal de Navidad
La realidad está en los zapatos
Parece que fue ayer
Galimatías, verás qué fácil
El tiempo entre mentiras
Historia de una foto
Móvil, te detesto
El cable del teléfono
«¡Boom!»
Un catálogo de frikis
Mi teléfono
Consejos del mar
Anestesiados

[LA RIDÍCULA IDEA DE AMAR]

Los lugares amados
Todos tenemos una canción
Al otro lado de la cama
Balada para un soltero
Balada para un soltero (segunda parte)
La posibilidad
Pastillas de colores
La ridícula idea de amar
Ya no somos niños
No lo llames amor
Amor para llevar
La soledad sonora
Cartas de amor
Te lo dije
«Mamihlapinatapai»
El amor engorda
Arqueología del amor
«Stranger Things»
La ansiada ilusión
Memoria y tatuaje
La realidad

[—UN LIBRO HABLA DE TI. —Y DE NOSOTROS TAMBIÉN.]

Cicatrices
Melocotón 69
Cásate conmigo
París no se acaba nunca
Sedúceme
La primavera de Ana
Pirata no, ladrón
Sexo para llevar
Un poco desordenado
Solo palabras

Una máquina de escribir
Con las manos torpes
Con ustedes, la infancia
Fantasía a tutiplén
La vida soñada
Con cien columnas por banda
La erótica del desayuno
La vida en una dedicatoria
Ocho apellidos y más
Envidia cochina de la buena
Ha sido niño
Elige tu propia aventura
Gracias

[AS TIME GOES BY]

Vivir de cine
Por favor, cállate
Almodóvar y Julieta
Paparruchas
Quiero saber de ti
Un año ajetreado
¡Sube a casa!
Año de nieves...
Canta conmigo

[EL PESO DE LA VAJILLA DE PORCELANA]

Una casa
Un lugar en el mundo
Perdido como Laika
Nosotros, los de entonces
El extraño viaje
Ser maestro
Pisando fuerte
A la luz de las velas

La vida rápida
El cruasán
Disfruta por mí
¡Mamá!
El futuro es ayer
Una palabra tuya
Camino de lagartijas
Dios era ella
Cómo perder la cabeza en sencillos pasos
El piano de Elsa
Querida abuela
Maldito Peter Pan
«I love to love»
Papá
Verano sepia
Si se ha roto, no lo tires
¿Cómo ves la vida?
Hacer tiempo
El cielo existe
Bienaventurados

Prefiero la vida

Agradecimientos

Procedencia de los artículos

Máximo Huerta

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Máximo Huerta

[INTIMIDAD IMPROVISADA]

Ilustraciones del autor



A lo largo de los últimos años Máximo Huerta ha ido escribiendo casi a diario artículos, greguerías, fogonazos que abordan desde su particular óptica nuestro mundo, lo más palpable de nuestros días. Y lo hace aplicando sus dotes de observador para hablar acerca de nuestras costumbres y manías, nuestros sueños y frustraciones, también de nuestras formas de soportar (o rechazar) las esclavitudes de la vida moderna: el móvil, el gimnasio, las redes, la TV, el control de calorías, los tatuajes..., acercándonos su parecer sobre los grandes temas y los pequeños, que a todos nos (pre)ocupan, nos divierten y nos fastidian.

A Virginia Pizarro, por la amistad.

En las profundidades del invierno finalmente aprendí
que en mi interior habita un verano invencible.

ALBERT CAMUS

[PRESENTACIÓN]

Desde mi mesa

Hay sobre mi mesa una planta que pide agua, un bote con lapiceros que reclaman sacapuntas, un marcapáginas de la librería Acqua Alta que nunca marcó nada, una bola de nieve que colapsa la torre en un bellissimo fatalismo blanco y un montón de libros por leer. Así como siete u ocho si cuento la agenda que no tiene textos. Una agenda que se quedó virgen como si me hubiera tomado un año sabático, sin planes, sin citas, sin problemas. Un año invisible en el que no anoto nada, en el que nada pasa. Una distopía en una agenda, como si pudiera volver a ella y recuperar el tiempo perdido, no gastado. La miro y es como un billete de metro sin usar, un frasco de perfume por estrenar y un año completo para cuando me dé la gana derrochar. ¿Se puede eso hacer?

Hay también una foto enmarcada: mis padres, es en Utiel, en el paseo de la Alameda, donde de pequeño iba a la feria a suspirar por los juguetes que colgaban como pernils de los alambres de las casetas de los feriantes. Los tres estamos morenos como turistas, mi madre con un abanico cerrado y mi padre se apoya inclinado en un bastón que ahora espera sus paseos en la entrada de casa. Un bastón pesado que a veces cojo y que en su tiempo me resultó amenazante. Ahora, hace tiempo entre los paraguas. Hace tiempo. ¿Eso se puede hacer?

Hay también sobre la mesa una caracola de no sé qué mar, un borrador de una próxima novela que tengo a medias, una vela encendida que huele a ámbar según dice en la base y un frasco cerrado de aceite de lavanda que me regalaron para dormir tranquilamente. «Basta con abrirlo y utilizar unas gotas. Verás qué bien duermes. Te relajará», me dijo con cuidado énfasis al entregármelo.

No sé cuántos Post-it, no sé cuántas gomas de borrar, no sé cuántos sobres por abrir, no sé cuántas ideas sobrevolando la mesa.

Un día de mi cumpleaños me había comprado yo a mí mismo, en un paseo solitario, y me había regalado una bola de cristal como pisapapeles. También está. Están al lado las acuarelas, abiertas como una maleta de colores, esperando el agua con la que moje el cuaderno, los pinceles en un dibujo a medias.

A medias. Así está siempre la vida, ¿no? En tránsito.

De la mesa de niño recuerdo una bisagra rota. Una bisagra grande y aparatosa porque aquello donde me escondía (también a escribir) no era una mesa, era un buró de madera color miel con cajones para mi ropa y una tabla que se abría para poder estudiar. Tenía en sus tripas un montón de pequeños estantes donde almacenaba mis tesoros. Decir «pequeños estantes» es ya una cosa entrañable, de una clandestinidad infantil.

En aquellos tiempos duros, secos y fríos, siempre hacía frío, ese buró se convirtió en mi guarida para leer, para escribir, para hacer trabajos y para meter la cabeza a la luz del flexo que, ese sí, quemaba desde la base hasta la tulipa metálica iluminada. Me gustaba acercar las ceras y calentarlas para guarrear en los papeles, así como rizarle también el pelo a algún muñeco viejo. Una pequeña llama, de pronto. Caray, lo huelo de nuevo. Goma quemada. Un incendio peligroso que la puerta de la habitación ocultaba de los mayores: el plástico chamuscado y arrugándose en espiral era tan excitante como las tijeras de mamá. Esas con las que todo cortabas y que me tenía prohibido coger porque «se las desajustaba».

Había en aquella tabla abierta, en aquella primera mesa, en aquel buró de bisagra coja, muchos cuentos de pocas hojas ilustrados, grapadora y algún pegamento empezado, seco por la boca. Un sinfín de libretitas, barajas de personajes, muñecos de juguete que convertía en llaveros con una hembrilla, o tornillo de ojo cerrado, en la cabeza y varios botes con canicas.

En esa mesa de bisagra rota estaba *Platero y yo*, un Platero pequeño, tan gastado por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva páginas. Nunca fui a Moguer, porque ya entonces, en aquella otra mesa, pensaba que los lugares idealizados solo son perfectos en la habitación de niño.

En esta, cuarenta y muchos años después, hay otro Platero escondido en el cajón junto a una plaquita de Juan Ramón Jiménez que me regaló una lectora en una de esas intimidades improvisadas que se crean en las firmas. Ese momento de silencio, mirada y palabras que se repite y que nunca es el mismo. Esa intimidad que no es inesperada, ¡qué va!, es buscada y esperada. Como esa que surge entre el quiosquero y el que husmea entre la prensa, como la que salta entre el camarero y el cliente en el café de la mañana, como la que aparece con el florista, con el lotero, la farmacéutica o el taxista. «Hola, qué tal, parece que se quedará buen día», dice mi vecina. «Esta primavera promete, ¿verdad?». «Yo creo que sí, que será buena...». «Hay una postal en los buzones desde hace meses». «La vi, sí, sí. El de correos se ha equivocado». «No, qué va. Ella ya no vive aquí». «¿Se fue?». «Era la novia del del séptimo, pero...». «¿Rompieron?». «Sí, ya no son...». «Disculpa, me bajo. Me quedo aquí». «Que vaya bien». «Y... No, nada... Hasta otro día».

La vida en tránsito, en espera, gastándose y calentándose. A veces se enfría, sí. Se derriten los días como aquella cera del flexo, se dilapida como el gasto en cromos, la usamos como los lapiceros sin punta, nos desembolsan emociones por cada recuerdo, nos desangramos en alguno de ellos. Se carcome en las frustraciones, se aviva en los encuentros y se disipa en los errores. ¿Y?

Mientras se evapora, uno tiene derecho a borrarse, a inventarse y a corregirse. Derecho de disfraz, de fiesta y de sonrisa. Podemos darnos la vuelta, regresar, cambiar de dirección o bajarnos del coche. En el recorrido que nos han regalado, vete a saber cuánto durará, lo importante es el paisaje. Ese donde están todas las pequeñas cosas, las grandes y las invisibles.

Desde aquella mesa hasta esta donde escribo han pasado muchos años. Esa es la única certeza. Las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, como decía Delibes, sucedieron así.

La mesa del pequeño Maxi ya no existe. Pero —evoco mirando hacia la ventana antes de seguir escribiendo (...)— permanece intacta en la memoria. Puedo ver los cuatro cajones, los pomos redondos, la tabla pendiente, la bisagra rota, el ruido al cerrarla, el olor a papeles, los libros de niño, los pequeños estantes...

¿Quién se la llevó de casa? ¿A dónde fue?

Seguro que mamá lo sabe. Como sabe también que allí pasé la infancia. A medio camino entre las clases de pintura, las de mecanografía y las horas muertas frente al papel. Silencio.

Silencio ahora también. Hay un silencio forzado y otro inesperado. Era difícil callar entonces, ha sido fácil callar ahora. No saben los que mandan callar qué bien se está lejos del ruido. Pero ni hablar de eso. Habría que entrar en el juego de la fiesta, en el pasacalles, en la ceremonia del jaleo. La prematura muerte de la inocencia no es reciente, pertenece a aquella mesa. Tiene razón Ana María Matute: «Nunca me he desprendido de la infancia y eso se paga caro. La inocencia es un lujo que uno no se puede permitir y del que te quieren despertar a bofetadas». Acababa de publicar *Paraíso inhabitado*.

En la mesa de Máximo o Màxim o como quieras, qué más da, hay también un barco de papel. «Escríbelo», dice la amiga a la que dedico el libro. Di que ese niño no ha muerto ni pretende morirse. Di que tiene la lágrima fácil y la ironía orientada. «¿A dónde?», le digo.

Desde muy pequeño había soñado yo la vida como una Arcadia, como un lugar perfecto, lejos de aquella habitación, de los conflictos familiares y del colegio. Pero como eso no existe, me lo inventé. Y aquí sigo. En otra mesa. En este libro.

Aquí encontraréis soledad, ira, alegría, nostalgia, infancia, fotos y pasiones. Desconozco dónde he puesto más, dónde menos. La espectacularidad de la vida es el único guion, las amistades, los amores y los pequeños estantes. No quiero releer el texto por precaución, admito la sensibilidad de cada momento y ahí se queda. Me perturba el recuerdo de algunos artículos. El llanto estalla, sí. Estoy seguro de que hoy hubiera escrito todo de manera diferente. Pero eso es transitar, dejar el deseo, el amor, la huida, el misterio y la pérdida escritos en algún lado. A fin de cuentas, tampoco puedo cambiar el pasado. Y el futuro es como esa página por pintar que espera el brochazo húmedo de las acuarelas. Prometo usar el color.



[INSTRUCCIONES PARA QUE LA VIDA NO SE TE ENFRÍE]

CAMINANTE, SÍ HAY CAMINO

«Todo se arregla caminando», dice César Antonio Molina en su novela. El andar de una persona nos muestra su forma de meditar, hablar o escribir. Grandes autores como Sócrates, Ovidio o Rousseau fueron caminantes, y así su escritura sigue el ritmo de este ejercicio mental. Porque, como dice el autor de este libro, caminar es una forma de pensar.

«Me voy a dar una vuelta», decimos a veces, queriendo decir «necesito pensar». «Salgo a la calle» es una excusa para perderse y analizarse. Yo (es el ejemplo más cercano que tengo, para qué buscar a otro) uso felizmente a mi perra para pensar mientras paseo. No sé quién pasea a quién. Y mientras huele árboles, husmea esquinas para mear o caga alegremente al borde de la acera, yo huelo ideas, husmeo novelas o cago problemas alegremente también al borde de la memoria. Mis paseos son sin música, necesito escuchar el tráfico, la cuenta atrás de los semáforos, el ruido de las calles o, en otro escenario más familiar, el agua de la orilla de mi playa, las palmeras aplaudiendo con el aire o las bicicletas silbando a mi lado. Me pierdo paseando. Y tiene razón Molina, caminar es una forma de pensar. El ensayo que ha escrito habla de grandes autores, aunque es como si hablara de nosotros, de los refugios que buscamos para evadirnos, de las pausas que hacemos al vagabundear o al airearnos de nuestras casas.

En los ratos libres que me deja mi actual trabajo hago lo mismo: pasear(me). Tengo la suerte de que puedo hacerlo una semana en la

Quinta Avenida, en la londinense Baker Street o en las callejuelas de Tánger. Y hago lo que más me gusta: mirar. Imitando burdamente a Paul Bowles, a quien he recuperado con gusto, me siento a ver la vida pasar, inventando las vidas de la gente que no conozco o buscando recuerdos de la mía. Esos veinte minutos en calles ajenas son el regalo a una larga jornada de rodaje, la descompresión a los malentendidos, el bálsamo para las ideas y el sedante de los problemas. Es lo que tiene viajar. No solo sellas la distancia con tu casa, también con la realidad más pesada. Ves las cosas como son, no como dicen. Aceptas el aburrimiento como algo agradable. Parafraseando a Cesare Pavese, viajar es una brutalidad, «te obliga a confiar en desconocidos y a perder de vista lo familiar. Nada es tuyo, excepto lo más esencial: el aire».

Y algo más prosaico, cambias de *trending topics* en tu Twitter. Ves la miseria de argumentos retuiteados, el apuro de algunos ante los nuevos dogmas, la penuria de los ídolos que se dan la vuelta como calcetines y la miopía de un país acrítico, incapaz de reflexionar y de digerir la información que nos dan.

Y en este momento en el que he parado de escribir y de pasear, me acuerdo de Mark Twain: «Viajar es un ejercicio con consecuencias fatales para los prejuicios, la intolerancia y la estrechez de la mente».

LA ABUELA DE LA CALLE FUENCARRAL

Hace días que no veo a la abuela que, sentada en un cajón, me pedía algo de cariño con la mirada. Estaba instalada entre la óptica y la tienda de café de la calle Fuencarral. Inerte. Abrigada. Callada. Sonreía de vez en cuando y, la mayoría de las veces, tragaba saliva al sentirse mirada bajando la cabeza.

Recuerdo su pelo blanco, su pañuelo atado al cuello, su rebeca gastada, sus zapatillas de lana. Era una mujer bella, pero su perenne expresión de tristeza, sus profundas arrugas, deladoras de años y frío, y esa postura hermética pegada a la pared convertían esa belleza de madre anciana en un elemento incómodo. Una abuela solitaria pidiendo dinero. Una mujer de aspecto bondadoso tirada en la calle pasando frío. Una mujer de ochenta y cinco años que podría ser tu madre, tu abuela, y

que debería estar en la mesa camilla de su casa con un café con leche caliente en las manos, tal vez viendo la tele, tal vez esperando a los nietos o dejándose querer por Navidad.

Por todo eso era violenta su presencia, porque desde la dulzura se adivinaba la puta vida. La puta vida de la gente sin hogar.

La abuela de la calle Fuencarral se llamaba Flor. Era uno de esos seres que te miran desde lo más hondo de su dolor, pero sin inquietarte, sin desafío. Su «gracias» sonaba tímido en acento rumano y su ligera sonrisa de agradecimiento era limpia. Limpia de verdad.

Alguna vez hablé con ella. Alguna vez le pregunté. Pero esa misma dulzura también iba acompañada de miedo, de silencio, y se adivinaba la red que, a cuatro calles de donde se sentaba, le pedía el dinero conseguido. No voy a escribir aquí lo que hice. No va de eso la columna. Va de asco, de indignación, de miseria humana. La que me generan los indeseables que, mientras dormía en otro portal envuelta en mantas, le dieron una paliza esta semana. Eran jóvenes. La molieron a palos en el estómago y en la cara. Le robaron sus cosas. Las cuatro cosas que puede tener una mujer de ochenta y cinco años que vive en la calle.

Flor fue atendida por una ambulancia del Samur y por un asistente social. Flor ha aparecido en todos los medios con sus ojos morados y su pañuelo anudado al cuello. Flor ha puesto cara a la violencia y ha sido espejo de la crueldad humana. Flor solo era pobre, vieja y pedía en la calle. Flor ya no está en su cajón, entre la óptica y la tienda de café. Flor ya no pide, ni te mira, ni te espera pegada a la pared. Flor ha desaparecido del barrio.

Ha llegado el invierno. Hace frío en su rincón. Aunque no puedo evitar escribirlo: el pecho de esos jóvenes que la apalearon es infinitamente más gélido que el peor de los inviernos.

Nota final: el odio al pobre no es un hecho aislado. La gente sin hogar no solo aguanta el frío y las condiciones adversas. También son víctimas de agresiones. Un 42% de las personas sin hogar han sido agredidas alguna vez. Como Flor, hay cuarenta mil hombres y mujeres durmiendo en las calles.

LOS «PORSIACASO»

Hago y deshago la maleta con la agilidad de mi perra cuando sale a mear. Huele, elige árbol y chimpún. Antes, cuando salía de viaje, me hacía una lista, metía la ropa que quería llevar y luego varios *porsiacasos*. Y resultaba que estos últimos —los famosos *porsiacasos*— ocupaban más que el resto de necesidades.

Viajar ligero de equipaje es mucho mejor.

Podría haber construido la frase anterior de manera subordinada y con algo de Coelho para que hagan camisetas y libros de citas, pero es así de simple: viajar ligero es mejor. Ando rodando un programa para TVE a lo Paul Bowles y me he empadronado en mi maleta; se ha convertido en mi compañera de nuevo. Digo «de nuevo» porque cuando salgo de gira con las novelas, ella, mi maleta, es mi compañera fiel. Tanto que creo que acabo entablando conversaciones. Yo creo que me conoce y me habla en los aeropuertos. No hago una «oda a la maleta» porque no tengo todavía esa entidad que tienen los grandes escritores que amontonan frases grandilocuentes sobre la nada, ni —sobre todo— arrojo para empezarla. Me gusta contar historias, sin más. Lo otro es una habitación barroca. En fin, hablaba de mi capacidad de eliminar trastos. Tal y como han pasado los años, los kilómetros y los viajes, vas reduciendo equipaje, echas menos prendas, cargas menos trastos y resumes tu vida como acortas el currículum. Al principio pones hasta las prácticas en la hoja parroquial de tu pueblo; con los años, queda una simple frase. Con la maleta, igual. Y con las circunstancias, también.

La importancia que le damos a algunos asuntos de la vida es tan excesiva que se convierte en los *porsiacasos* de las maletas de viaje. La adolescencia se pasa, y también caduca el peso que se le da a las mochilas vitales. Me gusta viajar sin peso. He ido quitando kilos como cuando haces limpieza de Facebook. Qué prosaico. Acabas contando a los amigos con los dedos de una mano y el resto son *porsiacasos*. Sin acritud. Por si acaso sales de fiesta, por si acaso tal y por si acaso cual. Los amigos, los de verdad, viajan en tu móvil y en tu maleta, en la real. Esos son los que se alegran de tus satisfacciones y sufren con tus problemas. Son más que los dedos de una mano —pero como es una expresión que se usa, pues la uso— y estoy orgulloso de ellos.

Ahora, mientras deshago una maleta y preparo la siguiente, recibo varios mensajes que me desean buen viaje. Es en esos remitentes en los que pienso cuando me toca apagar el móvil ante el aviso del piloto.

Es en esos en los que pienso cuando regreso y es a esos a los que envío fotos desde el destino de película. La maleta es la piel, la que escuece, la que vuelve desgastada, la que suma kilómetros, la que viaja siempre contigo. Conmigo.

BIENVENIDOS A MATRIX

Te compras una revista para sentarte en la playa y empiezas a meter tripa al mismo ritmo que pasas las páginas. Es un hecho. Miras de reojo la caña fresquita que hay sobre tu mesa junto a las patatas bravas que ha traído un generoso camarero y sientes la culpabilidad del hereje que se excita con lo diabólico. La revista avanza sobre tus piernas ofreciendo cuerpos prietos y magros que posan en bañador y tirantes. Algunos están enjutos, secos y lamidos como marcadores de página. Otros, macilentos y huesudos como escurridas serpentinas de cotillón. El cinturón de tus vaqueros quisiera vocalizar la palabra «ENVIDIA» con sus siete letras, pero lo aprisionas con la postura, cruzando piernas, y no le dejas que abra la boca. La cerveza se calienta frente a ti porque es una señal inequívoca de lo prohibido. Las patatas, al revés, se enfrían, y el sol derrite la salsa mayonesa. Piensas que cuando la acabe de sofocar sería un buen momento para fingir que no te interesa la tapa y salir disparado a pasear con paso ligero. Muy ligero. Militar. Sin embargo, sigues pasando páginas de la revista con una pelusa que empieza a ser punzante y entras en un universo Matrix en el que nadie es como esos hombres que te muestran.

Pienso ahora en las mujeres que se alarman de sus tallas y que, justificadamente, se quejan de que las quieren siempre perfectas. ¿Habéis visto, compañeras de la tela prieta, cómo nos ponen a nosotros en las revistas masculinas? ¿*Six-pack* en una semana? ¿Bañadores minis? ¿Ejecutivo *cool*? ¿Creéis que esto solo os pasa a vosotras? Venga ya. Paparruchas. La dictadura del físico está en ambos sexos y ambos nos vemos proyectados hacia la perfección inexistente. Esos Jon Kortajarenas, Juanes Betancourt y esos otros hombres de pecho amplio y sellado con pezones duros como tapones nos quiebran la hiel. «Nunca

serás uno como nosotros», te dicen entre dientes. Y se ríen de ti en la página siguiente. Jajajaja (léase esto con eco de ultratumba).

Con los ojos llenos de sangre, paso otra página de la misma revista y veo a los eternos adolescentes saltando en las fotos con un descuido perfecto y enseñando un ombligo prieto como la piel de un tambor de Calanda. Lo miro y supongo que tuve uno similar en los ochenta, cuando fui al colegio y tiraba de mochila de Naranjito. En fin.

Llora como rollizo lo que no supiste defender como delgado.

El paseo con mi perra me relaja. No por ella, que me lame las heridas y me come la cara, sino porque cada vez que avanzo en el paisaje descubro la realidad. La democracia no está en esa revista de dos letras que me he comprado para entretenerme, está en la orilla del mar, donde los primeros bañistas del año disfrutan de sus lorzas y de sus figuras verdaderas. La democracia transversal no son esas fotos de niños que fingen ser ejecutivos, es la gente real que usa el bañador del año anterior y se mete en el agua feliz. Que suenen los tambores de Calanda, por favor. Os dejo, que me voy a por una caña fría.

LIGERITA DE RUEDAS

Uno de los momentos más felices de la vida es cuando sales del avión y corres hacia la cinta circular que escupe las maletas. «¡Esta es la mía! ¡Coge esa! Disculpe, ¿me deja?». Y luego arrastras el equipaje directo al hotel con esa alegría tontuna que te pinta la cara porque empieza el viaje.

Ejem. (Toso para no escupir bilis en lugar de palabras). Ejem. Ejem. Resulta que esa cara de tontería pasa a cara de tonto cuando ves que todos los pasajeros cogen su maleta y tú, infeliz, sigues mirando hipnotizado la cinta transportadora. Las maletas salen, la tuya tarda. Tarda mucho. Demasiado.

En ese tiempo de martirio circular te empiezan a doler los tobillos, te mueves hacia otra cinta lejana creyendo que puedes haberte equivocado, miras el número de vuelo de tu billete y a la gente que volaba contigo, que ya arrastra la suya hacia la salida. Benditos, piensas. No sabéis cómo os envidio.

La sala va quedándose vacía como el *casting* de un *talent show* televisivo, y en este caso no quieres ser el ganador. Aquí no hay llamada del presentador ni comodín del público. Te muerdes el labio. Cruzas los dedos. Rezas. Toses nervioso. Carraspeas. Miras la boca metálica que escupe *samsonites* como si desearas que te vomitara encima cualquier cosa. Tu maleta no sale. Y la cinta ya da vueltas solitaria. Parece que frena. *Stop*. Ha parado. Se acabó. Cero maletas. Lloras por dentro. Luego viene la rabia. Rellenas los papeles y sales del aeropuerto hacia el hotel como alma en pena del infierno de Dante.

Entonces empiezas a pensar en calcetines, calzoncillos, alguna camisa, otro pantalón, un cargador del móvil, las zapatillas, el cargador de la cámara, el traje del trabajo, un desodorante y esos etcéteras como el omeprazol, el ventolín y los ibuprofenos. Una farmacia, un supermercado y Amancio Ortega pueden salvarte de todo el marrón.

(Cinco días después, Berlín. Como en las películas de Almodóvar).

—Señor don Máximo Huerta (me llamo así, con la «o»; se perdió también cuando presentaba en Canal 9 y estoy por recuperarla a lo *Gladiator*).

—Dígame. Soy yo. —Todo esto en inglés malísimo, como el que solemos tener los españoles.

—Tenemos la maleta en recepción. Ha llegado. Se la subimos a la 724.

(Cinco minutos después. Elipsis de pasillos y ascensores).

—Aquí la tiene.

Cierro la puerta y nos miramos a la cara. Le hablo con ojos de «mira, niña, ya eran horas. Cinco días de fiesta sin dar noticias me parece mucho para nosotros. Tú sabes cuánto te quiero, lo que te deseo, lo que te necesito».

Luego voy a abrirla y compruebo que ya está abierta. Ejem. «O sea, que encima de perderte vienes abierta, no quiero preguntarte. Me has salido un poco ligerita de ruedas». Luego compruebo que está todo. Maldita maleta *trupera*.

«Todos tenemos una historia», parece decirme con su cremallera negra. No quiero mirarla a los ojos porque algo ha hecho en cinco días y no lo sabré nunca. Lo mismo los almacenes donde se pierden las maletas son *raves* discotequeras con drogas y alucinógenos. Vete a

saber. Hago como un padre: callar y dejarla en su habitación. Me huele que en estos cinco días ha estado liada con un maletín.

LAS GAFAS DE VERTE

Cuando se limpió las gafas, se dio cuenta de que no era ella con la que había quedado. Era otra. Otro bar. Otra ciudad. Pero «ella», por cortesía, lo dejó hablar. Los parroquianos bebían a esas horas de la mañana y se abrigaban, también con bufandas. Los miraban desde la barra, donde el codo se empina y se apoya con igual fuerza. La pareja tenía una edad similar, pero parecían de mundos lejanos, distintos; se habían sentado en la mesa de la esquina, donde la ventana, y no sabían qué decirse.



Este observador que escribe fingía que salpicaba palabras en su pantalla de ordenador con orden y concierto, pero solo tecleaba *qwerty*, *azerty*, *dvorak*, *colmak* para disimular. Ellos hablaban con pudor y misterio. Se miraban más allá de las pupilas, donde están los sueños de futuro y los recuerdos del pasado. Él pidió un café con leche y ella, un expreso. El camarero lo sirvió con rapidez, confundiendo la comanda. Se miraron. Y, en el sentido de las agujas del reloj, cambiaron las tazas de plato. Tú aquí, yo allí. Los dos. Ella sacó un libro del bolso y se lo tendió, era *Je l'aimais*, de Anna Gavalda. Un libro usado, leído y... con

dedicatoria vieja. Él la leyó varias veces. Estuvo un largo rato apretando los labios y titubeando con las manos sobre las páginas, recorriendo las letras de su firma como si volviera a estamparla con aquel ímpetu y a sentir el trazo.

No puedo decir cuánto tiempo transcurrió.

Qwerty, azerty, dvorak, colmak.

Este que escribe siguió con sus ejercicios de mecanografía y lamentó que el camarero subiera el volumen de la música hasta llenar el aire. Sin embargo, a ella le gustó la canción que sonaba. Eso la devolvió a la vida. Sonrió primero. Habló de cuando estaban juntos, de lo feliz que la hizo el viaje a Lisboa, de su manía por poner los libros tumbados —«para que no se escurran las letras»—, de la casa en el campo, de la camada de perros que inundó salón, pasillo, sofá y vida, de su gusto por el agua con gas y limón, del primer coche, de la moto en la que se rompió la tibia, del casco con sus iniciales, del reloj de pulsera, de su forma de dormir y roncar, de las películas los miércoles, la cena los jueves y el teatro de los viernes, de las ausencias los fines de semana, de los silencios, de las llamadas extrañas, de las mentiras, de la primera palabra en voz alta, del grito, del portazo y del adiós.

Este que escribe tecléo «adiós» en reverberación a su voz.

El chico se dio cuenta de que ella era otra. Que aquella de los jueves era nueva. Ajena. Ella volvió a coger el libro con el *tequero* escrito en mayúsculas y le pareció que las ocho letras no eran más que letras. Vocales y consonantes con las que aprender a escribir mecanografía. Desordenadas. Le dejó la novela sobre la mesa y se fue. Pareció que volaba sin peso. Ligera.

Esto último fue una sensación de este que escribe.

DIEZ AL DÍA

«¿Me puedo sentar contigo?». Le he dicho que sí y el hombre ha arrastrado una silla y se ha desplomado en la mesa donde yo estaba desayunando. «¿Puedo contarte algo? Necesito ayuda». El café se ha enfriado con sus palabras. Y yo también. La desesperación de ese padre

cuando me ha dicho que su hija ha pasado a ser uno de esos invisibles que cada día se suicidan ha congelado la calle entera.

Diez personas al día se suicidan. Diez. No quiero echar cuentas porque como se supone que esta noticia es invisible, debería ser yo también mudo y no contarla. Pero no puedo. Sigo.

Carlos me ha hablado del dolor, del silencio ante el drama y del consabido y coreado precepto que insiste en que los periodistas no debemos hablar del tema porque es contagioso. ¿Contagioso? ¿Efecto dominó? ¿De qué estamos hablando? Hay diez personas que se suicidan cada día en España y nadie habla del suicidio. Nadie da charlas en los colegios. Nadie atiende a los que tal vez necesitan ayuda. Nadie les escucha. Es un gravísimo dato sordo.

El dolor ante la ausencia del invisible —y el peor dolor, el de la culpabilidad y del «cómo no me di cuenta»— es gigantesco y oculto. Qué paradoja. Ese sufrimiento es mudo. Todos se callan. Y también callamos los periodistas, porque nos han dicho que hablar del suicidio es peor. ¿Sí? ¿Tú lo crees?

La hija de Carlos les dejó una carta. No sé qué pone en ese folio porque cuando me lo estaba narrando había tanto ruido en su dolor como en su grito ahogado. Carlos no lloraba. Estaba agarrotado. Mi café esperaba frío, la tostada, la compra en la otra silla. Esa normalidad que asusta cuando deja de serlo. Carlos pedía ayuda. Y lo entendía bien porque, desgraciadamente, no soy ajeno a la tragedia. «No podemos estar callados, deben ayudar a los jóvenes, deben hablarles, deben poner en marcha medidas para prevenirlo», me decía en voz baja, como si no quisiera molestarme con su dolor.

La hija de Carlos no sé cómo se llama. Es invisible. El padre es un superviviente del dolor. Se pregunta cada día por qué. Qué pasó. Y la ausencia de la hija es tan grande que ocupa todo su día. En ese aire espeso de preguntas vive Carlos. Esperando que alguien haga algo.

Diez al día.

He dicho diez. Sí.

Carlos se ha levantado haciendo tan poco ruido que al mirar el café solo he visto un pozo oscuro, negro, profundo. He vuelto a sentir el mismo miedo que aquella vez. Y me pregunto si el silencio ayuda. «Haz algo, por favor», me ha dicho abrumado por sentarse a mi lado y contarme su drama. ¿Su drama? El nuestro. Es de todos.

UNA COPA EN LE CARILLON

El gato de Le Carillon duerme en la repisa de la ventana como si nada hubiera sucedido. Le paso la mano y parece un peluche caliente. No se altera. El camarero sirve las cervezas, sube el volumen de la música y atiende a un grupo que pide chupitos para celebrar. No hay mesas libres. Nos quedamos de pie junto a la barra. Me bebo mi miedo en el primer trago y miro a la gente que nos hemos venido al bar.

La noche de París es fría y las mesas de la terraza están vacías. Será por eso, pienso. El frío.

Junto al bordillo todavía hay ramos de flores y decenas de notas repartidas por la acera. Le Carillon ha reabierto sus puertas después de dos meses de dolor y pausa tras los atentados. El 13 de noviembre asesinaron a once personas en ese lugar. Estaban sentadas en la terraza. Eran las nueve y veinte. Francia se estremeció y el mundo entero se conmocionó. Pero el duelo tiene caducidad. La vida debe continuar.

Con la segunda cerveza empieza a llenarse el local y decidimos romper la barrera de la puerta para sentarnos en la terraza. «Salgamos a la calle», dice mi amiga. La seguimos los ocho y arrastramos las sillas para quedarnos en círculo. Ninguno se quita el abrigo. Tampoco le quito el ojo al restaurante de enfrente, Le Petit Cambodge, que ha sido incapaz de abrir. «Cambiarán de zona», responde un amigo a mi mirada. Sobre nuestras cabezas hay un montón de banderas de colores como si fuera fiesta. Al fin y al cabo lo es. El barrio ha decidido mostrarse alegre ante la tragedia. *La fête continue*, como cantaba Edith Piaf. La fiesta debe continuar.

La puerta se abre y otros clientes deciden sentarse a nuestro lado. Nos saludamos con una complicidad discreta. Ellos también han roto el frío de la noche y el de los recuerdos.

Le Carillon estaba siempre hasta los topes, es un lugar de ocio divertido y los camareros son unos tipos geniales. Atienden con simpatía y con agilidad. La música es buena. La cerveza, también. Sin embargo, es cierto, no es lo de siempre. Falta barullo, falta gente y sobra espacio. Decía García Márquez que la memoria del corazón elimina lo malo y

aumenta lo bueno. Será por eso por lo que hemos querido bebernos la vida en la terraza del bar.

El frío nos empuja al interior. «Otra ronda», pide mi amiga. Por supuesto, otra ronda. El gato sigue dormido y la música invita a divertirse. Mi madre me llama en ese momento desde España. Apenas se escucha su voz. «Mañana te llamo, un beso». Soy incapaz de decirle dónde estoy. Sin embargo, mi amiga me da un codazo y nos dice a todos: «Brindemos». En ese momento la música sube y el camarero nos sonrío.

TIERRA

Me presté el otro día a un experimento que me dejó congelado y lleno de inquietud. Andaba repasando el correo de Instagram cuando un fotógrafo me dijo que si me quería prestar para hacer de modelo. Yo, que ando pasados los cuarenta y cinco y con el doble de kilos, dudé de la oferta. ¿Modelo para una fotografía artística? Pero la curiosidad mató al gato y a mí me hizo responder. Dije «sí».

Tres días después estaba desnudo en una azotea, mojado y lleno de tierra. Javier Mantrana, el fotógrafo, había planteado una obra artística con varios personajes con esta durísima frase como premisa: el hombre es el único animal que sabe que se va a morir. La exposición se llamará, por ese motivo, «Tierra». Y lo que empezó siendo un juego de fotos en una azotea, desnudo, mojado y manchado hasta las cejas, acabó en intranquilidad.

La carcoma que te tritura por dentro me hundió en la sesión de fotos —creo que se nota en la mirada de la imagen elegida—, y el desasosiego me llevó a no dejar de pensar en la parca durante varios días. Así volví a casa, con la zozobra de la muerte como quien mastica un chicle sin sabor. Hablé del tema con mis amigos y, con cierto nerviosismo, les dije que es un temor que tengo desde que nací. Miedo a morir. Qué obviedad. Como si hubiera nacido para no desaparecer nunca, en plan Drácula. Pero es así, el ser humano vive como si la muerte siempre visitara a los demás. Nos creemos eternos.

Si fuéramos conscientes de la frase que abrirá la exposición de Javier Mantrana, iríamos más felices por la vida. Saber que seremos finitos nos haría menos tercos, más amables y más felices. De la pérdida ajena no nos libra nadie, pero podemos librarnos al menos de la queja diaria. El excesivo regodeo que hay en el lamento, en la burla y en el odio está siendo alimentado en la red. Twitter parece un tribunal que juzga y gime, que gruñe y grita. Y los hay expertos en quejarse de todo. «La crueldad innecesaria es uno de los rasgos más definitorios de los psicópatas y los fracasados», palabra de Luisgé Martín en *El amor del revés* que nos sirve para este asunto. Es una pena que un instrumento tan bueno como Twitter tenga más eco en el descontento que en el aplauso. Y no solo en la red observamos lo ronco: basta estar en un restaurante, en la barra de un bar o en la cola de la farmacia. Nos quejamos de todo. De lo que sea necesario, bien. Me sumo. Todos a una, como Fuenteovejuna, para sumar y sacar victorias. Pero yo hablo del tiempo que damos al lloriqueo de las cosas absurdas.

Escribo esto después de observar cómo una pareja ha estado toda la noche refunfuñando en el restaurante porque no tenían su plato favorito. «Hoy no nos queda» ha sido su epitafio. Luego gruñían porque la luz era fea. Después, porque su madre los había llamado en medio de la cena. Por el vino, por el agua, por la silla, por la zona, por la hora, por el todo. Se han perdido una cena. La vida no es tan larga. Nos espera la tierra. Angustia, ¿eh? Basta con una cierta dosis de voluntad para hacer el mismo camino con mejor disposición.

Al salir del restaurante, el camarero me miró y me sonrió fugazmente. Estaba claro que a él también le estaban amargando la jornada. Todos los hombres pasamos por dificultades, pero el dramatismo que le colocan algunos a esta fiesta es para que les apaguen la luz. *Off*.

QUÍTESE TODO

A mí el control de los aeropuertos me pone enfermo. Vigilo mi maleta de reojo como si llevara dos hilos de hachís, uno de cocaína, panceta de cerdo y muchas botellas de perfume de más de cien mililitros. Cuando me acerco me voy quitando el cinturón, descargo los bolsillos y me miro

los pies pensando que calzo las botas de Esquilache. Luego cojo una bandeja, vacío las monedas, saco la cámara de fotos, el ordenador, la tarjeta de embarque, las llaves y miro dónde he dejado la cartera con el DNI. Todo eso mientras el señor del arco del triunfo me mira como si me conociera o sospechara que llevo explosivos de calidad en la mínima maleta. Es una inquietud cercana al ridículo. Basta con observar las caras del resto de pasajeros para comprobar que a todos, en el control de los aeropuertos, se nos pone mueca infantil de presunto y maleante en ciernes.

Otra de las cosas que me pasan es que elijo siempre la cola que va más lenta. Esa en la que siempre hay uno que ha olvidado sacar el desodorante y la colonia de aseo, y le pita treinta veces porque lleva la hebilla grande, el móvil en la mano, veinte pulseras de plata y las llaves de toda la comunidad de vecinos en el bolsillo trasero. Ahí es cuando resoplo como una vaquilla en toriles y rezo al revés para que no se note.

La experiencia va más allá al cruzar el arco: es algo parecido a ir vestido con el camisón de mi madre, porque no llevo nada encima que pueda pitar. Pues bien: pita. Claro que pita. Y abro las palmas de las manos, enarco las cejas y aprieto la boca. «No sé qué puede ser», les digo. «No llevo nada», añado.

—Es aleatorio.

¿Aleatorio!?

Llevo pisando aeropuertos desde hace años y si por cada azaroso silbido del arco hubiera comprado un cupón de la ONCE, hoy sería Bill Gates. La chica de la cinta me mira con condescendencia y me pongo en la marca de los pies como un reo. Allí levanto las manos, me pasan la máquina de los explosivos por las palmas y rezo para no haber tocado nada en los últimos metros. Siempre pienso que me he apoyado en la barra del bar y el cliente anterior era terrorista, y ahora voy con las yemas llenas de azúcar glas que hace que pueda ser inequívocamente sospechoso.

—Puede pasar.

Sonrío. La máquina siempre me bendice con la fe bautismal de los castos y limpios de contrariedades. Sigo adelante. Pero lo hago con el miedo a que me hayan robado el reloj, la cartera, el ordenador, la cámara, las llaves y el billete de avión. Porque en ese momento en el

que te hacen la embarazosa prueba de explosivos, siempre se quedan tus pertenencias a la buena de Dios Padre en la cinta.

A veces recuerdo los tiempos en los que volábamos felices y confiados. Con cortaúñas, colonias y cremas de manos. El arco no era aleatorio y pasabas tranquilamente con tus trastos y tu ordenador. Ningún viajero se descalzaba, no veías calcetines rotos y nadie te palpaba como en un *peep show*. Y si lo hacía, era porque le gustabas... ¡Quítese todo! Ñam.

QUERIDOS VECINOS

Cuando era pequeño, me sabía los nombres y parentescos de todos los vecinos de mi edificio. Cuando salía a la calle acompañado de mi madre me llevaba un coscorrón si no decía: «Buenos días, Paquita». Y yo, claro, lo decía. Y así con Isabel, con María, con Elena y con todos los habitantes de aquella comunidad azul y roja de protección oficial.

A la hora de la salida del colegio, la entrada del bloque era un hervidero de madres y padres —bueno, padres eran menos— esperando a la chiquillada que arrastraba las mochilas. Por la tarde, igual. Junto a los telefonillos grises nos repartían los bocadillos de mortadela, chocolate untado o empanadillas de atún. Y así, entre unas cosas y otras, celebrábamos cumpleaños, se repartían copias de las llaves «por si acaso pasaba algo», veíamos la Telefunken nueva que se había comprado el más pudiente, compartíamos gusto por los azulejos estrellados o, de vez en cuando, las influyentes hacían reuniones de Tupperware en algún salón comedor al que subíamos sillas de otros pisos porque faltaba tresillo, pero sobraba actitud.

Los edificios eran entes vivos, seres con estructura multicelular en la que todo estaba comunicado, desde los problemas a las bodas, desde los buzones a los préstamos.

Hoy —escribo esto en febrero de 2017— me ha saludado un vecino de mi edificio. Vivo en Madrid. «¿A qué planta vas?». «¿Y usted?». «¿Qué tal?». «Leo tus novelas». «Ah, muchas gracias». «Me bajo aquí». «Espero que le guste el próximo libro». «Seguro». Ha sido así, más o menos.

Cuando se ha cerrado la puerta del ascensor me ha venido a la cabeza el coscorrón de mi madre y un alud de melancolía, porque aquel vecindario en el que comentábamos desde el golpe de Tejero hasta el premio del *Un, dos, tres...* ¡responda otra vez! ya es imposible. Nadie tiene copia de mi llave. No me sé los nombres. Nos saludamos británicamente. Y la vida en el ascensor es casi siempre aséptica. Nos separamos como si fuera una prueba de la NASA. Los «holas» están cortados con bisturí y los saludos parecen militares.

En fin, que tampoco es que me haya entrado nostalgia por volver a aquellos años en los que llamaba a la puerta Avón, el del Círculo de Lectores y los testigos de Jehová. Quiero decir que un poquito de término medio entre AYER y HOY nos vendría bien.

Estoy seguro de que —tú que me lees— sabes pocos nombres de tus vecinos, saludas por compromiso y vives como si fueras de paso. La vida se ha ido enfriando. Tal vez por todo eso, porque soy un tipo de costumbres rurales en una ciudad, sigo yendo a la misma farmacia, compro el diario en el mismo quiosco, las cosas de droguería en el mismo sitio, flores a la misma mujer, y desayuno en la panadería de la glorieta. No me sé los nombres —el mío se lo saben por otro motivo—, pero, al reconocernos en las caras, construimos una vida mejor. La sonrisa, el gesto torcido con la lluvia, el bufido con la contaminación o la queja con la suciedad de las papeleras. Son gestos. Pequeños. Necesarios. Pero nos miramos como si fuéramos de algún modo *familia*.

GRANDES ILUSIONES

Le temblaban la voz y los labios. Tal vez era por el frío que nos congelaba a todos en Trocadero. Me pidió una foto «para su madre» con la timidez de un niño perdido entre la multitud. Nos hicimos varios selfis y alguno salió bien. Un tipo de cuarenta y seis y un chico de veinte. ¿Qué se puede pedir? ¿Salir bien?

Le dije que había quedado con un amigo y que estaba esperando. «Hago tiempo», dije, como si pudiera hacerse... Me preguntó si podía quedarse un rato conmigo mientras llegaba mi amigo. «Si no te importa»,

subrayó. Le dije que sí y allí nos quedamos, en medio de un grupo de turistas, futbolistas y japoneses que hacían fotos a la torre Eiffel.



El frío fue desapareciendo a medida que íbamos hablando.

Es uno de esos chicos que han salido de España para buscarse la vida, comparte piso en un barrio modesto con cuatro desconocidos, tiene ganas de vida, de vivirla y —la única ventaja, invisible— todos los años por delante. Ordene usted, lector, estos datos como quiera.

Marc es cocinero. Se acaba de comprar sus cuchillos —tal y como dictan las normas de los restaurantes, cada maestro con sus armas— porque ha conseguido trabajo en un restaurante de Saint Germain. Podría ser el inicio de una novela, incluso el paralelismo de *Un viaje de diez metros*, de Richard Morais.

Marc Guiverneau —recuerdo bien su apellido— es de Tarragona, anda paseando por la ciudad con un libro bajo el brazo y no tiene redes sociales, ni las usa ni las quiere. Tampoco tiene internet. Cuando lo necesita, busca una hamburguesería y contesta el correo. Pertenece a esa nueva generación que ya han etiquetado como «los desconectados». Suena raro, pero me gusta. Prefiere mirar a la gente, sentarse en los bancos a leer (me dijo que estaba con uno de robos de obras de arte, «siempre tan glamurosos», apostilló) y disfruta de las conversaciones que surgen «en un banco del Sena con desconocidos o... ahora». Sonreí.

A Marc le gusta caminar, elegir la parada de metro por lo que le sugiere el nombre y dejarse llevar para conocer París; cuando se cansa,

vuelve a su habitación. A un cuarto donde tampoco hay televisor y todos se hablan antes de irse a dormir. Hablan.

«Mañana será mi primer día de trabajo en el restaurante», me dijo sonriendo y con los ojos esplendentes. «Suerte, de verdad. Mucha suerte», le deseé con la Torre como testigo. Y Madame Eiffel sabe que lo decía desde el corazón frente a sus veinte años.

Al verse cómodo en medio del frío parisino, también me contó un rosario de dificultades que ha tenido en esta ciudad. Hostil. París es muy bella y muy hostil. Ya. Lo sé. «¡Y!», me reta. «¿Y?», dije yo. «Acabé llorando en la embajada, todo son problemas en París, pero...» (insertar sonrisa, su sonrisa; después la mía por contagio).

No creo que lea este artículo, pero si lo lee, espero que llegue a ser un gran cocinero, que triunfe a lo grande, que sume todas las estrellas Michelin, que recuerde estos años de frío y paseos sin wifi y con libro bajo el brazo como los mejores de su vida. París era una fiesta, ¿no, Hemingway? En aquel París donde el hambre no impedía que se pudiese ser feliz, lo poco generaba satisfacción y una alegría que los ricos desconocen, según decías. Qué difícil saber que eso puede ser cierto cuando se padece. Pero hay que ganar la partida a todas esas incomodidades. Ganarle al sueño y a los sueños. Ganarle a Hemingway, incluso.

Marc Guiverneau que me lees. Todos los Marc Guiverneau del mundo que andáis con los ojos llenos de vida y los bolsillos cargados de calderilla: a por todas. La vida ya está en marcha, ganadla.

Y tú, Chef Marc, ve preparando el *boeuf bourguignon* para cuando un señor de gafas, entradas y barba canosa se te acerque y te diga: «¿Recuerdas aquella tarde en Trocadero? Has ganado».

BAJA EL VOLUMEN

Hay un necio en la terraza que está explicando su viaje a toda la terraza. Repito «terrazza» para que haga eco en la lectura del texto como su escandalosa voz lo hace en la calle. El necio está con dos amigos que le bailan los chistes, pero podríamos opinar todos los que nos estamos

tomando una caña porque es la única señal acústica que se escucha. Radio Pirenaica emitiendo para toda la calle, entreplantas y áticos.

Todos los clientes se miran, pero callamos. El necio se crece. Y yo estoy en ese punto en el que animaría a mi perra, *Doña Leo*, a que se lanzara sobre la mesa del cretino para que le tapara la boca con sus limpias patas. Pero mi perra es una perra santa y aunque me entienda, que me entiende, jamás lo haría. El necio anda contando lo mucho que ligó en la playa en la que estuvo y lo fáciles que eran las mujeres (*sic*). Lo escribo aquí porque lo oye toda la calle.

La amiga que se toma la caña conmigo ha estado a punto de ir a la mesa a darle un bofetón y volver a la silla con el relajo digno de un spa de bloguero. Al principio no levantaba la vista de su cebada, pero al rato ha estado cogiendo humo, hinchándose como un pez globo y cargando de ira su carmín. Yo, que no quería andar saliendo en las webs esas de clic fácil, le he dicho que se contuviera, pero estaba por jalearla.

El hombre es de esos que cuentan todo en voz alta como si estuvieran solos en la arena de Verona, fanfarroneando banalidades y con unos decibelios dignos de concierto. Esto a veces pasa en el AVE, con ese género humano que comenta todo a gritos o que habla por el móvil sin necesidad de él porque podrían escucharle en destino. Pasa en muchos sitios. Gritones sin pudor y sin vergüenza.

Después de una pausa en la que el silencio se ha adueñado de la terraza como en una procesión —«¿Ha muerto?», ha dicho mi amiga—, el hombre ha vuelto a la matraca. Falsa alarma. No había muerto, seguía de parranda. Alguno de los presentes ha soltado un bufido para solidarizarse con los que estábamos hartos de gritos y nos mirábamos. Yo, que me da por lo literario, he pensado en Agatha Christie y en *Asesinato en el Orient Express*. Aviso de *spoiler*. He imaginado que cada uno de los clientes se levantaba a la chita callando y acabábamos con el necio poquito a poco, despacito, *oh yeah*, con ligeras pausas dramáticas. Pero, claro, podría parecer envidia. Y no.

Qué oscuras vilezas se le pasan a uno por la cabeza cuando se encuentra a tipos gritones. Pensaba: si llego a tuitear lo que haría, me llevan detenido. Menos mal que no tenía batería y no podía escribir, de lo contrario ya me habrían caído las hordas de tribunales del buenismo y estaría cantando en el *chorus line* de *Chicago*, el musical, como una de las presas.

Solo un valiente ha sido capaz de pronunciar una frase: «Camarero, ¿puede decirle al señor del fondo que baje la voz?».

El camarero no ha ido; mi amiga estaba en jarras a la vera del vocinglero diciéndole: «Soy amiga de tu mujer, ¿bajas la voz o se lo contamos todo ahora mismo?».

A mí me ha parecido un chantaje del demonio. Pero ha dado resultado. «¿Lo conoces?», le he preguntado cuando ha vuelto a la mesa. Y ha acariciado a mi perra como si fuera la mala de la película. Silencio.

SI TE PICA, TE RASCAS

Estoy viendo unas garras pintadas de rojo acabadas en punta que bien podrían pertenecer a una serie de televisión de esas con malos malísimos y buenos de bofetón. Es decir, unas uñas que podrían haber cambiado el rumbo de la historia. Eclipsarían, por cuidadas y reconstruidas, un plano en el cine, un anuncio de televisión, y servirían, esto es lo admirable, para limpiar las escamas de una merluza de dos zarpazos.

Al contemplar las uñas de la señora —como un niño asombrado en un día de feria—, lo que más me llama la atención es cómo teclea en la pantalla del móvil, pero no solo por el cuidado baile de tecla en tecla, y hasta cierto punto contorsionista, sino por el modo con el que debe coger el aparato, deslizarlo en la mesa o partir el cruasán levantando las uñas al cielo. Es una coreografía más complicada que la del inicio de *La La Land*. Pienso: en esas garras cabe el pasaporte, el número de la cuenta corriente y parte del *Guernica*. Incluso las tablas periódicas, los reyes godos y los *phrasal verbs*. Resulta muy difícil ahuyentar una idea peregrina que me viene a la cabeza con carácter retroactivo: qué desperdicio de exámenes en el instituto. Cuántos meses de sacrificio imbécil y de desaprovechamiento de chuletas en papel. Cuántos de estudio. Mi observación sigue con aire investigador.

Las uñas son prisioneras de los dedos, como seres vivos que desean huir de los nudillos, terminada la función. Más en este caso que nos preocupa. No es fácil imitar los gestos que hace la protagonista de esta

columna para levantar la taza o deslizar las pantallas del teléfono. En la contienda, así lo imagino, ¡esto es la guerra digital!, hay toda una coreografía nueva que me asombra. Las uñas largas y puntiagudas son una fascinante obra de ingeniería y mímica. Pienso en cómo se sube las medias, cómo pasa las páginas de un libro, cómo se pone las lentillas, e incluso mi zozobra me lleva a cosas más complicadas de escribir aquí. Cosas íntimas. Cosas que estáis pensando, pero que yo no debo, por respeto, pasar a palabras. Doy por sentada la duda y cierro el párrafo.

No es de extrañar que, cuando dejo de mirar las garras puntiagudas lacadas de rojo, me percate de que el café se ha enfriado. La culpa es mía, por mirar.

Salgo del local con la cabeza llena de preguntas y admiración. Y la realidad me abofetea no con uno ni con dos, sino con tres negocios al respecto en la misma calle: negocios de uñas. Nails, Nails, Nails. Así. Escrito en inglés. Al Hercule Poirot que habita en mí le corroe la duda: ¿negocios de uñas? ¿Tantos? A diez dedos por cada persona, veinte si contamos los pies, multiplicado por... Echo cuentas en el reflejo del escaparate. Y parado como Marcel Proust frente a la magdalena, me llueven las cuestiones: ¿dónde fueron a parar las tiendas de *muffins* de colores? ¿Siguen vendiendo carcasas de móviles? ¿Antes hubo yogures helados con frutas y eso que llaman *toppings*? ¿Ya acabaron con las de cigarrillos electrónicos? Ese mismo local que ahora afila uñas para una guerra de colores ha ido variando el cartel todas esas veces, del *muffin* a la laca. ¿Qué será mañana?

JÓVENES Y GUAPOS

Tiene buen cuerpo, es objetivamente guapo, la juventud se le marca en los hoyuelos de la sonrisa, anda por la calle con la mochila del gimnasio a cuestas y tiene ese brillo en los ojos mezcla de satisfacción y melancolía. Sentado en la terraza de un conocido café de Madrid, mira distraídamente por encima de las gafas de sol mientras acaricia el lomo de *Mickey*, su bulldog francés. Parece el chico que enamora a media ciudad y que uno tararea si tiene fantasías. Es actor.

Está claro que, dicho esto, pese a la melodía que cada uno acaba de inventar y esas imágenes que proyecta la imaginación, el lector pensará que es un actor famoso. De esos de revistas, póster, sesiones de fotos y pegatinas de quiosco. Se diría que, en su caso, tanta belleza acompaña al éxito.

Sí, es actor. No ha sido el suyo un camino de rosas, así que cuando se quita las gafas de sol, pensativo, y las deja en la mesa, su gesto refleja toda la tristeza del mundo. Hemos quedado, y miro desde el otro lado de la calle, le pongo un mensaje para bromear y contesta desde su móvil. Su movimiento parece que está acompañado de una banda sonora de Yann Tiersen. Hace un mohín totalmente cinematográfico y busca con la mirada.

Entonces uno vuelve a pensar en la fama, en la belleza y en el éxito a edad temprana. En cómo se digiere, en quiénes alumbran, cómo enfocan y qué pretenden. Promesas, promesas, promesas. Eres el rostro del año, el chico del mes, la joven estrella que anuncia *Fotogramas* cada mes. Una, otra, otra más. Sueños, oportunidades, la posibilidad.

«¡Hola!», me dice con la mano al descubrir que estoy cruzando la calle. Luego vocaliza mi nombre y sonrío por contagio.

El chico de la terraza que acaricia el lomo de su bulldog es uno de esos actores que no salen en letras grandes, hacen microteatros y se buscan el pan haciendo papelitos a cuatro duros. O euros. Me lo encuentro en Instagram día sí, día también, porque «necesita la visibilidad». Quiere triunfar, puede triunfar y merece triunfar. Pero las cosas no son tan fáciles en la farándula. «Imposible», añadiría él sin perder la sonrisa mientras acaricia a *Mickey*.

«Ven a verme», me dice mientras me abraza de nuevo para despedirnos. Yo, instantáneamente, le digo que sí. Que me haría ilusión y que confío en su futuro. «Ya sabes dónde estoy», me dice. «¿Dónde?», pregunto con ganas de apuntarlo en mi agenda. «En la cafetería del hotel equis», me dice. «Como tantos actores», añade mientras echamos a andar. Como tantos actores, musita mientras se pone las gafas.

SATÁN VIVE EN EL GYM

«¿Dónde vas ahora?», pregunto antes de colgar el teléfono. «Al gimnasio», me responden. Y en ese momento en el que se oye el clic, *pi pi pi*, me quedo mirando el cruasán de la mesa como si fuera una bomba de relojería. *Pi pi pi*. La culpabilidad tiene cuernos, dulces, está cubierta de azúcar glas, es jugosa, deliciosa y muy apetitosa. La culpabilidad está sobre la mesa junto a un café con leche y dos sobres de azúcar. La tentación vive arriba, decía Billy Wilder, y el azúcar, digo yo, espera en mi plato.

Pienso en los días en los que iba al gimnasio y me subía a la bici estática en una carrera de cincuenta minutos, hacía elíptica dando zancadas y daba saltitos en el tatami fingiendo karate o *boxing* o yo qué sé similar. Llevaba mi tarjetita a todos lados con las instrucciones y la tabla de ejercicios dibujada en iconos para que no hiciera falta ni saber leer: ahora toca pierna, mañana espalda y después brazos y pecho. (Los iconos siempre nos han salvado la vida, desde el románico). Yo seguía las normas y sufría en mi infierno. El resto de fauna del gimnasio se miraba con disimulo en los espejos con sonrisa de Gioconda y haciendo gestitos con los bíceps viendo su progresión, luego levantaban el culo y curvaban la espalda para verse al completo. ¡Oh! Y en ese mismo reflejo en el que la chica turgente y el chico prieto se veían dobles en sus maravillas, aparecía yo, sudando la gota gorda y con las gafas caídas hasta la punta de la nariz. Dante. El Bosco. La palestra.



Cambié de gimnasio. Y después, otro. Lo cerraron. Me matriculé en el más cercano. Luego cogí instructor. Después me harté. Lo mandé a

hacer puñetas. Y cuando me di cuenta, tenía en el cajón de los cubiertos de la cocina más tarjetas de carné que el recepcionista de un hotel. El taco de fichas hablaba de mi progresión: ninguna. Mucho carné, poca endorfina.

Luego me dijeron que si pilates, que si el *crossfit*, que si zumba... ¡Zumba! Y acabé en yoga. Pero tumbadito en el suelo, descalzo y relajado, bajo el yugo de la música zen, me dormí. Me dormí mucho. Al cuarto día salí con la esterilla en el hombro, peregrinando a paso ligero a un bar donde me dieran una caña con la que subir la tensión. Y pensé: ya tienes otro carné para la colección.

Los fieles al deporte siempre dicen que cuando le coges el gustillo es una maravilla, y hablan como iluminados por la virgen de Lourdes en su bendición deportiva. Seguro que tienen razón. Les creo. ¡Será por creer! Confieso que les hacía caso, que me apuntaba y me compraba el estilismo adecuado para ir al *gym*. Me juraba y perjuraba que «¡esta vez sí! ¡Podemos!». Pero no. Esta vez, tampoco.

En mi cabeza se activaba un clic cada vez que entraba en el infierno: «Max, podrías estar haciendo esto, podrías haber ido al cine, podrías haber acabado el artículo, podrías haber hecho la compra, podrías haber quedado con tal, podrías ordenar la estantería». Así, subido en la bici estática, se me activaba una retahíla de posibilidades infinitas. Mientras el resto se miraba en el espejo como adonis y venus del sudor, yo andaba suspirando por nada. Y, claro, aquí estoy. Frente al cruasán. Rezando.

LO IMPORTANTE

Estoy en mi habitación, hace sol y vengo del supermercado, he comprado leche sin lactosa, fideos de cabello de ángel, mucho atún y gominolas. Antes de subir me he pasado por el bar nuevo que han abierto en el barrio, veo el exterior y me parece elegante, nórdico. Entro.

Tengo la sensación de ir vestido como Greta Garbo en sus años locos, cuando le dio por esconderse y se tapaba con mil ropas sin combinar. Se lo ponía todo. Le daba igual. A mí también. Por menos le habría montado una a mi madre: «¿Dónde vas así? ¿Y aquello que te compré? Ponte la

chaqueta nueva», y todas esas cosas que decimos los hijos porque nos da apuro ver el estilismo de la libertad madura. Bobadas, leñe. Brindo por todas las Greta Garbo desordenadas que habitan en nosotros. No somos blogueros, no somos *influencers*, somos peatones, personas, gente, familia, vecinos.

Me miro de reojo mientras viene el café con leche a mi mesa. Calzo zapatillas rosas de cuando me dio por el *running / footing / jogging* (¿cómo se llamaba entonces?), unas de Nike flotantes, calcetines de rayas de colores, pantalón vaquero roto, camiseta larga, la sudadera de estar por casa desgastada y un chaquetón verde militar de esos tipo Évole. Un cuadro. Pero un cuadro feliz, aclaro. Sonrío tras la taza. Me miro y pienso: ¡qué suerte tengo! Ya he perdido el filtro del pudor adolescente que tantos años dura y que te hace sentir vergüenza por cómo vas. No sé en qué momento dejé de pensar que la gente te mira. Los nórdicos lo llaman *hygge*, que es algo así como bienestar. Un jersey, pelo informal, cómodo, equilibrio, funcional... La felicidad de las pequeñas cosas.

Un día la edad pone en equilibrio lo importante y lo urgente. Y ese día te relajas. Ese día empieza la vida. Es la segunda epifanía.

El bar huele a cruasanes recién hechos. A mis pies está toda la compra: bolsas del súper que asoman el contenido. Se ve el suavizante para la ropa, el papel higiénico y una funda para la plancha. Me da risa. Unos años atrás habría subido primero a casa y, después, me habría sentado en un bar peinado y perfumado. Ahora el orden lo deciden los impulsos y lo-que-te-apetece-hacer. Bienestar. *Hygge*.

Recuerdo cuando me sacaron unas fotos bajando la basura con mis Crocs y mi chándal de yoga. Caí fulminado al ver la revista. Añadían comentarios de esos crueles, como si todos los días toda la gente de todo el mundo bajara la basura y, al depositar la bolsa en el cubo, se fuera directamente a la alfombra roja de los Oscar.

Ahora, plin.

El gusto que da la libertad estética no tiene precio. La de diario. Esa que habla de nosotros. La real. Somos lo que somos bajando la basura, yendo a la compra y subiendo en ascensor. Somos esos. Los que estamos en casa. Somos esa prenda que nos gusta y que está vieja. La cómoda. Somos esos que aparecen en el relax del «me da igual».

LA FAMILIA BIEN, GRACIAS

Hay familias que se juntan alrededor de una paella. Se llaman, quedan y rascan el *socarrat* del arroz hasta que no queda ni una gota de sangría a la hora de las tartas heladas de dos sabores. Luego se amodorrán en hermandad y se despiden con besos hasta la próxima vez. Los coches arrancan, las ventanillas bajadas, manos al viento y besos de despedida. En Navidad también se unen, incluso los hay que se van de crucero y alquilan muchos camarotes. Y lo más importante, no discuten. Y si lo hacen, es poquito. Aplauden, jalean al tío que cuenta chistes y recuerdan los bautizos una y otra vez. Luego sacan las fotos, las rememoran y se hacen otra en la misma situación como si el tiempo no hubiera pasado.

Esto lo sé porque me lo cuentan, porque aquí donde me veis, tan familiar y tan humano como Chenoa, siento alergia a las reuniones multitudinarias. Será que no hay tradición familiar en las haches de mis apellidos. Es algo similar a las cenas de trabajo, donde casi todos fingen que se llevan bien con el jefe o con la jefa, cuando lo más molón es el sueldo de fin de mes. La familia, por el contrario, no paga sueldo. Eso es cierto. En la familia todo es por amor. Pero a mí el exceso de amor como que me estomaga. Me repite. Y no hay farmacia que dispense Almax para los sentimientos.

No me lean como un descastado de mis parientes, no. Ni mucho menos. Los quiero. Los quiero por partes. Lo que pasa es que pertenezco a ese tipo de familia en la que jamás se han juntado para celebrar nada. Más allá de una boda y un bautizo, claro. Que aquí, como en el resto de España, somos católicos, apostólicos y celebradores. Pero a los postres, cada mochuelo a su olivo.

Lo escribo con envidia o, sobre todo, con desconocimiento, porque cuando veo esas reuniones me fascino y digo: ¿y los míos?, ¿qué pasa?, ¿no nos queremos? La respuesta es sí. Nos queremos. Mucho. Pero nos llevamos de otra manera, con otro tempo. Al ralentí. Montamos cenas, comidas y etcéteras, pero por comarcas. O sea, los de aquí, los de allí y los demás. La genética es como la nacionalidad del DNI, que la tienes y te da tus derechos y obligaciones, pero nada más. A veces pagas más impuestos que bendiciones recibes.

Tal vez nuestro desapego venga de la cantidad de tíos y tías que habitan ambos apellidos. Y eso, claro, crea una descentralización política difícil de juntar en un congreso de paella de fin de semana. O tal vez venga de otros asuntos que no vienen a cuento en este artículo porque desde que escribí mi última novela —*La parte escondida del iceberg*— me apetece un poco de jarana, espumillón y confeti. Parafraseando a Alaska en Fangoria, no quiero más dramas en mi vida, solo comedias entretenidas. O como el inicio de *Ana Karenina*: todas las familias felices se parecen; las infelices lo son cada una a su manera.

QUÉ MANÍA TIENES

Cuando salgo de los museos me voy directo a la tienda de *souvenirs* y me compro un lápiz y una libreta. Al llegar a casa la amontoño en el estante donde están las libretas y los lápices de los museos. Hay decenas. Todas vírgenes. Es mi manía. Tengo más. Algunas no son dignas de ponerlas en este folio. Pero supongo que no soy el único que al salir de casa comprueba que ha cerrado la puerta doscientas veces y que, una vez dentro del ascensor, vuelve a salir para cerciorarse de que sí, que está cerrada. Me desespera. Uno es consciente de que es un TOC (trastorno obsesivo compulsivo), como lavarse las manos mil veces, enderezar los cuadros u ordenar la ropa por colores.

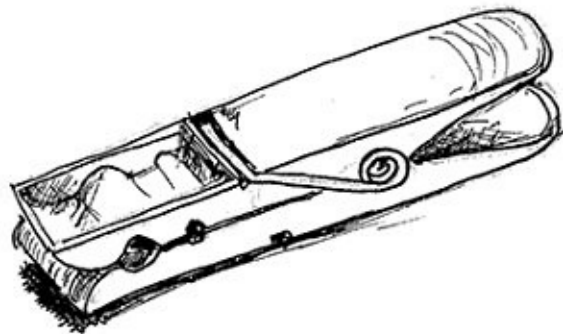
Temo que mi perra ha empezado a tener su propio TOC. Gira en el mismo semáforo, salta en el escalón de siempre y se niega a hacer pis hasta que hemos girado la manzana. Luego se pone en el mismo sitio del sofá, esconde su juguete en el mismo lugar y hasta que no apagamos la luz no se va a la cama. Serán rutinas, pero a mí me parecen manías.

Una vez leí que David Beckham se compraba sesenta pares de calzoncillos al mes y que, en la nevera, lo tenía todo doble. Vamos, con un par. Han visto a Uma Thurman hacer yoga en el pasillo de los aviones. A Elton John quemar todo lo que toca. Y al rey de las manías, Woody Allen, tomarse la temperatura corporal cada dos horas. Más allá de los famosos, que siempre nos hace gracia porque nos parecen extraterrestres, a mí me inquietan las manías que tenemos los demás.

Desde el que abre y cierra el grifo, el que pone el volumen en el mismo número par, el que mira la hora a la misma hora, el que repite una frase varias veces porque le da suerte, el indeciso que duda hasta cuando acierta, el que ordena toda su ropa como si trabajara en Inditex, los que se atormentan con la limpieza de los zapatos y van frotando el empeine como si fueran Aladino, los que coleccionan todo tipo de bobadas como amuletos y los obsesivos puros, que rumian todo lo que hacen hasta la extenuación.

Quién no conoce a un amigo que cuente las rayas del paso de cebra, el que pisa solo las blancas o aquel que no roza los adoquines rotos, o el que parpadea cuando ve números impares, el que tiene manía para sacar la pasta de dientes por arriba o por abajo, no como hábito, sino como obsesión, el que suma matrículas, el que toca dos veces el timbre, el que busca madera, el que pide un deseo, el que ordena los cubiertos como si estuviera en Buckingham, el que se pone chocolate con el café como trastorno, no como capricho. Y... ¡el sexo! Me callaré porque aquí parecerá que todas las manías son mías.

Somos coleccionistas de rarezas. Estar sano mentalmente, ser lo que se dice «un tipo normal», debe de ser lo anormal. La mayoría de los TOCS me parecen divertidos. Nos hacen un poco locos. La única manía que no soporto, como José Saramago, es la que tienen algunos de dar consejos sin haberlos pedido.



SACA LA PANDERETA

Ahora sí. Las calles ya se han travestido de Navidad y los escaparates de las tiendas andan entre el mundo cabaré, lo putón y lo cursi. Cuando sucede esto, cuando paseas bajo las luces y muchachos vestidos de *papanoeles* te reparten publicidad de turrónes y/o consultas de videntes, llegas a casa con la necesidad de bucear en el armario y sacar las cajas del año anterior, destriparlas en el suelo y recuperar el espíritu del espumillón y la bola. Así ando ahora.

Me había negado —que conste en este folio— a decorar la casa. Porque no hay cosa que más me irrite que devolverlo todo a las cajas pasado el día de Reyes. Es la faena más ingrata del calendario: todo se enreda, y el caos convierte los buenos propósitos de cinco noches antes en juramentos poco bíblicos. Pero como rey de la contradicción y soltero de oro del edificio que soy, me he dicho: pon Navidad en casa, Max, no vaya a ser que parezca la vivienda más triste del barrio. Qué pena. Cómo se estropean las fantasías... Con lo que yo era de llenar la casa de Navidad.

Algunos años he estado a punto de hacer del salón uno de esos porches norteamericanos de Dyker Heights en los que invocan a la epilepsia con tanta luz. Pero me parecía mucho gasto y no me viene bien automedicarme. Y lo peor: imagina que se te funde la tira de las bombillas de los chinos, conectas mal la del Tiger y las velas hacen su oficio: arder. De pensarlo se me puso carne de reno. Nariz roja incluida, sí.

Resultado: he sacado el nacimiento sencillo, uno que tenemos hecho de fieltro desde 1965 y que con dos ramitas de pino nos queda muy aparente. De niño montaba la ampliación de Barajas en la entrada de casa; mi belén tenía ríos, afluentes, montañas y reyes en camello, reyes arrodillados y otros reyes esperando en el castillo. Era una congregación de monarquías de hombres solos. Luego contrataba muchas lavanderas que parecían clónicas y disponía a los pescadores sin caña a lo largo de toda la plata de Albal arriba, Albal abajo. A veces se volcaban, porque la estabilidad y la falta de espacio en mi casa no eran para aquel berenjenal de estructura que ponía en el recibidor. El ascensor paraba fuerte en mi rellano y siempre acababa con mi San José a la bartola junto a la burra. Las viviendas de VPO de mi pueblo eran más prácticas para dejarse de belenes y, con más o menos gusto, bordear los marcos de los cuadros con espumillón, darle dos vueltas a la pantalla de la tele y

colgar alguna bola encima de la puerta, lejos de los vecinos de mano larga.

Ahora ni una cosa ni otra. La gente se compra cosas tan modernas que no parece Navidad. Toda la vida en una tradición de rojos y verdes y ahora aparecen *beige*, morado y gris. Es como si me cambiaran las señales de tráfico y me comiera el «STOP» porque lo pintan de color melocotón. Confieso tristemente (el niño que habita en mí me posee mientras escribo esto) que las luces de la calle me parecen de polígono industrial. El tema no es creer o no creer; es que ¡parezca Navidad!

CHICOS MALOS

Salgo del gimnasio y me quedo mirando el reflejo de mi sudadera en la pastelería de la esquina. Una especie de Holly Golightly en pleno centro de Madrid, pero con chándal y sudor. El típico propósito destinado a finiquitarlo en marzo. Me conozco.

En el azul noche de mi capucha aparecen tres roscones, varias cajas de bombones y un surtido de turronecillos cortados como piezas de Lego. Se reflejan en mis pupilas y en mis papilas. No, no, no, dice mi mente. Sí, sí, sí, dice mi estómago. Mi corazón calla.

Los miro con una ansiedad propia de estas fiestas tan entrañables (sí, lo he escrito; pido perdón al respetable), que se ve aumentada por las endorfinas tras el deporte generado. La culpa la tienen ellas, esas pequeñas proteínas que nacen en vete-a-saber-qué-portal desconocido del cerebro y que se pasean por los músculos generando una felicidad desmedida. Bueno, para mí —les confieso a ustedes, mis queridos lectores—, la auténtica felicidad está en esa vitrina pantagruélica llena de vaho y pasteles. La veo y me recorre por las tripas el espíritu de Juan Álvarez Mendizábal. Algo entre pecho y ombligo me llama a desamortizarle todo a la dueña, una expropiación forzosa, soflamas para quedarme con los bienes y tierras de las bandejas, enajenarlos, venderlos, comérmelos. Godoy me posee frente al cristal.

En ese momento veo a uno de esos chicos que han hecho deporte en el mismo gimnasio que yo. Pienso y escribo: qué paradójico que un

mismo lugar cree seres tan diferentes bajo el mismo techo de neón. No hay nada más desigual que la uniformidad de un gimnasio.

En fin, el tipo sale como SuperRatón: superfeliz, supervitaminado y mineralizado. Yo, en cambio, miro el escaparate. Sigo ahí. Anclado en los deseos más prehistóricos: comer. Reconozco al muchacho porque los tengo radiografiados. Es uno de esos guapos que pueblan las pistas, los yugos y los tatamis. Es guapo. Punto. Podría dejarlo ahí, pero, en mi aburrimiento constante en la cinta de correr y en la tortura llamada elíptica, construyo análisis físicos de purísima observación.

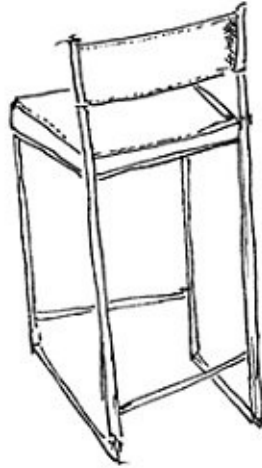
Hay dos tipos de guapos. Al que se lo han dicho y al que no. O no tanto. Y los podemos diferenciar en su forma de andar. El guapo que ha nacido entre piropos, se ha criado entre piropos y vive entre piropos tiene una manera de caminar más lenta. Levanta el cuello, se pone la mano en el pectoral como si jurara la Constitución, abre los hombros para echar a volar, pisa con decisión los escalones y colecciona miradas en la nuca. Son, digamos, los consentidos. Los hemos criado para que anden así, como en los desfiles militares, como en los concursos de *misses*. Caminan para que se les valore. Van entre las pesas buscando aprobación, esperando nota, buscando miradas. Y para eso se ponen ropa que apriete o enseñe. Se relamen y se enfocan en el espejo como en una prueba del oculista, fijando la vista para traspasar el cristal.

«¡Hola!», me saluda el chaval mientras miro de reojo el escaparate donde pone Feliz 2018 con mazapanes. «Hola», digo sonriendo. «¿Vas a comerte algo?», me rebota con su respuesta. «No, qué va. Estoy esperando el bus».

EL BAR DE SIEMPRE

Creo que decir que te gustan los bares no significa alimentar el vicio. Si alguien nos preguntase si nos gusta divertirnos, sería absurdo contestar que no. De chaval me gustaba mucho el bar Mercé, en Utiel, donde ponían unos mejillones al vapor para quitarse el sombrero y chuparse los dedos. En Buñol tuve La Selva como lugar de ocio, cañas y patatas bravas. En la universidad nos colábamos en otro del que no recuerdo el nombre, maldita sea, será la edad o el exceso, y que debía de

coleccionar las mismas características: mugre, ruido y espuma bien tirada. En Madrid tengo cerca Las Nieves, donde te acompañan la caña con un platito de patatas revolconas. Una especie de masa no muy uniforme con pimentón y torreznos. Maravilla castiza.



En fin, que mi vida puedo ir narrándola según los bares que he ido pisando. Un mapa emocional de fiestas, cumpleaños, tardes de aburrimiento, confidencias o citas de amor. Lo mismo me he tomado la primera que la última, he planeado viajes con amigos o terminado novelas, he cerrado la noche o brindado por la mudanza. El bar, nuestro bar, el que nos pilla cerca, el que parece una extensión de nuestra casa, es también hogar.

Y, curiosamente, entre todos los bares que pisamos, yo me quedo con los menos finos. Digamos, los más rústicos, algo vulgares y de naturaleza familiar. Esos en los que se respira algo de sueño, un poco de canalla y mucho de normalidad. Esos bares en los que puedes bajar en chándal, con el vaquero viejo y listo para la boda. Da igual. Eres conocido, te sabes el camino al aseo y os llamáis por vuestro nombre. Bares, qué lugares. Como la canción.

Todos, en algún momento de nuestra vida, hemos tenido nuestro local. Nos hemos abandonado a su disfrute, lo hemos maldecido y nos hemos dado cuenta de la mala calidad de los vasos cuando hemos traído visitas. Siento, ya desde hace bastantes años, que donde sobra tontería y finura es donde te sientes bien. Sí, también, a todos nos gusta un poco el lujo y que nos bendigan con apariencias; pero la quincalla, aquello que

no tiene adornos ni relumbrón, es donde más libre estás. Lo mismo que ponerse la camiseta vieja para estar en casa. Y, sinceramente, viva la ausencia de envolturas. Qué agotadoras son las apariencias, señor.

Dicho esto, añado que mi bar favorito en París es uno bien matón en pleno Saint Germain: Le Baltó. El camarero, Laurent, me pone un carajillo de anís (lo llama «*électrique*») con golpe de alegría y se apoya en la barra con su gorra de *garçon*. La parroquia es excelente, desde un falsificador de obras de arte que ha trabajado lo suyo a uno que no para de peinar con las manos mientras dibuja viñetas de prensa. Todo eso y mucho más que no puedo contar porque no me queda espacio y... por pudor. Tenía razón mi padre: las cervezas en casa no saben igual que las del bar. Qué grande, papá.

¡ESA PUERTA!

Yo tengo a los que cierran las puertas en un altar. Pero vamos, en un puritito santuario en el que pongo velas y aplausos. Fíate de la gente que cierra las puertas. Os lo digo. Fíate. De esos que cuando entran en la panadería la dejan entornadita, de los que hacen el esfuerzo por cerrarla cuando entran en el bar o de los que la empujan al salir. Esa gente vale millones. Esa es la gente que vota bien. Esa es la gente que pone el intermitente. Esa es la gente que dice «buenos días». Esa es la gente que no te echa el humo a la cara. Esa es la gente que se quita las gafas de sol para hablar. Esa es la gente que no tira el chicle al suelo, ni las pipas ni las colillas... ¡ni escupe! Esa es la gente que no monta grupos de WhatsApp eternos. Esa es la gente que cede el asiento. Esa es la gente que no grita. Esa es la gente que dice «por favor» y «gracias». Esa es la gente que no aparca en los sitios reservados para sillas de ruedas ni se cuelga en la fila con artimañas de tunante. Esa es la gente que no sacude las migas del mantel por el patio de luces sin mirar si hay ropa tendida en el segundo. La gente que no hace ruido en el cine. La gente que pide la vez. La gente amable. ¿Tan difícil es?

Creo que soy bastante claro. Mi amiga Sol y yo nos hemos pasado la mañana currando en un café (sus temas y los míos), levantando la mirada cuando el aire tiraba los papeles y el biruji nos congelaba la

espalda. La primera vez, ha sido levantarnos varias veces. La segunda, una mirada de «que saquen los leones al coso y se los coman». La tercera ha sido un «¡esa puerta, coño!». La clásica ebullición de arrebatos y fuego.

De alguna forma, mis padres fueron insistentes con el asunto en mi niñez. Pura pedagogía. No quiero idealizar los setenta (no caigamos en la nostalgia), pero eran bien firmes. Si olvidaba el «buenos días» cuando salía del bloque, mochila en ristre, y me cruzaba con algún vecino, recibía tal colleja de mi madre que me ardían la memoria y el cuello durante días. Mi padre, en cambio, te decía, frío como un témpano de hielo: «¿No tienes nada que decir?», enarcando las cejas de manera inquisitiva. Y entonces tú te echabas a lloriquear porque barruntabas el gélido discurso que vendría después, en casa. Buenos días, Consuelo. Buenos días, Paquita. Buenos días, Enilde. Buenos días, Francisco. Buenos días, tía Vicenta. Fue duro. Pero no tanto como la cara de asesina múltiple que se le pone a mi amiga Sol cada vez que alguien no cierra la puerta.

Oye, que la simpatía no está reñida con la educación, ni el respeto con la modernidad, ni la cortesía con la actualidad. Que se puede ser novísimo y educado, solidario y amable. Un poquito de civilidad, urbanidad y, ¡yo qué sé!, empatía. Me huele a que esto tiene mucho que ver con el último informe PISA sobre la enseñanza. Poquito interés en aprender y menos en disimular.

LO INVISIBLE

Ando embobado mirando la mierda de las calles. Oye, qué espectáculo. Un rato largo de entretenimiento desde que he cogido el periódico hasta que he terminado de pasear a mi perra por Malasaña, un barrio de Madrid. Toda esa mugre que va acumulándose de manera feliz en los árboles, en las papeleras y en los bordillos se me había hecho invisible hasta hoy. Qué iluso. Me había acostumbrado a verla y ya era imperceptible. Y diréis: ¿por qué hoy? Pues no sé. Pero hoy se hizo visible, como una epifanía de porquería. De pronto, aquello que me parecía pulcritud, cosmopolitismo y calles de cañas y amigos, ha pasado

a ser la realidad. Alguien ha descornado el telón de Oz y he visto la verdad que me tapaba la fantasía. Todo eso que son rayajos en las paredes, puertas marcadas con nombres o escaparates estampados de jeroglíficos de rotulador, y que algunos llaman puerilmente «grafitis». Qué ternura. La ciudad se ha ido llenando de mierda. ¿Qué queréis? ¿Que lo diga en plan poético? ¿Que me ponga a buscar metáforas para edulcorar el panorama, el paisaje urbano? Pues no. Ni ganas. Ni una línea voy a gastar en finuras literarias.

Poco a poco hemos ido perdiendo respeto por nuestra casa y la hemos ido cagando hasta verla como está ahora. La ciudad, los bancos donde uno debería sentarse, las persianas de los comercios, los árboles y los portales dan asco. He salido feliz y he vuelto con cara de *gif*. Un bucle de vergüenza. He ido sumando excrementos de los que «se olvidan» de recogerlos, entornos de contenedor como vertederos grasientos a fuerza de meses, tal vez años, escupitajos, chicles pegados a la baldosa como pistas de yincana, colillas a miles, papeles, restos de hamburguesas, vómitos secos, bolsas de patatas, publicidades, cajetillas arrugadas... En fin. ¿Cuántos sinónimos de «mierda» se me pueden ocurrir para llamar la atención en este artículo? Llamadlo mugre, porquería, inmundicia, roña, suciedad... Como quiera, lector. Escoja libremente su palabra. Y no ponga excusas. Somos nosotros. Que ya lo decía mi abuela: no es más limpio el que más limpia, sino el que menos ensucia. Lo mismo hay que hacer un *Masterchef* o un *OT* de limpieza y presumir de barrio, de jardines y de aceras. Que luego bien que nos gusta salir al extranjero y decir lo monísimos que estaban los parques de las postales.

En el último informe de la OCU (Organización de Consumidores y Usuarios), se dice que Madrid, Alicante, Valencia y Jaén son las ciudades con las calles más sucias de España. Vaya. A lo mejor no habría escrito este artículo de pisar otras aceras. Pero, qué quieren que les diga, me pilla todo. Hago pleno. Lo curioso es que no están más limpias las que más invierten por habitante y año. Lo digo porque ahora algunos dirán lo de los presupuestos y tal. Están más limpias las que más se cuidan, se miman, se quieren. Más claro, agua. Enhorabuena a Bilbao, Oviedo y Gijón. Las más valoradas.

EL MOMENTO MÁS FELIZ

«El momento más feliz es cuando llegas a casa y me besas y hablamos de todas las cosas que van a pasar».

Tarareo la canción de La Casa Azul para escribir este artículo de julio mientras las gotas de sudor forman caminos dignos de película X por la espalda y el cuello. Qué cerca me siento de aquellos actores porno en estos momentos de tecleo frenético. El sexo también es un momento feliz, pienso. Pero hay más. Muchos más.

Ayer, a las cinco de la tarde, el teléfono se puso a dar timbrazos y mi perra y yo pegamos un bote porque estábamos dormidos en el sofá. Era un amigo. Uno de esos que se quejan por todo y andas con miedo a meter la pata; todo le afecta para mal. Le dije: «Es verano, estás en la playa, ¿también te quejas del calor?». Lo digo porque en invierno se queja del frío. Y eso ya es agotador por inevitable. «Llámame en cinco minutos con una noticia positiva», le dije.

Desolador resulta que muchas veces no encontremos cuál es nuestro momento feliz. No digo de exagerada felicidad, de fuegos artificiales y cataratas de confeti; hablo de las pequeñas cosas que nos gustan, que nos sacan una sonrisa y que pasan desapercibidas porque esperamos el premio Gordo durante todo el día.

El momento más feliz es cuando echo el café y deshace los hielos junto a la rodaja de limón. El momento más feliz es cuando mi perra salta y viene con la correa pidiendo un paseo, y me besa y se lanza y sonrío a la manera que tienen los perros. El momento más feliz es cuando llevo a mi madre al médico y le dicen que todo bien, que más adelante, que la esperan dentro de unos meses. El momento más feliz es cuando noto las sábanas frías de un hotel y huele a nuevo. El momento más feliz es cuando me encuentro diez euros en el bolsillo y me los gasto en helado como si fuera un derroche de vida azucarada. El momento más feliz es cuando paso a la farmacia y la báscula está ocupada y me voy jubiloso sin pesarme. El momento más feliz es cuando, tras un camino de piedras, curvas y polvo, llegamos a la playa vacía, se ve el mar entre los pinos y parecemos robinsones. El momento más feliz es cuando adivinas el color de los Lacasitos abriendo la boca. El momento más feliz es cuando ves que queda un 70% de gozosa batería. El momento más feliz

es cuando no suena el despertador. El momento más feliz es cuando apuras la botella y queda vino para todos. El momento más feliz es cuando te da el aire en la cara, cuando tu hotel tiene vistas, cuando firmas el contrato, cuando coges el último trozo de tarta, cuando lloras a gusto al final de la película y te da igual que se encienda la luz.

Mi amigo llamó a los cinco minutos. «¿Tomamos algo?».

«¿Qué celebramos?», pregunté.

«Que somos amigos y que hace calor».

CUÑADOS Y «ENTERAOS»

Es curioso que quienes quieren quedar bien en el restaurante a la hora de elegir el vino siempre cumplen la misma liturgia: se ponen intensos, fingen repasar los nombres de la carta y, al final, optan por uno cercano a la zona del final, que es donde están los caros. «¡Este es muy bueno, os lo aseguro!», te espetan, como si hubieran nacido en las barricas de una bodega. Enhorabuena, chaval. No hay que ser muy listo para semejante exhibición de maestría vitivinícola. Más barato, malo; más caro, mejor. Incontestable. Aplausos. Esa escena costumbrista prueba únicamente que sus armas sociales son buenas, que se saben mover en la pedantería, raíz de la diplomacia, y que pueden engañar a la comparsa de una cena, pero nada más. Dejarse arrastrar por ese efectismo de la petulancia es de chiste. Es muy cuñado, que decís ahora. Muy de «el *enterao*», que hemos dicho siempre. Visto el truco, se acabó la magia.

Hablé con unas amigas, que se dedican profesionalmente a la enología, sobre este asunto trivial: «¿Cómo elijo un vino en una cena cuando la oferta es grande?», les pregunté. Ellas, de raíces, cepas y sarmientos, me dijeron que basta con escoger uno del centro de la tabla, ahí no hay miedo al descenso. La clase que me impartieron de cultura en caldos me dejó patidifuso. Olores, sabores, colores... Demasiado para reproducir.

Pero resulta que una botella llamó mi atención. Os leo: «Tinto de fuerte color, rojo púrpura intenso con ribetes violáceos, muy expresivo y afrutado en nariz, con taninos vivos en boca y gran estructura». Era la

etiqueta de un vino de Jumilla en la que el bodeguero, con toda la sorna del mundo, había añadido lo siguiente: «Como si te digo que unos vampiros de buena familia lo recolectan solo en noches de apareamiento del cernícalo mientras escuchan a Chiquetete...». Me fascinó el texto. Algunos, hartos de tanta liturgia con el vino, no han tenido ningún miedo a burlarse de los *enteraos* con toda la gracia.

Mis amigas, al ver la broma de etiqueta, rompieron a reír. Me explicaron que ahora está de moda decir singularidades al percibir el aroma, porque la realidad es que los vinos ofrecen olores curiosos. Que si regaliz, que si piña, que si hierba recién cortada, que si algodón de azúcar, que si tabaco, que si chocolate, que si chicle, que si minerales, que si vainilla, que si pelo de muñeca Nancy, que si el óxido de los clavos de Cristo... Vamos, que puedes decir lo que te venga en gana que siempre parecerá que tienes en la nariz la fábrica de moneda y timbre de las fragancias. El truco es la seguridad, mear primero y marcar territorio, como los perros. «Este vino me huele a camisa de once varas», a ver cómo se quedan.



¡MÓVIL, PARA QUÉ OS QUIERO!

Justo antes de sentarme en la terraza de Fuencarral me doy cuenta de que llevo un chicle pegado en el zapato y arrastro un trozo de periódico

como una serpentina. Me piso con el otro pie e intento deshacerme del carnaval, pero en el baile monto un chachachá improvisado en la acera. Pie delante, pie detrás, un-dos-tres. Me subo las gafas de sol para disimular y busco silla. Qué patético, pienso. Alguien me ha grabado y aparezco en algún meme de internet en cero coma.

«¿Qué le pongo?», me pregunta el camarero.

Media de vergüenza a la plancha y un café de ridículo, por favor.

Cuando quiero quitarme las gafas y los sarampiones de la cara, me doy cuenta de que nadie se ha percatado de nada. Nadie. He hecho la escena sin público. A platea vacía. Sin la más mínima atención. Todo el que pasa por la acera anda con el móvil en la mano, mirando la pantalla iluminada de luz. El primero sonríe ante el teléfono, otro lo toquetea con velocidad casi ficticia, la señora de rojo busca en la agenda —se nota por cómo recorre el dedo—, la chica de Zara va tecleando con ira, un hombre toca y mira, toca y mira —intuyo que es Twitter— y busca *hashtags* curiosos en los que meterse y opinar. El estudiante de los auriculares tararea mudo y vocaliza lo que escucha, la muchacha de los *leggings* intuye la respuesta de su novio y le da a enviar con fuerza, el de traje pasa datos haciendo pantallazos, la niña de la mochila juega con los dos dedos...

(Creedme, apunto todo esto con velocidad porque escribo desde mi mesa mientras espero mi media de vergüenza y el café de ridículo caliente).

Y tú, ¿qué lees? Esto, respondes. Ok. Sigo.

En los minutos en los que decido observar con interés científico, compruebo que solo dos de cada diez que camina por la acera no lleva el móvil en la mano. Uno es porque arrastra dos pesadas bolsas del Carrefour y otro porque anda ajustándose el jersey.

Desde que hacemos todo con el teléfono, las calles han cambiado, también la forma de ligar, de pedir comida, de opinar o de elegir el voto. El apéndice es voraz: cuanto más lo usas, más nos exige. De hecho, le pregunto a un amigo: «¿Qué te gustaría que inventaran?». Y me dice, resuelto y sin dudar: «Las baterías más duraderas. Se agotan demasiado pronto», puntualiza. Y sí. Ahora no solo andamos con el móvil, ahora echamos el cargador o una batería externa *porsiacaso*. Y más. Buscamos mesa en el restaurante cerca del enchufe. Entramos en el local con un radar: SE BUSCA ENCHUFE, SE BUSCA ENCHUFE...

«Te paso un enlace de Youtube, te vas a mear», me dice.

Es el vídeo de un hombre bailando chachachá hasta caerse por mirar el móvil. No soy yo.

A TU EDAD YO...

Un proverbio árabe alerta: basta un insecto para derribar un país. Ese insecto acaba de pasar por mi lado con todo su cariño. Y ha picado. Yo estaba sentado tomando café y el chavalito, mochila en ristre, se ha acercado para decirme que de mayor quiere ser como yo.

—¿Cómo?

—Que de mayor quiero ser como tú.

—Oye, que no soy tan mayor —he respondido en plan colega mientras el chico se meaba de risa y de vergüenza—. Es broma —le digo—. Tampoco es para tanto —añado con melodrama fingido.

Agradezco el piropo, de verdad. Lo agradezco mucho y se lo digo. Pero el desastre se veía venir. Ha añadido:

—Te veía en televisión cuando era muy pequeño, con mi abuela.

Catástrofe. Explosión. Miseria emocional.

—Oye —le digo—, me matas en dos frases, como los insectos del proverbio.

—¿Qué proverbio? —responde.

En ese momento, entre risas, cara inflamada de roja y móvil en la mano para la foto, te entra ternura. Te ves reflejado en el chaval que fuiste y en el que ya no eres por mucho pantalón corto que te pongas en verano, calces náuticas y por mucha crema que esparzas con asiduidad por tu cara cosecha del setenta y uno. La realidad debería estar prohibida, pero existe. Y te das de bruces con ella.

«¿Me puede decir la hora, señor?». El día que alguien te dice eso ya estás marcado a muerte como los toros de la ganadería. Ese día empieza la madurez a bofetones. Olvídate de aparentar o preguntar con ingenuidad a tus amigos cómo los trata la vida. La vida es así. Como el fútbol. Y te trata como puede.

Mi madre siempre dice que dejó de mirarse al espejo porque el espejo es un mentiroso y no muestra el interior. Qué sabia, la tía. Un día no muy

lejano alguien se levantará del autobús para que te sientes tú. Y ese día, ay, preferirás ir agarrado a la barra como un koala antes que sentarte.

Cuando el insecto joven de hoy me ha picado con su aguijón, he dicho gracias. Porque a los piropos se responde agradecido y, sobre todo, porque tener veintidós es una fortuna. Para mí los quisiera. El chico no se ha dado cuenta, pero en ese momento en el que ha dicho al despedirse: «Te conservas bien», yo notaba cómo las bolsas de los ojos se me hinchaban en plan zódiac de salvamento, metía barriga como cuando se encoge un filete en la sartén y sonreía apretando empastes para salir bien a su lado. Todo a la vez.

«De mayor quiero ser como tú» y otras formas de finiquitar la autoestima tituladas «Te conservas bien a tu edad». Haré un estudio.

[CON UN POCO DE AZÚCAR...]

DEPARTAMENTO DE RECUERDOS

Por culpa de Helena Resano ando desempolvando el pasado. Aquellos maravillosos años en los que presentaba informativos y andaba por las noches seleccionando noticias y contándolas desde una mesa llena de monitores de televisión y periódicos calientes. Parece que fue ayer cuando los franceses volcaban camiones de fruta; parece que fue ayer cuando se casaron los Reyes envueltos de gris y lluvia, y parece que fue ayer cuando las Torres Gemelas caían en directo ante nuestra estupefacta mirada.

Las noches en las que durante muchos años presenté informativos fueron noches de tensión y de atención. Así lo recuerdo. Pero también de colegueo y complicidad entre los compañeros que nos quedábamos en ese horario de poca luz y mucha luna. Cierro los ojos y vuelvo a ver una mesa con vasos de café, caramelos de menta para compartir y muchos folios con resúmenes del día. Una mesa en la que sumábamos paciencias y apostábamos por un informativo breve y directo. Poco suceso y poco deporte, «solo noticias que resuman el día», dijimos. «No somos los primeros en contarlo, somos los últimos. Seamos esenciales». Juanra Lucas presentaba a mediodía, Àngels Barceló por las tardes, y yo me quedaba a cerrar el día en aquel estrecho plató heredado de Montserrat Domínguez.

Qué ha pasado hoy, nos preguntábamos al llegar al trabajo frente a la máquina de golosinas y frutos secos. Y, mientras caía una bolsa de patatas de sabor imposible, ordenábamos la actualidad con el pulso de nuestras venas, no el de nuestro Twitter, que no existía.

Mi querida Helena Resano saca libro explicando la trastienda de un informativo. Y buceando por los capítulos, interesantísimos para los que quieran conocer cómo se hace, por qué se hace y quiénes lo hacen, he vuelto a revivir mis años al mando de aquel plató encajonado al principio de la redacción donde contaba la vida bajo unos focos. Aquella mesa con tres cámaras automáticas, un regidor de acento argentino y un pedal para mover las letras del Autocue. A pocos metros estaba realización y, si prestaba atención, podía escuchar sus respiros, respingos y suspiros. Y, con un poco de memoria, vuelvo a sentir la emoción tras el *copyright* y el «todo-ha-ido-bien, mañana-más».

¿Hacia dónde vamos?, se pregunta Helena Resano en su manual. «Ni idea», se responde con sinceridad.

Muchas veces me han preguntado por qué dejé los informativos, pero varío la respuesta en función de quien me pregunta. Y seguiré cambiándola durante muchos años. Solo he dudado cuando la cuestión es: «¿Volverías?». «¿Querrían?», respondo a lo gallego. La culpa de la nostalgia se la echo a Helena. ¿Hacia dónde vamos? ¿Quién edita la realidad?

MALDITOS PETAS ZETAS

A raíz del artículo de hace unas semanas en el que contaba cómo mis sobrinas, de tres y cinco años, me habían puesto en un apuro, me tengo que confesar de otro. Si bien las niñas lo único que habían hecho era certificar que hace tiempo que pasé de los cuarenta y que ellas no conocen los teléfonos con cable en espiral, el último episodio es que me vi abocado y sin frenos al pretérito pluscuamperfecto. No sé si se lo imaginan.

A raíz de los libros de *Yo fui a EGB* se han puesto de moda en España los concursos en los que se repasa la infancia: los chuscos zapatones que llevábamos, el olor a nata de las gomas presuntamente de nata, los estuches de dos pisos o los mapas de plástico con cadenas de montañas y regiones unificadas. Y más, el perenne soniquete de canciones, bandas sonoras y cabeceras de programas viejunos. La

nostalgia se pone en ebullición en estas fechas y no se salva ni Dios de la melancolía y el recuerdo.

Jamás he sido ni seré un tipo con buena memoria; soy más bien un coleccionista de emociones y algunas sensaciones. Vamos, que me aprendí las tablas con mis trucos y los afluentes con soniquetes próximos a la canción pop. Y, como quien dice, fui pasando de un curso a otro, más por la ilusión de aprender cosas que por los sobresalientes. Viví, dijéramos, entre el siete y medio y el ocho raspado toda la vida.

El día posterior al artículo del cable del teléfono me fui a la grabación de un programa para una TDT en la que a cuatro conocidos nos ponían a prueba. A buen seguro que el producto final será un *show* cómico, porque esos programas tardan en grabarse un montón de horas y acabas masticando todo el *catering* por hacer algo y por solidaridad con el chiste ajeno. No quiero buscar excusas al momento fatídico del final del rodaje. Les cuento. El público estaba tan animado como en una Nochevieja de los ochenta y yo, que tiendo a la empatía, me dejé llevar por la fiebre del rodaje, la noche entrada y los jaleos de plató. Nota al margen: debería ser más asertivo. Así que en las preguntas finales, con la boca llena de Petas Zetas (no es literatura ni metáfora; es real), me puse a conjugar el pretérito pluscuamperfecto para salir airoso de una prueba de literatura. Y con ojos de sueño y encomendándome a Delibes, di una respuesta. Error. ¡Caos! Yo, que forraba los libros como nadie, que me aprendí las capitales de África, que hacía raíces cuadradas y que cantaba los afluentes como los planetas de Enrique y Ana... fracasé en el pluscuamperfecto. Una presentadora sonriente, sumamente agradable y, en efecto, dotada para la broma acabó por hundirme. «¿Ya no te acuerdas del pretérito pluscuamperfecto?», me dijo. Yo tiré de sentido del humor como quien quiere vaciar el mar a sorbos y sonreí. Es lo que solía hacer de pequeño. Glups. Ya lo escribía la poetisa chilena Gabriela Mistral: «Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad».

SUPERHÉROES EN PIJAMA

Son tiempos difíciles. No hay más que cruzar el océano y ver a un señor de pelo paja saltándose todas las reglas del sentido común y siendo

aplaudido en sus estadios. Allí ya no les quedan superhéroes. Necesitan salvadores porque están cansados. Tanto es así que ahora enfrentan en el cine a Superman y Batman. Yo, cuando vi el tráiler, pensé que la pelea era por Robin, que al final los dos habían salido del armario y que estaban colados por el muchacho. Luego vi que no, que la cosa es más bélica que amorosa. Y buscando superhéroes en Estados Unidos se encuentran con Trump. Se lleva lo retro. Empezamos con la tontería de lo *vintage* y se nos ha ido de las manos.

Aquí, sin presidente y en mitad de la campaña electoral, en esta extraña pegada de carteles en pleno hemiciclo, con unos diputados que gritaban por la emergencia social, pero que ahora no tienen ninguna prisa por pactar, estamos a punto de llevar al cine a Superlópez. Hace cuatro días vimos a Anacleto, agente secreto. Joder. La culpa no puede ser de los hípsters. La culpa la tienen los dibujos que hemos visto de pequeños.

Hemos sobrevivido a la muerte de la madre de Bambi, al adiós de Chanquete, superamos la pérdida de Fofó, también dijimos adiós a nuestro amigo Félix, soportamos el bosque de Tallac sin la madre de Jackie y Nuca, y a unas ardillas huérfanas llamadas Banner y Flapy que eran discriminadas por no ser gatitos, echamos de menos a Don Mati en Parchís (lo mataron también), aguantamos la yincana de Marco buscando a su madre de los Apeninos a los Andes —y cuando apareció estaba enferma de muerte—, Pippi Langstrumpf vivía sola con un caballo, Heidi con el abuelo y una cabra, el drama de Candy Candy, la muerte de David el Gnomo y, por si fuera poco, ET.

Solo puedo decir: «Malditos roedores». Estamos marcados por los entierros, los huérfanos, las ausencias y las pérdidas. Qué queréis.

Tenemos los líderes que han mamado de la teta de *Los Cinco*, que han sobrevivido a la cobertura dulce de la Pantera Rosa y que han comido *cocacolas* de picapica. Algunos de los diputados, cuando abren la boca, todavía echan espumarajos de Peta Zetas y llevan un reloj pintado a boli en la muñeca.

Cuando dicen que tienden la mano no es verdad. Ellos saben que salen por la tele, y la tele era Dios. Se han criado frente al Telefunken sentados en pijama y con el Tigretón en las manos. Han tenido Reyes Magos, han estrenado sudaderas de táctel y se han ido de viaje de fin de curso. Algunos iban a inglés, mecanografía y karate, y otros hicieron

Erasmus. Tuvieron maquinitas de marcianitos y paga para ir a los recreativos. Lloraban y tenían juguetes. Es la generación de los cromos, las canicas y las calcomanías. Pero sobre todo, por encima de todo, salen por la tele y eso los hace superhéroes. Saben que mola.

LA TELE Y YO

No hace mucho tiempo que mi televisor funciona como el culo. Fue a consecuencia de una mudanza con muchas cajas y mucho lío de cables. El piso acabó ordenado, alguna rotura sin importancia y todo en su sitio, imitando la vieja casa. Un calco, vamos. Pero cuando me senté por primera vez en mi nuevo sofá y le di al ON para ver la tele, no funcionaba.

Me levanté a comprobar los infernales cables que andan por detrás del plasma como anguilas en celo; quité, puse, apreté y supuse que todo estaría ya en orden. De vuelta al sofá, volví a poner la tele en marcha. Tampoco. No soy un as de la tecnología, pero tampoco gilipollas. La escena de un presentador frente a su televisor en negro era totalmente enternecedora. Recordé a mi abuela cuando se iba la señal de su aparato, se levantaba y le daba golpes arriba, donde estaban las fotos de toda la familia. La pantalla volvía en sí. A veces, giraba un botón de detrás y la imagen se centraba poco a poco después de unas rayas dignas de *Poltergeist*. Yo, en cambio, pasé la tarde arrodillado intentando poner en marcha mi plasma. Me dio pena no poder dar golpes como ella: con las teles de ahora ganamos espacio, pero hemos perdido un lugar donde poner fotos, flores y libros.

Al rato —lexatin de por medio— logré resintonizar todos los canales con el mando. Se me durmió la pierna y seguí en el suelo como si hubiera acabado la procesión. Relajado.

Pero Dios no me guio por el camino de lo tecnológico y digital —confieso que soy analógico en cuestiones varias—. Dicho de otra manera: un torpe para la cosa técnica. El televisor anda desde entonces como una verbena de canales. Fui incapaz de ordenarlos. De modo que, en recuerdo a mi abuela Irene, que tenía un cartón con los números de teléfono de la familia apuntados, yo tengo una tarjeta sobre la mesa de

café con mi guía: La 1 está en el 39, la 2 en el 40, el 24horas en el 41, Antena 3 en el 45, la Sexta en el 47 y Telecinco en el 21. Todos los demás andan entre el 400 y el 500; voy subiendo y bajando y paro como si fuera un crupier de la televisión.

Mi abuela estará riéndose de todo esto. Y yo, que he logrado contagiar con mi destreza a toda la familia, ando igual cuando estoy con mis padres. Clara, mi madre, tiene otro cartón con los números de la tele y nos reímos porque hacemos real el refrán de que «en casa del herrero...».

En fin, que a lo mejor en la próxima mudanza vuelven a ordenarse de una manera más lógica. Pero así, tal y como los tengo, resulta hasta divertido. El único problema es cuando pierdo el cartoncito entre las revistas y me toca volver a recorrerme todo el dial para apuntarlo todo otra vez. Me ponen a los mandos de la Enterprise y recorro el universo en dos tardes.



VEINTE AÑOS NO ES NADA

Estoy haciéndome mayor. Es lo primero que he pensado cuando he visto la fecha en el calendario. Vaya por Dios. Lo malo de eso es que no tiene solución, y la que tiene no me gusta. Mejor crecer, sin duda alguna. Pero andaba marcando la visita del médico en rojo, cuando he visto que hoy hace veinte años que entré a trabajar en Canal 9. Antes hubo prensa y

radio local, que uno tiene su edad, pero aquel día de primavera en el que bajé la rampa hacia el desmedido edificio de hormigón de Televisión Valenciana marcó un antes y un después. Entraba en «la tele».

Voy a decir una cosa, y no es que me ciegue la pasión: la solemnidad y la ilusión efervescente de aquel día no se ha vuelto a repetir en otros platós con decorados más caros y mejor iluminados. Bien es cierto que entraba con veintitantos años y a esas edades uno se ciega con cualquier espumillón, pero aquel mayo del noventa y siete fue mítico, como dicen los chavales de hoy.

Al poco estaba haciendo reportajes de tiburones, señoras del Cabañal y talleres de fallas. Y sí: vídeos del calor con mucho biquini, que es lo que le pone cachondo a un editor de informativos, y mucho turista en terraza comiendo paella y helado de limón. Eso no ha cambiado. Tampoco es que los noticieros sean los documentales de la 2. Y ni falta que les hace, que con un poco de azúcar esa píldora que os dan, esa píldora que os dan... pasará mejor. Lo recuerdo así, que es lo que tiene la memoria adulterada.

Superados aquellos inicios de ilusión y espejismo, la tele mutó en trabajo. Qué suerte. Luego se convirtió en matrimonio, en una relación estable, un lugar en el que uno se movía cómodo por los platós y tranquilo por los pasillos. Si por mi padre fuera, me habría quedado más tiempo. Pero hay que reconciliarse con otros escenarios; los cambios son higiénicos.

Cuando salíamos de aquella redacción de informativos de fin de semana de 1997, nos íbamos a la Malva-rosa, a cenar al fresco y comentar hazañas entre reporteros primerizos. Nos quejábamos del jefe, como buenos compañeros, y brindábamos por el futuro. «El día de mañana», decíamos. Ay. El día de mañana es hoy. Hoy precisamente, que tengo visita en el médico para una cosita digestiva. Veinte años no es nada. Nada para el tango, porque para la salud es un lastre.

Si los artículos tuvieran banda sonora, ahora mismo estaría oyendo las risas de aquel equipo y las olas del mar rompiendo en la orilla. Y cómo, también, en una de esas noches, un tipo con máscara vino gateando a donde estábamos mirando la luna de Valencia y nos robó las mochilas. «Y ahora, ¿cómo volvemos?». Resultado periodístico de hace veinte años: «De esto, amigos, hacemos un reportaje, que no sea por no

informar». Va por ellos. Sentir que es un soplo la vida, errante en las sombras te busca y te nombra. Vivir.

HAZTE LA CENA

Frente a mi tortilla francesa de dos huevos y mi tomate abierto con sal he jurado que así no puedo seguir. Que esto no es cena ni comida ni es *na*. Mamandurrias culinarias de soltero en piso de soltero con vida de soltero: botella de vino blanco en la nevera, algunos tintos en la despensa, latas de atún, tomate cherry, queso fresco, huevos y botes de alcachofas y espárragos blancos. Así no.

Mi dedicación a la cocina ha ido en descenso con la proliferación de programas de televisión. Cuanto más emplatado veía, menos hacía. A más espumas, más latas. Si creaban salsas, yo bajaba al bar. Y no crean los programadores televisivos que era inquina; era bochorno. ¿Un niño cocinando mejor que un tipo de cuarenta y seis? Podría haber optado por sentarme frente a la tele y aprender, dirán. Pero ya me lo ofreció mi abuela en su momento, y me quedé con sus charlas y no con su arte entre fogones. Prefería mirarla moverse, trajinar con soltura entre los pucheros y batir huevos con sonrisas antes que imitarla. Yo hice de esponja de conversaciones y las voy colando en mis novelas.

Pero a lo que iba: que cocinar se me da estupendamente mal. Maravillosamente ridículo ante la sartén. ¿Es posible que a alguien se le peguen los «vuelta y vuelta»? A mí. (Insertad icono de muñequito con la mano alzada). Ese soy yo. El que piensa hacer ensalada y no tiene lechuga. El que abre una lata de maíz y se le pasa. El que se pone en modo Arzak, mira una receta en internet y compra todo lo que no va a usar para una cena romántica y, válgame Dios, acaba en el restaurante del barrio.

En las entrevistas me gusta mentir. Es lo más entretenido. Siempre digo que me gusta hacer mis cosas y que me muevo bien con la paella. Lo que no saben es que me muevo alrededor, que puedo mirarla, aspirar el aroma y comérmela a dos manos. Pero ¿hacerla? No. Una vez me invitaron a un programa y debía cocinar un arroz mientras me iban

preguntando cosas. Nadie probó el arroz. Tenía buena pinta, eso sí. Pero sonreí para la foto y disimulé mi torpeza con simpatía.

Hice la receta con doble memoria, me la aprendí antes de que llegaran los cámaras y la periodista. La hice. Respondí. Y después bajé al japonés a por un poco de sushi y me senté frente a la tele.

Ahora, con tanto programa de televisión con cocineros, cocinillas y maestros de la batidora, me siento como un salmón corriente arriba. Sé que debo aprender. Sé que debería apuntarme a cursos. Sé que debería pedirle a mi madre que me diera clases. O apuntarme a *Masterchef*. O ser becario en la cocina de algún bar del barrio.

Y lo peor, para acabar, es que una de mis películas favoritas es *Ratatouille*. El día que tenga un ratón en mi cabeza dirigiendo las maniobras, me pillaré con dos tomates cherry, un huevo peligroso, un trozo de jamón y vino blanco. Y con eso, ¿qué hago?

LA BUENA GENTE

Veo una portada con el presentador Roberto Leal enseñando músculo, muchos músculos, carne prieta, magra y depilada, y me da envidia. Pelusa de la rica, de la que me hace afilar los colmillos y empuñar el teclado. Y sí, lo primero que pienso es: encima de bueno, estás bueno, canalla. Y me río de mi pereza en los gimnasios, de mi fobia a las pesas, de mi rechazo a las bayas goji, de mi dentera ante las manzanas secas y aburridas, de mi colección de tarjetas y matrículas variadas en todos los centros deportivos del barrio. Ese Roberto, prensado en piel, me da dos bofetones desde su portada. Y sonrío, el muy bribón. Y me dejo, porque es amigo. Porque me cae bien. Porque es buen tío. Porque merece todo lo bueno que le pasa. Aplaudo su éxito de manera sincera.

Es eso de lo que quería hablar. Podría acabar aquí la columna. Fin. Hablar bien no se lleva. A veces da la impresión de que lo último a lo que el español medio está dispuesto es a admirar. Con lo fácil y saludable que es la empatía, la gratitud, el afecto.

Andamos muy pendientes de demonizar a la gente mala, a los perversos, inmorales y malvados, y se nos olvidan los buenos. De la misma manera que prestamos atención a las noticias negativas y

pasamos por encima, como si tal cosa, la sección de ciencia y cultura, hacemos lo propio con las personas. Está bien amonestar y reprochar a los nocivos, sí. Pero empecemos también a mover la sopa de las buenas nuevas, que de olvidarla se nos reseca el fondo.

No es ñoñería. Cuántas veces no hemos dicho en medio de algún recuerdo: ojalá haberle dicho a mi padre que lo quería. Y pasó el tiempo. A veces ni siquiera se trata de un recuerdo, sino que estamos frente a la buena gente, cara a cara, y olvidamos que lo son y que nos procuran buenos sentimientos. En suma, siempre estamos dispuestos para la queja, pocas para el elogio. Y resulta más gratificante.

Por eso es tan curioso y llamativo que nos cueste aplaudir más allá del cumplido. ¿Qué se puede hacer ante eso, cuando la tendencia actual es que nadie reconozca el éxito ajeno? Lo vemos ante grandes actores, investigadores y escritores que son premiados fuera. Hay algo latente y no me huele bien. Para una cosa gratis que tenemos y no la usamos. Elogiar no es votar, que solo podemos hacerlo a un partido. En el elogio cabe el prorrateo, la división, los lotes y las rondas. Podemos invitar, incluso. Leñe. ¡Abraza, besa, aplaude, encomia y celebra! Y no protestes cuando la comida está salada; alaba cuando cada día está sabrosa.

Puede que parezca una anécdota, pero recuerdo cuando Roberto se plantaba en la Feria del Libro con su chica y la novela por firmar. Sus maneras son de tío simpático, de vecino amable, de colega al que le prestarías la casa y el perro. Gente. Esa gente me gusta.

ABRÍGATE, COMPAÑERO

Mientras usted lee esta columna, hay un reportero esperando con el micro en alguna zona de frío. Y a su lado, un cámara preparado para enfocarlo. Congelados los dos. No tengan ninguna duda. Lo que antes era una conversación de ascensor —qué frío hace, Manolita—, es hoy un espectáculo televisivo de primer orden. A los jefes les gusta colocar al reportero a la intemperie. Y la culpa es de todos, verán.

El otro día Luz Sánchez-Mellado lo decía en un tuit: «*Pray for* los reporteros *arrecíos* de frío por esos andurriales de Dios solo para que los señoritos de los platós les pregunten cuánto frío hace, Fulanito». Y yo,

que fui uno de esos muchachos con gorro, guantes y gafas empañadas, aplaudo con carácter retroactivo. Aplauddo mucho.

Se anuncia sin cesar frío en invierno y bajada de temperaturas, lo cual es cosa del diablo, válgame Dios; o bien la llegada de las nieves, como si fuera una declaración unilateral de la climatología, la invasión de los copos (que en tele queda superbien) y el caos de las temperaturas en plan *Blade Runner*. Desde que tengo memoria, francamente, los reporteros bajo la lluvia, soportando el temporal o calados en la nieve, han cubierto todo tipo de supuestos desastres. La mayoría de las veces —confesión— tocaba llamar al Mario Picazo de turno para preguntarle temperatura, previsión y fuerza del viento, porque allí donde te habían colocado no había manera de saberlo. Mucho juego floral y poca información en mano.

Hay planos de imagen muy socorridos: con la nieve hasta las rodillas, delante de un puente anegado o con las olas rompiendo en el malecón. Ay, mi niño. Qué ratos hemos pasado todos los afectados, micro en mano, esperando que entrara de una puñetera vez la conexión.

Es enternecedor si no fuera porque el cámara y el redactor deben esperar al fresco —es un decir—, mientras un colega de la unidad móvil les acerca el caldito o les guarda la libreta en el bolsillo hasta que «desde Madrid» gritan: «¡Entramos!». En el mejor de los casos, se hace el directo de día. Porque hacerlo en los informativos de noche es el *Grand Prix* de la mala leche, no me digan. El conductor de la móvil enchufa las largas para iluminar un poco el fondo de aquel andurrial y el del plató se despide con un «abrigate, compañero». Ay. Fin del directo. Vámonos para casa.

Soy completamente lego en asuntos de audiencias, *shares* y *targets* comerciales, pero lo cierto es que cuando hace frío se consume más televisión. Y, por ende, gozamos con el frío ajeno desde el sofá. Así es el género humano. Goza. Saborea. No cabe de contento mirando tiritar.

Mi recuerdo desde estas últimas líneas a aquel editor jefe que me mandó a «buscar nieve» porque «a la gente le gusta mucho» (*sic*). Seré breve, que me queda poco espacio. Cuando llegué a la sierra, allá donde ya no se aparece ni la virgen de Pixar, después de muchas curvas de interior con parada en algún bar de carretera para preguntar (no había GPS) y con el depósito casi vacío, llamé al susodicho amo como fiel

vasallo informativo: «No ha nevado —exclamé—, apenas hay cuatro líneas en el suelo con nieve. Nada más».

«¡Pues graba de cerca y ponte unos guantes para el directo!», sentenció el paladín desde plató. Amén.

QUÉ PALIZA

Ha ganado. ¡Han ganado! Y en las noticias vociferan sobre una imagen de los mejores goles ralentizados: «¡Qué paliza!». Así, sin anestesia. Como metáfora de barra de bar, carajillo en mano, para destacar el triunfo de nuestro equipo, está bien. Como parábola para hacerse eco del triunfo, no. Me niego.

Me niego a que el lenguaje en deportes sea siempre bélico. Me niego a que siempre se hable del contrario como si fuera una batalla carlista. Me niego a que el fuego cruzado sea verbal. Me niego a que los presentadores hablen del rival a batir como si fuera *Juego de Tronos*, Pearl Harbour o *Apocalypse Now*. Me niego a que se narre la victoria deportiva como si en el campo hubieran quedado cuerpos destrozados. Me niego a que se pinten la cara como si fuera una batalla tribal de Mel Gibson. Y me niego, sobre todo, a que el eco que quede en nuestro salón de casa sea el de una paliza. ¡Es deporte!

A machacarlos. A por ellos. A triturarlos. Pulverizarlos. Aplastado. Molido. Desintegrado. Masticado. Roto. Sic. Somos los mismos periodistas los que luego abanderamos campañas contra el maltrato y a favor del juego limpio. Qué cinismo.

El deporte como juego y como diversión ha quedado para las guarderías. En cuanto el niño tiene siete años ya grita como un borrego y lanza improperios bélicos porque los ha escuchado en casa y en las noticias. El árbitro colecciona tacos y el portero, otras tantas humillaciones. No entraré en el lenguaje machista (que lo hay) a la hora de retransmitir un partido cojonudo y una final coñazo. Así es, tal cual. Esto es muy antiguo. Tampoco en el lenguaje homófobo que surge de las entrañas del más cosmopolita para calificar a un jugador que ha fallado. No me valen las excusas de la pasión desaforada y el fuego de la contienda. No.

Urge una revisión lingüística a la hora de construir un relato. Las batallas que tanto nos espantan —en las que hay heridos de verdad— no son deportivas, son la cruda realidad. Por eso, escuchar «vaya paliza le hemos dado» cuando estamos relatando un encuentro deportivo es insano. Porque minimizamos la palabra, y tres noticias después la volvemos a usar para un drama. Si usamos las palabras con frivolidad, sobre todo las más serias, acabamos vaciándolas del contenido real.

Inmunizados como periodistas y como espectadores.

P. D. Este artículo está basado en hechos reales.

CUCHARAS DE PLÁSTICO

«¡Tíío!», gritan mis sobrinas cuando entro en casa. Hago como muchos: volver a mi lugar por Semana Santa, regresar al pueblo. Y mis pequeñas me reciben con patines que apenas ruedan y un puzle sin aristas. Somos como todas las familias: no queremos que les pase nada a los niños. Y cuando me siento con ellas en el suelo, les ato bien los patines, les pongo las rodilleras y coderas, y las llevo de la mano por el pasillo. Luego nos sentamos en el cuarto —alfombrado de gomaespuma— para jugar con las muñecas, aunque las abandonamos por aburridas y decidimos pintar y hacer recortables. «Las tijeras las usa solo el tío», avisa mi prima desde la cocina. «Vaaaale», responde la mayor, sabiendo que conlleva peligro. Acepta que yo sea el que recorte los dibujos mientras ella los pinta con plastidecores que no pinchan. Y así pasamos la tarde. Pinta y recorta. Luego cenamos con cucharas de plástico, cubiertos de plástico y vasos de plástico. Lo normal.

En la tele —colgada de la pared— siguen saliendo imágenes del metro de Maelbeek, las maletas abandonadas en la terminal de Zaventem y, de reojo, leo los subtítulos de unos expertos que hablan del vivero de yihadistas en no sé qué lugar. «Es un bucle de terror», dice uno. El rótulo añade que los hermanos El Bakraoui son los kamikazes del aeropuerto de Bruselas. Luego salen pancartas, bengalas en mezquitas y muchos carteles de «*Je suis*». Un Tintín de dibujo llora con lágrimas de tres colores; las niñas miran. «¿Por qué llora?». Me bloqueo.

El contexto del miedo está en muchos países, en todos los lugares, en el sitio más inesperado. Es obvio que el terror lejano influye menos, por la teoría de la proximidad. El pavor en lugares que nos son conocidos y semejantes genera una desconfianza en lo cotidiano, nos eriza la piel y las víctimas se ven como vecinos. Así es la naturaleza humana. El miedo real, por cercano, es más turbador, más intenso, más agudo. Todo lo lejano parece inverosímil. Pero perturba cuando te ves empujando un carrito de maletas en un aeropuerto o sacando los billetes para embarcar.

La tele, sin sonido, muestra las fronteras llenas de refugiados, críos como los nuestros entre el barro y padres como nosotros formando filas ante la ayuda. Los niños juegan con la policía griega en Idomeni. Familias a las que el ISIS les destruyó la vida y por eso tuvieron que huir de Siria o Irak. Un refugiado se ha quemado a lo bonzo. Desesperación. Las noticias siguen. Una machaca a la otra. Es una cadena de titulares. La plaza de la Bolsa de Bruselas aparece llena de velas y muchos mensajes escritos con tiza. Las banderas son de todos los colores. Ahora dicen que...

Vuelvo la mirada a las niñas. Y a sus cubiertos de plástico.

VENTE AL PUEBLO

«¿Dónde estabas entonces?», pregunta Ana Pastor en su nuevo programa. Nos lo preguntamos constantemente y a veces lo recordamos. Algunas fechas como la de hoy se convierten en un día marcado no solo por el rotulador de la información, sino por el de la memoria emocional. Mi madre siempre recuerda el 23F de 1981, que ya tiene perspectiva. Llegó una vecina gritando, cuenta, y nos avisó del golpe de Estado apoyada en el portal. Fue una exhalación, un teletipo, el verdadero Twitter. La vecina que llega y nos pone en alerta. Enchufaron la radio y el desasosiego se hizo con el salón.



Lo bueno del tiempo es que lo va transformando todo, tiñendo de sepia. Los años borran detalles insignificantes, como el color de la rebeca que llevaba la vecina, y agrega fragmentos que son producto de tanto reportaje de televisión. Al final, ya lo dice Borges, no sabes si recuerdas lo que viste o lo que te han repetido después. No sabes si lo viste o lo viviste. La realidad se adultera.

El 11S me pilló comiendo espaguetis con tomate. Algo rápido que hicimos tres amigos periodistas que entrábamos en el turno de tarde a currar. Al poner la tele, un incendio en una de las Torres Gemelas nos sobresaltó. Acababa de volver de Nueva York y la conversación giró en torno al restaurante de la última planta... hasta que se nos cortó la comida. No era un incendio. Era un avión. Y de pronto, otro.

A partir de ahí los recuerdos son una carrera al baño, un taxi a la redacción de informativos y un ordenador hirviendo. Àngels Barceló y Montserrat Domínguez se repartían la pantalla. Los redactores pasaban noticias de última hora. Corrían por los pasillos. Compactaban las imágenes. Se sobresaltaban con otras que llegaban. En la calle la gente desaparecía y se amontonaba frente a las pantallas de televisión. En aquella redacción, Juan Pedro Valentín no nos daba tiempo a pensar. Asistíamos perplejos a lo que parecía el inicio de una guerra o, según alguno soltó, el fin del mundo. Todo adjetivo se quedaba corto. El miedo crecía y el mundo se paralizaba. Recuerdo aquellas imágenes de gente tirándose, la torre cayendo a cámara lenta, los bomberos llorando, la nube de polvo, el Pentágono, la lista de nombres, las canciones que sobrecogían...

Recogí el testigo de Àngels o Montse en la mesa del plató. Conté lo que había pasado vestido de traje y corbata, ahogándome, sin saber qué iba a pasar. Me ponían teletipos —que así se llamaban— con las últimas horas sobre la mesa de cristal. Notaba mis manos sudadas. El bolígrafo resbalarse. Los folios, llenos de anotaciones.

Mi madre me llamó a la redacción haciendo de madre. «Vente al pueblo —me dijo rotunda—. No te quedes en Madrid. Vete a saber qué puede pasar ahora». Suena exagerado hoy. Entonces, aquel 11S, todo era creíble. Porque estaba pasando. Porque había miedo. El pueblo era el refugio. O la voz de la madre.

[A DOÑA LEO LE GUSTAN LAS PEONÍAS]

PIERDO EL TIEMPO

Golpeo las teclas como si volviera a tener una Olivetti. Es más, golpeo como si me dictara el texto mi perra, que me mira afligida desde el sofá. Los perros torturados y amputados en la localidad sevillana de El Saucejo por varios sádicos, los cachorros aplastados en Puertollano, la comida envenenada en Alcantarilla, Murcia; las salchichas con alfileres en parques, la perra a la que mataron en Zaragoza dándole carne con cuchillas, los jóvenes que aplastaron a pisotones a setenta y dos lechones y los cientos de galgos que ahora en febrero serán, como todos los años, brutalmente asesinados o abandonados por los cazadores tras la temporada porque «ya no son útiles» son el espantoso reflejo de este mapa.

El maltrato sale gratis en España. No he tenido que tirar de hemeroteca para enumerar el rosario de barbaridades anteriores, son noticias frescas en el *timeline* de la actualidad. Ojalá se descubra a los depravados que disfrutaban con el maltrato, pero, ojalá también, este país reaccione y haga una ley dura y general para los que asesinan y torturan. Con la ley actual, los bárbaros que golpearon con piedras de hormigón hasta la muerte, amputaron y envenenaron a los perros de El Saucejo no entran en prisión. Apuesto a que se ríen porque han sido noticia y sus amigos callan, cómplices. Tampoco irán los que dejaron morir de hambre y sed a cuatro animales, ni el que mató al perro de su madre por venganza, ni el que golpeó a su caballo hasta la muerte. Nadie irá a prisión. Total, son animales. ¿Qué más da?

Seguramente ya habrás dejado de leer el artículo porque te da igual lo que pase con ellos, con los animales; porque piensas que hay más temas, porque crees que este es el típico grito del que tiene perro en casa y siente el dolor por proximidad. Claro. Y dirás que pierdo el tiempo. Tal vez lo pierdo mirando a mi perra y saliendo a pasear con ella. Pierdo el tiempo viendo cómo se sube en las faldas de mi madre o se acerca a las piernas de mi padre. Pierdo el tiempo cuando salta encima de mi cama para despertarme. Pierdo el tiempo cuando la veo mirar el mar como si contara los barcos. Pierdo el tiempo jugando con la pelota y calado hasta los huesos cuando la baño. Pierdo el tiempo cuando la veo dormir. Pierdo el tiempo cuando viene con la correa pidiendo paseo. Pierdo el tiempo poniéndole comida y cambiándole el agua. Pierdo el tiempo en el veterinario. Pierdo el tiempo acariciándole el lomo hasta que se duerme en mis pies. Pierdo el tiempo con ella.

Solo una frase. Según Gandhi, el nivel de moral de un pueblo se puede medir por el trato que dispensa a los animales.

¡OH, «RUNNERS»!

Desde que los corredores son *runners* y las blogueras, *influencers*, mi vida no tiene sentido. Ya dejó de tenerlo cuando los «pinchadiscos» pasaron a ser «*diyéis*». Y la cosa se puso brava cuando los «¡atiza!» empezaron a ser «*zasca*». Pero lo que me tiene loco en verano son los *runners*, esos que pasan alegremente a mi lado mientras voy zascandileando con mi perra para que haga sus necesidades.

El sol aprieta en el paseo de mi playa, empieza a picar la camiseta en los hombros y mi compañera tira de la correa buscando las irrisorias sombras de las palmeras. Pero ellos, ¡ay, ellos!, corren con sus saltitos y sus zapatillas rumbo al infinito. Llevan la mirada perdida y los auriculares puestos. Los observo pasar a mi lado como ráfagas deportivas de la vieja Grecia y me fijo en sus culos, sus tetas y sus pantorrillas. Ellas y ellos. Admiro su fortaleza y sus sonrisas, sus bufidos y sus zancadas. Son héroes de la mañana que corren —*to run*, en inglés— con muchas ganas y alguna meta. Yo sigo paseando lento, con mi perra oliendo pipís y farolas. Mi rumbo matutino es otro.

—Leo, por favor, haz caca ya que no puedo más —le digo dulcemente. Bueno, a veces no tan dulcemente, pero se lo digo para acelerar, sin acritud.

Mientras recojo su deposición —no quiero ser explícito—, los *runners*, practicantes de lo que antes se llamaba «*futin*» y/o «*yoguin*», siguen pasando como gacelas rumbo a no sé dónde. Los veo porque llevan ropa fosforito, zapatillas de anuncio y cintas en la cabeza.

—Un día deberías ser tú el que corre —me dice mi perra.

—Uy, no. Yo tengo asma —le contesto incorporándome.

Pero como a mi perra solo la escucho yo, llega el momento incómodo en el que algún *runner* te reconoce y te dice: «Eh, ¿no te animas?». Y mientras se marcha con sus saltitos de alegre gacela, yo contesto con una sonrisa impostada: «Si estoy muy animadoooo...».

A mí me gustaba cuando os dio por el pádel y por el aeróbic —¿sigue existiendo?— porque no me sentía incómodo ni señalado. Os metíais en vuestras salas a sudar y salíais con vuestros cuerpos esculpidos a la calle como si fuerais concursantes de *Tu cara me suena*. Ahora, en cambio, sois la provocación para el que no corre. Una exhibición deportiva que te arruina moralmente si te pilla desayunando magdalenas proustianas o sentadito en tu banco tan tranquilo mirando el horizonte.

Pura provocación. Volved al karate. O al yudo. Por favor.

De lo que estoy seguro es de que el día que me dé por hacerme *runner*, habrá pasado de moda. Y ese día os habréis puesto a hacer boxeo. O vuelto al aeróbic, quién sabe. No llego nunca a tiempo.

LA FLOR DE MI SECRETO

¡Qué hermosa está la mañana, Leo! La luz del sol centellea. Las flores dan sus perfumes, sus rumores la arboleda.

La Jacinta, Chus Lampreave en *La flor de mi secreto*, recitaba ese poema camino del pueblo en esa película de Almodóvar repletita de jaculatorias y sentencias que siempre vienen muy bien para hacer plegarias entre los amigos. Yo, que hablo con mi perra muchas veces, le digo el poema. Y la Leo me mira como si me entendiera. Creo que se lo sabe y un día, después del pienso, que ella es muy de comer, como su

amo, me recitará las frases de Chus y me dará un vahído. Fingiré, claro, porque los que tenemos perro andamos por la vida hablando y haciendo gestos como si nos comprendieran. Así que el vahído será lo justo para teatralizar. Ahora mismito la tengo a mi espalda, tumbada como una sultana en la cama, respirando la siesta. Le he dicho que iba a escribir y la muy perra me ha entendido perfectamente.

O sea, escribo como si mi perra fuera mi editora. Me vigila.

A continuación escribo el contenido: «Leo, ya hemos paseado, me toca hacer el artículo, es hora de escribir. Vente conmigo, si quieres, al cuarto y me miras teclear. No te olvides del peluche. Vamos». Verdaderamente, se podría decir que hablo solo. Pero no. *Doña Leo* me mira atentamente, coge su bicho con los dientes y se ha venido caminando en procesión hasta mi habitación. Transcribo lo que me ha dicho: «Me quedo contigo si me dejas quedarme en la cama. Le he cogido gusto. Pero aviso que tampoco tienes que escribir el *Ulises*, así que acelerando, que hace buen día y podemos dar una vuelta después».

Total, que estoy en la mesa con mi perra fingiendo que duerme y yo mirando de reojo la hora para salir. Más de uno diría que estoy loco, pero si tiene perro —más vale que lo tenga el lector, por valorar con medida justa—, sabrá que esto es lo normal. No es coña.

Por hacer hemeroteca, los perros y los gatos han acompañado a los escritores como primeros lectores desde siempre. Lord Byron tenía un labrador negro llamado *Boatswain*; Victor Hugo a *Lux*, un galgo; Unamuno a *Remo*, su pastor alemán, y con él hablaba y le escribía poemas; Murakami es más de gato, de gatos, porque tiene diez, como Bukowski, que hasta quería reencarnarse en felino, yo creo que por no escribir más. Miau. A mí me pasa como a Gertrude Stein, que escuchar a su perro le ayudaba a ajustar la cadencia de su escritura. *Doña Leo* respira y yo tecleo. Así que si esto se lee raro es cosa suya, que se despierta.

Lo dicho. Ella es la flor de mi secreto. Mi vigilante. Mi compañera. Mi pareja de hecho. Mi secretaria general. Mi candidata.

—Leocadia, que te llaman.

—¿A mí?

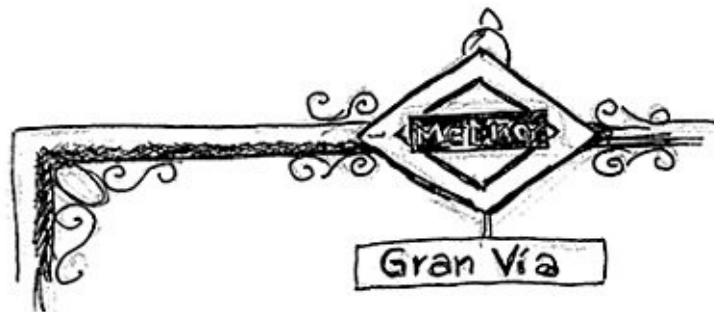
—Sí, a ti, ¿no te llamas Leocadia?

ESE CHICO QUE PASEA

Hoy he visto a un chico que paseaba con su perro por la calle. Iba agarrado a su móvil, tembloroso, con la mirada perdida y un andar lento, sin dirección. El típico paseo de dueño y mascota que no tiene rumbo fijo. Ahora para aquí, luego hacia allá y vuelta a girar a donde marcaba el animal. Sigue. Frena. Piensa. Se le ve transparente —demasiado—, algo lívido y apagado en la actitud. Parece que solo pasea. O se deja llevar por su perro. Tal vez. Vi como se paraba frente al quiosco del parterre a leer los titulares de la prensa, mientras arrugaba la frente y apretaba los labios en la búsqueda de palabras grandes. Algo de amor ponía en titulares de color. Revistas que anunciaban holas y adioses. En ese momento el móvil volvió a estar presente, parece que quería teclear algo, pero se quedaba parado, anestesiado frente a las palabras que no salían de sus dedos. El perro tiró de él en un arrastre animal como en esos concursos de bueyes. «Vamos —parecía decir—. Qué coño haces parado». El horno alimentaba la plaza y el último niño había entrado en el colegio tras darle un beso a la madre. Era esa hora en la que no pasa nada. Las nueve y diez. Y lo que pasa, pasa dentro. Podía verse el terremoto que palpitaba en su pecho, inquieto y atormentado, cuando se apoyó en el árbol donde el can hacía pis salpicándolo todo. Nos miramos en el reflejo del escaparate del horno, entre panes y magdalenas calientes, sin saludarnos. Una mirada. Una forma de reconocerse de lejos y de cerca. Después echó a andar calle arriba para girar a la derecha y volver a aparecer en la misma plaza. Esta vez venía llorando y, como llevaba el móvil en una mano y el perro en la otra, no podía secarse las lágrimas. Hizo ademán con el hombro, intentando llegar a las mejillas, pero no. El gesto, casi mueca, era torpe e innecesario. Lloraba sin poder apagarlas. El pecho palpitaba más fuerte, queriendo salirse del cuerpo. ¿Qué podía decirle? «¿Cómo estás?», «¿Necesitas algo?», «¿Quieres un pañuelo? Yo llevo. Toma». No hace falta hablar. El perro se paró a mirarlo, sentadito como las figuras de cerámica de las tiendas, enarcando las cejas pobladas y buscando una caricia con la lengua. Los dos se miraron. Juro que se entendieron. «Aquí me tienes, pequeño», le dijo el perro. «Aquí sigo», le lloró el mayor. Los dos, paralizados en las escaleras de la plaza, sin más miradas que las suyas entrelazadas,

comprendiéndose y esperándose mutuamente. «¿Seguimos paseando?». Fue el perro quien tiró del chico, jugueteando exageradamente como si supiera qué ponía en el móvil, como si quisiera forzarlo a que se le cayera y la pantalla se hiciera añicos. «Mira cuánto puedo saltar, muchacho. Mira qué vueltas doy, chaval. ¿Has visto? Corre conmigo. Vamos a los árboles. Huele a pis de perros. Del bueno. Vente». La señora del horno volcó entonces el cubo de fregar formando un amazonas de agua sucia hasta los escalones. La catarata del Niágara de repente; el río que lo divide todo, que lo mueve y lo parte. Perro y dueño echaron a correr en ese momento otra vez calle arriba, con las lágrimas secas y el pecho acelerado. Ya en el portal, sacó las llaves, abrió, se giró a la calle, allí donde a veces lo esperaban. Y se vio en el cristal, con la cara sucia y el pelo revuelto. «Vamos a casa», se dijo en el reflejo.

Creo que era yo.



DE CERDOS Y PERROS

Hay un cartel que dice: «Perros no». Un can tachado en rojo como si estuviera perseguido por la policía. La multa es alta. Las pagan los dueños, claro. El perro qué sabe.

Mientras paseo con precaución para que mi perra *Doña Leo* no infrinja la ley y nos pillen a ambos como burdos delincuentes, un señor de mi mismo peso y altura camina por esa zona de la playa, prohibida para nosotros dos. Lo miramos con envidia porque a mi sabueso le gustaría saltar por la arena. De pronto, arranca algo desde lo más hondo de sus pulmones, hace gesto con la boca y escupe en la arena (insisto, la zona prohibida para perros). ¡Plaf! No quiero detallar la cara que he puesto yo

y el susto que se ha llevado mi perra. El hombre, al que ha debido de parecerle poco, ha cogido más fuerza y ha repetido la acción. ¡Plof! Es algo —lo escribo aquí claramente— que solo hace el género masculino; todavía no he visto tan repugnante y nauseabunda práctica en ninguna mujer. Lo de escupir en la calle debe de ir en el *pack* de la testosterona. Asco. Por inercia lo he mirado como si tuviera rayos equis en los ojos, pero al hombre le ha dado igual. Qué cuajo.

Mientras el marrano salía de la arena con la flema de los cerdos, mi perra ha hecho lo suyo en el paseo, junto a un árbol. Y con el mismo mimo de siempre he cogido una bolsa del bolsillo y he recogido el regalo para echarlo a la papelera. Y al levantarme del suelo, he vuelto a ver la desafiante señal de «Perros no».

No os voy a dar una lección de urbanidad ni voy a justificar aquí que mi perra es más limpia que el señor del escupitajo. Algo obvio. Lo es. Y bastante más. Porque mientras creía que el género humano no puede dar más asco de puro puerco, dos jóvenes se han levantado del banco después de dejar el suelo lleno de cáscaras de pipas. Sí. Supongo que lo han hecho de forma generosa, por si crece un campo de girasoles en el mármol del paseo marítimo. Han desenvuelto después un chicle y han tirado al suelo el que ya no debía de tener sabor. Diréis ahora que fue casualidad, que eso ya nadie lo hace. Probad un día a caminar por la ciudad contando manchitas negras del suelo: son chicles.

Mi perra y yo hemos seguido por el paseo, con calma, contándonos cosas de estas Navidades y estrenando collar nuevo que le trajo Papá Noel. Y le contaba que ese cartelito de «Perros no» podrían sustituirlo por uno de «Cuida de tu entorno, so guarro». Pero mi perra, que está bien educada, no ha querido responder a mi propuesta y ha sacado la lengua para besarme la mano. Es su respuesta. Porque esos otros que se han levantado de la orilla y han dejado una bolsita usada junto a dos latas de cerveza no son perros, como tampoco lo era el señor del pecho de pozo profundo o los chavales de las pipas. La limpieza no es cuestión de perro, de tenerlo o no; es cosa de sentido común. Tampoco es mucho pedir; es algo tan sencillo como pensar en cómo te gustaría encontrar tu casa. Pero desde hace un tiempo nos creemos que lo público no es de nadie. En fin. Es un tema más largo que esta columna. Y eso que no entro en el terreno grafiti, porque me espanta la cantidad de puertas y fachadas rayadas que salpican la ciudad. ¿Por qué todo está

garabateado con rotulador? ¿Todavía no hemos pasado la adolescencia?

¿QUIERES SALIR CONMIGO?

Ando estas últimas horas del año por la orilla del mar con mi perra. Pensando en lo que debería contar en este artículo. Le he dicho a mi compañera de cuatro patas que no haría una lista con lo mejor ni lo peor, que están muy manidas; que tampoco haría propósitos porque nunca los cumplo y, además, me he acostumbrado a que tampoco los cumplan conmigo. ¿Promesas? ¡Ja! Me río de ellas.

El mar estaba algo bravo, restos del temporal, así que pensaba poner de vuelta y media a los políticos por haberse convertido todos en lo mismo, o casi. Se imitan, se han hecho caudillitos y vociferan como en la feria de mi niñez, pero sin muñecas chochonas.

Pero en ese momento en el que pensaba en hablar de política, mi perra ha parado junto a una palmera, ha hecho sus cosas y he entendido el mensaje. No hablaré de política. Vale. Después he intuido que si hablo de amor, alguien se dará por aludido; así que, tampoco. Mutismo. No merecen ni una línea aquellos y aquellas que nos hagan pasarlo mal. De modo que he seguido caminando por la orilla con mi perra y he aprovechado para borrar algunos teléfonos móviles de la agenda. Una buena amiga también lo estaba haciendo y me he animado a imitarla. Es bueno, sana y culito de rana. El año debe empezar limpio de basura. Recomiendo ese momento en el que ejecutas el borrado de algún número de teléfono al que no debes llamar. Y hoy, 30 de diciembre, es el día. Que nos pille confesados.

Mi madre me ha dicho que, ya que paseaba a la perra, que trajera la prensa, media docena de huevos, leche sin lactosa y dos recetas de la farmacia. Digo yo que el costumbrismo está bien, pero tampoco debo incidir. No hables de la familia hoy, Max. Así que he seguido caminando y pensando en el año nuevo y en lo que ya no será. Pero como me he puesto melancólico, he considerado que lo dejo para otra ocasión; son días de fiesta. Y, sea como sea, hay que celebrarlo. La Nochevieja está a

la vuelta de la esquina y muchos andarán probándose los abalorios rojos y comprando uvas.

En el momento en el que *Doña Leo*, mi perra, se acercaba a saludar a otro perro, me he visto en la circunstancia de saludar también. Los perros oliéndose bajo el rabo y los adultos obligados a sonreír y sacar algún tema de conversación. Y fíjate que mi perra es lista, pero no sabía que lo fuera tanto. El *casting* que ha hecho ha sido impecable. Hemos acabado sentados en el banco, mirando el mar y dándonos los teléfonos. Oye, tan ricamente.

Ahora que se acaba el año me doy cuenta de que tenía que confiar más en mi perra y menos en mi instinto. Porque, que no se me moleste mi sexto sentido, pero me está fallando más que una escopeta de feria. Así que estoy a punto de terminar el año con una alegría y un nuevo teléfono. Eso sí, he dicho que nada de usar el condicional: nada de promesas, nada de futuribles, nada de gestionar posibilidades... El año nuevo ya tiene mi teléfono, que me diga lo que quiera. Me dejaré llevar.

GUAU

Un vecino muy amable pasea a mi perra cuando yo no estoy. Mi madre anda regular —artrosis y esas cosas que aparecen en el guion de la vida entrados los años— y mi *Leo* es demasiado vivaz. Quien dice vivaz, dice enérgica, atropellada, despierta. Vamos, un polvorín de tomo y lomo. Resultado: el vecino inglés, que no tiene artrosis y los meniscos engrasados como un surfero de veinte, viene cada mañana y se lleva a la perra a dar una vuelta por la playa. *Doña Leo* lo espera como si le hubieran dado el Príncipe de Asturias de los ladridos, mueve el rabo y relame la correa ansiando la caminata. Me cuenta que se sientan en la playa y que se toman un café en el Goa. Ella, como sale sin dinero, se deja invitar.

Y a lo que voy, que me disperso: creo que mi perra está aprendiendo inglés.

Hablar hablar, no. Pero entiende la lengua de Shakespeare. Y me como los muñones cuando la veo con el vecino, porque a mí me costó un disparate entender los giros del idioma. Pero mi *Leo* me ha salido

lista. Le dice: «*Run*», y corre. Le dice: «*Let's go*», y va. Le dice: «*Shut up*», y se calla, la muy suya. Y hasta bebe agua en inglés. «*Water, Leo?*» ¡Y lo sabe! Se lanza al pozal como el mismísimo Phelps. Vamos, que en cuatro días la pongo de guía turística por la Costa Blanca para los británicos.

Lo mejor del asunto es que los vecinos ingleses son amigos de mi madre. A estas alturas del artículo uno pensará que mi madre también lo habla. Pues no. Pertenece a esa generación que hace gestos, sonrío y no necesita academias. Quedan para ir juntas al mercado y se vuelven en el autobús dándose palique. Mujeres del siglo pasado con armas del siglo xxi. Pero ahí no acaba. El otro día me dijo (transcribo): «Me ha dicho la rusa (otra vecina) que la van a operar de los dos tobillos». Y respondo patidifuso: «¿La rusa?». Ni que decir tiene que tampoco habla ruso. No es coña, se entienden. Y no solo están para *jijí jajá*; muchas veces están de charla, porque las pillo en el jardín y mueven los brazos, se ríen y tuercen el morro para marcar la tensión del diálogo.

Muchos nos atropellamos cuando en algún restaurante no nos comprenden, apretamos muelas en el mostrador del aeropuerto y rezamos para que la azafata hable español si surge algún contratiempo, lideramos los entuertos en las entradas de los museos y optamos por pedir el menú básico ante las nebulosas. Soy de esa generación que titubea, que prefiere Sabina a Beyoncé por-que-se-le-en-tien-de-la-le-tra. Así de simple.

Ahora veo a los muchachitos escribir sus textos de Instagram en inglés y poner frases de canciones como si fueran suyas. Saben más. O lo parece. Pero a ingenio no le ganan a mi progenitora. Con decir que el otro día en el ambulatorio la pillé arreglándole las recetas a una británica que había llegado tarde a su cita con el médico... No digo más. Así ha salido mi perra, que un día la pasea la rusa y se me pone a leer a Fiódor Dostoievski.

BARRIGUITAS

Estaba yo en uno de esos días en los que pones la tele, alimentando la nada con gominolas en el sofá, y se me venían a la cabeza las

vacaciones. ¿Pensar en el verano mientras caía la nieve? Rarezas de esta primavera. ¿El éxtasis del azúcar? Seguramente. En mis manos tembló todo el manjar cuando salió el primer anuncio de bañadores con la nieve de reojo tras el cristal. Pero ¿qué hacen?, me dije. ¿Ya toca adelgazar otra vez?

Aturdido por los cuerpos prietos de postadolescentes, pensé que lo más sensato era dejar el dulce. Más sensato y más sano también. Maldita sea. Otra vez. Aviso a navegantes, fotógrafos y futuras exparejas. No-he-lle-ga-do. El invierno ha sido frío y cuando hace frío te tapas. Consecuencia: no te ves. Y como no te ves, no eres consciente. Los más avisados han ido currándose una dieta y unos ejercicios durante los pasados meses. Yo me he limitado a una elíptica y cuatro paseos con perra. Y eso es como soltar un vino con gaseosa en un *gourmet* lleno de enólogos. Mera efervescencia. Ahora, todas las poderosas afroditas y los enérgicos Eros están listos y preparados para mostrar ombligo tenso como la piel de un tambor en las playas de Formentera, y pecho morrocotudo de dos pistas en El Palmar de Cádiz. Yo no.

Y os escribo esto con una risa tan indecente que ha aparecido mi perra en el salón y se ha unido a la fiesta. Está dando saltos como si ella también hubiese pasado olímpicamente de la dieta durante los meses fríos. La miro y le digo: «Cariño, querida *Leo*, el verano está aquí, parecemos nórdicos, llegan las camisetas, los polos y las bermudas. Pero ya ves. A ti te da igual. Te ríes. Qué más te da. Tú vas despelotada todo el año. Cincuenta sombras caninas».

Los anuncios que miro ya están trufados con esos muchachitos que fingen ser señores de edad. Maniqués amojamados que nos presentan lo que deberemos llevar en verano. ¡Está de moda! ¡Y esto también! ¡Y eso! Pero no miro los estampados. Volveré al azul marino que renuevo cada verano. Sí, amigos, me lo destrozo en alguna roca de Cadaqués y siempre aparezco en la orilla como Tom Hanks en el *Náufrago* de Zemeckis.

Las mujeres estáis más acostumbradas a que os vendan cremas para los estragos de la edad con niñatas sacadas de la primaria. Esos desvergonzados *spots* con crías de coletas y labial rojo que dicen que no se arrugan. ¡No te fastidia! ¡A los quince años solo se arrugan los folios! No os las creéis, lo sé. Nosotros, los hombres, hemos empezado en los

últimos años a ver cómo nos cuelan que para estar bien debes ser como ese chaval de cadera estrecha y pecho ancho sacado a tirones del instituto. Imposible. Escandaloso. Turbio.

La frustración está a la vuelta de página. Y no. Mi diablo dice que quedan dos meses hasta junio. Pero mi ángel susurra: «Tregua. Cómete las gominolas tranquilamente, Max». Nieva todavía.

MI PERRA NO TIENE RAZA

Yo quisiera decir simplemente esta mañana que me gusta mi perra. Mi perra *Doña Leo*. Le puse el «Doña» porque creían que era macho y andábamos todo el rato diciendo: es una perra, es-u-na-pe-rra. Resultado: *Doña*.

Me mira mientras escribo esta columna que le dedico a ella y a todos los perros como ella. Los sin raza. Esos que no tienen pedigrí ni cinturas entalladas por los ADN purísimos y de grandes linajes venidos de familias con ralea y casta de delicadísima categoría y elegantísima clase. Lo que en el DNI del veterinario se dice un «mestizo». O un mil leches. A esos.

La mía, mi perra, es la más guapa. Porque nuestro perro siempre lo es. El que más nos quiere. El que más nos mimas. El que más nos mira. Y así debe ser. Porque en ese piropo constante a nuestros perros (o gatos) está el cariño. No soy de los que dicen que soy mejor persona por esto, por tener perro. No, hay grandes cabrones con animal de compañía y lo pasean tan campantes. Bobadas ñoñas. Pero sí soy de los que se cabrean cada vez que a uno le preguntan: «Y ¿de qué raza es?». Como si no serlo —de raza— fuera salirse de la norma de la razón. Como si no tener raza fuera el desdén a la finura. El desprecio. El arcén de las avenidas. Qué indiferencia, por Dios. Así que cada vez que alguien me explica cuánto le ha costado su perro, del criadero que viene y la alcurnia que tiene su peludo de abolengo, pienso en mi chucho. *Doña Leo*, ahí presente mientras escribo, en el sillón de siempre, tiene ascendencia callejera, fue encontrada en la calle y lo que más le gusta es la ídem. Pero digo más. Cuando alguien me cuenta las virtudes de su

raza —qué palabra—, pienso en una perra de orejas lacias pariendo constantemente en el criadero para calmar caprichos selectos. Qué feo.

Mi perra va dando besos, se sube sin permiso a los bancos de la playa y corre en busca de palomas para asustarlas. También roba galletas y bebe en los charcos. *Doña Leo* se levanta con los pelos revueltos, se echa siestas en mitad del salón y agradece cualquier muestra de cariño.

Ignoro las virtudes de los perros callejeros. Porque, sobre todo, esta no es una crítica a los perros de raza. Es simplemente un aplauso a los que deciden tener compañía y se van a la perrera a salvar uno del abandono, a los que optan por un chuchillo de pelo duro, a los que sacan de paseo al que nadie quiso, al que olvidaron en una gasolinera justo antes de vacaciones o al que perdieron casualmente en el bosque. Esta columna es un abrazo a todos esos que andáis orgullosos con vuestro perro callejero que es mezcla de vida y de otras andanzas. Perros que sobraron de las camadas, perros que dejaron perder y perros que dormían escondidos de los canallas. Benditos perros (y gatos).

[LOS GUIONISTAS DE LA VIDA NUNCA TIENEN SUFICIENTE]

SE VENDE SOFÁ

No es coña, pero puse un sofá a la venta en Wallapop y sentí miedo. Me creé un perfil porque me lo dijo un amigo que sabe mucho de tecnología y tiene el móvil que es un dechado de aplicaciones para comprar, vender, que te traigan comida y hasta afilarle la cara con Photoshop. «No tengo ni que moverme de casa», me dice. Y lo creo, acabará por no moverse. Le basta con el móvil.

A lo que iba, que me disperso nada más empezar. Que como en esta etapa de mi vida no hay manera de quitarse la tripa, decidí quitarme de encima algunos muebles que ya me estorban. Otro tipo de volúmenes, que para el caso es lo mismo. Lo comenté en el ascensor de mi edificio a una vecina, pensando que, como estaba de mudanza, le vendría bien. «Diga usted que sí», me soltó. O sea, que nanay. Que me quedara con mi sofá y con mis abalorios. Así que tiré de agenda y pregunté a mis amigos más sofisticados, esos que llevan el iPhone como si fuera una extensión de la mano y teclean como rayos. Me aconsejó uno de ellos, de cuyo nombre no quiero acordarme, que me bajara la app Wallapop, que me creara un perfil con un nombre ficticio y que pusiera a la venta el sofá: un *chester* tapizado de terciopelo que, por miedo a estropearlo, ni lo he usado. Igualito que mi tía Luisa, que en paz descanse, que no quitó la funda del mando de la televisión y apagaba el trasto dando un tirón al enchufe. Yo pensé que crearse un perfil era fácil, pero no me decidía con el *nick* (nombre) y tardé horas. Al final puse Max H. «Eres mejor para

bautizar a los personajes de tus novelas», me soltó mi amigo cuando se lo dije. Pues sí. No estuve a la altura.

Hice unas fotos al sofá, saqué el metro, tomé las medidas y lo colgué con una descripción sencilla. No era cuestión de poner poesía en una app. La cosa no era para ligar. En Tinder me habría esmerado más porque el material está vivo, pero en Wallapop bastaba con una descripción básica. Cuando todo estaba listo, le di a publicar. Y me quedé mirando el móvil creyendo que aquello iba a ser un no parar de mensajes. Ni Blas. Mi sofá, si hablara, diría que el precio era justo. Pero no dijo nada. El miedo vino después.

Bip. Mensaje. «Me gusta. Lo compro». Le di mi dirección.

Todo normal entre anónimos hasta que de pronto sucedió.

«¿Qué te parece el Premio Planeta?», me preguntó el comprador. Y yo, para despistar más que nada, dije algo así como que no leía mucho. La inquietud creció cuando empezó a coquetear con frases extrañas de novelas y me dijo que me regalaba una canción que le fascinaba. Resultó que al darle al PLAY también era la mía. Una muy rara, os lo aseguro, que salió en uno de mis textos. «Mañana me gustaría ir a por el sofá», escribió. «¿Qué piso es?». Miré mi móvil, le cogí la mano a mi sofá y cerré la aplicación. Aquí seguimos el *chester* y yo. Le he prometido que se queda en casa. Ni salimos.

BARRAS DE BAR

Mientras pides la pizza desde casa puedes echar el rato ligando por internet. He hecho la prueba. No me mires mal, es otro entretenimiento más. O llámalo «ejercicio periodístico para escribir la columna».

Si leemos las noticias desde el móvil, en pijama incluso, si nos manifestamos con *hashtags* sin necesidad de pelearnos en la calle, si consultamos el tiempo sin abrir la ventana..., por qué no vamos a dar una vuelta por la barriada soltera y apetecible como si nos hubiéramos arreglado para salir. De la misma manera que haces tu pedido con mucho queso, *pepperoni* y sin anchoas, también puedes revisar tu ardiente vecindario desde el sofá. Ligar desde el móvil es como apoyarse en la barra del bar sin urgencia, sin vestirse, perfumarse ni

llamar a los amigos. ¿Qué hay de sórdido en poner «me gustas» a quien te gusta?

Los que pasamos de los cuarenta (bien pasados) recordamos que, para dar el teléfono de tu casa, había que hacer un ejercicio de disimulo y voz baja que siempre venía complicado a posteriori por la longitud del cable del teléfono góndola. ¿Cuántos metros alcanzaba la espiral del teléfono fijo? No era fácil ligar, había que ingeniárselas para pasarse notas en clase, guiñar el ojo o acercarse a la máquina *pinball* de los recreativos. Pasada la fase del «creo que nos gustamos», se iniciaba la gestión de la cita. Para eso había amigas que ayudaban o mamporreros que tramitaban el último empuje. Qué osadía tenía ligar sin internet, pienso ahora. Cuánto esfuerzo, qué coraje y cuántos fracasos. En fin. Hasta aquí hemos llegado.

Ahora (la pizza con mucho queso y sin anchoas aún no ha venido) ando poniendo *likes* y *no likes* a todo el distrito. Ya me han puesto tres guiños, dos «jejeje», cuatro «holas» y un «cuándo quedamos». No han pasado quince minutos y ya hay diez perfiles con los que compatibilizo. Según la maquinita, tengo diez posibles parejas. ¡Diez! ¿Dónde se escondía el amor? ¿En el móvil? Necesitaría toda una nueva vida para gestionar el mercado que de pronto se me aparece en la palma de la mano.

Qué fue del cable del teléfono de casa de mi madre. Bendita seas, tecnología, entre todos los inventos, porque de ti será el fruto de mi posible futura cita. Rezo. De pronto suena el timbre y creo que las ciencias aplicadas han dado un paso más: ¿tengo los diez perfiles en la puerta de mi casa? Ni en *Regreso al futuro* se planteaban semejante invento. Pobres guionistas.

Es la pizza. Falsa alarma.

Pago, me despido y vuelvo al sofá. Ya no tengo hambre.

Hay diez posibles parejas esperando mis «jejeje» o mis «holas» en el móvil encendido. La barra de bar virtual ha sido un éxito. ¡Ni en mis mejores noches de los ochenta-noventa! Cómo ha cambiado la vida. Qué suerte tienen los de veinte. Al menos existe la posibilidad. No hay certezas, pero sí posibilidad. Y ese es el alimento de la ilusión. La pizza se enfría peligrosamente.

LA FOTO DE TU EX

Dice el punto nueve del catálogo del amor que, cuando te sientes solo o triste y miras una fotografía del ser querido, puedes sentirte mejor. ¡Ja! Lo que olvida explicar es qué pasa cuando te encuentras la foto de tu exser querido sin avisar.

Las redes sociales las carga el diablo. Existe, por supuesto que existe. Habita en Instagram. Allí duerme Satanás matando moscas con el rabo, esperando a mostrarte una foto de tu amor el día menos pensado y sin anunciarse. Para eso es el diablo.

Veamos lo que pasa, modo *random*. Tú vas viendo desayunos, gatos y paisajes, pies en la playa, *runners* en acción y blogueras con sus poses imposibles, retorcidas como esculpidas por Bernini, hasta que de pronto... ¡aparece! ¡Ahí está! Su foto. Pum. Muerto. La foto que no esperabas te vuelve a encontrar. Cuando habías superado el duelo, habías apagado los celos en hombros amigos y las lágrimas brotaban ya solamente en la cocina, cuando habías descendido al fondo de tu dignidad y de los recuerdos, ¡zas! ¡Hola, soy una foto de tu ex! ¿Qué tal?

El amor es una fuente de problemas respiratorios. Creías haberte acostumbrado a un ritmo de pisada ágil, deambulando ante tu vida, cuando —otra vez— vuelve a fallarte la respiración. Exagero, sí, pero si no exagero, esto no mola. Un poquito de escorzo le viene bien.

El único remedio en ese momento frente a la foto es buscar defectos. Te gustaría ser educado y civilizado, pero no lo puedes ser. ¿Para qué? Eres un zombi que la emprende a gritos. Exagero, sí. Pero esto sucede. Cuando asumes que los defectos no existen, recurres a apagar Instagram y hacerte el valiente. Tampoco sirve. Vuelves a ver la foto y revisas su historial. Oh, por Dios. Te sublevas como los tercios de Flandes y alzas la barbilla para esconder papada y aparentar dignidad. No te importa. Tampoco te importa que tenga pareja, que posen en barcos, que tengan selfis en tumbonas y brinden con cócteles de esos de sombrillitas chinas y rodajas de piña. No te importa porque es pasado y el pasado...

La escena a continuación es conmovedora: el amor se acaba realmente cuando aparece esa foto. Se besan. Reinan en ese momento la incomprensión, la tristeza y el despecho. ¿Qué te queda? Fingir que te

importa un bledo. Aparentar felicidad y poner una foto que mejore la suya para que te encuentre también por azar. Al fin y al cabo, el diablo no toma partido y, si ha de matar moscas, matará en los dos lados, piensas.

La vida es una *sitcom*: una sucesión de escenas que protagonizas tú y tus personajes. La aparición de la foto es el nudo del capítulo. Suena la música, te das por vencido y evitas dar *like* a la foto. Hay que joderse. Cuando todo estaba superado, te toca apechugar. Los guionistas de la vida nunca tienen suficiente.

¿QUÉ HA CAMBIADO?

1 de enero. El tiempo es una medida falsa. Pero otra no tenemos. Un aliado que nos gasta y nos acaba por matar. Lo explicaba así Antonio Gala, y a él me encomiendo en esta puerta que hoy abrimos. Es todo ficticio, tal vez las campanadas han cambiado nuestro estado de ánimo, y tal vez no. Seguramente seguimos igual que ayer, pero con resaca o algo de sueño. Lo único cierto es que el calendario marca 1 de enero de 2016. ¡Dos mil dieciséis! Hasta la *Odisea en el espacio* de Kubrick se queda entrañable como una mesa camilla, más cercana a los inventos de Julio Verne que a los iPhone de Steve Jobs. Para este peatón que nació cuando la pana beisera moda y no un objeto de culto hípster, que tenía un padre con bigote que picaba y una madre que picaba la carne con su Moulinex, esto parece ser ya el futuro. Tanto pensar en el día de mañana, el día de mañana, el día de mañana... y resulta que es hoy. La vida es siempre otra vez.

Qué lejos queda el teléfono góndola con el que llamaba a mi abuela a estas horas para desearle feliz año nuevo. Y ella, a través de ese cable enrollado como tirabuzones de Shirley Temple, me deseaba siempre lo mismo: que pudiéramos felicitarnos durante muchos años. Luego sonaba el timbre de la puerta y «la Paquita», nuestra altísima vecina, pedía permiso para llamar a un familiar. Estiraba del cable para crear una especie de intimidad en el pasillo y blablablá. Luego nos felicitábamos en la misma puerta del rellano y se escuchaba alguna voz dentro del ascensor que gritaba: «¡Feliz año, vecinos!». No es nostalgia, es vida.

Ahora ando respondiendo con iconos de arbolitos y *papanoeles* a todo el que me envía un wasap. Pongo muchas sonrisitas y muchas estrellitas. Recibo corazones de varios colores y algún amigo más exótico añade cosas chinas que nunca consigo descifrar. Y entre el *bip-bip* me sobreviene una especie de pena tecnológica porque no recuerdo la voz de algún amigo a fuerza de comunicarnos con teclitas todos los días. Al final, echo de menos los gritos de aquel vecino desde dentro del ascensor, y echo de menos también el timbre de la puerta y a la vecina Paquita pidiendo poder hablar con su familiar.

Ahora, en un 2016 sin presidente y sin teléfono góndola, empieza una sensación de novedad y algo parecido a las prisas. Todavía somos tan ingenuos que creemos que el paso de un año a otro puede cambiarlo todo. Pero hoy es como ayer. No ha cambiado nada. De la misma manera que sigue el calendario colgado en la cocina con un diciembre lleno de tachones, hoy es enero sin parecerlo.

Estimado Robert Zemeckis, tengo una petición para cerrar este texto: ¿puede pasarme las llaves del DeLorean para volver a 1999 y decirle a mi abuela que la quiero? Solo será un momento. Ida y vuelta.

INSTAGRAM

Estás nervioso porque sales de viaje, cargas la maleta en el coche, compras una botella de agua, pones la música y te ajustas el cinturón. Lo que antes era «carretera y manta» es ahora un «*on my way to*». Y junto a eso una foto guiñando un ojo en la que añades: «*Can't wait*».

Recibes en el teléfono un archivo de la fiesta de anoche. Maravillosa. Sales hasta guapo sin retoques ni filtros. Y, claro, la cuelgas rápidamente en Instagram con un «*about last night*». Pero como lo pasaste pipa, necesitas añadir algo más: «*Such an amazing party*». ¡Eras invitado! ¡Qué menos que agradecerlo en inglés!

La comida no solo te está gustando, sino que disfrutas como un cerdo en una piara frente a ese postre jugoso y sabroso. Antes de hincar la cuchara, sacas el móvil para hacer la foto. La palabra justa es «*yummy*». Lo que para Isabel la Católica era un «hummm». El vocablo se repetirá a

la salida del restaurante con un helado en la mano y ¡otra foto! para volver a colgar en internet.

Llegaste a Cuenca, a esa casa rural maravillosa. Estás con amigos, tranquilo, sereno, disfrutando, qué maravilla de lugar, de compañía, de conversación. Pero esas palabras no te encajan, eres *cool* y escribes: «*Chilling*». Y después, al irte a dormir: «*Amazing day*». En el desayuno mueres de hambre y en lugar de hacer lo propio que uno imagina — comer—, montas un bodegón con los ingredientes como si estuvieras en *Masterchef*. La fruta, las magdalenas, el diario, la taza de café... Todo digno de revista *gourmet* y un texto obvio: «*Hello, morning*». Si es domingo, añades: «*Lazy sunday*».

Vuelves de viaje. Maldita pena. Bajo la fotografía de un paisaje escribes: «*Missing... (destino)*». ¡Y las compras! A los de Zara les pagan por ordenar la ropa cuando se va la marabunta, tú lo haces por gusto y para otra imagen. Bajo ella: «*My essentials for today*».

Qué está pasando con el español. ¡Por Dios! Lo estamos matando poquito a poco para parecer modernos. O lo que es peor, para confirmar que somos gilipollas delante de los lectores. Echo de menos la tilde, echo de menos el signo de inicio de interrogación y admiración, echo de menos la hache, echo de menos hasta los refranes y echo de menos el español. Pongamos de moda el idioma. Pero ya. O lo perdemos.

Por cierto, *FALL IS COMING!* (busca foto de una hoja seca y cuélgala en Instagram).



ESTOY EN LA TERRAZA

La terraza está llena, hace frío y las estufas exteriores ya están encendidas. París no tiene el clima que tenemos en el Mediterráneo y, sin embargo, disfruta de las terrazas mirando a la calle desde hace muchos años. Por pequeño que sea el espacio en un café, siempre hay una mesita con dos sillas puestas con cariño. Es París. Allí se sientan ahora con la cerveza fría y el café caliente muchos jóvenes del barrio. O quizás debería decir la cabeza fría y el corazón caliente.

Libération habla de la Generación Bataclán. De ella forman parte muchos de los muertos, pero también muchos de los vivos que se sientan ahora «tranquilos» en las terrazas de París. Los miro en las fotos de la prensa y podrían ser amigos míos, a los que hace siete noches llamé con miedo durante horas.

«Manu, contesta, por favor. Estoy muy preocupado».

Ese fue mi primer mensaje.

«Israel, ¿estáis bien? ¿Dónde estáis?».

Ese fue el segundo.

«Naiara, estoy nervioso. Como estáis. Qué pasa».

Ese fue el tercero.

Hubo más.

La sala Bataclán es un lugar al que siempre hemos ido. Basta con eso para que se entiendan mis atropellados mensajes desde Madrid.

La lluvia hoy lo moja todo; el agua corre por las calles de París limpiando pintadas y apagando velas. Bajo los toldos de algunas terrazas se abrigan los parisinos. También los que no son de París.

El Estado Islámico asegura haber escogido esos lugares con el objetivo de atacar la perversión de los cafés, bares y bistrós. La vida que no se parece a tu vida molesta, ¿no? Molesta hasta matar. Qué voy a escribir respecto a esto. Nada. Lo que diga será retórica.

Quiero ir a sentarme de nuevo en las terrazas del barrio con Manu, con Israel, con Agustín, con Naiara, con Héctor, con Antoine, con Philippe, con Fabien, con Felipe, con Hervé y con Eduard. Cervezas para todos. Varias rondas. Es más, hace mucho tiempo que probé mi primer cigarrillo y me apetece hasta volver a pecar. Pecar. Cinco letras.

Es lo que más me apetece: sentarme en una terraza con mis amigos de París a fumar. *Je suis en terrasse.*



Esa noche asumí el miedo después de que mis amigos contestaran a todos mis mensajes. Luego, cuando supe que todos estaban bien, me hice eco de la tragedia. El ser humano es así: gregario. Primero, los tuyos; luego, los demás. Cuando abrí el foco del egoísmo primario y visceral que estaba representado en los amigos que no me contestaban, vi la masacre, el terror y las miles de preguntas para las que todavía hoy no tengo respuesta. Veo que todos lo tenéis muy claro; yo no. Yo no soy analista político ni conozco la marca de fabricación de las armas. Y dejo la retórica para otros. Lo mío, hoy aquí, son solo preguntas desde una silla imaginaria del canal de Saint-Martin.

LA DICTADURA DE TWITTER

Mi primer director de prensa me vio una mañana incapaz de decidir los contenidos para la portada del periódico en el que trabajaba. «¿Qué te pasa?», me preguntó. «No encuentro la noticia», le dije. En ese momento me dio una moneda de cien pesetas y me dijo que me bajara al bar. «Ya he desayunado», respondí. «Lo imagino, pero allí encontrarás la respuesta».

Ahora el mayor bar que existe es Twitter, pero es un bar en el que no sirven copas y no se escuchan tragaperras. Eso sí, está lleno de popes que pontifican y analistas de carajillo. Me divierte y me cabrea a partes iguales. La dictadura del *hashtag* obliga a muchos a hacerse los interesantes para verse retuiteados con mucho altavoz. La dictadura del

hashtag hace que los políticos creen campañas en la red. La dictadura del *hashtag* hace que muchos comenten programas de televisión. La dictadura del *hashtag* invita a criticar al cabeza de turco de turno en plan Fuenteovejuna. Y en esa dictadura nos creemos que está la vida.

Resulta que mientras el coro de tigres y leones azuzaba el debate megadecisivo, mi padre —cabreado porque no echaban *El Intermedio*— me dijo: «¿Qué es eso del *hashtag* que repiten todo el rato?». No supe responder. El hombre ha sobrevivido a varios accidentes, cirugías nefastas, atropellos, infecciones y tres veces hemos preparado la mortaja. A todo ha sobrevivido. Es un camionero fuerte, duro de emociones y de pocas palabras. Ha visto gobiernos, sindicatos y muchas elecciones. Sigue votando y lo hace convencido. Pero, oh, pardiez, no sabe lo que es el *hashtag*. Y ahora, listos, diréis que es por la edad. No, más allá de Twitter hay vida y también votantes. He hecho repaso y ninguno de mis amigos con trabajo y casa andan por la red. Ninguno se suma a los *trending topic* y pasan absolutamente del resultado tuitero. Hablo de arquitectos, ingenieros informáticos, profesores, gestores de fundaciones, diseñadores web, actores, directivos de banca, guías turísticos o médicos neurocirujanos. Ninguno está en la red. Todos votan. Añado: todos votan también.

Así que mi padre, el hombre de los mil accidentes que hace en estos momentos crucigramas sin *hashtag*, tampoco anda desencaminado. Ni mi madre, ni las amigas de mi madre que toman vino por las tardes en la cafetería Los Ángeles, ni la enfermera, ni la señora que limpia, ni mi prima, ni su marido, ni mis tíos... ¿Sigo? Conozco a más gente fuera que dentro de la dictadura. Gente libre, que opina en el café y que no sale representada en esas esquizofrénicas encuestas de «Twitter dice que».

Twitter no dice nada. Twitter es parcial. Twitter es un micromundo que parece gigantesco porque hay muchos usuarios y cuando sucede algún drama, victoria o acontecimiento, nos ponemos de acuerdo para opinar. Ya lo decía Mecano.

Y ahora, me voy al bar. Al de verdad.

PAPÁ, NO CORRAS

Las imprudencias se pagan, cada vez más. Seguramente está el país lleno de padres que cogen a sus hijos en brazos delante de un novillo, que les acercan el puro en las bodas para hacerles una foto «como si fueran adultos», que los suben sobre los hombros de la multitud hasta llegar al manto de la Virgen, que les dan dinero para comprar petardos, que les regalan pequeñas escopetas para aprender a cazar, y otros que les apuntan a deportes de riesgo para que sean «como papá» o «como el abuelo». Ser padre no significa ser un primor.

La plaza pública de Twitter, tan romana, puso el pulgar del revés para que dieran muerte al gladiador. Yo también. El acto de imprudencia de Fran Rivera fue un atrevimiento lleno de riesgo y un atolondramiento justificado por el amor a la familia y a la tradición. En ese aturdimiento de los que son de «otra raza» se justifican las cosas así, con la rutina de la genética. Como si el rito, la costumbre y los modos de hacer de tus ancestros ya fueran carné de bondad.

Ya digo que no es el único padre que tiene prácticas de pollo sin cabeza. Está lleno este país de tradiciones en las que los niños se ven colgados del riesgo y del más burdo aprendizaje. Lo raro es vivir, que diría Martín Gaité. Pero, claro, todos esos padres irreflexivos no cuelgan la foto en Twitter ni son famosos.

A todo esto, vaya por delante que me espanta una fiesta en la que matar se considera arte y se justifica con la salvación de la especie animal; lo que me gusta es el efecto que ha generado: un montón de fotos de padres con sus hijos en brazos y algún animal de compañía en casa. Me ha parecido una bellísima imagen de cariño y hogar. El Partido Pacma (ya no busca votos) generó ese #PadresConCorazón en el que infinidad de perros o gatos salían junto a los niños jugando. Algo sencillo, impactante y bello. A veces hay que pensar en las respuestas y esta es una.

Pero también, dicho esto, me ha generado mucho miedo la Plaza Pública de Twitter. Esa Roma virtual que enjuicia y condena a golpe de tuit sacando lo peor del chiste, la maldad y la beatería de la nueva moral. No me gustan los toros, no me gustó lo que hizo Fran, que actúe la fiscalía o la madre superiora, pero empiezo a ver linchamientos desproporcionados. Ya lo dije aquí: la dictadura de Twitter condena o eleva como un termómetro visceral en el que los versos del *hashtag* se convierten en los Diez Mandamientos.

No me gusta tener miedo.

Me voy a acordar de mi padre, camionero y duro como las cepas de la viña, cuando me llevaba en su tráiler de viaje. Jamás me sentó al volante. En la guantera ponía: «Papá, no corras». Pero una Nochevieja sufrió un gravísimo accidente porque otros habían bebido en algún bar de carretera. Eran años de imprudencias. No eran conscientes del peligro. Y, por lo que veo, ahora tampoco.

SIN DATOS

Al subir al taxi me he dado cuenta. Hora del suceso: 7.45. Hecho dramático: no llevo el móvil en la mano. Cuando empiezo a vaciar bolsillos, revisarlos con cuidado, volverlos a vaciar, revolverme en el asiento del taxi como un contorsionista, comprobar que no está en ningún sitio, certificar que no se me ha caído al suelo y examinar cada parte del forro de mi abrigo, después de todo eso, entro en el limbo de la comunicación. ¿Y si me llaman? El infierno era esto.

En medio del atasco de tráfico me hago el valiente: no pasa nada. Viajaré sin teléfono y la vida seguirá igual, como cantaba Julio Iglesias. Llegaré a destino, haré mis gestiones y volveré a casa en un esforzado y valeroso estado mental zen. Me habré librado durante unas horas del yugo del móvil y seré un poco más maduro.

«¿Le pasa algo?», me pregunta el taxista. «No, nada. Me dejé el móvil en casa», le digo, fingiendo normalidad y volviendo a meter las manos en los bolsillos para escudriñar. «Ups», responde. ¿Ha dicho «ups»? En ese momento, cuando me mira por el retrovisor y escucho el eco del «ups» a cámara lenta, no solo me falta el teléfono, echo de menos el Twitter, el Instagram, el *mail*, el WhatsApp, las fotos, los contactos, el Spotify, el Facebook, las notas de voz, el Google Maps y el tiempo meteorológico. Pero lo más bizarro de todo es que, a pesar de llevar reloj, no sé dónde mirar la hora. Tal cual. ¿Cómo he llegado a esto? «Max, estás en zona de peligro social», me digo. «No necesitas nada de eso», me repito. ¿Y si llaman? «Es un rato. Templá», mastico entre dientes.

Al rato me entretengo mirando los coches, los remates de las fachadas, los quioscos, la gente abrigada. Son solo las 7.55 y tengo la sensación de haber viajado a Logroño ida y vuelta. La conexión que tengo con mi amado móvil jamás la tuve en la infancia ni con mi oso de peluche, ni siquiera con una pareja. Muevo los dedos, crujo los nudillos y toqueteo el botón de la ventanilla del taxi. En ese vértigo indomable en el que crees que se ha formado gobierno y tú no te estás enterando, que por fin han pactado todos y no lo ves en Twitter, que te está llamando tu madre y no lo coges, que en el *mail* piden la confirmación de una conferencia y no puedes responder, que no has colgado una nueva foto ni visto los *likes*, el tiempo se hace chicle. «De pequeño contabas números de matrículas», te dices mientras miras coches. Y una voz interior enciende la luz roja de la adicción mientras la verde del taxi se vuelve a iluminar porque has llegado a tu destino. Pago. Bajo. Hago todo el papeleo. Necesito un café. Lo tomo. Me apetece cruasán. Me lo como. Y en ese jaleo mental enérgico y estoico descubro que es verdad, que no pasa nada. Han transcurrido dos horas y no llevo móvil. La gente no corre por la calle como si hubiera alarma nuclear ni nadie grita: «¡Tenemos presidente, tenemos presidente!».

Al llegar a casa me quito el abrigo, dejo las fotocopias, cuelgo la bufanda y veo el móvil descansando feliz en la cocina. Miro la pantalla. Pulso. No hay mensajes. No ha habido llamadas. No hay nada. No ha pasado nada. Lo miro impávido. ¿A quién llamo? Decido descalzarme y ponerme a escribir esto que lees.

ELOGIO DE LA PEREZA

Abres el *mail* para ver si ha llegado alguna novedad, pero nada. Cuatro o cinco promociones y algo raro que tiras a la basura por miedo a que sea un virus. En ese momento giras la vista al móvil: si miras fijamente la pantalla como un faquir, tal vez se encienda. No, nada. Negra zaína. Oscura como la noche. Quieres tomarte un café y nadie responde. Miras la hora. Están trabajando, piensas. Qué vamos a hacer. La nevera se convierte en tu amiga; la abres, la contemplas como un cirujano frente a la gravedad y eliges operar un zumo. Así te entretienes. Con el vaso te

sientas en el sofá en el que tu perra duerme, la acaricias y se revuelve para seguir durmiendo como una osa. Ni ella, piensas. ¿Qué pasa hoy? Desde la ventana se ve un Madrid gris y luminoso a la vez: es el otoño este raro que se ha instalado en el que sigue el calor como un suplemento de verano. La radio escupe los mismos temas, pones inmediatamente una lista de Spotify y hojeas las revistas viejas de viajes. Todo por no ponerme a escribir la novela que tengo entre manos y procrastinar oficialmente a lo Escarlata O'Hara. Ella, la maestra del «ya lo pensaré mañana», es la que dirige nuestras vidas en muchas ocasiones, como un tahúr del tiempo. «Eres un perezoso», dice tu voz interior.

La pereza no es mala, es gatuna. Pero se la juzga mucho. Tiene un batallón de críticos que la reprueban y la fiscalizan continuamente. Pobre pereza. Tiene, para triunfar, una ventaja sobre las demás pasiones y es que no exige nada. Lo decía Balmes con toda la razón. Aburrirse es otra cosa, aburrirse es hacer ganchillo con la muerte, una pérdida de tiempo.

La pereza, sin embargo, es otra actitud ante algunos problemas de la vida, una postura más juguetona, más remolona, y por eso estamos a favor de ella todos los que hacemos este artículo, a saber: mi perra durmiente y yo.

Pereza es coger impulso desde el sillón. Ese ratito de sofá, esa cabezadita de sobremesa, esos brazos caídos, la cabeza tuerta en la almohada y ese café que se alarga. Bien, pues en todos esos momentos —y lo digo convencido— nacen estrellas como el Big Bang. Marcel Proust se escribió una novela mientras mojaba una magdalena. Y el británico Newton se relajaba bajo el manzano mientras llegaba a su cabeza el eureka que explicaba la gravedad. Y si fantaseo con las perezas ajenas, pongamos que Steven Spielberg se inventase a *Tiburón* tumbadito en la playa, tomando el sol. No juzguemos; lo mismo no es mala la pereza y estamos cogiendo impulso. Aflojando nervios, aliviando dolores, relajando tensiones.



El descanso de la mente ante algunos problemas es como vaciar los armarios de trastos que no sirven. La pereza alivia, reconforta y te prepara. Escarlata se pasea por el campo ante los problemas, coge aire, respira, se permite procrastinar y olvidarse de las prisas. Por eso, como ella, ya lo pensaré mañana.

ORGULLO Y WHATSAPP

Las facilidades técnicas han venido a salvarnos. Un *e-mail* en el móvil, una red para desahogarnos, un wasap que acelera la cita, la aplicación para ligar, para pedir pizza, para alquilar el piso, subir al avión, vender un sofá o afilarte la cara en cuestión de segundos para parecer delgado en la foto de IG. Todo facilito para hacerlo a golpe de clic desde la palma de la mano con el dedo índice. Hasta aquí todos de acuerdo. A priori, allana el camino, desenreda y abre puertas. Las usamos, las gastamos y presumimos de listos. Pero...

¡Ah!

El WhatsApp está matando las relaciones amorosas. Esa nueva felicidad que proporciona el saber que tu pareja está al otro lado del móvil es el limbo de los enamorados. Qué lejos queda Elizabeth Bennet enviando cartas al señor Darcy en *Orgullo y prejuicio*. Qué maravillosa y

turbadora era la espera en la ventana, el caballo corriendo con el sobre cerrado, el camino perdiéndose en las montañas y las noches consumiendo velas al ritmo de la incertidumbre. No sonaba el teléfono. Ni recibías un *emoji* como respuesta. Ni un «jijiji» tras la noche. En esa espera de Jane Austen, con todos sus problemas —que los había, obviamente— se mezclaban otras preocupaciones: los deseos, la ansiedad y también el amor. Ahora, con la rapidez que da la respuesta, agilizamos todo y, consecuencia: caduca pronto.

«Por qué», nos preguntábamos mi amigo Paco Tomás y yo ante un café. ¿Por qué las aplicaciones a priori parece que nos facilitan la vida, pero empeoran las relaciones?

El ser humano va más lento que las tecnologías, convenimos en la segunda copa. Las emociones no encajan con el lenguaje del WhatsApp y menos aún con la velocidad que genera. No da tiempo a pensar si te quieren, si aceptan la cita o si hay una amenazadora nube sobre tus palabras. Luego vienen los «jajaja», los *emojis* y las fotos para sofocar el incendio provocado. Las palabras pesan y fatigan mucho más cuando corren veloces sobre el caballo del WhatsApp.

Y si Lizzy Bennet esperaba la llegada de la carta del señor Darcy con sales medicinales para el ahogo y templanza decimonónica en los jardines, nosotros no aceptamos de ninguna manera la espera. Cualquier mensaje que tarda nos parece un plantón, estamos al acecho de la pérdida o de la excitación. Aguardamos segundos como si fueran horas y caemos en el error de la impaciencia. Y peor, en el descuido del «oye, no respondes», «¿pasa algo?», «te noto raro», «no me preocupes»... (el lector sabrá reconocer este paréntesis). Y, claro, ¡plof!

No quisiera que el lector creyera que estoy en contra de las nuevas tecnologías —¡bienvenidas sean!—, pero toda la esperanza que había depositado en ellas se desvanece cuando aguardas un mensaje no leído. Nuestro cuerpo no se ha adaptado todavía a la expectativa de la rapidez. Somos analógicos en el amor y en las emociones.

Cada vez que el WhatsApp no se ilumina, se rompe el corazón de todas las hermanas Bennet, entramos en crisis, reprimimos los prejuicios, y el carácter ingenuo que habita en nosotros —y no en las aplicaciones móviles— nos estalla en la palma de la mano.

Otro vino, por favor. Y apago el móvil como si esperara una carta del condado de Oxfordshire.

ME GUSTA

He actualizado Twitter varias veces antes de escribir este artículo. Antes de abrir el ordenador he pasado por la ducha, he contado las naranjas que quedan para zumo, he aireado la habitación, hecho la cama, puesto el café, recogido la cocina, doblado los calcetines, plegado las toallas, colocado las camisetas blancas con las blancas, puesto el lavavajillas, tomado el café, apurado la leche que quedaba, anudado la bolsa de basura, puesto otra, devuelto algunos libros a la estantería, actualizado Twitter, desplazado el dedo hacia abajo para volver a actualizar, mirado los *hashtags*, abierto Facebook, escrito una bobada, he borrado la bobada, he puesto varios «me gusta» en otras publicaciones de Sara Morante y Elvira Lindo, me he leído algunos breves, he abierto el correo, borrado las publicidades y promociones, vaciado la basura, contestado algún *okey* rapidito, he vuelto a Twitter, he actualizado para ver qué pasaba, si pasaba algo, si seguía la murga como ayer, si la turba estaba activa o durmiente, si se había formado algún partido, he ido a Instagram, he comprobado mi galería, me ha parecido bien, sin más, he puesto algunos *likes* en fotos ajenas, he querido memorizar alguna para repetirla, he odiado mientras me ponía otro café a los que no paran de viajar y ponen desayunos dignos de revista, he hecho algún *unfollow* a los cansinos, he vuelto a Twitter a ver si la vida se había activado, ON, he desplazado el dedo para ver si hacía frío o nevaba por algún sitio, si Pedro Jota felicitaba a los nuevos usuarios, si Alberto Marcos estaba ya en la piscina, si Belén Bermejo había pillado a nuevos lectores de autobús, si Milena Busquets volvía a colgar alguna foto mítica de la Matute, la Moix y la Tusquets, si había nuevos *gifs* en el almacén, si Pérez Reverte o Javier Marías habían soltado alguna bravuconada cipotuda, si los de EGB colgaban juguetes de mi época, si todos los canales decían que habían ganado en audiencia, si *Paquita Salas* anunciaba capítulos nuevos, si Trump desplegaba algún encanto prehistórico nuevo o si algún partido cambiaba de candidato aquí, en la patria de patrias... Actualiza, actualiza, actualiza. Luego he visto que no quedaba leche sin lactosa ni sacarina ni tomates ni pechugas. Pero lo he visto en la nevera, no en Twitter. Y he estado a punto de tuitearlo. Pero me ha parecido ridículo. Tanto que he puesto la banda sonora de *La La*

land y he dado unas vueltas por el salón. Descalzo. «Another Day of Sun». «City of Stars». ¡Ay! ¿Qué es esto? ¡Ay! Me acababa de pinchar con un algo. Ese «algo» era un pin que me regaló mi ex en una feria de artesanía. Manda huevos que me pase a mí. Así que he acabado con la aspiradora por todo el salón, música a tope en marcha y actitud de Queen. Y cuando he absorbido los posibles recuerdos del suelo de esta casa que hace tiempo se quedó sin ellos, he vuelto a la ducha, he abierto el ordenador y he dicho: escribe, Max. Y deja Twitter. Borra Tinder. Apaga Instagram un rato. No mires Facebook. Ponte *likes* a ti mismo. Me gusta. Gústate. Tú. Enviar.

TIENES UN «E-MAIL»

Hace unas semanas el Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo dio la razón a un trabajador al que habían despedido por enviar correos electrónicos personales desde el curro. El hombre, un ingeniero en ventas, usó Yahoo Messenger para fines personales. La empresa lo espío y lo echaron. Eran charlas íntimas con su novia y su hermano. Pónganse en situación: esas cosas que hemos hecho todos los benditos trabajadores desde nuestro ordenador mientras uno se bebe un vaso de agua, otro se levanta a fumar o mira las musarañas. Perder el tiempo. Respirar. Resoplar. Coger aire para seguir con la matraca. Que levante la mano quien no haya usado el *pecé* para sus cosas, desde enviar un *e-mail* con un «te quiero» y una foto ñoña de esas de internet a un «no-te-olvides-de-echar-la-quiniela-que-se-nos-pasa-la-hora». Vamos, puro alivio. Que una cosa es, como avisaron los Evangelios, ganarse el pan con el sudor de la frente y otra, estar monitorizados.

La de veces que habré ido al baño de la oficina con tal de estirar las piernas, vomitar verbos con algún compañero y volver a la silla dos minutos después. Ya lo hacía de pequeño rompiendo la punta de los Alpino con toda la intención del mundo para solicitar después ir a la papelera y, de paso, sí, comentar en la esquina del aula la actualidad colegial lejos de la maestra.

Me disperso. Regreso.

Ahora Estrasburgo recula y considera que al hombre no le avisaron convenientemente de que podían espiarle sus comunicaciones. La empresa lo tenía permitido en sus reglas, pero debían notificárselo previamente. ¡Válgame Dios! No sé qué es peor, que te echen por enviar un *e-mail* o que esté permitido espiar las comunicaciones del trabajador. No se trata solo de utilizar el sentido común, hablamos de la absoluta violación de la intimidad. Digo sentido común porque lo normal en el trabajo es parar, levantarse, ir a mear o tomarse un cafelito de esos de sabor repugnante en la máquina.

No se aleja mucho aquella serie de televisión llamada *Camera Café*. Si pillan la idea antes, la rematan.

Seamos sinceros. La mayoría de los trabajos son un tostón y, por mucha poesía que le pongamos, lo que uno desea es que llegue la hora de salir, ansías que llegue un puente de la Constitución y las vacaciones de Navidad. ¡Cuentas los días y buscas ofertas! Sí, también desde el mismo ordenador. Es trabajo, por muy bonito que lo decoren. Tra-ba-jo. Y lo habitual es desahogarse con los compañeros de las tropelías del jefe o comentar los coqueteos del fin de semana entre tecla y tecla, fogón y fogón o giro de tuerca y apretón de tornillo. Hablar. La suerte no solo es tener trabajo, sino tener buenos compañeros. Estos últimos son los que hacen que el tedio de las horas sea más llevadero.

LA MANO EN EL FUEGO

En estas circunstancias, lo llamativo para mí es que haya todavía personas cívicas, honradas, sensatas, responsables, dialogantes. Porque lo normal sería que todos pensáramos: si los que hemos elegido son así, ¿quiénes los han elegido?

Este tipo de situaciones de desconfianza, desasosiego y bronca prolongada son las que conducen a los ciudadanos a dejar de serlo. Da mucho miedo la violencia, también la violencia verbal.

No solo los políticos deben dialogar, como se insta desde las movilizaciones virtuales o desde las reales. También los ciudadanos. Menos bronca, menos estampar palabras en la cara de otro y más mesura. Todos tenemos algo de culpa. ¿Quién, si no?

Todo el mundo cree que el otro es el que está equivocado. Todo el mundo tiene la razón. Y la razón va como la falsa moneda, de mano en mano, y ninguno se la queda. También los medios. Los titulares apocalípticos. Los textos arrebatados y vehementes. También, por supuesto, los noticieros y las tertulias incendiarias. Y también sus moderadores. Porque con más ruido no se escucha mejor, porque con más imágenes en bucle no se explica más claro, ni se informa, ni es más nítido. Al revés. El barullo en el que andamos metidos es pecado de todos. También tuyo; también mío. Mucho colérico anda suelto y demasiado mensaje iracundo volando entre las calles. Todos deben —debemos— bajar un escalón y sacar la mano del fuego. ¡Nos quemamos!

Y, por supuesto, ya que estas columnas circulan por redes sociales, también los tuiteros. Sí. Vertedero de bulos, patrañas, cuentos, engaños y odio. Ha degradado todo en un tono insultante y, desde el anonimato cobarde, se destila demasiado veneno. Se lanzan demasiadas groserías, como en las plazas más zafias. Hay una desproporcionada legión de odiadores, tuiteros a los que todo les parece una mierda, incapaces de discutir civilizadamente, de manera interesante y útil. Y, ¡curioso!, son también ellos los que piden diálogo. Así no. Sus *gifs*, sus paparruchas y sus matracas. Malditos tercos.

El odio va más rápido que el amor, corre a más velocidad. ¿Necesitas pruebas de esta afirmación? La capacidad del ser humano para la autodestrucción nunca dejará de sorprenderme.

Llamo a casa para saber qué tal está la gente a la que quiero. «¿Mamá? —digo al descolgar—. ¿Qué tal en casa?». Y ella me dice la frase con la que continúo escribiendo.

«No está el horno para bollos». Y, sin embargo, lo tenemos encendido todo el día. Qué diablos estamos haciendo. Porque lo normal sería que todos conociéramos la historia que nos precede, los dramas que han provocado líderes ajenos y lejanos. Pero aquello que siempre pasa allí, está ahora aquí, entre nosotros.

Mientras tanto..., ¿qué?

La corrupción sigue entrando y saliendo de juzgados; las colas de desahuciados, buscando un plato de comida en la calle Corredera Baja de San Pablo; los alquileres basura y los engaños, las comisiones abusivas, las listas de espera y las listas del paro.

«Ilusionante», dicen algunos, menguando la situación. Ilusionante Roald Dahl, venga ya. No jodamos. «Desafiante», dicen otros. Los únicos desafíos que me atraen últimamente, que me atrapan de manera fiel, son los de la ciencia, los de la cultura y los del amor.

POSTAL DE NAVIDAD

Hace unos años, mi abuela dejó de fabricar mazapán. Almendra molida, huevos, azúcar y fruta escarchada de colores. Llevaba décadas haciéndolo en la cocina, aquel templo de azulejos de flores donde también colgaban embutidos. Ella, mi madre y yo, como asistente molesto, escribíamos la Navidad en cada mazacote de dulce.

A mí lo que me gustaba era darle al molinillo rojo en el que la almendra se picaba como si fuera nieve para el belén. «No juegues con la comida», me decía. Era lo único que podía hacer subido en una silla, porque a mí ese mazapán, lleno de tropezones de colores intensos que hacía mi abuela Irene, no me gustaba; lo que yo quería, por aquel entonces, era ponerme morado de turrón de chocolate.

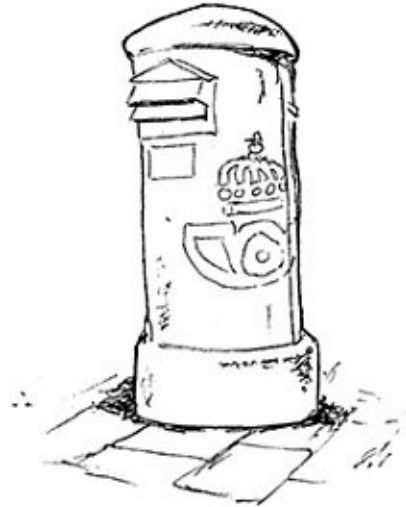
Hoy, con un montón de años más y las papilas gustativas atrofiadas por tanto sabor a plástico, acidulante y estimulantes varios con iniciales en mayúscula y números de serie a modo de jeroglífico Fibonacci, lo confieso: echo de menos aquel mazapán de fruta escarchada que hacía *la Irene*. Lo que es la vida. Echo de menos cómo estallaba el sabor en la boca, inundándolo todo de Navidad.

Pero ya no está mi abuela. Tampoco tengo la receta. Ni el molinillo. Ni la emoción. Solo me queda la saliva, que ahora recorre la boca entre la nostalgia, el paladar y las palabras.

Mi espíritu navideño anda revuelto con los sabores de estos días. Entre los divertículos, las ausencias y la hernia de hiato, a uno se le joden las fiestas a la mínima que se potencian las emociones. Así que la opción ha sido bajar a la papelería a comprar postales de Navidad. *Christmas*, como decís los modernos. *Xmas*.

Antes de que el móvil se me llene de *emojis* y de memes repetidos con felicitaciones varias, cansinas y presuntamente conmovedoras, he

decidido recuperar la letra. Ya que no puedo resucitar a mi abuela ni picar almendra en la cocina de la plaza Jesús, tiro de postal escrita.



Los buzones están llenos de publicidad de pizzas, de folletos de agencias de pisos y recibos de la luz. Algún aviso de Correos y las ofertas del LIDL. La guía de las páginas amarillas y un calendario del año que llega. Poco más. Con suerte, una pegatina del fontanero del barrio. Qué tristeza de correos. Con el festín que era abrir la puertecilla verde y subir a casa cargado de postales de Ferrándiz. Qué momentazo os habéis perdido los *millenials*.

En cada postal de Navidad reconocías la firma extravagante de la tía Josefa, la letra cariñosa de las primas de Minglanilla, con sus rizos en las enes y sus volantes en las oes; las enternedoras faltas de ortografía del primo tal o el vozarrón del tío Ernesto, preso de sus mayúsculas. Venga ya. Animaos otra vez. En el *emoji* no hay erratas, pero tampoco emoción, qué queréis que os diga. No hay corazoncito vibrante ni *gif* animado que sustituya el pulso tembloroso de la letra escrita. Y qué os voy a decir del sabor de la fruta escarchada en el mazapán de la abuela Irene... Ojalá pudiera. Por eso envío postales de Navidad. Otra vez. Es la evolución de la emoción, cosa rara. Con la edad uno ha ido adquiriendo vicios, pero también formas de salvarse de la melancolía.

LA REALIDAD ESTÁ EN LOS ZAPATOS

Hace poco una vieja amiga soltaba una afirmación que definía bien el panorama por el que estamos atravesando, ese que separa claramente lo real de lo irreal. «Gran lección de nuestros mayores, como siempre. Llenando las calles y no las redes con su justa protesta». Qué cierto, me dije. Qué punzada más bien dada. O, más bien, qué retrato de la sociedad en la que vivimos. Sí, sí, vivimos, que con tanta irrealidad nos estamos creyendo los protagonistas de *La rosa púrpura de El Cairo*. Un día cualquiera, con un tuit bien expresado, atravesamos la pantalla y conocemos el mundo del *champagne*, los trajes de noche y las fiestas elegantes. Con un tuit entramos en el programa de éxito. Con una frasecita nos damos por satisfechos en la queja o en el aplauso. Y a sobarla después.

Desde que mi amiga, a la que desgraciadamente veo poco, dio el toque con su rezo, pensé en las fotos de la historia. Esas que han saltado décadas y de las que nos alimentamos todavía para recordar victorias del ciudadano. En cierto sentido, la foto resume, fija y da esplendor. Pasada la tradición oral y los cuadros de Goya, por resumir, una buena instantánea nos retrata. Saca los colores. Advierte. Asombra. Aquel hombre en medio de una multitud de iguales negándose a realizar el saludo nazi en el treinta y seis. La primera mujer en acabar la maratón de Boston con dorsal (Kathrine Switzer) en el sesenta y siete, mientras los organizadores intentaban pararla. El chaval parado en firme ante el tanque en la plaza de Tiananmen en el ochenta y nueve. O aquel 1997 con miles de españoles pidiendo en las calles la liberación de Miguel Ángel Blanco en un macabro tictac.

Escalofríos. Fotos. Realidades.

De qué sirven —pienso— un montón de tuits desde el sofá que no se pueden exponer más que en páginas web en busca de clic fácil. Meros fognazos al aire, como las salvas de los militares. Ruido.

La realidad, como bien apunta mi amiga, son esos jubilados, más o menos ágiles, más o menos fuertes, con una queja real, justa y necesaria: las pensiones. No sé cuántos de ellos tienen Twitter. Tienen cojones, ovarios, pies y una bufanda para salir de sus casas en pleno frío con la petición bien clara en sus gargantas.

Mi madre no tiene Twitter, ni sus amigas, y se pasa los *hashtags* por el abanico. Pero, con su artrosis y su resfriado, ha dicho que quería manifestarse públicamente ante la vergüenza de una mísera subida. Que a sus ochenta años, viuda y con una exigua pensión, como tantos otros y otras jubiladas, no se merece el trato. La ridícula idea de verse acariciados como gatitos a los que les pasas por el morro un trozo de pienso. «Ahorren», dicen. Se monda mi progenitora en estéreo.

Sigan pensando, sigan tuiteando, ante esta ola de irresponsabilidades y de irresponsables. Porque lo malo es que luego, como descubrió Gil de Biedma, la vida va en serio. Ahora.

PARECE QUE FUE AYER

Hubo un tiempo en el que quedábamos a tal hora en tal sitio, en el que poníamos el compromiso en la puerta de los recreativos y en el que, de un modo natural, nos escribíamos notas. Y como un acto reflejo, si no llegaba el amigo, te ibas a la hora acordada y dejabas la señal a alguien: «Dile que nos hemos marchado». Y punto. Eran cenas sin móvil en la mesa y sin más despistes que el atractivo de alguien del mismo local que podía enamorarte o salvarte la madrugada. Esa mirada que despista, ese titubeo que avecina tormenta o esa posibilidad de vete a saber qué. Oh, la noche.

Ahora, cuando alguien queda contigo puede retrasarse o cambiar la hora y el lugar con dos palabras de WhatsApp. Para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, como en las bodas religiosas. La cosa es que restamos complicidad a la realidad. O la cambiamos. En fin. Oh, las tecnologías.

Somos hijos del tiempo y de nuestro tiempo. Ya he escrito columnas de eso. Y sí, lo siento, alguna manía le estoy cogiendo al aparatito que vuelvo erre que erre al asunto. No tengo medicación para mis manías. Tal vez, la escritura.

Pero lo que mastico hoy es cómo se modifica la distancia con la vía tecno. Las amistades parece que lo son porque de vez en cuando te cruzas cuatro fotos y algún «cómo-te-va» como quien da de comer a los peces. La palabrería es bien común. Nos asusta estar solos, pero lo

fomentamos con citas virtuales, amistades virtuales y charlas virtuales. Es la sociedad del WhatsApp y etcéteras. El concepto de amistad se ha adulterado con garrafón. Oh, mentiras 4G.

Sin embargo, un día surge la alegría en medio de tanto *input*, bits, wifis y coberturas.

Resulta que escribo esto después de ver a una amiga a la que no veía desde hace cinco años. Esta vida rápida nos pone a prueba y el mismo móvil que te acerca, te separa. Crees que te ves, que sabes de su vida por Instagram y de sus opiniones por Twitter. Y así, como quien no quiere la cosa, han pasado cinco años. ¡Cinco años de hipoteca y ausencia, con sus cinco Navidades y sus cinco veranos!

Raquel y yo nos hemos vuelto a encontrar en la calle, mediante WhatsApp, eso sí. «Estoy nerviosa. Qué ganas de volverte a ver», me puso cinco minutos antes de abrir los ojos y... los brazos. Nos quedamos así, pegados, fundidos, oliéndonos, reconociendo las formas, tocando realidad, sonriendo, atropellando palabras y mezclando conversaciones. Poniendo la vida en ebullición y los contadores a cero. Kilometrajes cruzados. Depósitos llenos, vacíos, llenos de nuevo. Era imposible hablar sin cruzar temas, sin sorprenderse, sin volver al asunto anterior. Pero ¿de verdad saliste con un chino? ¡Qué maravilla! ¿Cómo te fue con aquella canción? ¿Tanto? Y Barcelona, ¿qué tal? No te creo que mintieras en aquel primer trabajo. ¿Fingiste? Brindo por todo. La vida negociable, como el libro de Landero. Qué bien que sea en París.

Entre vasos de vino y risas de muchos grados de la zona del Ródano, volvimos a ser nosotros. No los de la red, no los de la foto fría ni los del mensaje de cariño constante. Volvimos a estar. A matizar, a comprender, a sorprender. Era la vida, leche. La vida. La de verdad. La que me gusta. Donde se pongan dos copas de tinto que se quiten los *emojis*.

Ni se te ocurra volver a tardar tanto. No pienses; actúa.

Y oí como Raquel se alejaba fieramente, sus pasos de tacón sonando por la acera, pegada a la fachada oscura, como la calle oscura, y allí me quedé un rato mirando su figura y lo que acababa de ocurrir. Y era extraño porque, achispado de anécdotas y de vino, feliz como estaba, no me di cuenta de que había empezado a llover. Qué más da, pensé. Calado de realidad.

GALIMATÍAS, VERÁS QUÉ FÁCIL

El doctor Luis Riveiro, hombre muy equilibrado y de gran saber, es uno de los amigos que más insiste en que me actualice de una vez por todas —él lo llena de onomatopeyas; no es mal hablado, pero incluye risas irónicas y algún taco— con el asunto digital. No es el único amigo que me recomienda lo mismo. «A estas alturas —me dice—, aún estás aguantando la cola en el banco para hacer un ingreso, pudiendo ejecutarlo desde el móvil en un pispás. Debes de ser hasta de los que actualiza la cartilla. —Se ríe—. Si la cosa no se remedia, vas a quedarte en el siglo anterior».

Lo miro con ojos de perro pachón. No crean que no he probado a bajarme las aplicaciones en mi teléfono. Ahí están, dormitando. No me aclaro y me resulta muy incómodo, en contra de lo que le pasa a todo el mundo (soy un lerdo digital). Además, me molesta no saber si esos datos que ofrezco se han quedado por la nube o el ingreso se lo he hecho a otro fulano o he puesto un cero de más en la cifra. Pero, sobre todo, si algo me reafirma en mi resistencia, es la cantidad de jaleos y dolores de cabeza que me ocasiona tener que recordar otra maldita clave más. Que si un descuido, que si un error, que si una privacidad extraña, que si se bloquea y me entra un patatús.

Hace un par de días, en una cena, salió el tema del viaje de verano y, claro, todos empezaron a sumar, dividir y empezar a hacer ingresos con el móvil para cerrar la operación. Zas, zas, zas, como quien echa pienso a los conejos. Yo, en plena anestesia tecnológica, le dije masticando las palabras: «Mañana iré al banco y te ingreso lo que toca». La risa se oyó en Tombuctú. Y menos mal que tosieron hacia la mesa, porque acabo de estrenar el sofá y habría sido una pena tener que ir a la tintorería.

Me imagino lo ágiles que sois todos haciendo mil gestiones desde vuestra app. Yo, de milagro, pongo filtros a las fotos y manejo los retuits. No me pidáis más.

¡Bájate el *tuip*, o *wip*! No sé qué nombre dijeron. Algo raro con mucha consonante y poca vocal. Dios y Steve Jobs saben que lo intenté, que descargué la aplicación y me puse a ello mientras mis amigos se echaban más vino en las copas y buscaban casas rurales por internet. Cada «verás que fácil es ahora, Max» traía consigo un quejido mudo en

mi interior. Y mientras iba colocando datos como si estuviera a punto de desactivar la clave final de la bomba atómica, me iban entrando los siete males. A cada okey, fuera el anticipo de otra pregunta o el final de alguna cuestión, entraba en el bucle del miedo (lo estoy haciendo mal, lo sé, pensaba), y la cosa acabó con otra clave —que pudiera recordar— y un iconito más en la pantalla del móvil. Creo que mis amigos aplaudieron. No sé. Yo estaba sudando la gota gorda. Fui condenado a hacer el primer intento y a pagar una cantidad mínima por la cena. Y ¿qué pasó?

Pues pasó lo que tenía que pasar. Que había puesto mal la cuenta o yo qué sé, y estuve haciendo miningresos ficticios con mensaje de error. Una vez alcanzada la cumbre de lo anormal, me harté.

Preveo que de aquí a unos años no habrá gente atendiendo en los bancos, como tampoco la hay ya en las gasolineras. Y estaréis muy contentos diciendo maravillas de la tecnología mientras vuestros hijos buscan trabajo. Sí, es demagógico. Y qué. De alguna manera me tengo que salvar, ¿no? No dudo de las extraordinarias ventajas del ordenador y de las app, pero, francamente, no me compensa. En una palabra: quiero gestionar mi vida con gente. Gente. Personas. Lo cual, por otra parte, es una bonita forma de vivir.

Borré la app. ¡Zas!

EL TIEMPO ENTRE MENTIRAS

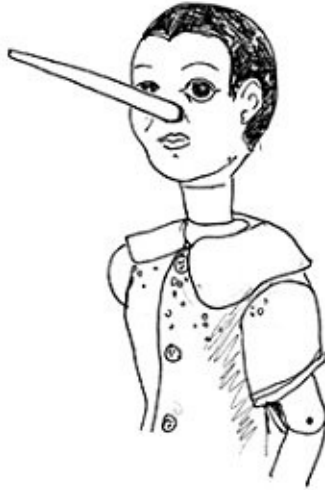
Voy en tren y tengo calor. Otras veces, voy en tren y tengo frío. Pero nunca voy en tren simplemente, disfrutando del paisaje. En este sudor férreo tropical que baja por el cuello hasta los pezones, en esta humedad salada que viaja indisimulada hacia la cintura, zonas magras y manos, los dedos ya son dedos de tinta. Tinta negra de diario que mancha y letras de revistas de colores, todas esas que acumulo en los quioscos de las estaciones como compañeras de viaje. Leer es bueno para el colesterol porque me aleja de las bolsas de golosinas y del chocolate. Leer es bueno, sea como sea. Leer es ficción. Leer es entrar en Oz. Leer es saludable. Y, por lo que leo, mentir también es sanísimo. Mentir como cosacos es lo más atractivo del mundo. Mentir está a la orden del día. E incluso, en el orden el día.

La mentira habla de nosotros; la verdad no tiene remedio. Las mentiras que escogemos son más nuestras que la verdad. Y nada más falso, imaginario y postizo que un cuestionario Proust de esos en los que preguntan «tu virtud favorita», «personajes históricos que te gustaría ser» o, ¡tacatá!, «un don natural que te gustaría poseer». Estoy leyendo de carrerilla, antes de deshidratarme en el vagón, y toda respuesta resulta tan increíble como el mismo héroe que ha elegido el personaje al que preguntan.

Todos mentimos. Mentir puede ser muy divertido. Porque leyendo las respuestas de fulano y zutano en el cuestionario Proust, me pregunto qué habría dicho yo: mis héroes, mis pintores, mis acontecimientos históricos o el estado actual de mi espíritu. ¿Habría exagerado? ¿Habría fantaseado? ¿Habría buscado algo campanudo, forzado, lejos de lo convencional? Sí, sí, sí. Por vicio. Mentimos por vicio. Para edulcorar. No es de extrañar que luego la gente vote o ensalce a idiotas, cleptómanos o malvados, y que las secciones de la prensa parezcan juegos de adivinanzas. ¿Será verdad?

La mentira llega, se instala y la empadronamos junto a la verdad. No queremos que nos mientan. Y, sin embargo, eso es lo habitual. Cuando tenemos una cita de amor, hacemos lo mismo que todos aquellos que se ven sometidos al cuestionario aparentemente fácil de Proust: ficcionamos nuestra vida. La engordamos. La moldeamos. La dulcificamos. La creamos. Cómo vamos a decir que nos gusta beber a morro, que pellizcamos el fuet, que robamos bolígrafos de los hoteles y que nuestro *hobby* favorito es tirarnos en el sofá sin hacer nada. No. Nuestro *hobby* es ver películas de Wes Anderson, coleccionamos discos de vinilo y escuchamos a Schubert. Jamás levantamos los brazos cuando suena reguetón en las bodas. Habrase visto.

La ficción es muy golosa y nos dejamos llevar por un montón de mentiras —llamadas mentirijillas— que crean un personaje de nosotros mismos. Ese que, tal vez, nos gustaría ser. Porque «ese que querríamos ser» habita en la mentira, jamás en la verdad. Ese que soñamos es el que forzamos con las redes sociales, con las respuestas y con las mentiras que disparamos. El hábito no hace al monje, pero lo cambia. Y si nos vestimos de pequeñas ficciones, empezamos a proyectar en la gran pantalla. Silencio, se rueda. Es la vida. Estamos en directo.



HISTORIA DE UNA FOTO

El otro día iba a un acto que se celebraba en mi pueblo, y en esto que paré a sesenta kilómetros de Madrid porque andaba la luz de la reserva haciendo chiribitas. Llené el depósito y pasé a pagar con tarjeta, porque se dispara el gasoil que es una barbaridad y no da con el efectivo. Es más, pagué un extra porque me dio bajón y opté por regalarme una chocolatina y una bolsita de gominolas para compensar. Es lo que tiene la ansiedad que genera el disparatado precio de la vida, que solo te lo compensa el azúcar. Conste que a veces me doy cuenta de que no debo, que luego las revistas se tiran como buitres al acecho de los gordos y crean inseguridades físicas y otras milongas emocionales. Pero en ese momento, me dije: todo me da igual; tenía ganas de chocolate y guarradas de plástico. Punto pelota. Luego me arrepiento, se me quita el sueño de la siesta y no me puedo dormir por los quebraderos de cabeza. Esta maldita educación cristiana y la culpa andan tras cada movimiento que hagamos para perseguirnos. Me paso la vida mirando cuerpos en Instagram y creyendo que algún día seré como ellos. Pamplinas. No lo seré. Pero no por tiempo, sino por ganas. Que andar con el brazo prieto y el ombligo terso obliga mucho.

Las gasolineras son el mal. Y no solo por el precio del combustible, sino por la Disneylandia de basuras que venden entre mostrador y

vitrina. El paraíso del carbohidrato se reencarna en Repsol, Campsa y demás parques de atracciones de la golosina.

Desde aquí quiero tranquilizar a mi familia: no compro tanto dulce como escribo, pero es lo que tiene dramatizar un texto. Mis amigos dicen que es que soy muy masoca, que me compro cosas para endulzar porque me gusta hablar de ello. Pero son amigos y verbalizan todo lo que se les pasa por la cabeza. Yo creo que soy así porque soy alto, y los altos creemos que nada nos engorda porque tenemos mucho espacio para el almacenaje de grasa. El día que te das cuenta, llevas un alien de diez kilos gritándote bajo el pecho.

Sigo. La cuestión es que me pilló pagando y con la chocolatina entre los dientes cuando vino un matrimonio a pedirme una foto. «Sí, sí, me hago», dije después de tragarme la onza. La señora se puso a mi lado y me dijo que estaba muy bien al natural (siempre que me dicen eso pienso en las latas de conserva de almejas) y que me seguía en redes sociales. El marido no atinaba bien con los disparos y nos hicimos felizmente un *book* de veinte fotos con gasolinera al fondo. Pensé en una portada de Fangoria. «Me sacas gorda, Manuel», le espetó al marido. «Pepa (el nombre es inventado), tú sabes que estás gorda. No es culpa de la foto», contestó. Se sonrieron. Yo admiro mucho esa sinceridad de las parejas de toda la vida, que se insultan ante un extraño y no pasa nada. Resultado: una foto buena, chocolatina, depósito lleno y un par de besos.

MÓVIL, TE DETESTO

El teléfono móvil se ha convertido en mi mayor enemigo. Lo detesto con las mismas fuerzas con las que espero que se ilumine la pantalla. *Ring*. Llamada. *Bip*. Mensaje. Así todo el rato. Y me muevo como loco en busca del aparatito, que se ha escondido voluntariamente por el hueco de los cojines del sofá. *Bip*. Dejo el vaso de leche en la mesa y me urge saber qué cuenta mi móvil. Cuando vuelvo, se ha enfriado. *Bip*. Me giro en la cama y lo cojo de la mesilla para ver qué me cuenta. Resultado: vuelvo a desvelarme en una ruta sinuosa por las redes y los senderos de mensajes. De WhatsApp a Instagram, de Twitter al correo electrónico,

pasando por Facebook y por la web de un diario. *Bip. Bip. Bip.* Ojos como platos.

Las personas que vivimos solas nos hallamos en un permanente estado de alerta. Nuestra mente viaja siempre a otros lugares, a otras personas, a otras inquietudes. Los ansiosos patológicos estamos llenos de miedos. Mis miedos se resumen en: que pase algo más allá de mi casa y no puedan avisarme. Por eso no lo desconecto. Por eso no me desconecto.

En las últimas semanas he leído artículos sobre la adicción al móvil, concretamente sobre cómo se puede uno desintoxicar de la constante presencia del aparatito pegado al pulgar. Pulgar que me duele, por cierto. Me sorprende la cantidad de enlaces y textos que explican el asunto. El artículo que más me ha interesado habla de la supuesta nomofobia, un concepto acuñado para explicar el terror a dejarnos el móvil en casa. No es un trastorno real, no es una adicción. Es un mal hábito. No es el móvil, sino lo que hacemos con él. El motivo del que hablan es la dopamina y la búsqueda de estímulos. De la misma manera que impulsa a consumir novedades, la dopamina nos impulsa a aprender o a adaptarnos a los cambios.

Plenas son las palabras que he leído sobre el asunto. Mucho sentido común. Pero el asunto vibraba en la mesa con excitación y alevosía. ¿Qué hacer?

Todo eso se acentuó furiosamente en la visita a una casa rural. Quería celebrar el cumpleaños entre amigos y con el relax del campo. Mientras subíamos las escaleras, nos fuimos encontrando con la belleza del lugar. Un salón precioso, con dimensiones grandes, vistas espectaculares y chimenea encendida. Todo respiraba paz y buen rollo. No creo que exista mejor opción para celebrar la vida, pensé. Amigos y destino perfecto. Al cabo de unos minutos llegó el desconcierto, como si fuera un sacerdote entrando en la sala con la extremaunción. No había cobertura. ¡Caos! Nos creemos que todo el mapa está conectado por antenas. Y no. Pero lo que era un drama del primer mundo, mutó en felicidad. Dejamos los móviles en el único rincón con señal y encendimos las velas de la tarta de cumpleaños. Nos fuimos pasando las copas, charlando sobre las cosas que uno se pierde cuando está excesivamente conectado a lo estéril, y decidimos jugar.

EL CABLE DEL TELÉFONO

El título no dice nada y lo dice todo. Verán.

Andaba de tarde de juegos con mis niñas, Elsa y Olivia, montando un mercadillo de frutas de plástico y manteles de cuadritos rayados con ceras Plastidecor en la habitación de las muñecas. Nos va la marcha a la familia Hernández, así que me puse de piernas cruzadas bajo una mesita de treinta centímetros hasta que se me durmieron. Les diré, avanzando el final del artículo, que levantarse del suelo sin ser budista es como hacer la maratón de Nueva York en chanclas. Mis rodillas acabaron como codillos hervidos de un comedor militar. O peor.

Las niñas montaron todo tipo de manjares que yo debía probar, fingir que comía y brindar con botes de ketchup. Borrachera de colores con cruasanes, mininaranjas y botecitos. La infancia es muy divertida cuando la ves tan feliz, tan despreocupada y tan llena de inquietudes. Mis pequeñas saben contagiarme de vida, de la verdadera.

En mi casa me repiten constantemente que todo no lo cuente, que qué van a decir los lectores. Yo les digo que ñe: anda que no tengo yo cosas que pensar antes que ponerme a pensar en lo que pensarán. Mucho lío. A lo que voy. Acabamos con el mercadillo y nos pusimos a pintar. Pensará la gente: qué gilipollez, pero a mí me dejó patidifuso lo que pasó a continuación. Vamos, que tuve que mirar la fecha de mi DNI al salir de casa.

«Y ahora, queridas niñas, vamos a dibujar espirales», dije con algarabía. «¡¿Espirales?! Y ¿cómo se hacen?», preguntó la mayor. «Pues, las espirales...». Lo que dije seguidamente acabó con mi infancia en seco. Un frenazo. Plof.

Las espirales son como los cables del teléfono. Eso dije. Me pareció una buena explicación para dos seres de tres y cinco años vestidos de Spiderman y princesa, respectivamente. Repito: como cables de teléfono.

Tan contento estaba con mi cera y mi folio dispuesto en la mesa de treinta centímetros —a esas horas ya no sentía los tobillos— que no me di cuenta de la cara que pusieron las criaturas. «¡Tiiiiío, los teléfonos no tienen cable!». Rompieron a reír enloquecidas. La pequeña señaló en modo Cristóbal Colón a su madre y la madre me dijo clavándome las

pupilas: «¿Cuánto tiempo hace que no ves un teléfono con cable? ¿Quince, veinte años?».

Las niñas se reían sobre los plásticos y me sentí recién llegado de una galaxia lejana llamada Petas Zetas. El caso es que en ese momento de crisis infantil no encontré un símil con el que explicar a las niñas que yo fui un tipo que tiraba del cable en espiral hasta el infinito para conseguir algo de privacidad en el pasillo. Ellas, más listas, me sacaron del atolladero. «¿Como la goma del pelo, tío?», dijo Elsa. «Sí, como la goma del pelo, amor». Uf.

«¡BOOM!»

Este artículo lo escribo con un café sin azúcar y dos galletas integrales que todavía estoy masticando. El bolo alimenticio que generó en mi paladar acabará con mi paciencia y con mi maxilar inferior. Mastico, luego existo.

Mi perra, *Doña Leo*, fiel lectora del gato López de Carlos García Miranda, se ha apoderado de mi cama y se ha propuesto impedir que me tumbe a la bartola a estas horas. Creo que ha visto como me estoy poniendo y ha decidido que la pasee más, que corramos juntos y que deje de sobrealimentarme con helados.

Digamos que yo estaba tan feliz que recorría mundo y me ponía morado en los bufés de los hoteles, que compraba chocolatinas y que me comía las patatas del minibar. En fin. Hacía fotos, tomaba notas para futuras novelas y, feliz, insisto, muy feliz, iba aumentando mi vocación literaria y mi tripa heminwayana a pasos agigantados.

Todo eso iba sucediendo sin que me diera cuenta, porque un día no te abrocha una camisa y le echas la culpa a la lavadora, otra al vaquero que está recién puesto y otras a los líquidos. Porque yo, retener, retengo todo: matrículas, teléfonos, cumpleaños, aniversarios de mis «ex», contraseñas, números de tarjetas y, sobre todo, líquidos.



Doña Leo me había mirado con ojos de mujer fatal, como suelen mirar las chicas coquetas y zalameras que quieren algo. Decidí hacerle caso, salir a la calle y dar una vuelta larga. Tan larga como hasta el bar donde me ponen unas bravas estupendas con doble salsa y una caña en copa fría, helada, bien servida. Como Dios y la cebada mandan.

Todo iba bien.

Iba bien.

Iba.

Recién llegado de Formentera, bien moreno y bien alegre —destaco esto último porque es importante para el tema que tratamos—, sucedió. Por eso ahora escribo y mastico un espeso bolo alimenticio de fibra y cereales imposibles. Sucedió, digo. Como mi perra ya había meado, decidí pasar con ella al quiosco a por la prensa en papel.

Allí estaba la catástrofe. La portada de las revistas del colorín anunciaba mis kilos de más con adjetivos que no se los desearía a mi mejor enemiga. Os entiendo, mujeres. La humillación tiene forma de periodista anónimo que pone bromitas sobre el peso y la forma física. Salí espantado, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. Algo que suele ser habitual, pero lo indico porque mi perra *Doña Leo* hacía lo propio con el suyo, imitándome. Salimos a la calle, pagué las bravas, la cerveza y escupí sobre la cuenta. Nunca más, dijeron todas las células de mi cuerpo en ordenada manifestación. Nunca más. La humillación pública durará una semana en los quioscos y una eternidad en internet.

Lo peor de todo es que en esa revista no decían nada de mi sonrisa: se me veía feliz. Feliz.

UN CATÁLOGO DE FRIKIS

Hace mucho tiempo, cuando los móviles eran como radios extraíbles de coche, dijo mi madre: «¿Cómo va a ir la gente hablando por la calle con el teléfono? ¡Qué ridículo!». Mi madre, como madre, es la mejor madre, pero como pitonisa no tiene precio. Como se compró uno de esos con teclas grandes dignas del primer Spectrum, estos días de calor infernal hemos tirado del mío para reírnos un rato. Y oye, mejor que unos martinis.

Al primer selfi frente al espejo que ha aparecido en Instagram se nos han caído los palos del sombrero. Era uno de esos famosos que luego salen en las revistas enseñando su casa; sin embargo, en la foto hacía de galán, apoyado en la puerta del baño haciéndose un autorretrato. Salía la jabonera, el grifo, el marco con un secador colgando y el cable enrollado, el gel recién usado chorreando restos y un suavizante del pelo. «¿Esto es necesario?», ha preguntado mi madre. «¿El suavizante?», le digo. «No, la foto», ha zanjado con sabiduría.

Hemos seguido viendo más selfis y la cosa no mejoraba. Se veían sonrisas fingidas, más baños y más espejos. Algunos marcaban músculo, con cara prieta cercana al paroxismo; otros ponían morritos, en un ataque de sensualidad; los había insinuantes, en el límite del bajo ombligo para evitar la censura, pechos turgentes cubiertos con la mano a lo Nadiuska, espaldas insinuantes con los restos del moreno y, sobre todo, mucho grifo. Muchísimo grifo. Los selfis están anestesiados de griferías. España es un mapa de válvulas, espitas y roscas. Saneamientos Pereda, la *boutique* del accesorio y las reformas de baño, parece patrocinar a los *instagramers* patrios. De hecho, hemos acabado valorando cambiar el que tenemos porque los selfis lo que esconden en realidad es un catálogo de grifería, toallas y azulejos. La conversación ha derivado hacia el surrealismo más berlanguiano: ¿sería mejor un monomando? ¿Las toallas que nos regaló el del banco siguen en el armario? ¿Deberíamos haber puesto mampara? Así hemos seguido hasta que ha salido el Gordo de Navidad: hacerse un selfi con la taza del wáter como escenario es, cuando menos, grotesco. En ese momento se ha acabado mi móvil y mi madre me ha dicho que prefiere el suyo, con teclas grandes y llamadas normales. Tiene razón.

Qué lejos queda la dama del espejo de Velázquez y su selfi con las Meninas. Qué lejos queda la belleza. El mundo que ha destapado la autofoto ha degenerado en una exhibición extraña: somos seres solitarios. El selfi —en el que todos hemos caído— es triste. Todas las fotos hechas con el brazo alargado esconden un desamparo que no lo cambia la mejor sonrisa ni los dientes más blanqueados. Lo que empieza como guiño y gesto de felicidad frente al espejo acaba como mueca deforme y contrahecha.

Al baño, sin móvil.

MI TELÉFONO

Hay veces que me coloco delante del teléfono móvil y empiezo a mirarlo fijamente, tanto que llega a parecerme telequinesia, la magia esa que al parecer mueve objetos con la mente. Pero no se mueve, es la miopía, que juega con las distancias y me mareo porque sigo sin revisar la graduación. Lo miro diciéndole: te voy a apagar y me voy a poner a trabajar. Pero mientras intento concentrarme para darle a la tecla de apagado, lo dejo encendido por si acaso. Pienso que si lo apago, va a llegar la llamada de mi vida, el *match* perfecto o el wasap del año, que revolverá el guion de mi existencia y convertirá el tedio en unas vacaciones soñadas en algún paraíso del hemisferio sur. De tanto mirarlo, me imagino quién será el primero que llame: ¿mi ex?, ¿el gestor?, ¿mi amiga?, ¿la pandilla *amazing*?, ¿mi madre?, ¿la editora?

Le digo: puedo contigo, te miro y si quiero te apago, ¿sabes? Pero no lo hago. Como si el bicho de Steve Jobs tuviera más fuerza que yo. El aparato, muy educado, no dice nada. Se queda quieto sobre la mesa — ni telequinesia ni mandangas— y mantiene toda mi atención con la pantalla a oscuras. Pienso que se me va de las manos, que estamos muy pendientes del móvil. Digo «estamos» porque no me voy a disparar un pie: el plural mayestático siempre quita un poco de carga de conciencia.

Decido darle la vuelta. Es la solución. Ponerlo del revés. Si no veo la pantalla, no me entretengo. Esa es la hipótesis que realiza mi mente. Así puedo abrir el ordenador y no distraerme con el trabajo que tengo

acumulado: una entrevista por *e-mail*, unas cartas por enviar y un reportaje de Venecia que he dejado entre el canal y la góndola. Pero no puedo. Digo: el bicho este me puede. Le doy la vuelta de nuevo y acaricio el cristal como si hiciera corazones en el vapor de la ducha. Pongo mi contraseña y miro las redes y lo que no son las redes: el correo, el tiempo en Nueva York, las ofertas de Vueling, casas monas de Airbnb, el Twitter de los políticos y sus fotos de perfil, las novedades de la Casa del Libro, los más vendidos, los *likes* del Instagram, una mesa que puse a la venta en Wallapop y ¡hasta la bolsa!

El móvil no dice nada, sigue mudo como Belinda. No ha habido llamadas. ¿Lo ves? Podrías haberlo apagado y ya tendrías media Venecia escrita y dos cartas enviadas.

De tanto concentrarme para decidir si lo apago, me quedo sopa. Muertecito de sueño en el regazo de la infancia, que tiene forma de manta de ganchillo que todavía no he quitado del sofá. Y cuando suena me pego un susto del demonio. Es del banco. Mi relación más duradera. Resulta que como hice *nosequé* gestión me dan la opción de tener un móvil nuevo. ¿Otro? ¡Venga ya!

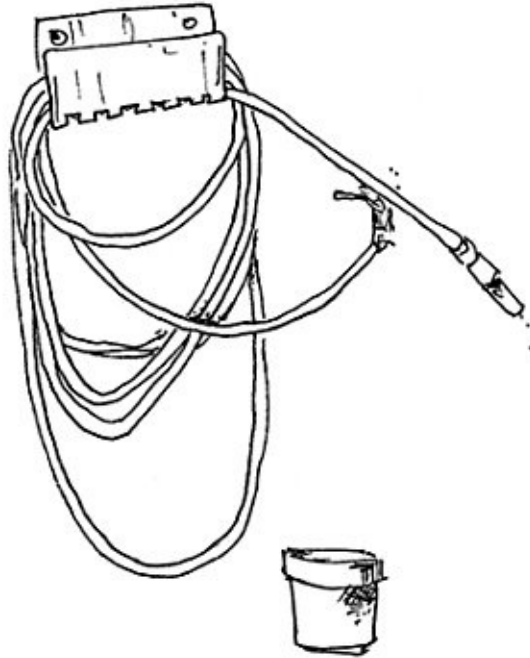
CONSEJOS DEL MAR

Pocas cosas hay tan maravillosas como pararse frente a las olas, al horizonte y... dejarse llevar. O nadar. O saltar. O bucear. O pensar. O, incontestable, no hacer nada. Na-da. Eso es muchas veces lo mejor. Pero ¿qué pasa cuando no tenemos playa a la vista y solo nos enfrentamos a un periódico en el metro, un café con leche en una terraza o una cola en una sala de espera de insufribles luces halógenas?

Hay una antología de frases empalagosas que circula por internet, de las que acompañan subrayando atardeceres exagerados, gatitos mimosos de ojos grandes y campos de amapolas más rojos de lo normal. Algunas, si lo pretendes, te sirven en esos momentos de ansiolítico. Psicología de todo a cien, dicen algunos. ¿Y si lo fuera?

No seré yo quien sacuda las tablas de salvación en las que otros se refugian. Más de una vez esas frases motivadoras, esos aforismos desacreditados por cursis, son criticados. Y puede que lo sean:

afectados. Sin embargo, esa conmisericación hacia quien los utiliza resulta irritante. Recordemos: «una palabra tuya bastará para sanarme». La palabra cura. Que cada uno elija su tirita acorde a su herida y su sangrado. No me vengan con condescendencia presumida.



Manuel Velasco, amigo, me abrazó como nos abrazamos en el siglo xxi: mediante un mensaje escrito. Eran días de tormentas y los cuerpos se vuelven vulnerables a los roces. Más aún a los roces de las corazas. Abrí la pantalla del móvil y me tropecé con un surtido de frases que encajaban bien con la emoción quebrada. Que cada cual elija. Quiero compartirlo aquí, con los que me leen, y así quiero que quede: impreso.

1. No seas extremadamente bueno. Nadie espera tu canonización.
2. No des tantas explicaciones. Tus amigos no las necesitan y tus enemigos no las van a entender.
3. Permítete el lujo de estar enfadado, decepcionado con algunas personas.
4. No te emparanoies tanto. En realidad, no pasa todo lo malo que imaginas.
5. Desaparece una temporada. Aunque sea mentalmente.
6. Sé más pícaro.

7. Haz caso a tu intuición.
8. Confía en quien sabes que sí y desconfía de quien sabes que no.
9. Nadie te ha pedido que seas perfecto.
10. Sé tu mejor amigo.

No sé. Pensé que valía la pena darlo a conocer en esta columna, si es que no anda por ahí ya dando vueltas por internet. Aunque solo sea porque es de un amigo que demuestra sensibilidad, de la cual andamos necesitados. No soy yo de los que se ponen camisetas con mensajes ni de los que pegan imanes con aforismos en la nevera. Tampoco estoy en contra. Aquí dejo hoy estos diez de un amigo a modo de tirita: los consejos que da el mar cuando lo miras.

ANESTESIADOS

Este peatón pasea por la calle como el personaje de Ray Bradbury. En 1951, el escritor publicó un cuento corto titulado «El peatón». En ese cuento, nos encontramos a Leonard, el protagonista, haciendo algo insólito en la sociedad futura de 2053: caminar. Las calles son silenciosas y da la sensación de que «se camina por un cementerio». El peatón no está solo, sino que se siente solo. Camina sin rumbo durante todo el día y llega a casa a medianoche. Ve «ventanas oscuras», «débiles resplandores de luz», «fantasmas grises» y casas que parecen tumbas. Mientras camina por la ciudad, el peatón distingue débiles resplandores de luz que son televisores encendidos con ciudadanos silenciosos y atentos.

Cuando Bradbury escribió esta historia, el coche se estaba convirtiendo en un ser superior en las ciudades americanas y todo se acomodaba a los vehículos. Empezaban a brotar las casas unifamiliares y caminar era visto como un crimen. Los peatones se convertían en tipos solitarios y en seres que viven en el peligro de las calles.

Ahora este peatón que escribe pasea mucho. Tiene mucho tiempo libre e imita al personaje de Bradbury por las calles de Madrid. Recuerda su infancia, cuando daba los buenos días al salir del edificio, saludaba a la vecina que abría la puerta al escuchar ruido, daba charla en la

panadería y comentaban la cercanía de la Navidad y los problemas del colegio, daba cuenta de la salud de la abuela y charlaba, charlaba, charlaba. Las calles no eran ejércitos de autómatas y las cafeterías eran cuadros en 3D.

La temperatura de las calles ha cambiado. Observo con tristeza desde la calle a una pareja que está sentada frente a frente, pero no cara a cara. Cada uno mira su móvil y la pantalla ilumina sus ojos. Ambos tienen dos cervezas calientes sin espuma sobre la mesa. El camarero les ha dejado unas patatas que siguen ahí, intactas. Invisibles como el camarero. No ha habido «hola» ni «gracias» ni mirada. El chico y la chica siguen paralizados, anestesiados, frente a su pantalla de móvil. Son pareja, el bebé está dormido en su carrito junto a ellos. Un tipo choca conmigo en la calle, me da en el hombro y hace un gesto. Va con el móvil *guasapeando*, trastabilla y casi se le cae al suelo. Ruge ante el peligro. Suena entonces una llamada y se queja porque el mensaje que estaba escribiendo se le borra. «¿Mamá? ¿Qué querías? Estaba ocupado».

Esas pantallas son las ventanas de Bradbury. Aparentemente llenas de vida. Nos acercan a los que tenemos lejos, nos alejan de los que tenemos cerca. Tienen mil aplicaciones, algunas para ligar. Pero paseamos sin mirar las caras y damos «me gusta» a una foto aparente que nos llama la atención. Nos estamos perdiendo la vida, la real. Aunque, quién sabe, a lo mejor estás leyendo esto.

[LA RIDÍCULA IDEA DE AMAR]

LOS LUGARES AMADOS

A mí enamorarme me ha gustado siempre. No es de ahora. Es algo que me ordena la vida y me desordena la agenda. Y tengo tendencia, cuando se han ido del colchón y del corazón, a mitificar los amores como si construyera catedrales en ellos; edifico la historia, la bendigo y me dejo llevar por los recuerdos como quien glorifica reliquias de santo. Este libro me lo regaló, esta canción la bailamos, este sabor lo besamos, aquí me dijo que nos iríamos de viaje y en este banco del Retiro me prometió amor eterno.

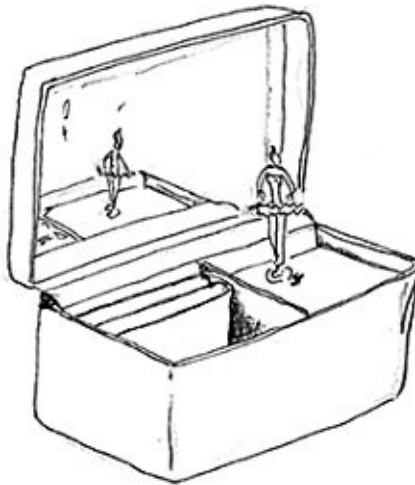
A veces, paseo con mi perra y me acuerdo. Sin ir más lejos, ayer, caminando por la villa, me percaté de una escultura de esas que coronan edificios como mascarones de proa en tierra firme. No era la belleza del ángel alado lo que me paralizó en el semáforo, fue su recuerdo. Yo mismo hace veinte años, en ese mismo lugar, sin perra y con pareja mirando hacia arriba. «¿Has visto qué bonito?», decía el recuerdo. Y la bola que palpita entre sien y frente rebotaba recuperando recuerdos de un viejo amor con un último y decisivo set. Sonreí y amagué una lagrimilla de esas a las que no has llamado.

Me dio por la nostalgia, que es buena compañera de paseo en solitario, y así llegué tranquilamente a tomarme un café en un bar en el que —gracias a Dios— lo sirven sin corazones de espuma. Benditos sean los bares que no decoran, no soporto los trasplantes fuera de quirófano. Pero saltó la alarma: aquella mesa, aquel ventanal pintado y aquel lugar también tenían pasado. Otro. Diferente. Es lo que tiene cumplir años, que se te acumulan las fotos y los nombres. Sentado allí,

me vino un capítulo de aquellos en los que te creíste invencible. Nada es eterno. Ni siquiera las sillas del bar. Habían cambiado. El recuerdo, no. Es increíble cómo el cerebro puede devolver a la memoria el perfume de aquella cita tantos años después.

Así seguí, recogiendo heces de mi perra, que anda con infección intestinal, y sumando memorias y olvidos como quien colecciona reliquias de amor. Todo a la vez. Así recordé los pies morenos en aquellas sandalias de verano, los pantalones pitillo azules en el portal, el CD de canciones dedicadas que me metiste en el bolsillo de la cazadora, el libro dedicado en la terraza, los mosquitos en el parque del Oeste, el sabor a helado italiano en el Templo de Debod, la cena picante en el restaurante indio... En fin.

Los lugares amados se van suavizando con el tiempo, los años se han encargado de quitarles dolor y ponerles barniz. Barniz del bueno, el de capa gruesa, el que brilla sin sol. El olvido se encarga de lo suyo y la memoria, de filtrar convenientemente. No es que tenga la ciudad trillada, es solo edad. Cero queja. Los lugares donde has amado son tuyos y míos y, por eso, son eternos. Al cruzar el semáforo, vi un banco nuevo. No tiene memoria. Todavía.



TODOS TENEMOS UNA CANCIÓN

Hace un rato, en la radio cantaba la Callas. Naturalmente, la trampa de los recuerdos me ha atrapado. Vivimos una historia de amor en la que no teníamos canción favorita y, una tarde de bostezos en la que buscábamos ser una pareja normal, sonó «Norma». Habíamos invitado a unos amigos a pasar la tarde y nos quedamos en pijama poniendo canciones de algunos directos suyos en París que no entendíamos, pero que nos emocionaban. La fuerza de la diva nos conquistó y le permitimos que fuera nuestra canción. Anulamos la cita con los amigos. Siguió la Callas llenándolo todo. Comprendí que si esa iba a ser nuestra banda sonora, mal amén el que nos esperaba a uno de los dos. La diva murió dos veces: una al abandonar los escenarios y otra, de pena al haber sido abandonada por Onassis. Dos abandonos.

¿Cómo no pensar en ti cada vez que suena? Tu recuerdo se aferra a todas partes, se niega a abandonar mi ordenador y mi oficio. Decías que era aquí donde iba a disfrutar más, y eso que te gustaba verme en la pantalla. Te deslumbraban los focos y los pasillos de fotos, y doy fe de que eras feliz acompañándome. Y yo era feliz si lo eras.

No te pienso tan a menudo como quisiera. O, en cualquier caso, ya no apareces. Esta tarde he decidido buscar recuerdos y quedan pocos. Sobre todo después de tantas mudanzas. Eras omnipresente y, a veces, lo sigues siendo. ¿Sabes? Es maravilloso que eligiéramos aquella canción como banda sonora de nuestra relación. Es raro que suene por azar. Imagina que llegamos a ser normales y elegimos un *hit* de esos que se repiten en las verbenas. A veces nos salvan algunas rarezas. Bendita Callas. Su voz es definitiva. Perdóname que no te escriba más largamente, porque ha acabado la canción. Y con ella, las emociones.

¿Qué canción nos mata? O mejor, ¿qué canción nos devuelve durante casi tres minutos a una historia superada? En ocasiones son los olores o el sabor de una comida lo que nos evoca como un brote histérico algún episodio viejo. Hoy en día, cuando veo frascos de colonia Heno de Pravia, siento añoranza. Mi abuela olía a su jabón. Recuerdo sus caricias por el sabor de algunas comidas, y el tacto de algunas prendas me la devuelve haciendo ganchillo en su sillón verde del ventanal. Toda su sensibilidad y su gusto están en objetos sin valor. ¡Cuántos kilómetros de ganchillo hizo! ¡Cuántas albóndigas! ¡Cuántos bizcochos! Cuando murió yo estaba presentando un *Telediario* y, entre noticia y noticia, me secaba las lágrimas. El plató se convirtió en un sepulcro durante muchos

años: me devolvía a su adiós cada vez que lo pisaba. Me comunicaron su muerte antes de entrar en directo y la maquilladora se quedó a mi lado mientras las cámaras guardaban silencio.

Creo que durante mucho tiempo estuve contándole las noticias a ella, como si me viera. Se quedó entre el cristal de mis gafas y el de la cámara. Los recuerdos son una putada, ¿no? O una bienvenida. Yo qué sé.

AL OTRO LADO DE LA CAMA

Si duermes acompañado, este artículo no te interesa. Yo duermo solo. Y hoy, al levantarme, me he dado cuenta de que llevo años con una parte del colchón por conquistar. Es una cama de 150 centímetros, de esas que nuestros padres llamaban «de matrimonio». Lo normal (si la normalidad existe) sería tumbarse en el medio y disfrutar de la geografía de sábanas en propiedad. Que para eso es mía. Y más yo, que mido 1,85 y tengo problemas de sueño. En el cerebelo de algunos solteros recalcitrantes debe de habitar un gen que nos lleva a acomodarnos en un lado de la cama, como si durmiéramos acompañados de la nada. Es la mayor gilipollez del mundo. El barbecho del sueño. Mitad cosecha, mitad en espera. Absurdo, sí. O, puestos a hurgar en el dolor, puede parecer la costumbre más triste relacionada con los sueños y las camas: se diría que duermo esperando a que ese vacío se llene, como si dejara una plaza de *parking* con triángulos reflectantes para avisar de que «ese hueco está reservado». ¿A quién?

Mi cama amanece ordenada de un lado y enfurecida del otro, el mío. Y resulta —confieso— grotescamente amargo. El imposible vacío. La vacante en espera. El ocioso espacio. El desierto vano. La Siberia del amor. Freno, que me acelero y me salen títulos de novela. Tanto territorio para acabar durmiendo cada noche en posición fetal en el lado derecho, o izquierdo, según se mire.

No quiero entrar en política, que últimamente alguna gente está con la piel muy fina y el gatillo fácil. De hecho, esta es una excusa para girar la vista y pasar olímpicamente de la matraca y el *cansinismo* de los mismos argumentos políticos edulcorados con la nueva urgencia electoral. No

queríamos bipartidismo. Bien, conseguido. Votamos, los muchachos no saben pactar, se lio la marimorena y ahora debemos volver a votar para sacar nota. En sueños imagino que todos votamos igual y que se dan de bruces con el mismo sainete. En fin, son sueños. O pesadillas de unas elecciones eternas en las que nadie pacta y los españoles nos pasamos la vida votando y votando hasta que acaba el paro. ¡Dónde quedó la urgencia social! ¿Dónde quedó la urgencia social? Nótese que he cambiado los signos y el tono es distinto.

Mi cama. A lo que iba. A estas alturas del artículo puedo ya confesar que, además de dormir solo y no alterar la mitad de mi mapa, doy la vuelta a la cama para ir al baño, que está al otro lado. Todo por no molestar a ese espacio vacío. Supongo que los psicólogos tendrán respuesta; no pienso preguntarles. De manera sentimental diré que el día que conquiste el centro de mi hemiciclo habré acabado con las posibilidades de una pareja continuada. Conmover, ¿verdad? Habrá sido rendirse al espacio de las sábanas. Dar por perdida la expectativa, la esperanza o el acecho. De momento, ese espacio vacío se revuelve en contadas ocasiones. Entro en campaña, pido el voto y lleno voluntariamente mi hemiciclo. Pero por ahora sigue así, como un páramo.

Las vueltas que he dado para no hablar de política. Por Dios.

BALADA PARA UN SOLTERO

Suena el teléfono.

¿Sí, dígame?

Al menos no es el médico.

Una chica de una agencia de turismo me comunica que me ha tocado un viaje. «Nos encantaría que vinieras al hotel para disfrutar de la estancia con todos los gastos pagados», dice con tono angelical y matemático. Mientras me da las felices explicaciones y un montón de preciosos detalles, tamborileo en la mesa de mi escritorio y murmuro «qué bien» y «qué suerte tengo». Luego me dice que es para dos, que puedo llevar pareja. Pa-re-ja.

Ejem, digo. Pareja.

«Puedes venir acompañado» es la frase que lanza alegremente desde el otro lado del teléfono. Y en ese momento, lo que era una alegría, un *morning glory*, se convierte en un puñal inesperado.

Cuelgo pensando que habría sido mejor el médico. Si me adelantan la cita, arreglo mis cosas y ordeno la vida. Zarandajas de esas de tío de cuarenta y cinco.

¿En serio estás pensando eso, Max?, me digo.

Y como hablo solo, me contesto por escrito.

La vida está hecha para dos, le explico al folio que me mira en blanco mientras escribo. Las mesas con mantelitos y sus sillitas dispuestas para una pareja. Las butacas del tren. Las camas. Los viajes. Las mesillas de noche. Las ofertas de Trasmediterránea, las de hoteles, las de viajes... Hasta los yogures y los sobres de ensalada son más económicos para dos.

Cuando colgaba el teléfono y aceptaba el puñal a lo George Sanders, el silencio se ha apoderado de la casa. Llamadme apocalíptico o integrado, lo que queráis. Llamadme dramas. U hombre que se apoya en la barra de un bar y pide una caña y finge que espera a otro alguien. Llamadme lo que queráis. Porque estoy seguro de que pensáis que eso se soluciona llamando a un amigo y punto.

¿A cuál? ¿A cuál? ¿A cuál?

Todavía queda mucha vileza en mi corazón desde que la nevera y la ducha las habito únicamente yo. Hacer un *casting* de amigos para eliminar concursantes y quedarme con un ganador como si mi vida fuera un *reality* no es lo que me apetece. He mirado la agenda de arriba abajo y lo que debería estar siendo motivo de alegría se ha convertido en un asfixiante negocio de a-quién-quiero-más. ¿Tú, tú o tú?

Algunas personas hacen facilísimo eso de renunciar a una pareja, como si fuera un pantalón que se ha quedado estrecho. Yo no sé.

Cuesta creer que el amor haya llegado a parecerme un asunto tan frágil.

BALADA PARA UN SOLTERO (SEGUNDA PARTE)

En capítulos anteriores, este que escribe fue invitado a un hotel para dos. «Puedes venir acompañado», fue la frase que desencadenó una de esas espirales de lamento y crisis-de-hombre-de-cuarenta-y-cinco de género impar. Gracias a esta sociedad tan instantánea, recibí numerosas muestras de apoyo que se sumaban a mi emoción y, también, jugosas ofertas para ser mi acompañante por unos días. Algunas me parecieron realmente buenas, interesantes, excitantes, etc., pero mi prurito de soltero levantó al valiente que habita en nosotros y me vine solo. Yo solo. Maleta, avión y taxi.

«Lo mismo hasta ligas en el hotel», me dijo una amiga.

«Oye, si se dan las circunstancias», respondí. Estoy libre.

He aquí lo que ocurre cuando uno se hace mayor: la soltería se ve como un ejemplo de madurez y no de abandono. Los amigos ya andan quejándose de sus respectivas. Los horarios son parte de la epidermis. Las obligaciones andan rozando el hábito de monja. Las liberaciones son pocas. El cansancio es como un ardor de estómago. Así que los solteros somos vistos como seres del paraíso —tipo *Avatar*— que andan libérrimos por lugares del Olimpo de la Mocedad. Algo así. El soltero parece el *bon vivant* que anda campando a sus anchas sin horarios, sin quejas y sin obligaciones. El soltero parece un autónomo de la cama y las llaves de casa que no paga impuestos. El soltero es como el que cobra en negro y tiene licencia para matar.

Todo parece cargado de sentido. Creo que el soltero o soltera de 2016 está adquiriendo cierta fama de persona libre. Se acabó la etapa del ya-aparecerá-alguien y hemos entrado en una titulada joder-qué-vida-llevas. Te descalzas en casa nada más entrar, comes en el sofá, te duermes con la tele puesta, amontonas libros en el suelo, la nevera aúlla con cervezas y actimeles, cuelgas toda tu ropa en el armario, te metes en la cama por el mismo agujero de ayer, haces alguna fiesta, abres una botella de vino para ti solo, conjugas los verbos «salir» y «entrar» con facilidad, miras la hora en el móvil, juegas con él, también contigo. En fin.

Es posible que me esté volviendo demasiado quisquilloso y demasiado mayor para algunas cosas. Aquí estoy, escribiendo este artículo en un hotel para dos que es todo para mí. Llevo pantalones cortos, hace calor y las vistas son maravillosas: el cabo Formentor. De hecho, las vistas son tan maravillosas que alguien se queda mirando hacia el mismo horizonte, luego se gira: «Bonita vista, ¿verdad?».

«Realmente sensual», respondo fallando al subconsciente.

Se echa a reír. Yo también.

En ese momento me doy cuenta de que he hecho bien viniendo solo. La cama es de dos metros, mi soledad, de 1,85 y la botella de vino del hotel está sin abrir.



LA POSIBILIDAD

Andaba poniéndose la tarde plomiza y las amistades con ganas de irse a casa. «Cada mochuelo a su olivo», dijo uno de ellos. Y así, entre prisas, besos y olor a cervezas, cada pareja partió rumbo a su madriguera. «Nos vemos», «Genial», «Qué buena tarde», «Hay que repetir pronto», y todas esas frases propias de la amistad que vienen salpicadas de guiños y palmadas en la espalda aceleradas. Hablamos de un grupo de amigos y una reunión, digamos, habitual.

El semáforo se puso en rojo y, en ese momento, el protagonista de este folio se quedó mirando cómo dos de ellos se metían en el coche, la otra pareja cogía rápida el autobús y cómo, los terceros, justo cuando empezaba a chispear, abrían el paraguas y se acurrucaban pegados al mango. Podría haber sonado una de esas bandas sonoras que cierran la película, pero resonó el *bip-bip* del paso de cebra.

El semáforo se puso en verde y el protagonista aceleró el paso con el periódico en la cabeza directo a su casa. El sabor de la cerveza y el eco de la charla andaban dando vueltas en su cabeza, pisaba las rayas blancas con zancadas amplias y adelantaba a una mujer con carrito y niño. El cielo anunciaba tormenta y su interior, también.

Las llaves nunca se encuentran cuando toca. El ascensor tarda en bajar. La luz parpadea al encenderse. Y la vida se pone quisquillosa con el mínimo roce. No siempre las corazas están bien abrochadas y los espejos de los ascensores se confabulan con ellas para reflejar la costura abierta en la espalda. Ahí aparece el miedo, la debilidad y la carne. Los amigos desaparecen y lo que brota es la duda del soltero que sube solo a su casa. Se descalza en la entrada, se quita el cinturón y pone la tele. Abre la nevera, bebe agua de la botella, la vuelve a cerrar y se tira en el sofá con todo su terreno conquistado como un Hernán Cortés de Ikea. El móvil se ilumina. La tele escupe anuncios. La tormenta arrecia. El protagonista cree que tal vez no debió romper su relación, hoy habría alguien diciéndole que no bebiera de la botella, que dejara los zapatos en la habitación y pidiéndole que cambiara de canal. Alguien que habría deshecho la cama, alguien que preguntaría «¿qué quieres cenar?» y alguien que pondría el móvil a cargar. Sin embargo, cuando van apareciendo las ausencias, las dudas, y crece la lluvia fuera de casa, también aumentan las respuestas.

Sus amigos han llegado a casa, se han descalzado, han encendido la tele y han preparado la cena. Dónde está el fallo de guion. En ese momento se levanta, recoge los zapatos de la entrada, se sirve una copa de vino, se echa el móvil al bolsillo trasero del pantalón y vuelve a la calle. El bar de la esquina está abierto. Ya no llueve. Saca el móvil, pone un mensaje. Contestan. Sonríe.

PASTILLAS DE COLORES

Se llamaba Juan y estaba cerca de los noventa años. Dos veces por semana coincidíamos en el bar de menú que hay en la calle Sagasta. Primero nos saludábamos con cortesía, apenas un gesto con la cabeza al reconocernos en el mismo lugar. Pasaron los días y ya hubo un «hola»

y un «a ver qué nos ponen hoy». Comíamos a dos velocidades: yo engullía y él se deleitaba con las acelgas o la tortilla francesa. El postre lo evitaba y lo sustituía por una infusión que acompañaba de varias pastillas de colores. Pronto supe que se llamaba Juan y que vivía en el edificio señorial de la esquina; «en el ático», precisó el camarero que nos atendía siempre y con el que habíamos estrechado lazos de cotidianeidad. Si yo llegaba antes, me ponía al corriente, me decía que Juan llevaba toda la vida comiendo allí y que vivía solo desde hacía un tiempo. Sabía de mis inquietudes literarias y creo que me iba dosificando con capítulos la vida de nuestro viejo vecino.

Juan tenía siempre una sonrisa. Esa que se les queda a algunos ancianos que están satisfechos con la vida que han llevado y que incluye cierto grado de nostalgia. Un rictus de melancolía sana, sin dolor, un «hasta aquí hemos llegado». Me empecé a acostumbrar a su compañía y a los cansinos menús del mismo bar, porque en esa normalidad estaba mi casa. Los que vivimos lejos de la familia necesitamos encontrar otra que haga de placebo. Puede ser una calle, un bar, la farmacia, el mismo quiosco o el mismo comercio. En las rutinas está la familia elegida. Yo había adoptado a Juan como abuelo. Y él lo sabía.

Un día me habló de su amor. Había muerto de una enfermedad que no se curaba porque decidió no tomarse las pastillas. Lo supo cuando se llevaron el cadáver y arrastraron los muebles para limpiar a fondo la habitación. Encontraron todo un arsenal de medicamentos que jamás quiso tomar tras el armario. «Era mayor que yo y siempre supe que me quedaría viudo», me dijo apaciblemente. Sentí una punzada de envidia, esa que escondemos los solteros que presumimos de serlo cuando lo que de verdad queremos es encontrar un amor.

En cada comida me daba más detalles de su vida. Fueron muy felices, ese sería el resumen. Viajaron mucho, cultivaron la ópera, las excursiones y la vida de hogar. No fue fácil, tuvieron todos los problemas que se pueden tener en el amor. Pero «nos queríamos, eso supera todas las barreras». «Todos los días nos decíamos “te quiero” —me contaba—. Nunca nos fuimos a la cama enfadados, porque el colchón está hecho para los sueños y para el amor». Yo sonreía, entendiéndole el doble sentido de su risa pícaro de viejo adorable mientras me acostumbraba a comer a su ritmo, más lento, más prudente masticando, más sereno. Así

me lo dijo: «No tengas prisa, mastica lento y el amor llega». No supe qué responder. De hecho, jamás le pude responder.

Un día tardó. Comí solo. Tomé postre para hacer tiempo y esperar a que llegara con su bastón. Al final, pagué y salí. En la puerta me volví y le pregunté al camarero por Juan. Y, sabiendo que me había quedado huérfano de abuelo, me dijo con tristeza y una sonrisa: «Ya está con su amor. Jamás he visto a dos hombres mirarse como se miraron ellos».

Me despedí y comprobé que en el edificio señorial donde vivía Juan estaban haciendo mudanza. La última.

LA RIDÍCULA IDEA DE AMAR

El amor romántico es ñoño y todo lo que queráis añadir, sí. El amor de pecho ahogado y palabras torpes será ridículo y todo lo demás, vale. El amor punzante y auténtico —por indiscutible— será risible y bufo, acepto. Criticad el amor. Consideradlo menor. Haced mohínes cuando pasa una pareja de la mano o murmurad cuando dos se besan en la barra de un bar. Bufad cuando suena una canción de amor o promocionan una película romántica. Gritad si queréis. Martillead con la crítica sombría y con vuestras inquinas de personas estables y seguras de sí mismas.



No conozco a nadie que cuando se enamora no resulte enternecedor. Hasta el machito amigo que presume de canalla en la barra del bar cae en las redes de los tópicos cuando se enamora: el suspiro, la pausa, el nerviosismo, la mirada distraída, la duda, el cigarrillo consumiéndose solo entre los dedos... Hasta la amiga templada parece asustadiza cuando te da señales de enamoramiento. Hasta los *heavys* triunfaban entre los pijos cuando se ponían románticos. Hasta...

Ese día en el que alguien te desordena la agenda, esa mañana en la que titubeas ante el teléfono —¿llamo?, ¿no llamo?, ¿llamo?— o miras la hora doscientas veces es, por excepcional, maravilloso. El eje cambia, las prioridades mueven la balanza de la rutina y todo tiene el nombre del amado, de la amada, del amante. El amor derrite presidencias, monarquías y barriadas. El amor cambia de bando y apunta desde su miopía.

He visto como adalides de la soltería y panfleteros del secarral de las emociones llamaban pidiendo ayuda porque habían caído en el enamoramiento más hostil. Ellos, que masticaban hiel y aborrecían lo cursi. Y sonrías por dentro, diciendo: «He ganado, yo tenía razón. Te lo dije». El amor es un accidente: te pilla o no te pilla. No hay suscripción ni tampoco seguro de riesgo. Cuando aparece —recordad *La ventana indiscreta*— es como si fuera un choque de trenes, ¡pa! «Señor Jeffries, el amor es así». ¡Pa!

Y en ese momento uno puede ser sensible, torpe, chiflado, principiante, pánfilo, pesado y típico. Puede estar ausente, errar, titubear, andar perdido, componer canciones, escribir, pasear sin rumbo o habitar castillos en el aire. ¡Qué cojones! Es amor.

Lo dijo Simone de Beauvoir: todo lo que se ama duele. Por eso, en las caras del enamorado hay algo de desesperación y de miedo. Un gesto de alegría y temor. Una mezcla de resaca y desayuno. Y ahí, perdonad, todos nos parecemos.

Y ¿por qué digo esto? Porque me cansa la superioridad moral de los que critican a la gente enamorada, los que tachan, los que juzgan, los que censuran. Y, sobre todo, porque estoy sentado en un café viendo cómo una pareja se coge de la mano, se besa y se promete. Y la envidia me ha dictado todo este texto. Así que perdonadme si no os gusta, no es culpa mía. Es el amor.

YA NO SOMOS NIÑOS

Cuando era pequeño y mis padres decían que tenían cuarenta años — ¡cuarenta!—, yo les percibía como seres muy viejos y muy sabios. «Cuando yo tenga cuarenta...», decía inocentemente.

En esas mañanas de Reyes Magos como hoy, los señores y las señoras de mi pueblo que sacaban a pasear a sus hijos —mis amigos de entonces— eran hombres y mujeres mayores. Ma-yo-res. Fumaban, conducían coches y se apoyaban en la barra del bar los domingos antes de comer. Ellas iban de dos en dos y entraban en la pastelería a por dulces para el postre. Después, en alguna mesa hablaban de cosas de mayores frente a unas cervezas y boquerones en vinagre. Blablablá. Yo debía de estar trasteando con algo para evadirme, porque mi mundo no era ese de los viejos, los padres. Pero la realidad es que aquellos señores y señoras de color *beige* eran tipos jóvenes. El tergal, los pantalones de pana, el Seat, el cruzado mágico y el bigote los hacían «padres». Y solo tenían cuarenta.

Hay un programa de la tele, concretamente en Cuatro, que me vuelve a generar esa sensación. A los concursantes de *First Dates* (es un espacio de citas para quedar, cenar y ligar) les ponen junto a la foto la edad impresa en la pantalla. El nombre nunca lo miro, el número sí. Y me genera una catarata de incertidumbre: ¿yo tengo esa cara?, ¿yo estoy así?, ¿así me ven?... Los veo ajados por el maquillaje y la vida. Me parecen todos mayores hasta que de pronto aparece en la pantalla el rótulo del diablo: Eloísa, 45. Paco, 46. Mercedes, 44.

Los miro y creo que son todos mayores que yo. Pero es una ficción creada por mi cabeza, porque la realidad es que somos de la misma quinta. Ahí radica mi aprieto como espectador. Si yo estoy viendo a esos concursantes de mi edad con aspecto de ser mis padres, algo pasa. Mister Dilema. O la luz del programa es mala, cosa que dudo porque está muy bien hecho, o mi cabeza ya ha empezado a actuar como cuando era niño y la madurez estaba en Constantinopla.

El otro día frente a la tele me vi diciéndole a mi madre: «Mamá, ¿yo estoy como ese? Pone mi misma edad». Ella me dijo que no. Que yo estaba mejor. Que dónde iba a parar. Pero su objetividad es nula al respecto. Sin embargo, me contó que mi abuela andaba por la vida como

una veinteañera hasta pasados los ochenta. Las vecinas viejas de la plaza le parecían eso: viejas. Y consiguió morir con la sensación de que todo el mundo era mayor que ella. La genética debe de haberme inoculado el virus de la ficción, porque ando igual. Los de mi quinta me parecen mayores y los veo de otra galaxia. Qué pena.

Me temo que esto le pasa a más gente. Apuesto a que no soy el único que ve que solo crecen los demás. Y lo peor es que a mí también me gustan las cañas con boquerones. Menos mal que no voy de pana.

NO LO LLAMES AMOR

Tengo el WhatsApp hirviendo. Si me lo coge Pedro Almodóvar, lo imprime y se hace una película con música de Omara Portuondo. O de Chavela. O de Bola de Nieve. O de Gardel. O de Paquita la del Barrio. ¡Yo qué sé! La música es lo de menos. El texto de cada *bip-bip* es un caldero de aceite cociendo. Ni el *procés* ni leches.

A estas horas de la mañana, hay una catarata de mensajes de amor. Miento, de desamor. Porque cuando estamos en carne viva —léase en tono Raphael— escribimos mucho mejor, ¡dónde va a parar! Descarnados, turbados y desorientados. No hay filtro, como si perdiéramos el norte y la vergüenza. ¡Afortunadamente!

Sé que me van a perdonar. Pero los voy a desvelar aquí mismo. Para ustedes. Sin nombres.

Recuento: un amigo que se siente solo dice que ya no tiene edad y que no quedan hombres para él. Es gay y afirma que los buenos están pillados. Una amiga, que ha decidido fingir que es superfeliz y que está superanimada porque le han jurado y perjurado que nadie quiere salir con tristes. Otra amiga, que anda perdida como un hámster en la rueda de volver o no volver, pregunta qué hacer. Le digo que se deje de *remakes*. Desde Barcelona (ajeno al jaleo callejero), otro amigo confiesa que ahora, cuando lo miran fijamente, no sabe si están ligando o traficando con papeletas independentistas. Y en el amor no se puede ser equidistante, pienso yo. Haz lo que quieras —le digo—, pero legal. No vayan a detenerte.

En fin. Que mientras escribo esta columna que ustedes leen en el metro o en el café, tengo mi móvil encendiéndose y apagándose como si fuera un cuarto oscuro de Berlín. El Kit Kat Club, digamos. Pero sin sexo. Solo mensajes de amor.

¡Si fueran míos!, me irrito frente a las teclas del ordenador. Pero no. Hago de confesor, como si por escribir novelas de la comedia humana tuviera un máster en psicología.

Volvamos al tema.

Una amiga, la última que acaba de escribirme, me dice que se va a Coruña, que se va a verlo, que se planta en su casa, que se niega a que la dejen por WhatsApp. Que qué es eso de mutis por el móvil. Que allá que se va. «Estoy desconcertada», deletrea. Yo le digo que faltan tres días para coger el tren, pero ella —burra— se ha puesto con la maleta. Más que amor, frenesí. El del *procés* dice que no sabe. El de la edad se agota. Así lo escribe: me rindo. La del *remake* se desahoga con *emojis* y vomita que lo mismo repite. Y el último en aparecer en mi viejo iPhone se manifiesta confesando que solo lo quieren por su físico. ¡Ay, madre! Con lo que me gustaría a mí que me quisieran solo por eso. Lo sé, es una frivolidad. Pero que te deseen por tu cuerpo, aunque sea solo un día de tu larga vida, debe de ser como sentirse la Mona Lisa en el Louvre. O Kortajarena.

AMOR PARA LLEVAR

Lo hablaba con un amigo frente a un vino tinto. Enamorarse se ha convertido en una carrera diplomática. Su conclusión, empiezo por el final, es que aspiramos a entes abstractos. Vamos, dicho de otra manera: que busquemos el amor en pisos que no podemos pagar.

—Son imposibles.

Así fue su frase mientras levantaba la copa como si fuera una escena de Jacqueline Bisset: «Me enamoro de ilusiones». Yo asentí, porque mi última vez fue posible, pero se truncó porque... —a ver cómo lo explico—, porque no había magia.

Negaré haber escrito esto.

Decir «magia» en el segundo párrafo jode toda la narración. Lo sé. Faltaba chispa, química, efervescencia, riesgo, impulso literario, cama, pasión... y todas esas cosas que deben existir en los primeros meses. «*Fever!* —como gritaría Peggy Lee con su cardado rubio—: *Fever in the morning, fever all through the night*».

Enamorarse es como un accidente: te sucede o no te sucede. No hay más. Pero mientras, en ese entretenimiento con cierta ansiedad que tiene el rastreo, juegas a la posibilidad. Cuando —seamos sinceros— la posibilidad es una hija de los autoengaños.

«Te enamoras cuando menos te lo esperas», dicen los hijos del *mindfulness*. El argumento es incierto y está gastado como un pantalón de *blogger*. Será por esperar... Pero la seguridad del discurso del ser enamorado cuando te habla de amor es irrefutable; algo así como el Senado, que no sirve para nada. Un debate estéril, caro y largo. Está lleno de dinosaurios expertos y de colocados por sus partidos.

Enamorarse es frescura. Incluso en redes hechas para tal fin. En cada *click / match* hay una maldita posibilidad. ¿Qué diría Peggy Lee de todo esto? Pues que nos falta *fever*, riesgo. Ya nadie deja su número escrito en una servilleta, ya nadie te pide salir, ya nadie dice «me gustas». O sí, y estoy perdido en la arquitectura del lenguaje. El ritual actual ha cambiado y me pilla bailando como en los noventa.

Enamorarse es hacer el tonto. Y que todos lo noten menos tú. Mi amiga S dice que se ha jubilado. Y mi amigo V, que no tiene ningún interés. Mi amigo P, que ya no gusta. Mi amigo G, que solo quieren sexo. Mi amigo M, que se ha cansado. Y mi amiga F, que le basta con que la deseen. Mi amiga G, que está agotada de repetirse.

El Hombre es una máquina de interpretar y, por poca imaginación que uno tenga, ve signos por todas partes. Ese soy yo. Que a una mirada ya me emociono. Ante una posibilidad, echo las campanas al vuelo. Repico, toco a misa, llamo a la población y suelto en todos mis grupos de WhatsApp: «He conocido a alguien. Tema». Y a los días, cuando llegan a casa a pedir explicaciones, chismes y detalles, me veo en la obligación de abrir una botella de vino de mi tierra y decir que era «humo». Que nada. Que falsa alarma. Que no ha cuajado. Que solo era un boceto de lo que puede ser. Barthes que estás en los cielos, ¡las señales se han convertido en indicios! La polisemia del amor es un código imposible. Claro que el que no se consuela es porque no quiere, dice mi amigo M:

«Colón llegó a América y solo buscaba las Indias». Será eso. La semiología está lista para conquistar el mundo. Yo no.

LA SOLEDAD SONORA

Veía el otro día *Amigas y conocidas*... ¡Que no cunda el pánico de los esnobs! ¡Que no ardan las redes! Y tampoco me voy a disculpar diciendo que lo escuchaba en el bar, así como por casualidad, mientras tomaba unas cañas con los amigotes. Veía el programa en mi casa, en mi cocina, mientras echaba el puñadito justo de arroz al caldito de pollo. Me puse la tele y estaban las amigas y conocidas sentadas a su mesa de media luna hablando de primeras citas amorosas. Subí el volumen corriendo para enterarme, pero se me disparó el mando, se cayó y la casa retumbó como si estuviera en primera fila del Viña Rock. Volví a bajar la tecla y las dejé mudas. Allí estaban Inés y sus chicas vocalizando como Miriam Díaz-Aroca en *Tacones lejanos*. Cuando por fin acerté con el volumen correcto, habían cerrado el tema. ¡Mierda! Lo último que escuché fue a Isabel San Sebastián asegurar que ya no está para enamorarse (*sic*). Me quedé en un ay. Pobre. El resto rompió a reír y en un tris cambiaron de tema.

Resulta que Eugenia de Irujo (un Martínez en medio debe de hacerla muy mortal) se ha enamorado. Otra vez, dicen así por lo bajini. El rótulo me mató: «Por fin ha dicho adiós a la soltería». Habría llamado al director, pero me contuve. Me dije: déjate, que eres espectador y el programa no es de canciones dedicadas. Además, la Villacastín me cae muy bien.

¿Cómo que «por fin»? , pensé. ¿Significa que la soltería es mala? A lo mejor la duquesita estaba encantada sin trajines, libre y fresquísima por la vida. Me identifico con el rictus que pone la San Sebastián, que es muy vasca y muy rotunda. Al muchacho enamorado lo llaman «chico normal», que es una forma figurada de llamar «feo». Si llega a ser un pibón, estaban las amigas pasando de Eugenia y soltando piropos del menda. Pero el novio no da para mucho cumplido.

En fin, que la digresión me pierde en perorata. Y voy a ser claro: «salir de la soltería», «abandonar la soledad» y, la peor, «ha rehecho su vida»

son expresiones a pulverizar. Reventemos el lenguaje que estrecha mentes. Fin. Extinción. Bombardeemos los tópicos. No más.

Veamos. La soledad no buscada es mala, lo decía Antonio Gala en cualquiera de sus novelas. Pero la otra soledad, la voluntaria, la libertad, la elegida, la cama para uno solo, la cena improvisada, descalzarse al entrar en casa, el armario para ti enterito, el fin de semana en Roma y la aventura sexual cuando te viene en gana es una maravilla. Ma-ra-vi-lla. No estamos obligados a rehacer nada porque venimos hechos desde pequeñitos.

Mientras las amigas y conocidas pasaron a hablar de los alquileres, pensé que conozco muchas parejas que se aburren como ostras, algunas a las que salva el móvil en la cena, los que están hasta el *pirri* y no saben cómo salir del laberinto, los que no sienten ni pena ni gloria cuando se tumban en el sofá, los que se tocan como si deshuesaran la pechuga, los que ponen una peli por poner algo y los que solo levantan la copa en Nochevieja. Hay de todo. También hay gente enamorada y feliz. ¡Viva! Bienaventurada la gente feliz. Que no quiero parecer envidioso. Bienaventurada la gente feliz sola o en pareja. Pero, amigos (y conocidos), dejemos de identificar a la gente soltera como gente solitaria, triste, afligida, doliente, vacía y revenida que busca desesperadamente. No siempre estar soltero es estar en un *casting* de Gestmusic. Cuánto daño ha hecho la copla.

P. D. Escribo este folio desde Roma. Voy a echar una monedita en la Fontana para volver. O dos, por si acaso me toca «rehacer».

CARTAS DE AMOR

El otro día me compré las cartas de amor de Fernando Pessoa. Ponía en la faja: «Segunda Edición. Todas las cartas de amor (no) son ridículas...». Y me ganó el paréntesis de Funambulista.

Ahí va solo un par de líneas para demostrar que debemos volver a utilizarlas. ¡Ya sé que no es fácil!

Mira: dejamos de escribirnos cuando llegó el teléfono. El modelo góndola inundó las casas de la Península como una plaga, todos en

colores pastel, como una España con miedo al color. Y empezamos a dejar de pegar sellos. Solo por Navidad, nos dijimos. Y eso pasó, que solo por Navidad nos enviamos postales. Ahora, ni eso. Todo es por WhatsApp con mucho *emoji*, mucho dibujito y mucho *gif* que se mueve en espiral.

Perdóname, lector, si parece que estoy en contra de la tecnología; nada de eso. Soy un gran usuario de redes, *emojis* y otras bagatelas. Pero tiendo a la nostalgia y me ha dado por ahí. En mi casa guardamos cartas y anotaciones de la abuela Irene, ¿sabes por qué? Porque se ve su letra, porque en el pulso de las consonantes enlazadas con vocales puedo adivinar su estado de ánimo al anotar la receta. Guardo alguna lista de la compra con los precios y guardo su libretita con los cumpleaños de toda la familia, una que siempre llevaba en el bolsillo. Ella, que no fue a la escuela, se empeñó en leer y en escribir. La letra no difiere mucho de la de otras abuelas, pero tiene la magia de su pulso, su velocidad y su energía. Y mientras miro sus vocales, vuelvo a verla cocinar o amasar carne con cebolla frita en los lebrillos.

¡Supera eso, WhatsApp!

Ahora, con la velocidad de la vida, tanta y tan atropellada, hemos empezado a grabar mensajes de voz. ¡Se nos estaba olvidando llamar! Y como muchos mensajes escritos se malinterpretaban y se montaba una cadena de explicaciones del diablo, hemos vuelto a ¡hablar! Qué parodia, debe de pensar Darwin. ¡Hablar! La evolución es un zigzag. Bien es cierto que saturar de mensajes de voz es un soberano tostón. Qué monserga. Lo digo porque he caído en ello y me he visto hablando solo en un restaurante de Mallorca dejando mensajes y escuchando respuestas en bucle.

Ahora, será culpa del calor, se me han abierto los poros, me he tostado la piel y, yo qué sé, también la cabeza. Pienso claramente, de manera cristalina, que debemos recuperar las cartas. Aunque solo sea por llegar al buzón y que no sea todo publicidad de pizzas o frías cartas impresas del banco de turno. De Hacienda ni menciono. Calla, bicho. Calla.

No invento nada. Ni voy hacia atrás. Solo pido, con el libro de cartas de Pessoa abierto sobre la mesa a modo de juramento, que me escribas. Quiero notar el ritmo de tus dedos, la velocidad de tu corazón y la fuerza de tus puntos. Quiero sentir tu vocabulario, ver tus faltas, las prisas,

saber que es tu saliva la que ha cerrado el sobre y esperar esa lengua. Quiero ver tu firma, tu nombre, tu emoción. Escríbeme.

TE LO DIJE

Tan rápido va todo que cuando estas líneas vean la luz, dentro de dos días, casi todo el mundo estará instalado en la realidad de septiembre. Me disculpo, pues, por la probable superfluidad de esta columna. Voy como perro perdido por la casa, sin correa, sin saber dónde dejarme caer y en qué mueble apoyarme. Ando buscando rincones de sombra para esconderme.



Hay un silencio extraño en el hogar, profundo y doloroso, que rompe la respiración agitada de mi perra tras la caminata hacia el faro y las olas cercanas que chocan en las rocas. A veces, algún coche. Otras, una moto. Levanto la vista al cielo buscando señales y las palmeras saludan ligeramente; bajo la vista y la casa se me cae encima, como dicen las mujeres de mi pueblo. Entro en la habitación de mi padre y salgo, vuelvo a entrar y cambio una foto de lugar, después me siento en la cama, miro no sé dónde y me recuesto en la almohada. La huelo. Doblo una camisa

azul de rayas, la última suya, la despliego, la cuelgo ahora de una percha, la coloco al fondo. Preparo café y, al servirme una taza, lo vierto sobre la mesa. «Cuidado, no te quemes», escucho en mi interior como si fuera un niño. Es su voz.

Retiro los muebles, compro pintura blanca y un rodillo nuevo. En silencio. Sin prisas ni horarios. Mi madre se queda a mi espalda para recordarme que ella está. Aguarda con una botella de agua. Cuando no sé muy bien por dónde empezar, arranco a pintar. La cabeza es una olla a presión, un vaivén de pensamientos. Lo pinto todo. Quemo energía para agotarme. Todo está blanco, como si fuera un folio. Un kilómetro cero. Huele a pintura.

En el baño me lavo las manos y mi gesto es su gesto, algo se ha quedado en la mirada que no era mío, como un... No sé. Una tristeza petrificada.

Todo el mundo te dice cómo serán los días posteriores a una despedida, las decisiones que debes tomar, las gestiones que toca torear, lo fuerte que debes mostrarte y los momentos que se cruzarán a un palmo de los ojos, llorosos. Que, por tanto, debes estar preparado. Que ya lo sabías. «Te lo dije». Sin embargo, no aportó nada diciéndolo aquí; no lo estás. No estás preparado. Las decisiones amargas hay que tomarlas en el acto. Decir, elegir, firmar. No sabes cómo responder y lo que respondes es vano, inútil. «¿Cómo estás?», te preguntan.

Ustedes que me leen tal vez pueden saberlo, porque lo han vivido; pero yo escribo sin saber a dónde voy porque no me dieron mapa para esta ocasión. Voy improvisando. Sin brújula. Las circunstancias me sobrepasan y actúo como puedo, como un autómata al que conducen otros. Ahora toca esto, luego lo otro; y hago caso porque, según me dicen, es lo mejor. ¿Lo mejor? ¿Lo mejor para quién?

La vida decide sola. Y la única certeza que tengo a estas horas —soy contradictorio y aparecerán otras— es que yo solamente elijo el punto final de un artículo o de una novela. Lo demás es cosa del cielo, si existe, como me prometieron. Los verdaderos puntos finales. De hecho, la agenda de color rojo que preside mi mesa está latiendo, ella va marcando los días, no se detiene. Hay cosas que hacer, gente a la que ver, citas pendientes... Y supongo que no es malo. Una manera de volver a andar, de abrir capítulo.

«MAMIHLAPINATAPAI»

Descubro tarde esta palabra, *mamihlapinatapai*, y sonrío mientras intento repetirla una y otra vez en voz baja sin conseguir memorizarla. En voz baja porque escribo en un café, rodeado de extraños, y no quiero que sumen rarezas al currículum, ya de por sí adulterado. *Ma-mih-la-pi-na-ta-pai* es de los indígenas yámanas de Tierra de Fuego y está listada en el libro Guinness de los Récords como «la palabra más concisa del mundo». Eso me da igual. Lo de los récords, digo. Lo que me deja arrobado es su significado. De ahí que intente repetirla hasta memorizarla como el estribillo de una canción.

Mamihlapinatapai describe «una mirada entre dos personas, cada una de las cuales espera que la otra comience una acción que ambos desean, pero que ninguno se anima a iniciar». Pienso en las veces que sentimos *mamihlapinatapai* y sonrío de nuevo. Benditos yámanas, qué listos.

El idioma yámana tenía un léxico muy especializado, tanto que llegaba a señalar definitivamente objetos en cosas que en otras lenguas pasaban inadvertidas. Y lograba singulares síntesis, como demuestra la palabra *mamihlapinatapai*. Sí, lo sé. Aquí tenemos resiliencia, limerencia, inefable, sempiterno, petricor, arrebol o ademán. Bonitas todas.

Mamihlapinatapai es cuando suena esa canción que nos gusta a los dos y nos miramos desde la otra punta de la cena. Hay más gente, pero el resto permanece invisible y ausente al complot de dos inquietudes que se cruzan. Cuando no hemos decidido nuestro viaje de verano y sale una ciudad en un anuncio de la tele y no hay nada más que decir. Ese lugar será. Cuando sirven el plato sobre la mesa y ambos queremos la misma patata que coquetea sobre las otras. Cuando apetece una segunda copa y el silencio lo explica, lo justifica y lo bendice. Cuando buscas con la mirada el mismo lugar del restaurante, allí al fondo, donde la otra vez, en la mesa de la ventana. *Mamihlapinatapai* es cuando el cine se apaga, la oscuridad domina la sala y ambos nos giramos buscando el beso. El mismo beso.

O la risa, o la carcajada, o la burla, o la culpa. *Mamihlapinatapai* es una mirada que lo dice todo. La complicidad previa, el segundo de

conexión que une a dos personas antes de hablar, la alianza de las emociones.

Hay algo peor que no tener esa palabra, imposible de pronunciar, en nuestro diccionario: no sentirla. No coincidir en la mirada, no tener ninguna conexión. Es complicado explicarle a alguien con quien nunca se produce ese segundo de complicidad, previo a las palabras consensuadas, qué es *mamihlapinatapai*.

El diálogo es muy bonito, estoy a favor del debate, de la pequeña riña, del toma y daca de pareceres, de la esgrima de los argumentos. Todo eso que nos hace tolerantes. Pero estoy mucho más a favor de los silencios, de ese pequeño mundo que coincide tras una mirada. Me voy a hacer yámana. Quiero vivir siempre en *mamihlapinatapai* contigo.

EL AMOR ENGORDA

Mañana es 14 de febrero, Día de los Enamorados. En fin. No voy a quejarme ni a burlarme del día ni a pedir pareja aprovechando que escribo aquí en 20M. Aunque, ahora que lo pienso... No, no, no. Paparruchas. ¡Qué locura!

Resulta que en el buzón de correo electrónico (al otro solo llegan recibos) ha aparecido una invitación para cenar en un lujoso hotel de Madrid. Algo así como un sorteo, y he resultado agraciado para ir y disfrutar de «una exclusiva cena con motivo de San Valentín» (*sic*). Servirán zamburiña en ceviche, trufa de *steak tartare*, infusión de setas y canela, ravioli de langostino, rape rojo asado sobre *risotto* de boletus y crujiente de mar, y cordero confitado con hierbabuena. El postre es un lingote crujiente de chocolate y unas fresas. Mientras salivaba, he creído leer que se regaría todo con *champagne rosé*.

Me he puesto a aplaudir con las orejas y he pensado en el traje, la corbata nueva, los zapatos de mi cuarenta y seis cumpleaños y el perfume. Pero, entre todo eso, he olvidado algo importante: aperitivo, entrante, pescado y carne necesitan «tu pareja».

Como si esto fuera una película del primer Disney, ha sonado una risa maléfica por detrás de mi oreja mientras escribo. Una de esas risas que

se burlan de ti y que te dicen con ojos saltones y filas kilométricas de dientes: «¡Necesitas pareja!».

Todo esto que estoy contando está, como diría Delphine de Vigan, «basado en hechos reales». No vayan a creer que les miento. Ni en el maravilloso menú ni en el requisito indispensable para ir a esa cena que me ha tocado por sorteo. Los lectores que me siguen saben que lo que escribimos no es del todo ajeno. Saben que siempre hay un hilo, un motivo, una grieta que nos vincula al texto. Todo autor que practica la escritura sobre sí mismo tiene siempre la intención de seguir haciéndolo. Contar las heridas, las amarguras, las invitaciones que llegan al *mail*. Así que condenso.

¿Cuántas de mis anteriores parejas habrían querido compartir ese menú?, me he dicho apretando muelas y las teclas de este ordenador mientras pensaba en la zamburiña, en el cordero y en los frutos rojos. ¿Cuántas? Pero eso no existe. Lo que existe es un *e-mail* de respuesta en el que he tenido que poner algo así como que agradezco la invitación, que me maravilla que siga existiendo el 14 de febrero, que la vida me ha puesto complicada la semana y que rechazo la cena, las fresas y el lingote de chocolate.

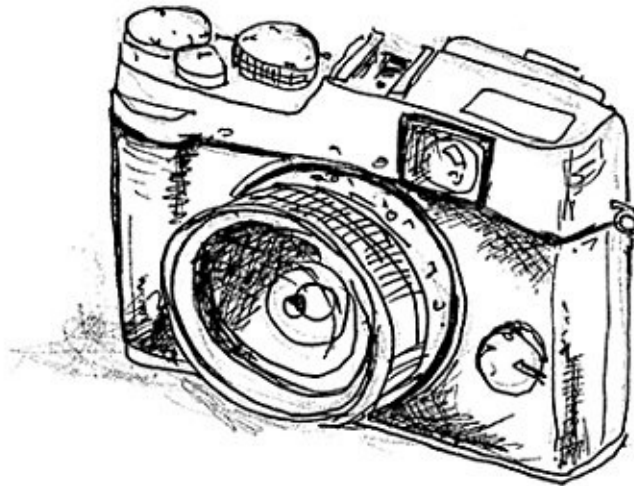
No me quedan horas. Mañana habrá alguien sentado en esa mesa. En mi mesa. Brindarán. Se besarán después y lo que el diablo quiera. Y yo, en mi sofá, tapadito con mi manta, me pondré Netflix. Estoy enganchado a *The Crown*. Seguro que me toca el capítulo en el que Wallis Simpson y Eduardo se besan apasionadamente. En el fondo ellos perdieron la corona, yo solo he perdido una cena. Bah.

ARQUEOLOGÍA DEL AMOR

En Epiro hay una clase de araña a la que llaman «la que no tiene sol». Los chipriotas llamaban a la víbora «la sorda». Se trataba de dar a esas peligrosas criaturas un nombre en clave para impedir que la gente se diera cuenta de que las estaba nombrando. Todo el mundo temía mencionar a la criatura, porque creían que al hacerlo iban a provocar su aparición. Me lo cuenta Jenny Offill. Y pienso instintivamente en los pactos mentales que hacemos con nuestro cerebro para no nombrar a

nuestra pareja por su nombre. «Mi ex», decimos. Una forma de guardar luto que esconde también nuestro nivel de dolor. «Mi» denota posesión, como cantaba Julie Andrews.

La culpa de esto la tiene el buen tiempo. Me he puesto a hacer limpieza en la estantería y he descubierto dos Nokia, unos auriculares verdes, un dibujo de Peridis firmado por él, las acreditaciones de la Boda Real de Felipe y Letizia, un ventolín usado, un carrete de fotos sin revelar, un mechero, un rosario árabe, tarjetas de visita de cuando me llamaba Máximo, un corcho de champán con una fecha escrita y todas tus fotos.



Todas tus fotos.

Todas. Tus. Fotos.

Es como haber exhumado tu cadáver en el salón de casa. Yo solo quería olvidarte. Supongo que por eso te escondí entre los libros, tras las cajas y los trastos. Pero los ritos funerarios son así, siempre hablan de respeto. No rompemos las fotos, las guardamos. Y en la memoria queda todo ese vendaval de recuerdos en movimiento.

—¿Por qué no cogías el teléfono?

—Porque he encontrado las fotos de mi ex.

Desenterrar el pasado sin aviso es como hacer de Lawrence de Arabia en Egipto. Mientras ordenas los restos arqueológicos con cuidado para reconstruir tu pasado, temes que el olvido no sea tan fuerte como creías. Evocar es frágil, revivir es la hernia de hiato más grave que existe. Y no hay omeprazol que lo proteja ni Almax que lo resista. El recuerdo de su

nombre, la mirada vieja que parece nueva en la foto, desempolvar la historia y refrescar la vida es para los fuertes. Yo no lo soy. Lawrence de Arabia no temía a las momias, yo sí. Por eso hago como los chipriotas: evitar su nombre. O como en Epiro: renombrar para no decir.

—¿Pensabas volverlas a guardar?

—¿Las fotos?

En ese momento de la exhumación no sabes qué hacer con el cadáver, la mirada cambia, las manos tiemblan, aparece la nostalgia y un pellizco de dicha por lo que hubo. El prefijo «mi ex» mantiene viva la historia aunque no queramos. La melancolía salta el día menos esperado. Y siempre te pilla sin armas, sin protección. Si no, no sería lo que es: melancolía.

—¿El carrito lo vas a revelar?

—No.

«STRANGER THINGS»

El diamante es el material natural más duro conocido hasta el momento. La tabla de dureza de Mohs la inicia el talco —fácilmente se raya con la uña— y, tras pasar por el yeso, la calcita, fluorita, apatito, ortosa, cuarzo, topacio y corindón, llegamos al diamante. En ese listado no aparece la fuerza indestructible de tu ex. La presencia constante y su imposible olvido deberían tener un lugar dominante en la tabla de materiales rebeldes ante la destrucción. ¿Cuánto dura el olvido?

Lo hablaba con unos amigos que andan intentando quitarse de encima esa piel seca que afea tanto la felicidad. El exfoliante de una buena charla alrededor de unas copas sirve para relajar músculo, reírse y llegar a la conclusión de que el olor que deja el desamor en la casa es tan incómodo como el de la col hervida.

Andas intentando recuperarte del abandono y el bicho no acaba por morir. La naturaleza es pródiga en animales extraños. La evolución ha proporcionado, a algunos insectos, gusanos y ex, mecanismos de supervivencia para vivir más allá del olvido. Se quedan dentro, viviendo de ti, alimentándose de tu memoria y engordando como si hubieran sido bichos perfectos.

La charla con los amigos sirve, sí. Mucho. El refranero, no.

Es mentira que una mancha de mora con otra mora se quite. Falso. Y también es incierto que el tiempo lo cure todo. Lo único que acaba con el virus es el antibiótico del verbo «aceptar». Todo lo demás puede acelerarlo en la superficie, pero en el interior anda la cosa comiéndote las entrañas como una tenia saginata. No recuerdas su tacto, no recuerdas su cara (si no buscas las fotos, claro), no recuerdas su tono de voz cuando decía tu nombre, no recuerdas el sabor de la piel... Se esfuma todo. Pero, sin embargo, se hace presente en forma de ente abstracto que circula por casa sin pagar alquiler: en el aroma, en la canción y en el hueco del sofá.

Ese ente llamado «ex» desaparece de tu mundo visible, pero se acomoda a tu lado como los espectros de *Stranger Things*. El recuerdo es, a veces, más rotundo que su presencia. O dicho de otra manera: ocupa más en su ausencia que cuando estaba a tu lado. ¿Por qué? Ese ser incorpóreo, oculto y gaseoso se hace creador de todo lo visible y lo invisible. Impalpable en la cama, pero tangible en los pensamientos. Y ahí habita, sensible a todo, su éxito.

He cerrado el último episodio de *Stranger Things* y me ha dado la paranoia de pensar que todas mis parejas andan en ese inframundo próximo que es el olvido. Lo mismo me he pasado, pero a los ocho años ya era adicto a la ficción. Qué le vamos a hacer.

Ahora entiendo la tabla de dureza de Mohs. Cuando decían que un diamante es para siempre no se referían a la dureza inalterable de la joya, sino a tu ex.

LA ANSIADA ILUSIÓN

Mi prima Bea me llama para tomar un café. Para hablar. Para vernos. Para respirar este extraño calor de mayo frente al mar mientras ponemos en común la vida y las ilusiones. «No nos trata bien el amor, ¿eh?», me suelta nada más apoyar los codos en la mesa. Es ese tipo de frases que te deja entre la lágrima y la risa. Y optas por lo último, claro. La carcajada. Porque la ironía siempre te salva de los pequeños dramas cotidianos. «Vaya colección de fracasos llevamos, ¿eh, primo?», añade.

La hilaridad se transforma en mohín. Un tic que surge inesperado y empieza a parecer que te pica el hocico. Florece el aspaviento, pero lo ahogas. Solo puedo responder asintiendo y eso es lo que hago: asentir mientras enarco las cejas y bebo café. O zumo de manzana, que es la sidra de los mediodías.

Los fracasos unen mucho. Más incluso que las victorias. Porque los ganadores se dan palmadas en la espalda sin mirarse a los ojos, enarbolando las banderas de sus éxitos particulares, sacando pecho y marcando medalla. La mecha del triunfo es llamativa y arde a fogonazos. Pero la victoria no es solidaria, es privativa y muy propia. En cambio, la candela de los fiascos es fraternal, más discreta, más prudente y más compartida. Prorrataada incluso. Una se parece mucho a la inauguración de unos Juegos Olímpicos, la otra es más similar a las velas que les encendemos a los santos. Pequeñas, vibrantes de amor y de ilusiones.

Y convengamos en que no hay nada más aburrido que una cena de parejas. Un verdadero tostón con surtido de retahílas varias: dónde se van de vacaciones, qué piensan ampliar al tirar el tabique, cómo es el chalet que han visto en Idealista y cómo llamarán a su perro. Las veladas que incluyen algún soltero descarriado e ilusionado tienen más miga. Dónde va a parar. Todas las canciones hablan de (des)amor.

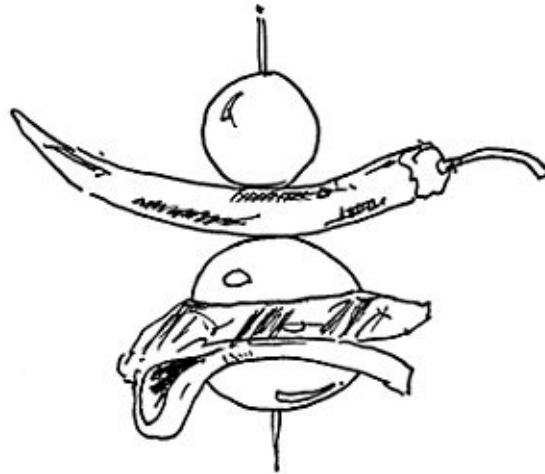
Bea y yo suspiramos en voz alta y compartimos confidencias. Dejamos el café y pasamos al vino. Oye, que la vida lo parezca.

«La posibilidad es lo que te mantiene activo», le digo.

«La ilusión», me responde ella.

La travesía es un eterno «mientras tanto», acordamos.

Ese momento en el que no hay tierra a la vista desde la cubierta de tu barco es cuando el viaje se hace eterno. La proa pesa. Las velas se repliegan. El mar se queda plano. Demasiado inerte. Son tiempos en los que el trabajo se hace más soporífero, en los que la arquitectura de tus textos se carga de aluminosis y en los que tu camarote da vueltas bajo un techo en el que ni hay estrellas ni deseos. El colchón parece gigante. La cama, demasiado hecha. La agenda, excesivamente ordenada. «Qué pesada parece la vida cuando no hay ilusión», vuelve a decir mi prima. Y qué lánguida. Asiento de nuevo como aquellos perros de la parte de atrás del coche. Solo me falta decir «guau». No se intuye la llegada a puerto.



Pero, de pronto, unas gaviotas aparecen sobre tu cabeza. Anuncian tierra. Por fin. Y aunque sea solo un islote donde atracar, sientes que respiras. Que el mareo acaba. Que la vida comienza con otra ilusión. Has llegado a tierra. La ilusión. «Bea —le digo—, no se me ocurre de qué hablar en la próxima columna». Estoy en esos días en los que toda navegación se hace lenta. Nada nuevo bajo el sol. «Habla de esto», me dice.

MEMORIA Y TATUAJE

Me esperaban en la puerta de mi casa, con abrigo y gorro de lana. Están los días como para despistarse. Mi amiga es más previsora que yo. Servidor, en cambio, bajaba demasiado fresco. Serían las ganas. O la confusión. ¿Cómo explicarlo?

Hubo un tiempo en el que el amor, la pasión o el deseo —que las cosas, a veces, se mezclan demasiado porque andamos sin hoja de ruta— me llevaron a un salón de tatuajes. Uno de los mejores. Yo quería en la piel el mismo signo *ampersand*. Algo bonito, una unión. No era el primer tatuaje que me hacía ni será el último. Pero aquel «&» era fruto del ardor, del entusiasmo coral y del compromiso. Sabe Dios y los Doce Apóstoles que cuando me despedí con dos besos de la tatuadora, amiga a la sazón, supe que acababa de cometer un error. Que los tatuajes duran más que el amor. Pero como soy digno heredero de mi padre,

entré en el bar de la esquina y me tomé dos cañas con banderillas. Ay, la genética.

De esto que les narro, sin entrar en demasiados detalles, han pasado varios años. Las razones dan igual. No hay dolor, no hay rencor, no hay bobadas sentimentaloides. Quería borrarlo, limpiar la zona y punto pelota. Nada Disney. Nada de novela rosa de Danielle Steel. Nada de drama de culebrón alemán de media tarde. Nanay. La memoria es el verdadero tatuaje. La de cosas que se acumulan entre frente y cogote que no quisiéramos llevar tintadas y... ahí siguen, pegadas con Superglue y recuerdos. Esas no hay manera de borrarlas con luz láser ni con jugo de mora. Porque, entre ustedes y yo, una de las mayores mentiras que nos han contado es que las manchas de mora con otra mora se quitan.

Mi amiga y yo, cada uno con sus razones, nos dirigimos al centro de borrado. Y, como quien no quiere la cosa, mientras ella hablaba de sus hijos y de las lentejas que se había hecho para cenar, me imaginé una película de ciencia ficción. «Centro de borrado: su personalidad podrá ser cambiada; su ex, eliminado; su familia, cambiada; su coche, convertido en nave espacial». Todo eso y más, que la imaginación es poderosa y juguetona. Supongo que era el picor y el olor a pelo quemado lo que me hizo rayarme en la camilla. «Se acabó. Hasta aquí». Un pequeñito escozor y listo. Sentía que la chica de las gafas ultravioleta escarbaba en mi pasado con su pistola y analizaba todos los detalles de aquella relación. Fantasías animadas de ayer y hoy.

Salimos tan contentos hablando de amor. De desamor. De rupturas. De sexo. De besos. De camas y de camillas.

Hoy mismo hago otro tipo de borrado. He cambiado de orden los muebles del salón y he puesto papel pintado en la pared donde nos besábamos. Asumo que la memoria es frágil, que estoy lleno de contradicciones —como muchos, como muchas—, y si hace falta llevarse la contraria, me la llevaré. De la misma manera que uno hace hueco en la cama, en la mesa y en el sofá, yo lo acabo de hacer también en mi piel.

LA REALIDAD

El sabor del café por la mañana. El beso de buenas noches. Crujir una onza de chocolate. Deshacerla en la boca. El sueño que anuncia la siesta. El primer baño del verano. Las sábanas limpias. El roce de las manos en el cine. El ramo de flores sin remitente. Las velas de vainilla. El olor a bebé. La ventanilla del tren. El jamón york recién cortado. El libro nuevo. El libro usado. Estrenar una camisa blanca. Escuchar una caracola. Una ducha con mucho vapor. Dibujar un corazón. Fresas con nata. La manta de invierno que hizo la abuela. La mirada de una madre. El primer día que sales de fiesta. Los últimos minutos en el trabajo. Asiento libre en el metro. El olor de los pinos en la montaña. El mar. Un polo de horchata. Encontrar una foto que perdiste. Un billete de diez euros en el bolsillo. Uno de veinte. Los saltos de alegría de tu perra al llegar. Uno de cincuenta. La llamada de tu amiga. Un primer beso. La carcajada. La espuma de una cerveza fría. Un fin de semana con amigos en una casa rural. Apurar las horas. Un atardecer en Formentera. La casa limpia. Andar descalzo. La tensión sexual resuelta. La cama revuelta. Gominolas de mora. Aznavour. Abrir un regalo inesperado. Sitio en la barra del bar. Cadaqués. La casa del pueblo. Un *tupper* de tu madre con tu comida favorita. Pellizcar la barra de pan recién hecho. Las buganvillas. La verbena animada. Salir a la calle. Unas gambas y un vino blanco. La piscina vacía. Apagar la luz. Levantar las persianas. Estrenar la mermelada. Nadie en la cola del súper. Sentarse. Romper a reír. El vagón del silencio. Cero problemas. Una postal de Nueva York. Nueva York. La calderilla que sirve. Huevos rotos con chistorra. Una buhardilla en París. Estrenar. Compartir una pizza. Nadar desnudo. Lanzarse al sofá. Meterse mano. La brisa en verano. Romper el hielo. Mirarte. Una película buena. Una mala con risas. Cantar en el coche a todo volumen. Llorar por gusto. El alta hospitalaria. Crema catalana. El *socarrat* de la paella. La colonia en el cuello. Poner fin a la novela. Iniciar una nueva. Un donut de azúcar. Ganar. Bailar sin complejos. Viajar solo. Viajar en pareja. Viajar con amigos. Viajar. Volver. La vista desde el faro. La mesa de la ventana en el Comercial. Una valentía. La satisfacción. Leche condensada y dulce de leche. La chimenea encendida. Respirar. Bucear. Un semáforo en verde. Escuchar a tus sobrinas por el pasillo. Comida china en Londres. Entradas para un musical. Sokolov. Un camino de palmeras y arena. Colorín colorado. Tiene un mensaje nuevo. Quedar. Un té con hierbabuena. La banda sonora de *El cielo protector*. Tararear.

Unas escaleras para sentarse. Los pies en la piscina. Reconocer la letra en una carta. Un beso. Otro. No pensar.



[—UN LIBRO HABLA DE TI. —Y DE NOSOTROS TAMBIÉN.]

CICATRICES

Recuerdo la luz escasa de la habitación en la que escribía mis primeros cuentos, aquel buró de madera roto y la lata de Coca-Cola a la que le había quitado la tapa para convertirla en bote de lapiceros. Mi empresa editorial era un manojo de folios que grapaba y rotulaba con portadas de novela. Imitaba las que leía y las que no leía. La biblioteca era Enid Blyton, Agatha Christie, Astrid Lindgren, Salgari, Julio Verne y todo lo que pillaba con dibujos ilustrados por José Ramón Sánchez.

La cama se convertía en un sofá donde estudiaba y el suelo, en una alfombra para juegos donde quemaba productos de Quimicefa, con el riesgo de arder. Hablaba con los muñecos, tenía asma y, tumbado con los pies descalzos, que agitaba en el aire como pájaros, leía los cuentos que me regalaban.

Era flaco, luego fui gordo, porque el asma hubo que curarla con cortisona y el deporte fue proscrito de mi vida. Ingresé en el ejército de los que no jugaban al fútbol y de los que se quedaban al final con la bicicleta. Al final... Al final...

Lo volví a ver repetido en el programa de Ana Pastor sobre el acoso escolar. Y el ruido de aquellos días en la EGB me provocó un dolor de cabeza intenso con carácter retroactivo. Los niños, aquellos que acosaban y se burlaban, parecen ser los padres de los que hoy lo hacen. Quiero decir que el drama sigue. Entonces —decían— era cosa de niños. Quién cree a un niño que llora. Quién al que se esconde tras el libro. Nadie. Hoy, al menos, se hacen programas y se le presta algo de

atención. No es cosa de niños. Porque los niños también son unos auténticos cabrones.

Ese es el tiempo en el que los que corren más que tú se burlan, los que son más altos se burlan, los que son más masculinos se burlan, los que no llevan gafas se burlan, los que son fuertes se burlan... ¿No os suena? Y aprendes a que te dé igual. Y si no te da igual, lo finges. Los niños pueden ser unos monstruos, la infancia no es idílica, es mentira: hay burlas, chanzas por las gafas o porque llegas el último y tu ropa no es de marca. Ana María Matute lo dijo bien: «Hay muchas clases de luz en la oscuridad. La infancia es el periodo más largo de la vida».

La luz la vi yo en los libros. Y en el cine. Y en la fantasía que me vi obligado a crear en aquel buró roto de madera.

Años después, en Madrid, un conocido me contó una historia. Estábamos tomando algo en el viejo Comercial. Era una de esas personas que necesitan contar cosas. Era media mañana y venía de escapada a la capital, harto de su vida. El tipo me habló primero de su novia, después de su familia y de su mal trabajo; quería hablar, desahogarse y que le pagara las cañas. Era uno de aquellos que corrían más rápido que yo, que jugaban al fútbol y que se burlaban de todos. Se acordaba mucho de cuando éramos niños y de nuestro colegio. Curiosamente, solo se acordaba de lo bueno. Lo malo me lo comí yo. Pagué lo mío y salí tranquilo a la calle. Hacía sol. Había ganado.

MELOCOTÓN 69

Le he prometido a una amiga que acabaría el artículo mientras llega a recogerme. «Dame tiempo —le he dicho—. Sé prudente en la caminata. No hace falta que vengas a lo Usain Bolt con los tacones y la falda tubo, que te conozco». Así que he abierto el ordenador, he puesto el título de una canción que me gusta de David Otero, «Micromagia», y he aumentado el tamaño de la letra porque ya no veo bien. YA NO VEO BIEN. Qué clarito queda todo con mayúsculas. Disimulo y entorno los ojos a lo Marilyn Monroe para ayudarme con la vista, que es lo que hacemos todos los miopes. Parecemos interesantes, pero lo que faltan son dioptrías.

El médico de cabecera me dice que puede que ya sea vista cansada. ¡La madre que los parió (a los ojos)! ¿También tenían que cansarse? ¿No me bastaba con que se agotaran los pies, los abductores y los hombros en el gimnasio, al que he vuelto a regañadientes? Seamos realistas: el cuerpo es un catálogo de cansancios y de errores en medio de algunos aciertos.

Me limpio las gafas. El artículo sigue en blanco. Copio la letra de la canción que escucho para hacer ejercicio con los nudillos y ver la página llena de letras. Pido otro café a la camarera y frunzo el ceño, aprieto las muelas y espero a que llegue. Mi amiga andará a la zaga. Date prisa, Max.

Levanto la vista y el bar está vacío. Me viene mal para buscar inspiración. Una buena bronca adolescente, una pareja que se ama, otra que inicia su vida, un solitario hastiado, un viejo cagándose en Marine Le Pen, otro que se duerme y se le cae el diario... Nada. No hay clientes. Solo yo. Y he prometido no hacer ficción. Enrique Vila-Matas (está de promoción con su novela) dice que la ficción sodomiza a la realidad. Hago como él y opto por dejar los cuentos en mis textos, apostar por la verdad, el ambiente, los entornos y las circunstancias. La ficción —como el maestro dice— te abre unas puertas que la artificiosidad acaba cerrando. Lo auténtico siempre permanece en un estado fetichista. Jamás se puede cruzar el espejo a su encuentro.

Mientras mi amiga viene a mi encuentro, el folio sigue blanco y pienso lo que dice el escritor sobre la ficción, se me enfría el café. «Otro, por favor». «¿Está malo?», me pregunta la chica. «No, se me fue el santo al cielo y me perdí», me excuso. Desvío la mirada. El papel de la pared es victoriano, pero cuando afinó la vista (cansada y miope) consigo ver escenas de sexo. Algo así muy fino y muy cerdo al mismo tiempo. Debí pensarlo: la clave del wifi del local es «melocotón69», como una novela de Megan Maxwell. Vista cansada y poco sexo. El fin.

Se me ha ido la conexión, no he escrito el artículo y mi amiga toca con los nudillos en el escaparate. La vida es eso. Todo lo que pasa mientras esperas, tomas café y te crees Vila-Matas en el bar del barrio.

CÁSATE CONMIGO

Hace poco un señor me dejó una nota entre las primeras hojas de mi novela, que, entre otras cosas emocionantes, pedía que fuera yo quien hiciera de celestino y que, desde la dedicatoria, le pidiera matrimonio a su chica. Su chica estaba allí, sin saber qué estaba pasando. Mientras tanto la vida, podría titularse. Mi cara en ese momento. La que estáis imaginando.

Rebobino para saborear el instante.

Una chica y un chico pasados los treinta, discretos, que iban nerviosos al encuentro con el autor. Y el autor era yo. Daban un paso, hojeaban el libro, contaban los lectores que les faltaban para llegar a la mesa, miraban el reloj... Llevaba ya un buen rato firmando libros y me había fijado en esa pareja, entre lectores y lectoras. Ahí estaban. Esperando y mirándose.

Por fin. Llegó su turno. Ella se quedó rezagada con las manos entrelazadas en el vientre mientras el chico me entregaba el ejemplar de la novela al tiempo que lo abría por una determinada página.

«Toma», me dijo.

Ahí estaba la nota: «Este es el regalo para mi futura mujer, te lee mucho, eres su autor; yo quiero casarme con ella y me gustaría que fueras tú quien se lo deje escrito en la dedicatoria. Ella no sabe que le voy a pedir matrimonio con este libro».

Lo releí varias veces emocionado hasta la última palabra y lo miré. Supongo que pensó que me negaba, o que lo juzgaba por la osadía, o que no encontraba las palabras para empezar a firmar aquel momento que con los años será su historia. Era esto último. No había verbos para organizar la frase, ni sujeto, ni predicado, ni adverbios de tiempo ni posibilidad de encontrarlos.

Su silencio, el mío y el de la chica esperando unos metros allá.

Qué escribir. ¿Cómo firmar lo que será un «para siempre», esa dedicatoria que quedará unida a una fecha y a un amor?

Me tembló el bolígrafo. Y las neuronas formaron círculos como sardanas en mi cabeza, aunque yo imaginé constelaciones, mientras el chico bajaba la barbilla para disimular las intenciones de aquella firma a su amor. Ella, junto a la columna de libros, sonrió. Y en ese momento solté el bolígrafo sobre la mesa. No podía escribir.



—¿Es tu chico? —pregunté en voz alta para asegurarme.

—Sí —respondió tímidamente ella—. Quiere regalarme el libro.

—Y tú —dije mirándolo a él—. ¿Sí? ¿Se lo quieres regalar?

Ambos asintieron.

—¿Puedo decirlo en voz alta? —pregunté.

Él sonrió, dándome permiso. Yo seguí:

—Pues... lo que este libro ha unido, que no lo separe el hombre. Te quiere. Y quiere casarse contigo.

Eché de menos una banda sonora, aunque el aplauso de decenas de lectores hizo de sinfónica. Sonrieron, se besaron y sellaron su amor con el libro y en medio de lectores desconocidos que agitaban sus firmamentos. Yo, con un nudo de felicidad en el pecho, deseé ser ellos. La novela estaba sucediendo en directo. Allí mismo. Fuera de los capítulos, de las guardas, de la cubierta de mar. Y tuve la sensación de que, testigos de esa emocionante y extraña petición de boda, una ceremonia en una Casa del Libro, desde las estanterías sonreían Anna Karenina, Max Extrella, Guillermo de Baskerville, Penelope Stern, el Nini, la Maga, Alonso Quijano, Ana Ozores o Justo Brightman. Todos, personajes y lectores, fuimos testigos de un día de amor.

PARÍS NO SE ACABA NUNCA

«Has venido aquí, a París, dispuesto a forjar tu propio estilo, ¿no es así?», le preguntó un día Marguerite Duras, con alevosía y nocturnidad, a Enrique Vila-Matas. El escritor catalán tuvo esa suerte. El apartamento del número 5 de la rue Saint-Benoît donde vivió durante unos años era de la autora francesa. Allí vivió, escribió y se adentró en la bohemia del París de los sesenta. Todo acabaría convirtiéndose en un libro: *París no se acaba nunca*. En la novela lo describe como una cochambrosa buhardilla por la que pagaba el simbólico precio de cien francos al mes. Allí trataba de llevar una vida de escritor «pobre y feliz» como la que relataba Hemingway en *París era una fiesta*, la referencia suprema.

Mi piso parisino, en cambio, pertenece a un director creativo que vuela por Madagascar y elige modelos para fotografías. Y sí, al igual que a Enrique Vila-Matas con su casera, mi casero habla también en un francés superior que me cuesta entender.

Aquí hace frío como en todas las novelas, te obligas a refugiarte en los bares y pedir «un café caliente». Ando sin la gabardina de Matas y sin el sombrero de Ernest, pero en cada barra comienzo a escribir un cuento. Y como el día en París es lluvioso, me refugio en los escaparates, disimulo con el vaho del cristal y dejo mi teléfono en servilletas por si alguien llama. En el Madrid que he dejado no lo haría. Aquí sí. ¿Y si llaman?, pienso. A lo mejor cambio el argumento de lo que ando escribiendo.

Hay en la novela de Vila-Matas un espejo donde mirarse y lo releo como una Biblia para que me ilumine en este recorrido parisino. Generalmente subrayo las frases y las memorizo, otras me sirven para ejercitar el oficio. Mi voluntad, en cambio, no se modifica nunca: pasear y escribir. «¿Me parezco a Hemingway?», se preguntaba el escritor catalán en aquella época en la que empezaba. Dios, qué pregunta. Me veo imposibilitado a hacer lo mismo ahora aunque quiera.

En fin, aquí me encuentro: en un café de la rue Bonaparte donde siempre vuelvo para refugiarme (y usar la wifi). Normalmente se abren las puertas y miro, me distraigo y me desespero a partes iguales. Ando persiguiendo la sombra de alguien desde hace mucho tiempo y eso me ayuda a escribir.

Así que aquí me quedo. Por callejuelas estrechas, amplios bulevares, mirando sólidos edificios, plantándome ante los monumentos y recorriendo el Louvre como inspiración. Me han dicho que si me detengo

cincuenta segundos en cada obra, necesitaré al menos cinco años para verlo todo. Nada me perturba. Como decía Jules Moineaux: «¡Adelante: pongamos el mundo en tela de juicio!».

SEDÚCEME

«Si vas a casa de alguien y no tiene libros, no te lo folles». Gran frase del cineasta, fotógrafo y escritor John Waters con la que estoy totalmente de acuerdo. No hay nada más antierótico que un «haber si nos vemos» o una estantería vacía en una cita. No me vale de excusa la tableta: quien tiene dispositivos electrónicos ahora también tuvo antes novelas.

No hablo del sexo rápido, de la urgente necesidad de lo carnal, de la voluptuosidad del roce y del orgasmo atropellado. Hablo de la cita, del encuentro, del enamoramiento. Un libro en la mesilla te da más información del lector que una charla febril en el bar. Ese ejemplar que duerme a su lado o ese que se queda junto al cenicero del salón es una inversión informativa de futuro. Su casa, su olor, su desorden.

Veó la cubierta, el título y el autor, y fantaseo. Un libro habla de ti. Caballerías, amores, vampiros, detectives o plegarias. Habla mucho de ti. Y también de nosotros.

Después de ver cómo rebanan cuerpos con el Photoshop, cómo licúan, alisan y aterciopelan pieles de modelos, actores y actrices para las fotos, hay otro Photoshop que me inquieta: el de las casas. Fijaos bien. En las revistas de decoración no ponen libros, los eliminan y dejan frasquitos y cerámicas blancas. ¿Qué ha pasado? ¿No da bien en foto *Lolita*, de Nabokov? ¿Es fea *La Regenta*? ¿Molesta *Moby Dick*? ¿Ocupa mucho Sancho? Nos muestran casas sin libros y, lo que es peor, sin vida. Nos presentan espacios en los que no se lee, como si leer no fuera estético.

Abro una revista al azar y me encuentro ejemplares de Taschen que son bonitos y caros: «Libro de Hoteles», «Louis Vuitton Issue» y «New York Interiores». Ya está. No hay más. Solo se libran del Photoshop estético los de tapa dura y grandes fotos, colocaditos con cuidado junto a dos velas intactas y una piña de nácar. Serán cursis, pienso.

Pongamos de moda la literatura, pongamos de moda leer, necesitamos hacer que los libros molen de nuevo, suplicaba John Waters. Cuando en las revistas de decoración vuelvan a aparecer estanterías de libros coloristas y desordenados, me pondré cachondo. Muy cachondo. No tardarán en hacerlo, siguen las modas. No hay más que ver internet, que va dos pasos por delante en rapidez y vértigo: una página de jóvenes atractivos pillados leyendo un libro tiene casi un millón de seguidores. Repito: ¡pillados leyendo! El *novamás*. Leer es sexy. Absolutamente sexy.

LA PRIMAVERA DE ANA

De vez en cuando me acuerdo de ella. En mi escritorio hay una foto que me hace revivir uno de los momentos más bonitos de mi vida. Ahora, lector, dirás: su madre, su hermana o su novia. No, la foto que me acompaña mientras escribo es la de una vieja adorable de cabellos blancos a la que conocí en el ocaso de su vida. A pesar de haber dicho «vieja» y «ocaso» en la misma frase, puedo asegurar que jamás conocí a nadie tan vital. Ana María Matute vestía de negro aquella mañana en la que me dieron el Premio Primavera de Novela por *La noche soñada*, y yo de gris. Así aparecemos en la foto de mi escritorio. Yo andaba lloriqueando como un niño en la mañana de Reyes porque mi libro, cargadito de dolor en sus trescientas páginas, pasaba a la historia del premio literario de Espasa. En el taxi en el que me llevaban a la entrega del galardón me mareé, no vomité; pero aguanté los nervios de la mejor manera que sabemos los escritores: masticando palabras.

Ana María Matute será desde aquel día la mujer con la que me tomé unos vinos y charlé de Errol Flyn. «A ti te gusta Ava Gardner», me dijo. En mi novela aparece la actriz porque vivió durante un tiempo en España y porque rodó una película en la Costa Brava. «¡Qué tiempos aquellos!», suspiró Ana María. Yo, que suspiraba por ella, dije que sí. Me vi en sus ojos como cuando miras a una madre y te hace bello. La cogí de las manos arrugadísimas y la abracé para quedarme siempre a vivir en su olor. Estaba radiante, luminosa como las niñas de sus libros, y tenía la

profundidad de la mirada que mezcla dolor y vida, como la canción de Bola de Nieve.

Mientras el barullo de periodistas comía canapés y se hacía preguntas sobre el periodista que había ganado el premio, Ana María y yo charlábamos de Errol y de Ava con dos copas de vino blanco. Habría ido corriendo a mi casa para traer todos sus libros y que me los firmara, pero el saltimbanqui y la condesa nos tenían absortos en palabras. Yo, que siempre fui de sentarme con mi abuela a charlar, volví a sentir ese cariño. Ella, a las preguntas de los reporteros, dijo que los personajes de mi novela eran herederos de los de Dickens y otras cosas que, por pudor, no escribiré aquí. Pero cuando ella misma recibió muy emocionada la medalla de la UIMP de manos de su rector, José Luis García Delgado, dijo: «Estas cosas me llegan al corazón y lo primero que pienso es que no me las merezco, pero tampoco me merezco mi última operación de vesícula ni ir con la garrota por el mundo».

Por eso le he dedicado mi última novela, porque me trajo la primavera. No solo el premio, sino también una forma muy especial de ver la vida. Ella era contagiosa. Arrastraba la garrota, pero también un montón de estrellas. Una niña con edad. Una mujer que se inventaba la vida para hacerla verdad. Es lo que nos toca, inventarla.

PIRATA NO, LADRÓN

He publicado mi quinta novela y seguramente ya has visto dónde piratearla. Bien, antes de que hagas «clic» y te descargues la historia de unas emigrantes que huyeron de un país y de unas circunstancias, antes de que ellas revivan su dolor y sus sueños en tus manos, voy a mandar un abrazo fuerte a Ana y a Miryam, editoras que han estado pendientes del texto desde el inicio; a Ángel, del papeleo; a Elena, que ordena el documento con mimo; Viviana, editora que trabaja con comas y tildes; Paz, buscando erratas; Sara, corrigiendo; Óscar, coordinando el taller de maquetación; Ferrán y Pedro, diseñando la cubierta; Alicia, toda la documentación; Rubén y José Luis, pendientes de la imprenta; Laura, elaborando el archivo para el libro electrónico y la comunicación *on line*; David, ordenando el largo listado de prensa para entrevistas y llamando

a todos los centros comerciales para las firmas; José Luis, redactando el dossier de prensa para los periodistas; Sergio, preparando tarjetas, carteles y cogiendo el teléfono a todos los que participan en las presentaciones por todo el país; Marce, el taxista que nos recoge puntualmente para estar puntuales en periódicos, radios, televisiones o estaciones de AVE; el grupo de comerciales que habéis hablado con librerías desde Pontevedra a Cádiz y desde Cáceres a Girona; Luis, conserje que prepara las tarjetas de entrada y salida, *parking* y bienvenidas en la editorial; transportistas que habéis llevado los ejemplares al almacén y de ahí a las librerías; empleados que habéis tramitado los pedidos y los envíos; librerías que habéis colocado las novelas y ordenado las estanterías; miembros de limpieza, dependientes, ordenanzas, secretarias, traductores, diseñadores, abogados, gestores, becarios, embalaje, mozos de almacén, repartidores, mensajeros, camareros, cajeros de papelería, seguridad de puerta, iluminadores, azafatas, electricistas, carpinteros, decoradores, creativos, blogueros, periodistas, críticos, fotógrafos, floristas y librerías. Lamento no recordar todos los nombres. Sois muchos. Afortunadamente, muchos. De alguna manera, todos participáis de la alegría de publicar un libro. No todos los mencionados leerán la novela, pero los libros forman parte de su trabajo.

Yo solo he escrito la novela.

Y ahora mi novela se pasea coqueta por las estanterías y mañana se hará hueco en Sant Jordi o en la Noche de los Libros. Y, en pocos días, en las diferentes ferias de libros de muchas ciudades. Dominique y Violeta, los protagonistas, se mezclarán con otros personajes, y la chica de la moto de mi portada hará ruido entre otras cubiertas. En fin. Suspiro.

Ahora ya sabes cuánta gente hay detrás de un título y de un clic pirata. ¿Pirata? Qué forma más sublime y encantadora para calificar a un ladrón. Me gustan los de parche en el ojo y pata de palo, tú no. Eso nos pasa por necios, por edulcorar las palabras. El robo es robo, como dice Lorenzo Silva. Sin paliativos.

Todos los mencionados arriba, desde la editora al repartidor, están pendientes de la vida de la novela. Y todos, como los mosqueteros, formamos parte del libro. Y, como dijo André Gide: «Ante ciertos libros,

uno se pregunta: ¿quién los leerá? Y ante ciertas personas, uno se pregunta: ¿qué leerán? Y al fin, libros y personas se encuentran».

SEXO PARA LLEVAR

«Los escritores no tenemos sexo». Lo dice Eugenia Rico desde la tribuna de la librería Tipos Infames en la presentación de su última novela, *El beso del canguro*. La autora sigue hablando de muchas cosas, pero yo ya no dejo de darle vueltas al asunto en cuestión. No tengo sexo. No tengo sexo. No tengo sexo.

«Los escritores no tenemos sexo, somos hermafroditas que escribimos a veces con voz de mujer y, otras, con voz de hombre», añade la autora para relax de los asistentes y aplacar conflictos internos.

Yo, que he escrito novelas con personajes femeninos y masculinos, pienso en su idea. Debe de ser que tampoco tengo sexo. Bueno..., a lo que iba.

Los escritores nos metemos en la piel de otros para sentir como ellos y que la ficción parezca realidad. Luego los periodistas siempre te preguntan por qué has escrito con voz de mujer queriendo sacar el titular más bobo de la entrevista. Suele ser divertido ese tira y afloja entre periodista y autor. Muchas veces me dan ganas de hacer como Flaubert y parodiar su «*Madame Bovary c'est moi!*».

El sexo nos gusta. Hacerlo, verlo, buscarlo, insinuarlo y provocarlo. El sexo es lo más buscado en internet. Mucho más que Pablo Iglesias y Podemos. El sexo es, por lo que recuerdo, maravilloso. Tú pones las cuatro letras en Google y aparece, sin querer, el cosquilleo infantil que sentías en la clase de educación sexual cuando la maestra empezaba a titubear. Ese nerviosismo pueril que dilatava las pupilas ante la ilustración inofensiva del diccionario *ITER* Sopena. Algo parecido a la risa boba cuando alguien menciona «higo» o a la chanza cachonda cuando alguien cuelga una berenjena *emoji* en el WhatsApp. Luis García Berlanga, valenciano y socarrón, ya sabía mucho de todo esto (me encomiendo a ti, paisano), y el astuto de Paco León lo ha recogido muy bien en sus parafilias de *KIKI, el amor se hace*. La película arrasa en taquilla y la sala se mea de risa con los dobles sentidos. Las guasas con

el sexo, más o menos irónicas, son perfectas para la carcajada. Funcionó ayer y funciona hoy. Porque —confesemos— todos hemos sido unos torpes en la cama alguna vez. El ridículo debe de ser un básico entre las sábanas de los españoles. Perderlo también. Sobre todo esto último. Porque la frutería no siempre está fresca. Porque ninguno somos estrellas del porno y, de tanto ver internet, nos hemos puesto metas muy altas.

Al final, pobres de nosotros, de tanto hablar de sexo tenemos poco. Follamos mal. Y la culpa es de las expectativas. ¡Malditas expectativas!

Probad a sacar el tema en una cena de amigos...

España es como el parchís, que se come una y cuenta veinte. Pero cuando hablamos de verdad, cuando quitamos adjetivos y frases subordinadas, nos sale la realidad: que se tiene poco sexo. Unas veces, por esas expectativas; otras, porque no aparece nadie, porque no nos gusta lo que aparece, porque estamos casados o cansados, por vergüenza a fallar y, válgame la absolución, por vergüenza a no parecer esos que vemos en internet.

Resultará que todos somos escritores: que no tenemos (tanto) sexo.

UN POCO DESORDENADO

Quienes tenemos el gusto por la improvisación y somos herederos de la procrastinación de Escarlata O'Hara —ya lo pensaré mañana—, nos vamos encontrando, cada día más, con un extraño problema: el orden. Amontono libros en las mesas, en las estanterías y en las esquinas. Padezco de libropatía. Paso por una librería, veo las novedades y me tiro de cabeza como si fueran analgésicos. Resultado: columnas jónicas, dóricas y corintias por toda la casa con libros esperando a ser leídos. Los japoneses han creado una palabra para definirlo: *tsundoku*. Así se llaman esos montones. Qué listos, los tíos.

El orden. El desorden. Los metódicos. Los anárquicos. Los evadidos. Los sistemáticos. Los liberados. Los esclavizados.

Escribo todo esto mirando una fotografía de los ejércitos uniformados de Corea del Norte, que cada vez que aparecen, tan milimetrados y estáticos, siento miedo. La imagen es como la de aquellos ocho mil

guerreros de Xian de terracota, pero con sangre y familia. No gesticulan. No respiran. No se inmutan. Todos firmes, planchados y con la cara repetida como clicks de Famobil orientales. Tal vez mi aversión al orden nace de ahí. «¡Ordena tu cuarto!». Siempre he preferido las películas de indios y vaqueros, donde todo era más atropellado, más desordenado, menos marcial.

Hay lugares de la vida que me inquietan y ese es uno de ellos: la simetría. Cuando la armonía proviene de cuadros, fotografías o militares excesivamente colocados, mi problema es el escalofrío. No me gusta. Me pica. Me chirría. Cuando lo observo pienso: ¿quién ha decretado esto? Me pasa igual en las ceremonias de los Juegos Olímpicos o las procesiones: todo lo que sea sobradamente castrense me inquieta.

Yo sé que hay gente a la que se le eriza la piel —y que pensarán que soy un lunático—, multitudes que entran en éxtasis con la marcialidad y las caras enjutas repetidas como robots. Ese orden a mí me hace tiritar. Y lo hago extensible a las casas donde no hay improvisación y todo parece colocado por un enfermo de la jerarquía. Y qué decir de los ramos de flores. Me parecen fúnebres si no tienen una mínima libertad. Prefiero que parezcan recién cogidos de la mata, aunque no lo sean. O las estanterías de tacitas y otros coleccionables. Shhhhh... Silbo como el del silencio de los corderos. Qué grima.

Prefiero el ligero caos. El abanico, la sonrisa, el saludo desde la hilera, el «rompan filas». Prefiero el alboroto. La alegría. Un poco de bullicio. La algarabía. Y lo extiendo a las cabalgatas, a los escaparates, a las mesas del salón, a las de comida, las copas, los cubiertos, los marcos de fotos, los muñequitos... Toda esa ley y orden me bloquea. ¿Puedo tocar? No, no puede.

«¿Cómo puede no gustarle a este el orden?», dirán a estas alturas del texto. Pues mira, no. No me gusta.

SOLO PALABRAS

El miedo que le tengo a la muerte es irracional. Y no a la mía: a la de los seres que me rodean. Y en ese desasosiego vivo desde hace años, como si tuviera que correr más, hablar más, escribir más, brindar más y

sonreír más. Es una ansiedad que late en la superficie de mi calendario, un recelo que en ocasiones consigo disimular.

La muerte de Nacho Montoto, poeta cordobés, a los treinta y siete años me dejó clavado frente al ordenador, donde suelo leer las noticias. No quise poner mensaje a una amiga común hasta entrada la noche, y cuando lo hice tenía la misma sensación de vértigo que yo. Se había paralizado. Treinta y siete años. Tan joven. Lo lees, lo tuiteas, te responde y, de pronto, se ha ido. Y ya. Fin. Se ha ido pronto. Muy pronto.

La biblioteca que deja es breve, como su edad, pero buena como su espíritu. Poemas recogidos en *La ciudad de los espejos* o *Las últimas lluvias* y libros como *Tras la luz* o *La cuerda rota*.

No sé si Nacho estará de acuerdo conmigo, pero los escritores narramos para que nos quieran. Cuando juntas palabras no solo aspiras a que te lean, que te comenten y que te recomienden. Cuando juntas palabras necesitas sentirte querido. En ese terreno débil que son las páginas de un libro solo están el autor y el lector. Silencio. Verbos. Imaginación. Palabras. Tacto. Y, en esa relación de amor, solo queda quererse. Los libros son los amantes que coquetean contigo desde la estantería, con la falda más corta o los brazos más prietos, con portadas maquilladas, con títulos que te silban entre muchos otros queriendo irse contigo a casa. Ese *hammam* lleno de vaho que es una librería abarrotada de libros donde apenas se distinguen las caras necesita el sofá de tu hogar, la almohada de tu cama y el sillón de la ventana. Leer es eso, amarse. Amarse mientras se lee.

Acepto la infidelidad de los libros: sé que gustarán a otros y que sus historias rondan otras camas y otras almohadas. Son, sin duda, los amantes perfectos. Te quieren durante más de trescientas páginas, se quedan en tu recuerdo y se van. Y el autor intenta dejarse querer mientras es leído.

Confieso que muchas veces he visto cómo un lector, normalmente mujer —quien más lee en ese país—, se acercaba a mi libro, lo cogía, lo tocaba y fruncía el ceño leyendo la contraportada. ¿Sí? ¿No? ¿Me llevas?, parecía decir el pobre ejemplar entre sus manos. El autor necesita sentirse querido. Y la única manera de quererlo es leerlo. Por eso hoy, con el nudo todavía en el cuerpo por el viaje de Nacho a otro lugar desconocido, solo puedo decir que lo lean, que cojan alguno de

sus poemas, que vuelvan a meterse en sus páginas y sientan que sigue vivo.

¿Qué más podemos hacer por un escritor?
Id a la librería y coged uno de sus libros.

UNA MÁQUINA DE ESCRIBIR

«Ayer se fue, mañana no ha llegado», decía Quevedo al referirse a la fugacidad de nuestra existencia. Los libros son un simulacro de recuerdo, como lo son las fotos, un intento de dejar escrito todo lo que quieres que alguien lea o vea. Por eso escribo. Para eso he escrito mi próxima novela.

Acabada como está, siento el vértigo del padre que le da una copia de las llaves a su hijo para que «no tarde en regresar», consciente de que, al darle esa copia, también le da la libertad para siempre. Para el padre empieza el olvido y el consuelo de lo que ya no será: un niño. Si el libro es algo así, si el libro que he escrito es algo similar, siento lo mismo. Pero al mismo tiempo, también, un alivio y un descanso al saber que ha crecido bien, que tiene edad para llevarse las llaves y que deja de pertenecerte.



Visto en perspectiva, como el tiempo de trabajo en una novela es relativo —«¿Cuánto te ha costado?», preguntan. «Yo qué sé», respondo.

¿Sirven los desvelos? ¿Sirve el rato que me quedé ausente entre mi grupo de amigos pensando en cómo acabar el capítulo? ¿O solo sirven el tiempo y las horas frente al ordenador?—, creo que ya no es mía. Ha dejado de existir en la cabeza, he sufrido sus dolores, su amor y también sus caprichos.

Si las palabras transmiten en parte nuestras ideas, todos esos recuerdos y pensamientos, zozobras (esto va por mi prima Bea) y sueños; si las palabras de la próxima novela tienen algo de mi memoria, espero la complicidad del lector. Casi la suplico.

En ese *e-mail* oscuro en el que anda ahora todo el texto a la espera de correcciones, erratas y paginación de la editora, también va todo este tiempo. No he sufrido tanto con una novela. Jamás.

Todo autor que ha practicado la escritura sobre sí mismo —o escrito disimuladamente sobre su entorno— ha tenido la tentación de borrar el documento llegado al punto final. No es fácil contar las heridas, ni las amarguras, ni las rupturas... El libro nunca te contesta. Pero los lectores, sí. Hice caso a alguno de ellos, en alguna firma, y esta vez los personajes existen «de verdad», como dicen los niños.

Ahora miro la máquina de escribir en la que he querido escribir algunas de las páginas de la novela, está silenciosa. ¡Cuánto ruido hace cada tecla, la madre que la parió! No vuelvo a ella jamás. Ni tampoco a la infancia. Si los padres, cuando se van los hijos, acomodan el cuarto vacío a otros menesteres, yo voy a devolverla a la estantería como recuerdo de lo que no visitaré nunca. Quise volver a sentir el dolor de aquellos años en los que aprendí a teclear, cuando iba —obligado por mi padre— a clases de mecanografía en la calle Molino de Buñol. Quise volver a sentir en parte ese dolor en las manos que ya no existe con el teclado suave, manso y leve del MacBook. Cada golpe, cada letra, cada cambio de rodillo de tinta ha sido necesario para recordar, para escribir. Y aquella sala oscura, de folios amontonados y ruido de fábrica con niños idénticos, ha sido el escenario mental durante muchas tardes. Volver no es fácil. Volver atrás, digo.

Qué fugaz todo. Qué pronto ha pasado. Qué daño en los dedos. Habría querido escribir otra novela, pero ha sido esa.

CON LAS MANOS TORPES

En principio, este artículo tenía que tratar sobre las tartas de zanahoria que pueblan todos y cada uno de los nuevos locales de moda, en un exceso de sofisticación repetida. Mi tesis giraba en torno a la idea de que antes había tartas al whisky, después cremas catalanas y ahora son las tartas de zanahoria que no saben a zanahoria. Pero estoy espeso. Mi padre tiene alzhéimer y pequeños infartos que van minando su capacidad de movilidad. Mi madre camina regular. «Regular mal», diría ella en un matiz importante. Yo asumo la vida como viene. No estoy vencido, es solo una especie de resignación dócil y voluntaria. Por eso busco temas que me evaporen del calendario. A los articulistas nuevos les pone la monserga de política. Está bien, la contemplo, me irrito y voto. Pero nada más. Confieso que a mí ya solo me ponen los diálogos cotidianos, las cosas menudas. He aprendido a memorizar insignificantes momentos del día a día y a quitarme de encima otros que me molestan. Otros que ocupan espacio en mi memoria RAM.

El neurocientífico Richard Morris dice que «olvidar es crucial para recordar. Si no tiramos los periódicos viejos, es difícil pensar con fluidez». Eso hago, con disciplina y fidelidad. Observo el desayuno, cómo pincha mi padre los trozos de naranja que ha cortado mi madre, cómo se limpia la boca con la servilleta y cómo ella moja las magdalenas en la leche. La imito. Quiero quedarme con esos gestos, si no los tengo ya.

Haciendo caso a Morris, opto por quedarme con pequeñeces y quito de esta gran despensa que es la memoria aquello que ni usé ni quiero volver a usar. Trastos viejos. Recuerdos que caducaron. Bobadas de tiempo atrás. Así ando. Suena algo triste, pero es voluntad de memorizar otras mejores.

Y una de esas cosas sucedió esta mañana.

A las nueve llegó el fisioterapeuta que intenta quitar el dolor de la artrosis, el desgaste y la desviación de columna de mi madre. Yo me quedé en la habitación, escribiendo sobre tartas de zanahoria. Escuché cómo desplegaban la camilla y cómo quitaban el sonido del televisor.

Entre los «ay» y los quejidos se oyó como el chico decía: «Estará orgulloso de su hijo. Qué buen programa de viajes ha hecho». «Y

escribe libros», añadió con énfasis. Mi padre, que debía de tener esa cara que alguna vez le he visto de satisfacción, respondió que sí. Que estaba muy orgulloso y que lamentaba no haber leído las novelas porque nunca le gustó leer.

Apreté las muelas desde mi habitación para contenerme. Esa jactancia de padre quedó subrayada por mi madre, que vino después a contármelo con un café a medias. «Tu padre está muy orgulloso», dijo. Fingí que no había escuchado nada para dejar que me lo contara palabra por palabra. Así lo hizo.

Memoricé. Apreté las teclas de «comando y ese» para guardar en mi cabeza. En ese adiós somnoliento que es el alzhéimer hay momentos así. La paulatina despedida se hace lenta, dura e ingrata. Pero ahí está. A veces se cuele la luz por las rendijas.

Yo escribo esto con dificultad y con la flojera que da la debilidad. Pero si no lo escribo, se pierde. Tal vez como el fantasma del rey Hamlet hacía, hay algo que me dice también: «Recuérdame». Y eso hago. Las palabras no pueden reverdecer a mi padre ni hacer caminar mejor a mi madre; la historia de sus vidas es así. No recupero, pero sí necesito contarlo. Tal vez alargó la vida un poco más.

A lo mejor no lo estoy haciendo tan mal.

CON USTEDES, LA INFANCIA

Agradezco infinitamente que, de niño, mi padre me apuntara a mecanografía. Soy el resultado de aquellas clases en las que una gran Olivetti me hacía sentir como Sokolov frente a la sonata número 32. *Tracatacatatacatatá*. Fue duro. Los dedos se despanzurraban entre la ge y la hache. La fuerza y la máquina podrían habernos dejado mancos a toda la clase. Pero sobrevivimos. Así que cuando me preguntaban: «Niño, ¿qué quieres ser de mayor?». Yo decía: «Escritor de teclas».

Pero no perdamos el hilo narrativo. Soy el resultado de ese repiqueteo y de las clases de pintura a las que me apuntó mi madre con un artista local. El ruido de las teclas y el colocón del aguarrás hicieron esta personalidad despistada y burra que soy ahora. Una mezcla de desierto, casualidad y cafetería, parafraseando a Paquito (Javier Cámara) en *La*

mala educación. Pero nadie dijo lo de «con ustedes, a continuación, el misterio y la fascinación, la inimitable, ¡Zahara!».

Podría haber sido. Durante mi infancia no se consideraba que los padres tuvieran que ser correctos, había que tenerles respeto y hacerles caso. Punto. Y mientras nos echaban el humo del puro en la cara con sabor a coñac de carajillo, nos mandaban a la calle «a jugar». Mucha calle hubo en los ochenta y mucha habitación. Yo pasaba las horas tecleando en la Olivetti portátil y dibujando con las ceras Manley con las que acababa como el mimo Marceau. Me imaginaba de maestro o escribiendo cuentos. Yo no sé si les pasaba lo mismo a Eduardo Mendoza, Luis Landero o Fernando Aramburu, pero yo desde luego, cada vez que me preguntan —ando de promoción con la novela—, digo eso.

La otra tarde esperaba en el reinaugurado Café Comercial a un periodista que me tenía que entrevistar por mi novela. Me quedé mirando las películas porno que venden en el quiosco y se me fue la cabeza. A los cinco años ya había visto cine X desde unas ventanas ocultas del cine Montecarlo de Buñol. Mi amigo Carlos era hijo del director de la orquesta y vivía sobre el teatro, justo encima de la pantalla del cine. Agachados en el ventanuco, veíamos escenas prohibidas, y la realidad se antojaba menos cotidiana. De todas aquellas películas que fui viendo con los años solo recuerdo *Furia de titanes*, con Ursula Andress y Harry Hamlin haciendo de un musculado Perseo. Pero ya tendría yo nueve años. De todas las actividades que me vinieron a la cabeza mientras esperaba al periodista, creo que la más útil fue hacerme una foto con el balón de reglamento que me regaló mi padre y guardarlo en el armario. Nunca lo usé. No tenía teclas. Prefería salir a buscar aventuras por las afueras del pueblo, en la papelería donde había revistas usadas, y jugar tras la tapia del colegio, donde la vida era excitante.

He intentado hacer memoria de aquellos años para explicar la novela, pero desordeno recuerdos y fechas, se me mezcla todo. Sin embargo, aparece con especial nitidez una noche en la que mi padre me paseó con el coche para ver a las putas y las travestis de la avenida del Oeste, en Valencia. Me enseñaban las tetas tras la ventanilla y yo debía de flipar. Esa educación a coscorrónes era tan bruta como las teclas de la Olivetti de la academia, tan dura como las rosquillas de almendra del horno donde merendaba y tan zafia como las letras de las vedetes que

veíamos en los espectáculos de fiesta del pueblo vecino. Pero a mí me gustaba, creo.

He intentado a conciencia entender aquellos años, pero no hay solución. Es lo que es.

FANTASÍA A TUTIPLÉN

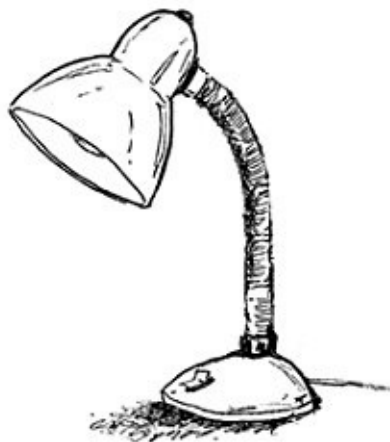
Hubo un tiempo en el que dormía en la litera de abajo, pero no tenía hermano. La cama de arriba permanecía vacante marcando la ausencia de compañía. Indiferente a los sueños del padrón de abajo. La ficción entró en mi vida y se quedó a dormir en ese colchón de espuma solitario. Pero no solo metafóricamente: resulta que en la mesilla de noche tenía siempre un libro, un cuento infantil. La hermana Teresa, que debía de ser amiga de la familia, porque yo iba a un colegio público próximo a casa, me regaló los primeros libros; una trilogía, por así decirlo, de ediciones Elfo, ilustrada por José Ramón Sánchez, el padre del director de cine Sánchez Arévalo, que educó como los ángeles a toda una generación. Hoy los he rescatado de la estantería y los he abierto con cuidado porque están como si los hubiesen rescatado de *Fahrenheit 451*: destrozaditos, con celo envejecido de los años setenta y pidiendo a gritos una encuadernación nueva. Al principio me ha dado pena, pero al empezar a leer me he sonreído pensando en aquellas noches que pasaba, lucecita encendida, con el cuento en mis manos. Así están.

Huelo las rosas de Sant Jordi. Llega el día. Y hoy mismo se celebra la Noche de los Libros en Madrid. Me gustan las firmas de libros porque se rompe la barrera que hay entre lector y autor. Te cuentan cosas, matizan, apuntan qué les ha gustado o a qué personaje deberías rescatar de alguna novela anterior. En ese momento te das cuenta de que la novela ya no te pertenece, que es suya, igual que tuyas son obras que admiras y relees de otros autores. Pero esas filas de lectores son islas, paraísos aislados de la realidad. No hay más que ver los índices de lectura, de compra de libros o de visita a bibliotecas. En fin. Por eso vuelvo a la idea inicial, los libros infantiles, que no parezca que estoy haciendo un llamamiento.

Cuando veo como Raquel les compra cuentos a Elsa y Olivia, mis sobrinas, me ilumino. Les ha puesto una habitación repleta de historias, hadas, coches voladores, duendes, castillos, elefantes y números que hablan desde las páginas coloreadas. Y pienso: ¡vaya!, eso sí que es darle la vuelta a las estadísticas de lectura. Lo bonito viene cuando las veo abrir los libros en pijama, flipar y fabular con los dibujos. Leer antes de saber leer es muy importante. La imaginación se dispara y la ficción les crea pequeños mundos paralelos. Estímulo. Fantasía.

Pero lo que me empuja a escribir este artículo no son mis dos niñas alucinadas mirando casas troqueladas y princesas guerreras. O sí. Ya que hemos perdido a una generación en esas cifras infames de lectura, salvemos la siguiente. Regalen cuentos a los pequeños, vayan a la Noche de los Libros, miren los que más les fascinan, sorprendan, atrapen. Descubran y acostumbren. No hace falta que sean de Perrault, de los hermanos Grimm o Andersen. O sí. Los tiempos cambian. Fantasía a tutiplén. Viva la ficción. Vivan los libros. Viva la cama vacía de arriba.

Atentamente... Les escribe un autor nervioso por qué le dirán en la firma de libros.



LA VIDA SOÑADA

Te despiertas. Has soñado. Saltaste, tal vez, hogueras. Brindaste. Celebraste. Pediste deseos. Quemaste papeles. Hiciste sortilegios y

esas otras variantes dignas de chiste o de mago barato. Lo que sea. Creíste en la magia. Crees. ¿Qué pediste? ¿Era para hoy? ¿Era para más adelante?

Los deseos siempre es bueno pedirlos con mucho tiempo de antelación, no vaya a ser que se frustren. La posibilidad es mala copiloto en la vida. Pura peripecia.

Quiero, quiero, quiero. Deseo, deseo, deseo.

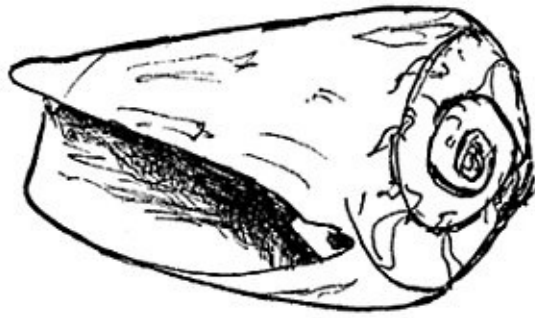
Sea por san Juan o sea por san Benito, en santa Marta o por san Antón, soñar es algo que hacemos desde niños. Sanísimo. Posología diaria. La fantasía nos viene en el *pack* de serie, con el elevalunas y el aire acondicionado; una práctica infantil que atraviesa generaciones, como Drácula viajando por los siglos en busca de su amor. Eso, soñar y pedir deseos. Desde el balón de reglamento a la casa en la playa, desde el pelo más rubio al sueldo más alto, desde el verano más largo o la... Lo que sea. Pedir, pedimos. Soñar, soñamos.

La ficción que se construye alrededor de un deseo resulta higiénica, balsámica y saludable. La ficción nos salva de la realidad, que no siempre es de cuento. ¡A la hoguera! Porque muchas veces el cerebro funciona como si fuera nuestra kriptonita. Machacándonos. Por eso es conveniente la fábula, el deseo, lo irreal.

Y así, soñamos. Fantaseamos. Celebramos la magia. El fuego purifica. Alimentamos al sol en ritos paganos y le damos más fuerza.

Y pedimos deseos.

La noche soñada es hoy, víspera de San Juan. En el sueño que mencionaba al inicio había rescoldos de la hoguera anterior. Papelitos infantiles que no llegaron a quemarse con los demás porque la brisa los paralizó. O el salto de alguien. O la voluntad de las brujas. Vete a saber. Lo mismo —pienso— el deseo escrito es tan salvaje que las hechiceras, magas y lechuzas que sobrevolaban invisibles se negaron a cumplirlo. No nos avisaron de las contraindicaciones del verbo «soñar». Solo aprendimos a conjugarlo.



La vida es el sueño por cumplir. El entretiempos. La vida sucede a veces. La vida nos invita a café. La vida sobrepasa. La vida jode. La vida te pasea. La vida te golpea. La vida te fascina. La vida brinda o rompe las copas. La vida es ese huequito extraño que queda entre lo que no querías y lo que fue. Una grieta de luz. Por eso soñamos, por eso pedimos deseos. La ficción nos salva, te lo dije.

Así empezaban los cuentos, ¿no? Érase una vez...

¿Comieron perdices? Y... ¿después? ¿Qué pasa después? Intento escribir algún cuento que me explique si el final es el inicio. Porque la vida, ahora me pongo intenso, no empieza cuando naces, sino cuando te sientes vivo. Cuando sucede algo que dice: «¡Ahora!».

Saltaré las olas necesarias. Me pilla en el mar.

CON CIEN COLUMNAS POR BANDA

El peligro de escribir esta columna es la desnudez, sobre todo cuando uno se obliga a no hablar de política por salud, por cobardía —sí, con todas sus letras— y porque hay columnistas mucho mejores, más osados y más capaces de autopsiar las noticias. Todo para ellos; para mí, la vida. He optado por las carreteras secundarias, a lo mejor para evitarme la transitada autopista de la actualidad, que está colapsada de desquiciados. Menudo julepe siente uno cada vez que amanece, por Dios. Quitá, quitá. Fus, fus. Cada noticia es un triple salto mortal. Así que opto por sintonizar con las cosas cotidianas y dejo a un lado las «últimas horas» por repetidas. Resultado: un obseso del costumbrismo. Es una

traición absoluta al periodista que duerme entre pecho y espalda, pero tanto me da. Ya despertará el día menos pensado.

Y resulta que hoy estamos ante la columna número cien. Oh, cielos. Cien columnas que no sé todavía si son jónicas, dóricas o corintias. Cien retahílas de camas, calles y pueblos.

Debería, como en la danza de los siete velos, desprenderme del último pañuelo y soltar la mundial; arremangarme, desvestir el pudor, quedarme en pelotas y apostar por letras desnudas ante los lectores fieles. Confesar que me enamoré perdidamente dando las noticias, que cerramos la puerta del camerino con llave, que jamás pude acabar el libro de fulano por cargante y que con zutano —tenían razón— me llevaba fatal. Decir que lloré amargamente con la publicación de una novela sobre el hijo de un irlandés, que la primera no la volvería a escribir ni harto de tinto, que me gusta la segunda copa de vino, y la tercera, que no soporto el aburrimiento ni a los aburridos, que llegar a las firmas de libros me da mucho pudor, que me dopo antes y después, que me gustaría haberle cantado las cuarenta a aquella diva, que los librereros hípsters me dan pereza nivel extremo, que no hubo fiestas como las de la planta 31, que mentí muchas veces en las entrevistas para divertirme, que no he leído el *Ulises* y que algunos miedos a la hora de escribir no se van ni con agua caliente.

Pero para qué martirizarse con rancheras si lo que me va es el bolero. Pasando. No diremos nada de lo anterior a modo de chimpún centenario. Así que les ruego que me disculpen, de antemano.

Con la presente ya son cien columnas de «El Peatón» en este diario de leones y leonas. Y antes de escribir esta mañana, tuve el arrojo —llamadlo coraje— de leerme las noventa y nueve piezas correspondientes a mis dos años en *El Español*.

«¿Cómo escoge los temas de sus columnas?», me preguntó un estudiante de periodismo esta misma semana en un bar. No lo sé. Bueno, a él le dije que la actualidad manda. Pero era mentira. Escribo lo que me da la gana, con voluntad y empatía hacia las cosas pequeñas. Aquellas pequeñas cosas que mataron el tiempo y la ausencia. Aquellas que tienen boleto de ida y vuelta. Las que —permiso, Serrat— nos dejó un tiempo de rosas en un rincón, en un papel o en un cajón.

Recuerdo una vez, cuando aún escribía en un periódico de pueblo, en que se me echaba el tiempo encima y no tenía tema para llenar mi

página de opinión. Me levanté de mi mesa y hablé con el director. «No encuentro salida», le dije. Boro Barber, mi entonces jefe, me señaló la puerta: «Vete al bar, allí encontrarás la actualidad». Así que, como un bienmandado, me fui a la cafetería. Las charlas no me sugerían nada, era diciembre, pedí mi café bien fuerte y esperé al Espíritu Santo. El suelo estaba fregado y, como se hacía entonces, habían desplegado hojas de periódicos para no resbalar. Ahí estaba todo. En el suelo. Como un zoco de Tánger. Titulares, fotos, columnas, opiniones, chistes, horóscopos, necrológicas, estrenos, masajes y corruptos.

Todo pasa. Todo caduca. Hasta lo que hoy vemos importantísimo en el titular grandilocuente. Así que, con su permiso y a mi merced, seguiré fijándome en las hojas muertas que arrastra el viento, en la marca de la cucharilla del café que has bebido y en cómo te giras hacia mí cuando cierro la puerta.

LA ERÓTICA DEL DESAYUNO

Se escucha el día. Se pone en marcha. Tú no, tú esperas un minuto. «Uno más, por favor». El minuto más valioso del día. Ese que tiene más segundos que el resto. Clic. Fin. Acabó. La luz, sin aviso, entra por las rendijas de la ventana y se oyen los pasos del vecino en un ir y venir de prisas, de apagadas carreras, tímidas y similares a las de ayer. Oyes una cafetera silbando con coquetería que no es la tuya y otra ducha salpicando otro cuerpo que tampoco es el tuyo. El tuyo, tu cuerpo, sigue desperezándose en la cama, sin ganas de levantarse, pero con la necesidad de hacerlo. No hay más minutos.

Fin de la hipoteca.

Hay un momento en la cama en el que sobras, como si las sábanas te echaran porque quieren quedarse solas.

Lo haces, te levantas. Te desnudas, te evitas en el espejo, te metes en la ducha, te retiras el pelo de la cara, te despiertas, te enjabonas, te lloran los ojos, te tocas, te secas, te vistes y buscas la cocina a tientas, como si Lorca hubiera ambientado el pasillo con pañuelos negros. «Enciende la luz, por favor».

La cafetera que suena ahora es la tuya; pita con menos coquetería. Abres el cajón de los cuchillos que siempre tiene cucharas, eliges en un *casting* absurdo y remueves la sacarina, que forma la Osa Mayor en la superficie negra. No despiertas. Tú crees que sí, pero es mentira. Sigues en la cama, enredado en la pereza.

Te vistes del todo, te perfumas y coges las llaves.

Otros como tú han hecho lo mismo, un montón de cuerpos ha repetido la acción idéntica en otras ciudades, otras camas, otras duchas y otras cafeteras. Tictac, tictac. Somos exactos y repetidos.

Ahora mismo, al parar de escribir y remover el café ya frío, pienso en la erótica del desayuno. En esa ansiedad febril de comerse algo que te apetece, de repetir con otra galleta, otro mordisco; la mantequilla sobre la piel del pan, más café caliente y algo de chocolate para suspirar fuerte. La mermelada que mancha, el yogur frío, el zumo exprimido. Pienso ahora en la pastilla anticonceptiva de omeprazol, en la forma que tienes de secarte la boca, en los labios mordidos, en tu forma de recoger las migas con la palma de la mano, en las greñas mojadas sobre tu frente, en la gota de agua que te secas con papel de cocina y en esa otra que ha ido a mojararte el cuello con lascivia. El erotismo de la taza acabada, de la toalla en el suelo, de las ojeras con nombre, del abrazo exacto y de los posos del café que —supongo— hablan de mañana. De otra mañana.

Sigo en la cama. No me levanto. Escribo de memoria. Ese minuto ha sido más largo de lo necesario. Llego tarde. Tú ya no, tú me lees. Y piensas en tu desayuno de mañana, en la ducha, en los pasos del vecino, en el cuerpo ajeno y en lo breves que son, a veces, los minutos deseados.

LA VIDA EN UNA DEDICATORIA

En mi ya vieja novela *Una tienda en París*, de hace unos cuantos años, había una dedicatoria simple, o sencilla: «Para ti, que siempre quisiste volar». No había nombre ni apellidos, ni siquiera una pista. La dejé así. Me bastaba con abrir el libro y saber para quién iba dirigida esa frase. No sé si a día de hoy tendría esa precaución, la de dejarla tan abierta.

La literatura tiene un catálogo de dedicatorias maravillosas, cursis, locas hasta el paroxismo, sentimentales o inquietantes. Desde la casi epistolar entre Almudena Grandes y Luis García Montero —«Porque vivir entre recuerdos es ya tan importante como imaginar el futuro», «Nunca serán bastantes» o «Porque la sigo y me conduce a mí»—, a la seca y justiciera de Cela en *La familia de Pascual Duarte* —«A mis enemigos, que tanto me han ayudado en mi carrera»—, o la simpatía de Carmen Martín Gaité en *Entre visillos* —«Para mi hermana Anita, que rodó las escaleras con su primer vestido de noche, y se reía, sentada en el rellano»—. Hay locuras como la de Arreola en *Palindroma* —«La dedicatoria se suprime a petición de parte»— o Neil Gaiman en *Coraline* —«Empecé este libro para Holly, lo terminé para Maddy»—. Y me desencaja la de Tobias Wolff en *Vida de este chico*: «Mi padrastro solía decir que con lo que no sé se podría llenar un libro. Aquí está». En fin. El ego también aparece. Babe Walker se lo dedicó a sí mismo con este arrojito: «Dedicado a la persona más fuerte que conozco: yo». Glups.

En la conversación que se crea con muchos lectores en las firmas de libros descubrí que aquel «para ti» de *Una tienda en París* les llevó a imaginar que fue un amor secreto y que fui pudoroso en ponerle nombre. Podría haber sido. Como tantas cosas. Terenci Moix —recuerdo, o cuenta la leyenda literaria— le dedicó uno de sus libros a un chico que le gustaba o del que estaba profundamente enamorado. El amor es así: un digno generador de despropósitos y extasías. Rompió con él el día más terrible, justo cuando las máquinas arrancan y empiezan a imprimir pliegos para montar el libro. Llamó enloquecido a la rotativa y consiguió parar la tinta. El nombre del ínclito desapareció de la página impar. Imagino el suspiro de alivio al tiempo que se desplomaba en el sofá. Oh, Terenci. Hasta en eso eres inspiración. Qué locura.

En fin, que estoy en puertas de sacar nueva novela y me hallo ante la página en blanco y con el teléfono de la editora vibrando sobre la mesa. «¿La tienes ya? Mándamela», me escribe en el mensaje.

La dedicatoria no es necesaria, pero los libros tienen ese lugarcito en el que cabe un nombre y una emoción. Nadie obliga, pero ahí está, palpitando yermo, dispuesto a que el AUTOR decida para QUIÉN será.

A mi madre le prometí el Planeta en una de esas noches en las que sale a la luz la Jo March que habita en cada escritor. Supongo que me había arropado en la cama y apagaba la luz después del vaso de leche.

El otro día me lo recordó. «Tengo ochenta años», me dijo. Lo que no sabe es que ese «para ti» era ella. Aquí, la solución. Y que debí ser más claro y poner algo como García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*: «Para mi madre, por supuesto». Esta y todas las novelas, por enseñarme a leer y a fabular.

OCHO APELLIDOS Y MÁS

Ando recorriendo el país con la promoción de una novela, mi quinta historia. Ando leyendo la prensa en trenes y aviones. Ando desayunando las tostadas en Castellón, la comida en Valencia y cenando en Murcia. Ando respondiendo en castellano a preguntas en gallego y conjugando mal los verbos en catalán. Ando con la maleta revuelta y la confusión inevitable de un catálogo de camas de hotel. Salgo de la 328 de Coruña y busco el ascensor de la 1003 de Bilbao. En Málaga, Santiago, Barcelona o Zaragoza charlo amistosamente con lectores y firmo novelas que llegan bravamente subrayadas. Ando, en fin, con ilusión.

Este país es una maravilla. Y me voy a poner turístico, que es lo que me apetece en este momento de espera en un aeropuerto en el que de fondo una señora se niega a entregar el bote de champú en el control. Hago repaso a estos días de ruta para evitar el «monotema» catalán, como lo define Vila-Matas, que vuelve a la prensa.

A bordo en mi memoria. Me quedo embobado mirando las obras de la Sagrada Familia y me sorprende ya de noche la iluminada e inquietante torre Agbar. Me da tiempo a un sándwich en la Barceloneta y hago veinte fotos al mar. El Pórtico de la Gloria de Santiago sigue limpiándose poco a poco y, abrigado en la plaza del Obradoiro bajo una fina lluvia, dudo si me gustaba más con el verdor de antes o con la pureza de ahora; pero me quito el sombrero ante las obras que hacían en siglos pasados. Miro los relieves de Santiago y pienso irremediabilmente en los azulejos que han tenido que reponer en el calatravismo valenciano. Pero es otro cantar. Y otra pasta. Me acuesto en Coruña después de pasar por María Pita, esa plaza que es de una belleza brutal, tan atlántica y tan perfecta. Me alimento de pinchos por Bilbao y nadie recuerda cómo era la vieja ría porque hoy es fabulosa. Lo del Guggenheim es lo de menos, lo bueno es

pasear la ciudad. Zaragoza instala ya el belén en la plaza del Pilar y me cuelo por sus calles con ánimo de turista japonés, desde el Tubo al Ebro, sin parar de hacer fotos. Me despierto en Sevilla y el día es radiante, soleado, perfecto para visitar la Giralda y colarme en la pequeña plaza de Santa Marta. Como frugalmente en una terraza frente a la Alcazaba de Málaga, y me arrepiento de no poder visitar tanto nuevo museo malagueño: desde el Pompidou al Picasso, lo tienen todo. Y a mí me falta tiempo. El taxi me lleva a las entrevistas en Valencia y cruzo la Ciudad de las Ciencias, exagerada y blanca, para acabar sentado frente a la Seu después de honrar a Santa Catalina y la renovada plaza Redonda. La ciudad ha cambiado, Russafa es ahora la estrella de la modernidad. Madrid, Castellón, Alicante, Murcia, Vigo... La maleta se abre y se cierra, cambio de habitación y de ciudad, hablo de mi libro y respondo a las preguntas de los atentados de París y del *procés* catalán.

Ando de gira por este país. Cambian las banderas de las plazas, cambian los adoquinados y las farolas. Se distingue el presupuesto en cada urbe. Veo pancartas en edificios públicos a favor de la pesca, de apoyo a París y de bienvenida a los refugiados sirios. Recorro en taxi, mirando con atención, los bares que abren y el comercio que despierta; voy contando los letreros de «se vende» y los de «se alquila». Cada taxista me habla de su ciudad, de cómo cambia, de cómo está y de los miedos que tiene. ¿Qué le parecen los líderes? «Entiendo que todo ha cambiado, ahora salen con Bertín, con la Campos y en *El Hormiguero*. Van a todo. Me están saturando». Ellos me hacen la auténtica radiografía del país, del país entero. Me hablan de los candidatos y de sus programas, de su verborrea y de la capacidad para mentir. «Este miente bien», me dice el taxista que me acaba de dejar frente a la librería. Y mientras recojo la maleta pienso que sí, que este país merece a alguien que al menos nos mienta bien.

ENVIDIA COCHINA DE LA BUENA

En el Salón del Libro de París he visto cosas que no creeríais: lectores con carros de la compra —sí, de esos carritos de ir al mercado—, paseando entre las estanterías de los stands y llenando las alforjas,

colas kilométricas esperando a los autores de Gallimard, lectoras con la lista de novelas apuntada en un papel con un montón de títulos que iban tachando minuciosamente, niños y niñas amontonados en tapices donde disfrutaban de las últimas novedades de fantasía, editores independientes compartiendo experiencias vino en mano, zonas donde comer y beber y recargar energías; libros de bolsillo a dos euros, conferencias y charlas a la misma hora en diferentes puntos del gigantesco salón; el presidente de la República, Emmanuel Macron, y la ministra de Cultura, Françoise Nyssen, inaugurando el evento, saludando a editores, autores, y dejándose llevar por las estanterías durante mucho rato. Mucho más allá que la foto para la prensa.

No era un sueño irrealizable. Era una ciudad, un país, mostrando su respeto hacia la cultura, hacia los libros. «La ministra es la mujer perfecta para el cargo», dijo un joven editor a mi lado. El otro asintió. Y la otra. Y el de más lejos. Y yo me imaginé lo que estáis rumiando. Qué extraño que se diga eso de un político, pensé en plan vieja que reza desde la esquinita. La trayectoria de la ministra Nyssen es inmaculada: editora de Actes Sud, fundadora de la École Domaine du Possible y promotora de muchos proyectos culturales más allá de lo literario. Y todo eso, en un Salón del Libro al que se accede pagando entrada. Ups. Y, además, el salón era un ir y venir de lectores y lectoras bolsa (con libros) en mano.

Confieso que al llegar al metro Porte de Versailles —no es el centro de París—, pensé que me había equivocado de lugar. La entrada estaba colapsada, una multitud se agolpaba en las numerosas puertas y buscaban los accesos al recinto ferial del libro como si fuera un concierto o la Champions. Dentro, el paraíso de los lectores. Editoriales, librerías, talleres, imprentas, charlas, conferencias, expositores, autores y miles de libros, novedades y clásicos, ediciones de lujo y de bolsillo, cafeterías, puestos de ostras, golosinas, garrapiñadas y hasta *souvenirs*: libretas, tazas y esos recuercitos apetecibles. Y allí, sentadito a mi mesa, con mi libro traducido al francés y un bolígrafo que tenía todas las papeletas para no estrenar, disfruté como los niños frente a un montón de palabras. Ay, la tienda en París. Qué te creías.

No solo estrené la tinta, sino que la gasté mezclando palabras en uno y otro idioma. Con más o menos torpeza. Con más y mucha ilusión. Francesas o parisinos que se acercaban al mostrador y preguntaban por

la novela, le daban la vuelta, leían la contra y, sí, se la llevaban firmada.
Pas belle la vie?



Y como homenaje a la película de Ana Belén, *Españolas en París*, mi stand de Sol y Lune Éditions se convirtió en una embajada de estudiantes, Erasmus, trabajadores emigrantes y viejos amigos que, libro en mano, comentábamos las estrecheces de los pisos de París y el placer de encontrar voces amigas. «¿Un vino? ¿Has visto cuánta gente alrededor de los libros? Y fuera está nevando... Aquí dentro está la primavera».

P. D. Va por esa lectora que, en un día de nieve y frío, atravesó París hasta el Salón del Libro con su madre, enferma de alzhéimer y en silla de ruedas. Va por ella, por ellas, por el libro firmado, por el beso y por todos los verdaderos insumisos: la gente que lee.

HA SIDO NIÑO

A todo esto, ayer salió mi novela. Sé que esta columna suele tener ecos costumbristas, que me gusta retratar la normalidad de cuatro emociones pasajeras y que los viernes, pues bueno, saco a pasear mis palabras por la calle. Pero ya que este territorio es mío y tengo pasaporte para hablar de lo que quiera, les digo que he sacado libro. Ha sido niño y se llama *Firmamento*. Así que hoy me pillan *maqueao* para algunas fotos y varias entrevistas. Asumo la promoción como algo inevitable, necesario y entretenido. Desde hoy me convierto en el secretario de mi novela; ella

manda. Estoy a sus órdenes, recibo llamadas y voy posando y respondiendo preguntas en su nombre. Ella decide hablar desde la intimidad, frente al lector, en otro sofá y en la butaca de algún tren. Así que me toca a mí levantar el teléfono, ponerle voz y presentar a sus personajes: Ana y Mario. A veces tengo la impresión de que voy a meter la pata y me entra un sucedáneo de nervios adolescentes; piensan ustedes que los autores o los periodistas somos gente de mundo y que sabremos salir de cualquier pregunta. Qué va. Zarandajas. El caso es que tiendo a la anécdota, busco la mejor frase e intento estar simpático. Mi madre dice que no me suelte porque me conoce. «Hazte la vida fácil, no te estreses». Me lo repite. «Y cuidado con lo que comes —añade—. Muérdete la lengua». Es que yo aquí, frente a la nada, como no sé qué saldrá en titulares, voy echando millas. Bueno, peor, veo el silencio del entrevistador y lo lleno. Me dejo llevar. Hablo. Hablo. Hablo. Y, claro, como calculo mal las intenciones, la cosa sale como sale. El caso es que un día apareció un titular en letras bien llamativas en el que ponía: «Soy un fetichista». Omitieron que era un fetichista de París y sus asuntos: las canciones, los cruasanes de mantequilla o las películas de Godard. Así quedó. «Fetichista». Y no les digo cómo me encontré el buzón del correo electrónico al llegar a casa. Fotos de mucho miembro, surtido de escotes y variado de salazones. Y a mí, como que no.

Pero lo que me empuja a escribir este artículo es otra cosa. Quiero relajarme, disfrutar del encuentro con los lectores y las lectoras, que, teniendo muchos libros para escoger, pillan el mío. Gracias.

Un día estás en casa mordiéndonos el labio, haciendo anotaciones, matando personajes y deshaciendo nudos, y al otro estás frente al lector preguntándole el nombre. Ahí es donde no sé mentir. En esa intimidad improvisada entre libro y firma sobran muchas veces las palabras. Qué placer. Qué mágico.

Firmamento también habla de eso, del silencio que se crea entre dos personas que, con sus contradicciones y sus diferencias, encuentran su lugar. Es efímero, fugaz. Pero te da el tiempo justo para cumplir un sueño y pedir un deseo. Pasa una estrella, un lector, una lectora, y la palabra que nace en tu mesa cobra sentido. De pronto, la novela tiene volumen. Dice Paul Auster que «los escritores somos seres heridos y que por eso creamos otra realidad». Lo único que uno desea es que lo

quieran, ¿no?, aunque sea un segundo. Un minuto. Lo que dura una firma. Para ti. Para mí. Atentamente.

ELIGE TU PROPIA AVENTURA

Voy al cine con amigos y también voy al cine solo. Compró entradas de conciertos y los bailo o los tarareo desde la butaca. Aplaudo en el teatro y me espero, a veces, a saludar a los actores en la puerta. Me dejo sorprender por exposiciones que no entiendo y repito con el Prado, donde revisito mis favoritos. Suelo colarme en casas museo y hasta en el espacio de los *souvenirs*, donde campan a sus anchas libretitas y pequeñas bobadas como tazas, lapiceros o caleidoscopios. Inciso: ahora mismo tengo junto a mi ordenador un juego de pinturas del Pompidou de París con el que coloreo las caras grises de las fotos del periódico. Tiendo a poner bigotes y sonrojar mejillas. No me preguntes a quién. Es algo que viene de lejos, de niño. En fin. Un poco de actitud y algo de entretenimiento.

Esa misma actitud, compartida o a solas, surge en la Feria del Libro. Pasear entre las casetas, mirar portadas, girar los ejemplares y leer la sinopsis, elegir libro y, si se tercia, buscar al autor que mencionan por la megafonía. Tiene algo de mercado de mi pueblo, mucho de feria y otro tanto de celebración literaria. Un punto fenicio, de orfebrería y bisutería juntas, de sedas de colores y telas de saco. Es la oportunidad de librerías, editores y escritores para dejarse ver y aumentar las cifras (de todo tipo).

Diré ahora que tras la caseta es todo muy diferente. Debe de parecerse al vértigo del actor cuando todo se ilumina, suena la campanilla, sale a escena y mira de reojo la platea; o al director que busca con nerviosismo el puesto en la cartelera donde se reparten los títulos como un menú de restaurante. La exposición pública tras la caseta de la feria es un gazpacho de inseguridad, emoción y muchas posibilidades que no hay manera de gestionar con frialdad.

El autor visto desde el paseo, mientras se camina por el Retiro, es ese centinela que ha escrito un libro. Ese raro que publica. El nigromante de

las palabras con las que te has hechizado en el sofá de casa. La autora que custodia sus personajes y el autor que los crea. Viceversa, obvio.

Desde el tenderete, la feria es otra. Qué distinta se ve. Un autor bajo su nombre en el cartel con su surtido de libros puestos en abanico, para que se acerque el lector y le quiera un poquito. Lo que dura la firma, ese orgasmo frugal en medio de la gente. Voluntario, público y deseado. «¿Me lo firmas?». «¡Y tanto que te lo firmo!». Cómo no vas a firmar un ejemplar con lo maltrecho que está el panorama, con los golpes que da la piratería y con lo escasos que son los derechos de autor. ¿Que si te lo firmo? Vamos, te como la boca, lector o lectora, si hace falta. ¡Te como la boca! Se la como hasta a Felipe VI si aparece por el paseo, a algún político incluso. Pero pocos votos deben ver en el Retiro cuando circulan por la feria solo en modo ficción. Y si lo hacen, es empujados por la jefa de prensa.

Los autores andamos estos días como viajeros de Fernán-Gómez. Felices e inseguros. Sonrientes y atribulados. Ilusionados y frágiles. Y en ese recorrido de ferias, librerías y casetas, uno deshuesa la maleta en la cama de un hotel como quien deshuesa un pollo, y la vuelve a plegar como quien cierra un libro donde no pone fin. La firma es un beso. Un beso con posibilidad de más.

GRACIAS

Gracias, lectores. Y lectoras, que para eso sois más. Gracias por elegirme entre la multitud de libros. Gracias. Gracias a esas personas que mañana pasarán por la Feria del Libro de Madrid y esperarán en la caseta para charlar un rato entre firma y beso. Gracias porque quitáis horas de ocio y elegís mi novela. Gracias por las palabras dichas, las ahogadas por los nervios y las guardadas por pudor. Gracias también al resto de libros que llenan los estantes y las cajas. Gracias a los autores que los han escrito.

Gracias, Antonio Muñoz Molina, Elvira Lindo, Rosa Montero, Enrique Vila-Matas, Juan Marsé, Juanjo Millás, Javier Marías, Javier Cercas... y más. Todos.

A veces nos preguntamos quiénes somos sin darnos cuenta de que encontraríamos algo parecido a la respuesta alargando la mano a la mesilla. Mirando en el bolsillo de la chaqueta. Recordando la maleta de aquel verano. Lo que somos, lo que nos ha construido, la lente con la que vemos el mundo está en los libros que leímos, en los autores que amamos, en las ficciones que nos acompañaron en el camino y en las que nos acompañarán.

Yo soy los libros de Matute. Mis autores franceses. Mi Modiano. Las ventanas por las que me asomé por primera vez. Soy los párrafos que me acompañan de memoria al pasear. Soy la página de otro que se abre y me contagia. Soy la metáfora que un día me deslumbró y el Nick Carraway de Fitzgerald. ¡Allí está la luz verde! O el temblor que sentí cuando leí a Kavafis por primera vez.

Gracias porque cuando me pasé al otro lado del folio, me quedé con vuestras palabras. Como si una pócima mágica se hubiera galvanizado con las letras de los demás. Y ahora soy la suma de todo lo que leí más lo que querría leer. Escribir es, entre otras cosas, un acto inconsciente de admiración. Un homenaje a los que me emocionaron.

Pocas veces uno se desfonda sincero sobre el teclado. Como si casi nadie nos fuera a leer. Ni nosotros mismos. Pocas, muy pocas veces, uno siente la cicatriz de haberse desmembrado delante de los demás. Así ando ahora, con el deshielo de *La parte escondida del iceberg*. Sin trampa. Sin coraza.

Decía Eliot que el propósito de la literatura es convertir la sangre en tinta. Y eso es lo que he hecho. Pero en mi sangre va también la tinta de los otros. La que se mezcló de otros libros. Gracias.

Gracias a los autores que he leído por hacerme quien soy. Lo celebro en cada firma, en cada libro, en cada nuevo lector. Gracias por permitirme entrar en vuestro mundo, porque ahora he abierto el mío para mirar bajo el agua de las palabras. Desarmado.

Lectores, así me presento. Gracias. Puede que a mí también se me queden cortas las dedicatorias.

[AS TIME GOES BY]

VIVIR DE CINE

«¿Cuántas veces tomaste la resolución de no volver a verme?», preguntaba Alec Harvey a Laura Jesson en *Breve encuentro*. Y ella respondía: «Varias veces al día». No es un pelicolón de los que han pasado a la historia emocional de los espectadores, pero sí es una de esas cintas que pertenecen a la Historia del Cine. Me gusta recuperarla porque —como suele pasar con las buenas historias— creo que hablan de mí. Tanto que memorizo las frases como si tuviera que decirlas en mi próxima ruptura. Lo mismo me pasó con *La rosa púrpura de El Cairo*: estuve durante un tiempo haciendo de Tom por la calle. «De donde yo vengo las personas nunca te desilusionan, son consecuentes, siempre puedes contar con ellas». Y Cecilia respondía: «Así no encontrarás a nadie en la vida real». «A ti», creo que decía Tom para cerrar la escena. También me volvía loco con *Johnny Guitar*: «¿A cuántos hombres has olvidado?». «A tantos como mujeres recuerdas tú». «Dime que te habrías muerto si yo no vuelvo». «Estaría muerta si no hubieses vuelto». La escena es perfecta. Lo explica todo. Como dicen en el sur, no se puede aguantar.

El cine es maravilloso y en cien minutos consigues que acabes mirando como miraba Joan Crawford, caminando como Patrick Swayze o mordiéndote el labio como hace siempre Meryl Streep. Todavía coquetea tímida en mi cabeza frente a Clint Eastwood cerca de los puentes. Todavía suena el violonchelo de *Todas las mañanas del mundo*, todavía está caliente el té de *Una habitación con vistas* y todavía Shirley MacLaine duda si debería ponerse rímel en *El apartamento*. Recuerdo la

frase final de *Piedras* y la queja de *Princesas* («El amor es que vengan a buscarte a la salida del trabajo»), y he comprado narcisos como hacía Ewan McGregor en *Big Fish* para regalar. Siempre pienso quién será el marido de la peluquera, recuerdo al señor Jeffries cuando abro mi ventana (indiscreta) y me dan ganas de levantarme a cantar en las cenas como si fuera la boda de mi mejor amigo.

No estoy dispuesto a ceder en este recorrido. Es el regalo que me hace el cine. Esa frase que me alimenta durante días me pertenece a la salida de la sala, cuando las pupilas vuelven a su tamaño normal y también las lágrimas. O las risas. No me han amado como en *El paciente inglés*, ni he tenido una cita en la planta 86 del Empire State Building, ni siquiera han tocado otra vez una canción para mí. Ni Sam ni Rick ni Ilsa. Pero, lo mejor, lo maravilloso del cine, es que me ha hecho soñar con la posibilidad de que sucediera. Que parezcamos héroes es cosa de las historias y de creer en ellas. Es un sentimiento extraño que, como dice una amiga, no se puede domar.

¿Por qué escribo esto? Porque salgo de una cafetería donde desayuno todos los días y he dicho la frase de Bogart: «De todos los cafés y locales del mundo, aparece en el mío». Ha sido inevitable. Nos hemos vuelto a ver. No ha sonado «*As Time Goes By*», pero el pitido de la cafetera y el ruido de platos se han convertido en mi cabeza en la famosa partitura de Herman Hupfeld.

POR FAVOR, CÁLLATE

Don Lockwood era un actor del cine mudo que, tras pasar por muchos papeles secundarios, consigue al fin formar pareja con Lina Lamont, una bella actriz de voz ridícula y malas intenciones. En el silencio del cine mudo todos eran hermosos, no debían hablar, solo gesticular, posar y sonreír. La belleza de la postura, de la actitud y del ademán. Con la llegada del cine sonoro, los directores se encontraron con el gran problema de Lina: era bella, pero tenía voz de pito. Solución: buscaron a una doble para que la belleza dorada también estuviera dotada de la musicalidad en su garganta.

Recordáis la película, ¿verdad? *Cantando bajo la lluvia*.

El guion hablaba del engaño, la farsa, el artificio, la mentira y el chasco. Sobre todo esto último. Aquel final del film de Gene Kelly es apasionante: descubrimos que la voz que realmente se escuchaba tras el escenario era la de otra mujer no tan bella como la rubia chillona.

La llegada del cine sonoro destrozó la carrera de muchas estrellas que eran incapaces de vocalizar con naturalidad un «buenas tardes, señorita» o un «café, por favor».

Ayer mismo me pasó algo similar en Instagram. Como si fuera aquel abril de 1927 cuando en Nueva York se proyectó *El cantante de jazz*, vi un montón de vídeos de blogueros, *influencers* y modelos de fotografía que decidieron aprovechar la nueva función de la red social: grabarse en vídeo hablando al estilo Snapchat. Me tengo que contener la risa para poder seguir escribiendo y no estallar como aquellos espectadores que se descoyuntaban en la butaca frente a la impostora Lina Lamont. Os prefería mudos, pensé mientras veía un vídeo tras otro. Os prefería perfectos, mascullaba. Os imaginaba con voces aterciopeladas y sensuales. Os veía irreales, bellos, admirables e inalcanzables. Pero, oh, Dios de la Red Social, que albergas malas intenciones en cada actualización, has creado el vídeo para que empiecen a brillar todas las Kathy Selden desconocidas y se caigan del *billboard* las Linas Lamont de plexiglás.

Don y Kathy se enamoran en *Cantando bajo la lluvia*, el cine sonoro arrasa en todo el mundo, el público quiere más y todas las Linas Lamont con voz de rata se ven inservibles para la nueva era. Es su fin. Solo les quedan los carteles, los anuncios y la fotografía.

El mitómano que habita en mí ha decidido quitar el sonido al móvil por compasión, por solidaridad y por cariño. Porque esos modelos impolutos, delgados de caderas y de pecho ancho como campos de fútbol son mejores en el silencio de Instagram. Miguel Ángel esculpió a su David con la boca cerrada, Leonardo dejó callada a Mona Lisa y hasta la Dama de Elche prefiere llevar cascos y tararear con la boca cerrada. Quién sabe qué voz tendrían si Instagram llegara a sus vidas.

ALMODÓVAR Y JULIETA

Me gustaba más el título anterior: *Silencio*. Pero *Julieta* me emociona. Pedro Almodóvar es como Juan Marsé: titula como nadie. *Últimas tardes con Teresa*, *Si te dicen que caí* o *La muchacha de las bragas de oro* no solo son buenas novelas, son también únicas en su fachada. El criterio a la hora de elegir el nombre de tu hijo es fundamental para que el niño no vaya con monsergas toda la vida. *Tacones lejanos*, *Todo sobre mi madre* o *Mujeres al borde de un ataque de nervios* —me cuesta elegir— son títulos que ya quisieras para tu casa. Impecables. Ahora vuelve a la palabra única, solitaria, como hizo con *Átame* o *Volver*. *Julieta* es silenciosa, maravillosamente lenta y de las que ganan sabor con los visionados. Mi amigo Paco Tomás dice que eso les pasa solo a las buenas películas. Estoy con él. Es una cinta de Almodóvar, pero no es almodovariana. Es suya, diferente y personal. Sigue Pedro en el tono íntimo de las que me gustan, con la subjetividad de su objetivo y la inconfundible mirada. No soy crítico ni pretendo serlo. Solo soy un lector que subraya y un espectador que llora en la sala. Y así voy a seguir siéndolo.

Julieta me gusta.

Hay dolor, es rotunda, hiriente y bella. Pedro bucea otra vez en las tripas y abre heridas conocidas y desconocidas. Cero *spoiler*. Me callo y hablo de lo que me gusta volver a ver en grande a Emma Suárez. Es de esas actrices que, calladas, hablan. Tiene los ojos vidriosos como si siempre fuera a llorar y la mano escondida en los bolsillos para que no veas su debilidad. Me gusta su piel, la mirada y esa extraña fragilidad de la gente fuerte. A veces la veo sentarse en las terrazas de mi barrio y me gustaría invitarla. Pensamiento absurdo de fan. Perdonadme.

Rossy de Palma está en estado de gracia; como siempre, diría. Rossy es brutalmente magnética. Si aparece, desaparece lo demás. Y cuando mastica los fotogramas de la película *Julieta* con ese pelo y ese maquillaje espantoso dices: «Qué *heavy* que eres, amiga». Está dotada para la comedia, para el drama y para el glamur. Rossy está bien en bata de boatiné o con lentejuelas de Gaultier, rapada o con moño, en color o blanco y negro, en azufre o miel, en gritos y en silencio. No voy a esconder mis filias a estas alturas de mi vida. Nos pasamos los años fingiendo cariños y ocultando odios. Así que, vayan al cine. Vean *Julieta*. Y aplaudan a Pedro.

P. D. Mi plano favorito es uno en un pasillo, cuando la cámara se acerca y escuchas tu respiración.

PAPARRUCHAS

He borrado todo lo que tenía escrito porque cuando estaba llegando a la última línea ha llegado mi amiga María. Os cuento: deja el bolso en la silla que le tenía reservada, suspira y planta el móvil en la mesa. Uno lleno de brillos dorados sacado de la tienda del Moulin Rouge. En ese momento cierro el ordenador y la escucho. Habíamos quedado para tomar un vino junto a la tienda en la que trabaja, aquí en París. María regenta un puesto de viandas de Salamanca de caerse para atrás. Huele mejor que en una joyería y sabe mejor que una floristería.

«Dos vinos, por favor», ha dicho nada más sentarse a mi lado. Lo segundo ha sido: «París será la ciudad del amor y todo lo que tú digas, pero aquí no hay cristo que se enamore. Llevo soltera más tiempo del que quiero».

Puede parecer una frivolidad —¡bendita sea!—, pero tiene más razón que un santo. Hay ciudades a las que les persigue un tópico y esta es una de ellas: la ciudad del amor. Paparruchas. Yo, que ando con el termómetro de lo romántico por las nubes, me he quedado con el brindis a medias. «¿Qué dices, María? Si este lugar es maravilloso», le he dicho. «Lo es, pero a París debes venir enamorado; aquí no hay manera de ligar», ha zanjado.

Andaba yo bebiéndome la segunda copa de tinto y escuchando sus razones, que las tiene, fundamentadas y argumentadas en el caso práctico: el suyo. Coquetear como en las películas o en las novelas es muy de los sesenta; pasada la época de la Nouvelle Vague, ya no queda frescura. «Y menos cuando ya no tienes veinte», añade, ahogando la voz en la copa. Los franceses han perdido aquel desparpajo galán de Yves Montand, Alain Delon o Belmondo. El calor de sus miradas ha bajado de intensidad y estamos en una época un poco más prefabricada: comida para llevar y excesiva prudencia en la seducción. Supongo que no solo aquí, porque no es el primer amigo que me saca el tema. El amor se ha puesto por las nubes.

Las aplicaciones móviles, esas que se supone que te ayudan a mejorar el camino, no te llevan a ningún sitio. Palabra de María. Y las miradas en los bares, gimnasios y metro no suceden más que en las canciones. Pasada una edad, más allá de la adolescencia y la juventud de rostro terso y barriga tirante, todo se pone cuesta arriba. La soltería se sobrevalora como ejemplo de libertad total y «es una soberana tontería». María *dixit*. Y aplaudo bajo la mesa. «A mí lo que me apetece es que me lleven al cine, irnos a cenar, preparar un viaje, quedar para salir, todo eso que está hecho para dos», me explica. Yo, en ese momento, levanto la copa para brindar porque tiene razón.

Algún lector desabrido, de esos que sacan punta a todo, dirá que eso es desesperación. ¿Y? Si uno quiere ligar, ¿por qué no va a ligar, eh? Aunque fuera por mejorar el alquiler: «Para dos sale mejor, desde la luz a la compra de la semana». Tiene razón María cuando explica todo. Y me lo dice como si yo fuera un gurú del amor. Incauta. Y, además, por si fuera poco, me dice que París es una amante celosa y posesiva. Si llegas soltero, solo te quiere para ella. Y lo malo es que te conformas. Que te pueden sus calles. Que te da igual estar en una terraza sentado solo. Coqueteas con sus edificios, te quedas a mirar las avenidas e incluso le guiñas el ojo. Y te dejas. Palabra de María en el tercer vino tinto. Yo me callo, apunto todo lo que dice y miro las sillas vacías ordenaditas de dos en dos.

QUIERO SABER DE TI

Yo conocí a Pedro Almodóvar en mi treinta y siete cumpleaños, o sea, cuando este que escribe salía todavía mucho por Madrid y él ya no tanto. Me dio por organizar una fiesta y celebrar que todo iba muy bien, que acababa de sacar un libro con triquiñuelas baladíes de camerinos en una versión fútil de *Eva al desnudo* —no diré el título para no enfadar *de nuevo* a las inspiradoras— y que, sobre todo, cruzaba un momento de felicidad. Mi amiga Bibiana Fernández me dijo que echara el resto. Supongo que no son palabras textuales, pero eso hice: echar el resto. Hacerle caso a la rubia es siempre una bendición y un peligro. Tanto me da. Hay personas que mejoran el mundo. Estoy convencido de que

Bibiana Fernández es una de ellas, no solo por su irrupción gloriosa en el atropellado panorama de los ochenta, sino por esa forma que tiene de regalarse a la gente.

La fiesta era un ir y venir de copas, felicitaciones, regalos y amigos. Lo recuerdo de milagro. Y no solo por los años que han pasado (diez). ¡Diez! He abierto una caja de fotos que recoge momentos especiales. Todos en el mismo puchero.

A altas horas de la noche, la realizadora Dunia Ayaso, que estaba hablando por teléfono junto a la puerta donde había algo de silencio, me dijo: «Hay un amigo que está solo en casa, ¿le digo que se venga?». «¡Que se venga, cabemos todos!», fue mi expedita respuesta. Y debí de correr hacia la barra.

Minutos después, era Pedro Almodóvar el que cruzaba el umbral de la sala ante la sorpresa de todos, también la mía. Alguien nos hizo una foto desenfocada —que ahora miro— y el Madrid que fantaseaba desde mi pueblo se enfocó de repente como en las epifanías. Era Pedro. Pedro Almodóvar. Se me saltaron las lágrimas.

La vida cobraba sentido en aquel momento. Como cuando venía en tren de cercanías durante cinco horas hasta la capital para estudiar diseño gráfico, como cuando paseaba por la Gran Vía como si fuera Times Square, buscando *billboards* de musicales, como cuando perdía la cazadora en los alrededores de la sala Cool, como cuando me bebía unos chupitos tras el informativo para acelerar la fiesta con el realizador, como cuando forraba mi habitación con carteles de películas icónicas, como cuando bailaba en plan travesti con Jorge Calvo y compañía, como cuando me ponía el perfume favorito para conquistar una nueva América.

Después de aquel cumpleaños he visto a Pedro en otras ocasiones — en cenas, cumpleaños o estrenos—, pero siempre mantengo esa prudencia de chico de pueblo que admira a su director. El chico que se sabe frases de memoria y que ha gesticulado como alguna actriz en algún momento de efervescencia y burbujas. Ese chico que es consciente de que Pedro ha creado historia del cine, ha moldeado a actores, ha creado estrellas, ha tocado el firmamento con las mismas yemas de los dedos con las que ha elegido fotogramas épicos y cortado tomate para hacer gazpacho. Qué es si no la admiración.

Cuando se lo conté a mi madre, nada más amanecer de aquella resaca, me dijo que viviera mucho, que hiciera muchas fotos, que me lo pasara en grande, que comiera bien y que sumara recuerdos para contárselo todo al llegar al pueblo. «Quiero saber de ti», como en *Cinema Paradiso*. Ahora, a punto de soplar las velas de otro cumpleaños (26 de enero), cierro la caja de fotos desenfocadas, disfruto de esa cursilería que emanan algunas escenas, veo grandes y pequeños propósitos capturados en polaroids y elijo el vino para la fiesta, qué diantres. La vida sigue. Celebrémosla.

UN AÑO AJETREADO

Ando leyendo la historia de amor de Anne Wiazemsky, *Un año ajetreado*, y me he colado en la cama de una pareja que vivió un apasionado romance durante muchos años. No es ficción, por eso digo «colarme» en su cama. Anne se enamoró del director de cine Jean-Luc Godard y habla de su vida junto a él. Así la rememora, la escribe y la detalla, con el sabor de quien se desnuda en el papel sin buscar personajes para esconderse: «Tan pronto nos sentamos el uno frente al otro en el amplio restaurante casi vacío, se lo conté todo». Anne hace de su vida junto a Godard una novela, como un alivio. La actriz, ahora escritora, tenía diecisiete años menos que el cineasta francés y vivía en las exigencias de una familia autoritaria, pero se amaban. De su mano, vuelves a plantearte las mismas dudas de siempre: ¿funcionan las parejas con diferencia de edad? Qué bobada. ¿Acaso tienen asegurado el éxito las que son del mismo año? Supongo que en el amor, como en la cama, «todo es resultado de haber estado en peligro, de haber llegado hasta el final en una experiencia, hasta donde ya nadie puede ir más lejos». Palabrita de Rilke. Amar es siempre un reto lleno de complicaciones: si no están al principio, estarán al final o en la mitad del camino. Salvarlas, si uno quiere, es parte de la almohada común en la mal llamada «cama de matrimonio». Los obstáculos unas veces nos unen y otras veces nos matan. Ahí no hay consejos que valgan, solo literatura.

Leyendo esta novela entras en la energía de una juventud de los sesenta que exhalaba alegría y ganas de hacer palpar la cultura. No sé

observar a los veinteañeros de ahora de la misma manera que cuando tenía su edad. No sé de sus inquietudes ni de sus gustos. Pero apuesto a que el sugerente despertar de finales de los sesenta nada tiene que ver con el de ahora. En la novela, junto al retrato de Jean-Luc Godard, ya en camino de convertirse en el gran reinventor del cine, encontramos a Truffaut o a Rivette, filósofos y pintores, fotógrafos y escritores. Tantos y tan buenos de la misma generación que te ves abocado al conflicto con el panorama de hoy. Esos años de ajeteo parisino, como los que hicieron estallar culturalmente España en la transición, no se parecen a estos. Los referentes que llenan las revistas actuales o, mejor dicho, los medios de comunicación, son idénticos. El vasto escenario de mitos de nuestros días es fácil de imitar y barato de copiar. Todos me parecen iguales. O fotografían uniformemente.

Ignoro qué quedará de estos días cuando pasen los años; la perspectiva es maravillosa. La distancia resume bien y nos coloca en la realidad. Lo cierto es que estos días de política convulsa, mercadillo de titulares y tronistas de la imitación futbolística no me suenan bien. Lo mismo me equivoco —fácilmente— y ese año ajeteado de Wiazemsky también es hoy. Vete a saber.

¡SUBE A CASA!

Aquí, en mi barrio, lejos del Madrid turístico de gorros de Papá Noel y belenes de plástico, los vecinos nos saludamos por la calle, nos tomamos la tensión en la misma farmacia y hacemos cola en el sitio de los pollos asados. A veces me llevo medio y la otra mitad, el del portal derecha. ¿Puede haber algo más conciliador que eso?

Hay imágenes que me devuelven al pueblo, como escuchar al «tapizadooooooor» subiendo por la calle. Un poco más allá, el camarero, el quiosquero y la peluquera castiza, una que fuma *apoyá* en el quicio de su negociado. Una vez entro en Dos de Mayo, bajando por San Andrés, me tropiezo con el horno, la terraza que invita a sentarse y el jardín de los niños. Los adolescentes se apoyan en el murete con las pipas y los móviles nuevos, de carcasa reluciente y cámara doble con la que hacerse retratos de bloguero. Nos reíamos pensando que éramos

modernos en los ochenta y estos se ríen ahora de nosotros, como un bucle eterno, en el que todos siempre nos burlamos de los mayores. Al joven, en la cresta de la ola, siempre le parece que nunca cumplirá años como esos tullidos que ya tienen tripa y entradas. Por eso, nosotros, sabiendo que se equivocan, miramos con emoción y envidia la espuma de sus días.

Queridos, yo flipé con la princesa Leia, la verdadera, la rebelde, la guerrera, la de los muñetes, la fallera sideral; no me vengáis con sucedáneos. Lo nuevo ya es viejo. Tan viejo que ya hay camisetas impresas pasándose de moda. Me atrevería a afirmar que ahora todo caduca muy pronto y que andáis (o andamos) con la mirada en el ordenador como si fuera una máquina del tiempo. Digo más, todo lo que nos rodea son reposiciones o miradas al pasado. Yo diría que, más que un cierto y constante olor a pasado, lo que hay ahora es una ausencia de presente. Los nuevos adolescentes alucinan y tuitean con *OT 2.0*, como sus padres lo hicieron con Rosa; los crecidos nos lavamos la cara con la nostalgia de *Stranger Things*, que es una mezcla de *Los Goonies* y *ET*; otros, con la pulidísima y perfecta *The Crown*, que tiene por *protá* a una reina y un palacio. Andamos así desde *Mad Men* y *El Ministerio*, visitando el ayer. Y todos los locales de moda, esos por los que voy pasando mientras escribo esto de memoria, tienen una decoración retro, luces indirectas, jarrones desportillados, sillas de nea, mesas de madera gastada con marcas de vasos, suelos hidráulicos y puertas sacadas de *Fortunata y Jacinta*. Oh, Galdós. No pasas de moda. Míranos.

La única diferencia es que las madres del mundo han dejado de llamar a los hijos desde la ventana: «Joseeeeeeee, sube *pa'riba*». Ahora, esos chavalitos que están en el murete de Dos de Mayo con una camiseta de Carrie Fisher —si supieran— reciben una alerta en el móvil. La pantalla se ilumina. Y fingen que no lo ven, cuando en verdad no han soltado el aparato desde que empecé a escribir esto con una caña. «Ya subo, papá», teclea uno. Ya sube.

AÑO DE NIEVES...

La nieve tiene una capacidad hipnótica. Nos seduce cuando la anuncian a bombo y platillo en los telediarios, y nos conquista cuando, al grito de «¡está cuajando, está cuajando!», empieza a cambiar el paisaje que nos rodea. Es eso lo que la hace extraordinaria, el hecho de que modifica de un plumazo todo lo que toca. Cambia la foto que vemos diariamente, la tunea en blanco, borra la suciedad de las esquinas y lo de siempre ya no es lo de siempre. La nieve embellece porque maquilla.

No es cosa de niños. O no lo es solamente. Cuando nieva surge el pequeño que suspiraba por ella viendo la televisión, el que veía *Heidi* con paisajes inmaculados, el que leyó *Mujercitas* y se abrigaba en la chimenea de los March, el que escuchó las pisadas de Luke en *Star Wars: El Imperio contraataca* (1980) en el planeta Hoth o el que puede tararear sin problema el tema de Lara de *Doctor Zhivago*: «*Somewhere, my love... la la la laaaaá*». Por cierto, que aquella fría y nevada Rusia de Omar Sharif y Julie Christie era la estación de Delicias de Madrid, Salamanca y Soria. Localizaciones castizas para la revolución cinematográfica de David Lean. Boris Pasternak, mientras escribía su novela, no imaginó que prácticamente toda la película de su famosísimo libro se rodaría en España.

La nieve queda bien. En las fotos, en los libros y hasta en las películas de miedo como *El resplandor*. La nieve nos modifica un belén de Jerusalén, donde resulta insólita y exótica, o nos mantiene en vilo frente a las hazañas del Everest. ¿Habrían enamorado tanto las princesas Disney de *Frozen*, Elsa y Anna, de haber sido imaginadas en un secarral? No creo. La nieve pinta bien. La nieve nos da buenas fotos, nos llena Instagram de copos que caen lentamente, de calles con pisadas marcadas, de arbolitos con las ramas cubiertas y de improvisados muñecos de nieve... Y, sí, se multiplica el envío de wasaps con idílicas postales de las nevadas. Es algo impulsivo, entusiasta y casi adolescente. Que tire la primera bola el que no haya caído en la tentación de sacar la cámara y disparar... ¡*Flash!*

El refranero está lleno de referencias. Pero también las noticias. Complicaciones, temporal, ciudades y pueblos sin electricidad, alerta por frío, vuelos retrasados y numerosos cortes de carreteras, uno tras otro. También, claro. También es eso la nieve. Es lo que tiene no estar acostumbrados a los inconvenientes que genera. Nos hipnotiza y se nos

olvida que la nieve no es solo una preciosa foto en busca de *likes*. Confiemos ahora en el refrán: año de nieves, año de bienes.

CANTA CONMIGO

Últimamente me ha dado por cantar en la ducha. Y no se crean que canto a Bowie, Bruno Mars o a Donna Summer. La ducha es para el «Resistiré» del Dúo Dinámico o «Cuando zarpa el amor», de Camela. Lo público y lo privado, como siempre. Después, cuando nos preguntan cuál es nuestra canción favorita, siempre buscamos la más intensa y la que nos haga quedar bien ante los demás. Pero la realidad, como todo, es maravillosamente *kitsch*, bizarra y sabrosa. Con el cine pasa igual.

Pero a todos nos gusta quedar bien. Por eso no aciertan las encuestas. Porque respondemos lo que creemos que mejor habla de nosotros. Pero en nuestras entretelas pensamos con el corazón. Lo que nos gusta, lo que nos apetece, lo que nos pide el cuerpo.

Lo mismo pasa al pedir en el restaurante. Mucha crema, mucho emplatado, mucha emulsión y complicadas mamandurrias culinarias, pero la verdad es que miramos con ojos de gato hambriento los huevos fritos estrellados en patatas con chistorra y se nos va la vida con la pizza, la hamburguesa o la tortilla de patata. Sueño con morcillas, con el tocino de la matanza, el tomate frito con solomillo y un plato de torrijas. Que se dejen de platitos, que yo lo que quiero es vida. ¡Vida!

Y la ropa. Otra que tal. Con lo a gusto que vamos con una talla más y lo ajustados que nos ponemos a veces. O la cama. Ay, la cama. El sexo, digo. Qué finísimos somos entre sonrisas de sofá y qué rizados en la imaginación. Contorsionamos los pensamientos, contraemos los músculos, doblamos la lengua, curvamos la espalda y retorremos el sabor en una saliva común.

Pero la realidad es así: curiosamente artificial. Por eso, cuando nos preguntan, mentimos. El qué dirán, ¿no? Que luego la gente habla y dirá... blablablá.

En fin, que me ha dado por cantar porque algún mal espanto o porque últimamente me levanto de mejor humor. Y eso es vida. A mí siempre me había parecido una trivialidad lo de cantar en la intimidad. Pero supongo

que he perdido el filtro de la sensatez privada y subo el volumen, cojo la toalla y salgo en plan *Dirty Dancing*. Pueden reírse si quieren, no hay problema. Queda a su libre albedrío mientras confieso otra cosa: están a punto de llegar los cuarenta y seis años y también he aflojado la tirantez con las lágrimas. Lloro con voluntad cinematográfica. Me explico. Me subo al coche y me pongo alguna canción que me destroce por dentro, una de esas de Rocío Dúrcal, Raphael o María Dolores Pradera. A veces también Dani Martín. Y lloro. Es un ejercicio relajante. De hecho, es como hacer yoga. Durante varios minutos sueltas adrenalina, echas el resto y la canción acaba con los nudos que se quedan a veces atascados en el corazón.

Y ahora, tararea conmigo: cuando pierda todas las partidas, cuando duerma con la soledad, cuando se me cierren las salidas y la noche no me deje en paz... tan tan tan...



[EL PESO DE LA VAJILLA DE PORCELANA]

UNA CASA

He vuelto a entrar en la casa en la que fui feliz. Y muy infeliz, maldita sea. Las dos cosas caben en la misma historia. Françoise Sagan diría: «A ese sentimiento desconocido, cuyo dolor y dulzura me obsesionan, dudo en darle nombre, el hermoso y grave nombre de tristeza».

Un día, cuando las paredes se llenaron de recuerdos como si fueran yedra, decidí salir de aquel piso madrileño. Era verano y me puse a buscar casa en la misma zona; los humanos somos de costumbres, y cuando andas con supermercado, farmacia y bar de cabecera, eres incapaz de moverte del barrio. Hábitos, lo llaman. No sé. Manías. Miedos. Cerré la casa y hui a otra. Tardé mucho en alquilarla. Tenía la sensación de que si alguien dormía en aquella cama, cocinaba y se tumbaba en el sofá, estaría profanando un santuario de recuerdos. Pero la memoria es como la Coca-Cola: pierde el gas si la dejas abierta. Colgué el «SE ALQUILA» y di las llaves en adopción. Desde entonces ha estado en manos de otros y otras, ha cambiado el nombre en el buzón y ha corrido el agua de la ducha sobre otras cabezas. Como en el bolero, alguna vez pasaba por la puerta y tuve ganas de llamar, con la inocente excusa de que estuvieras allí, como cuando éramos un nosotros. Y el nosotros, ya lo sabes, es mi persona favorita del plural.

Así pasó la vida, como los veranos, y fui viendo otras siluetas tras las cortinas blancas, vagabundeando desde la calle. Me sonreía como si fuéramos aquellos que corrían por el salón o se subían a las vigas de

madera. Aquellos que ponían la música muy alta o hacían la siesta apretados.

Ayer mismo se fue mi inquilino. He recuperado las llaves y he vuelto a entrar creyendo que me haría daño volver. Me sorprende la nitidez de mis recuerdos. Me habían acompañado siempre. Cerré la puerta, apoyé la espalda y, de repente, aquellas paredes cobraron vida: estaba la planta, tus frutas favoritas, los DVD en el sofá, el cojín al que te abrazabas, nuestra foto, la lámpara verde que iluminaba poco y los libros ordenados por ti. Aquellos pocos recuerdos, tímidos como los críos en la pizarra, me alteraron lo bastante como para obligarme a abrir los balcones. Es por ti, pensé. Todo aquello que fuimos se quedó aquí. Me apoyé en la barandilla de forja negra y me dije que nada de aquello se quedó en la casa, anda conmigo y lo voy a llevar siempre encima. Las mochilas emocionales, ¿no?

La casa es solo una casa, unas paredes vacías con la marca de los cuadros, una habitación donde entraba el sol y una cocina donde no quedan tazas ni cucharillas de café.

Es muy difícil disculparse con el pasado, muy complicado visitarlo y muy fácil dejarse llevar por la nostalgia. Qué pesada es a veces, joder. Cogí el metro, medí las paredes, eché en una bolsa los cuatro trastos viejos del último inquilino, apagué las luces, miré la puerta de la habitación y cerré con llave. Se vende piso. Los recuerdos, no.



UN LUGAR EN EL MUNDO

A vosotros os parecerá la cosa más insustancial del mundo, pero que reabra tu bar favorito es noticia. Anda el planeta para aferrarse a cualquier cosa buena que nos pase y yo me agarro a cualquier clavo ardiendo. Tengo callos.

El Comercial de la glorieta de Bilbao en Madrid ha sido el lugar donde he escrito artículos, he corregido novelas, he realizado entrevistas y, ya en el plano que nos interesa, el lugar donde he hecho *casting* de pareja. Sí, allí.

Quedamos en el Comercial, decía yo con voz desafiante y borrosa para simular que no era una cita. Pero lo era. La cita era cita.

—Espero dentro.

—Vale.

—Hasta luego.

Y allí, tras el cristal gigante y frente a mi mesa de mármol negro como el futuro de algunas citas previsibles, tuve encuentros que acabaron en cine, cena y cama (por ese orden de ces).

La belleza de los principios: la cuenta atrás ha comenzado, programas el reloj de la posibilidad e intercambias canciones favoritas como si una lista de Spotify fuera necesaria para quererse. Preguntas el horóscopo, evitas la política, miras sus manos, visualizas los labios, observas el mapa de su culo cuando se levanta al baño, ves su gesto cuando se sienta de nuevo y esperas que diga «vamos-a-otro-sitio-a-tomar-algo» para que empiece el vértigo. Si os suena, he aquí una prueba muy sencilla para saber que todos nos enamoramos de manera similar.

La tensión eléctrica, evidente, que puede circular en una cita entre dos personas que se gustan y que no se conocen es universal. A veces no hay necesidad de hablar, otras quieres decirlo todo y luchas por no caer en la verborrea nerviosa. En la cabeza, las historias de amor evolucionan en un mundo paralelo. Más veloz. Más torpe. El mundo puede venirse abajo porque tú eres como los protagonistas de *Casablanca*: solo existe ese lugar, ese momento y esa cita. «El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos».

Atravieso la memoria varias veces al saber que aquel bar, hoy cerrado, va a abrir. A uno le gustaría rebobinar y aparecer en alguna de aquellas

citas en las que hubo error o aceleración. Tan obstinados en que funcione, olvidamos el momento.

—Hola, soy yo de nuevo.

—¿Cómo estás?

—Vengo del futuro.

—Te estaba esperando.

Pienso en Pompeya cuando escribo esto, no me preguntéis por qué.

Creedme, ese bar tiene historia. Por eso me alegro de su reapertura; por eso y por los churros con chocolate en invierno y los cafés helados en verano con ralladura de limón, para qué nos vamos a engañar. En el Café Comercial fueron pasando los nombres como pasan las estaciones. Y sí, allí fui viendo pasar la vida. La mía.

Todos tenemos un lugar y ese es uno de los míos. Seguramente no era el mejor ni el más bonito, pero los bares son la continuación de nuestras casas. Aquel tiempo de citas me pertenece y nadie podrá robármelo jamás.

PERDIDO COMO LAIKA

Están mis sobrinas jugando con el móvil mientras los demás acabamos el postre. Ellas están abstraídas con la pantalla, eligiendo juegos y haciendo puzles a la velocidad del rayo. Miro de reojo y flipo. Alucino, vamos. O me encandilo, lo que queráis. Resulta que la pequeña tiene dos años y mueve piezas en la pantalla con sus uñitas pintadas, cambia de juego, vuelve al anterior, elige otro, se aburre, decide regresar a la pantalla de inicio, duda ante otra aplicación y se pone a ver fotos. Las pasa arrastrando el dedito con suavidad y sonrío al reconocerse en ellas. Veinte minutos antes, entre el pan con alioli y los mejillones al vapor, yo había preguntado a mi prima cómo solucionar la memoria de mi móvil: no diferencio entre gigas y megas y me lío con el iCloud y las malditas contraseñas.

Creo que está todo dicho.

El colmo es que asisto a un aluvión de comentarios sobre el *pokemon nosequé*, las caras de Snapchat con lengua de perro y los vídeos ralentizados para Instagram con músicas épicas.

A la edad de mis pequeñas yo estaba cantando «un, dos, tres, cuatro, cinco» (léase con tono musical) del vampiro Conde Draco de *Barrio Sésamo*, hacía puzles que salían de las cajas y coleccionaba tapas del *danone* para rellenar el álbum de la abeja Maya. Ahora mi móvil dice que tengo el almacenamiento casi lleno y que puedo gestionar el asunto desde Ajustes. Cuánto sabe mi móvil. ¡Maldito móvil que se recalienta! Tengo el almacenamiento casi lleno. Atiborrado. A puntito del Almax y el pantoprazol. Mientras esto sucede, yo soy incapaz de memorizar nombres de los grupos de los festivales de verano ni de entender qué leches es el *pokemon*. Tengo el almacenamiento con historias de *Los Cinco* de Enid Blyton y las aventuras de Marco hacia los Andes, he memorizado alguna canción de Fangoria —qué letras más difíciles, joder— y los estribillos de Bowie. Tengo memoria televisiva y también reconozco los textos de algún anuncio viejo de margarina y la sintonía de alguna cabecera. Me acuerdo de quién era la niña Omaira, José Luis Balbín y cómo eran los bolígrafos Paper Mate. Si fuerzo mi memoria, todavía llego a vislumbrar la cola de españoles frente al ataúd de Franco. Y a Naranjito con su novia Clementina. ¡Y Citronio! Me paralizó ante el «se sienten, coño» y me levanto con el «campana y se acabó». Esa es mi memoria.

Os lo decía, almacenamiento lleno.

Incapaz de entender cómo mis sobrinas juegan al móvil, cómo gestionan las aplicaciones con dos añitos y cómo conseguís vosotros cambiar la cuenta de Spotify o ampliar la memoria de iCloud.

Esto tenía que llegar. Ando como la perra *Laika*: perdida en el espacio y viéndolas venir. Voy a hacer como los gatos, que pasan olímpicamente de sus amos y no hacen caso cuando los llaman. Miau. Es lo mejor. Hacer como que no va conmigo. Plin.

NOSOTROS, LOS DE ENTONCES

Me conoce bien. Nos unen las noticias y una larga vida en común. Hablamos. No mucho, pero hablamos. Un «buenos días». Un «qué tal». Un «cómo van las obras». Un «¿has visto?».

Lamentamos el cierre de algún negocio. Aplaudimos la llegada del buen tiempo. Nos quejamos de la lluvia. «Palabras. Palabras. Palabras», como la escena de *Hamlet*. La sonrisa cómplice. El gesto educado. La mañana constante. Un «hola», un «hasta luego», un «mañana más».

Así desde hace unos veinte años. Vete a saber. Tal vez más, o tal vez menos, que la memoria es muy caprichosa pasados los cuarenta y cinco. Somos una pareja duradera. De las de toda la vida, con alguna infidelidad permitida y consciente.



Conoce mis gustos. Es lúcido. Sabe de mis mohínes al elegir. Al discrepar. Algún «uf»y algún «¡anda!». Pertenece a mi vida como yo a la suya. La mirada cómplice, el «¿cómo te va?» y las palabras justas.

Así siempre, amigo.

Me ha visto madrugar, buscar con la mirada, elegir, pagar. Me ha visto cansado, triste y, a veces, esperanzado. Me ha visto de resaca, llegar oliendo a tabaco y a alcohol. Nos hemos visto crecer, madurar y contar los años desde el mismo lugar. O descontar. Tampoco lo sé. Me ha visto llegar acompañado, soltero, abandonado o ilusionado. Enamorado. Flechado. Vestido de fiesta. Encariñado. Harto. Jodido. Letárgico. Descalzo. Feliz. Me ha visto sonreír. Quejarme. Bramar, también. ¡Faltaría más!

Toda la vida pasa en su cabaña. En esa que abre de par en par como una caravana de verano. Como una *roulotte*, que decían los padres.

Pasa la vida por ella igual que pasa la corriente cuando el río busca el mar. Esto suena a la canción.

Despierto y, tras mi café, voy caminando a su quiosco. Ya lo tiene todo ordenado: las revistas, la prensa, los DVD y algunas rarezas. Ha ido adaptándose a los tiempos con bebidas frías y alguna golosina. Pero su cabaña se ancla a la tierra como si fuera un roble, con raíces fuertes y ramas poderosas. Se agarra a la vida frente al Café Comercial, cara a cara, sonriéndose mutuamente.

Cojo dos diarios, una revista mensual y pago. Tras nosotros pasa el autobús, se abre la tierra a nuestra derecha con la boca de metro de Bilbao, que escupe y absorbe gente. Huele a noticias y a café, a cruasanes y a tortilla de patata recién hecha. Zarpan los coches cuando el semáforo se pone verde. Arrancan como mugidos. Al otro lado de la acera se anuncia el edificio Ocaso y, a mis pies, el mundo se desmonta o se desmorona. La vida. Las guerras, los amores, los gobiernos, las actrices, los estrenos, la fanfarria, la hoguera de las vanidades, los exabruptos del Congreso, los destinos de cine, los divorcios, la muerte... ¿Recuerdas? Los alemanes vestían de gris y tú, de azul.

Una portada. Una foto. Un amigo. Un adiós.

Digo «adiós» y me siento a tomar café antes de escribir este folio. Trago saliva con sabor tostado. Miro mi faro en tierra, ese que lleva toda la vida viéndola pasar. Mi quiosquero en su quiosco.

EL EXTRAÑO VIAJE

Cuando era niño, el sitio más excitante al que me llevaba mi abuela era la mercería Verdejo, en Utiel. Nunca trabajé la costura, y sigo sin hacerlo, pero aquello era Disneylandia. Hoy solo siento algo parecido cuando entro en la Apple Store de Sol y veo pantallas y cablecitos blancos. Pero entonces, en aquel lugar de pueblo, yo era un aprendiz de fantasías de colores en el que había sostenes, combinaciones de raso y cintas de brillo.

La infancia, si es como tiene que ser, es mucho más larga que la madurez. De niño no hay prisa y la vida es eterna. No es que exista un aspirante a Peter Pan en cada crío, es que, de niños, todos lo somos.

¿Crecer? ¿Qué es eso? ¿Dónde se va después? Y por eso los cumpleaños parecen siempre el mismo festín y las tiendas de la edad temprana, lugares de ocio. Los mayores siempre son mayores y tus amigos siempre serán chavales de bici, escondite y tiritas.

Por las tardes, tras la merienda, paseaba con mi abuela hasta la calle Real, que casi siempre estaba de bote en bote, nunca se quedaba sin vida. Buena culpa de ello eran los dos metros que tiene de ancha, claro. Allí, tras el cine Pérez, donde las butacas eran la cosa más incómoda que se haya diseñado nunca, se levantaba una tiendecilla estrecha, de escaparate de madera a la parisina y abarrotada de cosas de colores.

La mercería Verdejo, aparte de ser antigua cuando ya era nueva, era el epicentro de las mujeres de mi pueblo —hablo de los setenta, no vayan a saltarme con cuestiones de género— y la frecuentaban ellas, las jefas de cada hogar. Mi abuela compraba hilos, botones, cintas de raso, rodilleras y cremalleras. También algún sostén que guardaba en el bolso con disimulo y santificado pudor. Luego elegía las lanas para hacerme jerséis, porque entonces Inditex era un sueño en la cabeza de un gallego, y chalecos bien abrigados. Yo, mientras tanto, tocaba las telas, las sedas y la punta de las agujas de tejer. Fingía que no había visto el tamaño del sostén de color carne ni la medida de las bragas. Solo superaba aquella fantasía el tiempo de los feriantes. Pero era algo temporal. Sin embargo, mi mercería era fija y, apoyando la barbilla en el mostrador de madera desgastado por otros codos y otras barbillas, podía dejarme llevar por la alucinación infantil.

La película *El extraño viaje*, de Fernán-Gómez, retrata bien aquellos días y el poder hipnótico que han tenido siempre las mercerías. Sara Lezana —Angelines— entraba a La Parisienne, una mercería de pueblo, con un recorte de revista en la mano. Y María Luisa Ponte —doña Teresa— ardía tras el mostrador al ver la combinación roja con encaje negro que le pedía: «Aquí no vendemos esas cosas, vete a buscarlo a Madrid». Eso hice yo, venirme a Madrid. Aquí ya no había infancia, pero sí combinaciones de color rojo con encaje negro.



SER MAESTRO

Tengo una amiga maestra y un amigo maestro. Y de la misma manera que a mí me preguntan por mi trabajo, yo me intereso por el suyo. Tienen la confianza para hablarme con tranquilidad de los nuevos padres y de los niños a los que cuidan durante muchas horas al día. Cuidan, enseñan, miman, estimulan, animan, explican, iluminan, civilizan, distraen, recrean, ilustran, forman y enredan. Muchos verbos. Me quedo corto. No solo empollan las sumas, las restas y los afluentes; también les hablan de la vida, les aclaran dudas y los sacan de atolladeros familiares. Además de saltar entre cartulinas y moverse por el laberinto de sillas, les hablan y les sonrían, se disfrazan y repiten, les cultivan y bromean.

Son buenos amigos; también son buenos profesores.

Qué suerte, ¿verdad?

Porque yo recuerdo a don Francisco y su «esto lo hago con la punta de la po...a» cuando le enseñé un dibujo en clase de pretecnología y, cuarenta años después, no he olvidado aquella sentencia cipotuda. Me salvó la EGB don Melchor, con su templanza y su forma de educar pausada y comprensiva. Ese fue mi *maestro*.

Por mis amigos he sabido que hay una generación de padres que tiene más faltas de ortografía que sus hijos, que amenazan al final de la clase si sus hijos no van bien, que hay niños que son más felices en el

aula, que enseñar es agotador, que decaen, que falta presupuesto, que son demasiados recortes en la pública, que tienen muchos problemas, que las carencias en clase son tremendas...

He visto también cómo mi amiga fruncía el ceño cuando no podía más con las presiones y se quedaba agotada en la cena, pero también cómo al día siguiente venía hablando de tal niño que había hecho un avance o de tal niña que había saltado orgullosa con la respuesta acertada y se ofrecía en un abrazo. Mi amiga maestra se iluminaba al contarme la jornada a pesar de todo. Salía la maestra feliz, satisfecha de sus niños e hinchada de alegría. Se jactaba de los progresos y se «olvidaba» de sus problemas.

Raúl Bermejo, en su libro *Ser maestro*, cuenta muchas anécdotas y da claves sobre la enseñanza. No destriparé el libro, mejor leerlo. Pero recuerdo cuando me habló de una historia feliz.

Una pequeña suele ir a clase con llamativas diademas de flores. Una mañana se la dejó a un amiguito. Y el niño se puso feliz su tiara. El resto rio. Se rio de él. La típica mofa del mariquita. Raúl no explicó nada. No montó en cólera ni dio razonamientos a los chiquillos. Apareció en clase con una rotunda diadema y estuvo toda la mañana así, con la testa rapada y coronada de margaritas. Aquello fue un ejemplo de cómo un maestro puede dar la vuelta a un problema. Una lección eficaz en la educación en valores en edades tempranas. El respeto.

«¿Cómo acabó?», le pregunté a Raúl.

«Ni yo me di cuenta de que llevaba corona hasta que acabó el día», me dijo. Esa es la monarquía en la que creo. La de los maestros que recordarás siempre.

PISANDO FUERTE

Hace unos días comí con un amigo periodista que tiene veinticinco años y que me contó que los jóvenes copian las expresiones de Taburete. Tuve que disimular y asentir como si lo supiera, pero en cuanto se levantó para ir al baño, busqué «Taburete» en Google y me salió el grupo pop *indie* del hijo de Bárcenas. Cuando regresó a la mesa levanté la cabeza del móvil con un resorte digno de Bette Davis en *La loba*. Mi

amigo, al darse cuenta de mi julepe, añadió que era el grupo de moda entre los pijos. Yo pensé en Mecano y en los Hombres G. Es lo que tiene la vasta hemeroteca propia. Mi amigo añadió que era un grupo de niños bien para niños bien, de los que llevan las camisas caras arrugadas y se dejan el pelo al amor del sol. Luego me explicó las modas y los éxitos actuales.

Entonces llamé a Paco, que es mayor que yo y sabe mucho de todo. «¿Tú conoces al grupo Taburete?». Me contestó: «No». Me alivió no saber el *rien ne va plus* de las tendencias en música actuales. Va sin ánimo de ofensa. Que yo, de música, se lo debo todo a las verbenas de mi pueblo, la revista de buzón *Discoplay* y, ahora, Spotify. He remoloneado entre Depeche Mode, Supertramp, Alaska y sus variantes, Rocío Dúrcal y Radio Futura. Después tuve que cogerle el hilo a las novedades.

Al salir de la comida escuché «Sirenas», que debe de ser el single más rabioso de Taburete, por recomendación de mi amigo de veinticinco. Dicen frases del color de Mr. Wonderful, positivas y abstractas: «A qué huele la luna». No lo pillé. Pero, repito, no tengo ningún criterio musical y la edad se me ha ido de las manos. *Mea culpa* por estar tan *off* en este mundo tan *in*.

Sin ir más lejos, para certificar mi nula visión musical, recordaré cuando era monitor de campamento y salió un tal Alejandro Sanz con un pelotazo llamado *Viviendo deprisa*. «La típica canción de verano», creo haber dicho en aquel verano de 1992. Tal cual. Muchos años después, me encontré a Alejandro en una peluquería de Núñez de Balboa, en Madrid. Se estaba decolorando el pelo y yo me ponía, entonces, un *relax* para evitar el pelo a lo Elena de Borbón. Los dos frente al espejo y descojonándonos de la pinta que nos daban los productos químicos. Cuando empezamos a hablar de tatuajes y de buenos tatuadores, me abrí en canal; tal vez por el efecto del olor a amoníaco me hice el haraquiri frente al maestro de la música. Le confesé lo que había dicho en aquel campamento del noventa y dos: «Este muchacho no pasará del verano». Alejandro se desternilló. «No pongas una consulta de videntes», respondió entre risas agarrándome el brazo. «Es que estaba harto de la canción de la ambulancia», le dije. Y me excusé más: «Todo el día los chavales poniéndola en el recreo, la piscina, la comida, como

una murga». Pedí perdón. Alejandro me pasó el teléfono de su tatuador y nos dimos un abrazo bajo el foco del tinte. Qué gran tipo.

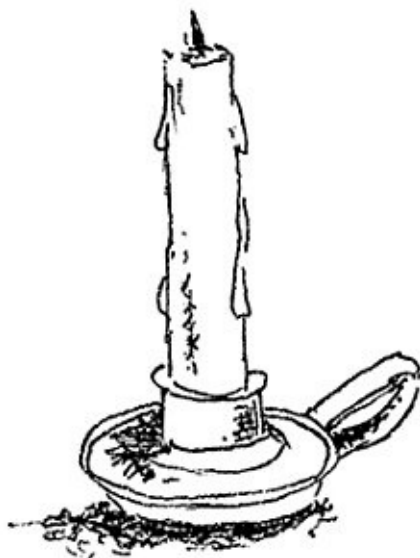
Tal vez por eso, siempre que me piden que elija una canción recorro a las de siempre y a los de siempre. Soy como las encuestas, que no tengo ojo para los vaticinios electorales.

A LA LUZ DE LAS VELAS

«No lo has contado».

Empiezo de una manera misteriosa porque es lo que me ha dicho mi amigo Javi, a quien prometí que escribiría sobre la superpoblación de tartas de zanahoria en los bares reformados al estilo moderno-antiguo, y no lo hice. Es lo que pasa con los amigos de siempre, que las confianzas se han convertido en necesarias. «Están muy presentes», le digo. «Demasiado», me responde. Andan los aparadores de las cafeterías con muestrarios de tartas de colores que no son normales. Que una cosa es la reforma del local y otra que no sepan vivir sin poner una tarta de zanahoria en la vitrina. Lo escribo para que conste en el artículo, que a los amigos hay que consentirlos y darles la razón de vez en cuando, aunque sea para que te la den a ti después como respuesta espontánea. Todos los bares que reforman se parecen; es como el Inditex de la decoración. La misma barra, la misma lámpara y el mismo papel pintado. Los interioristas se copian unos a otros. La frase es de mi amigo, que me apunta que escriba también aquí que se ha cansado de ver bombillas de filamentos tipo Edison. «Son la tarta de zanahoria de la iluminación», dice.

Perdonen este pedazo de digresión, lo que yo quería contar es que este sábado en mi pueblo de nacimiento, Utiel, se celebra un acto bien emocionante que quiero compartir aquí.



Presumir de pueblo es bueno, sano y vital, y yo, para más regocijo, puedo presumir de dos: Utiel y Buñol. Me pondría ahora a hacer elogios en plan guía turístico y no acabaría, pero no quiero consumir el espacio de *El Español*. A lo que voy. Iré a Utiel con mi mejor sonrisa, la de los sábados, porque soy el encargado de encender la primera de las cinco mil velas que iluminarán las calles. Resulta que en el siglo xviii los labradores y colmeneros pasaron una sequía de esas que asolan los pueblos. Las vírgenes siempre echan una mano en estos asuntos y la de mi pueblo no falla: virgen del Remedio. Cuando acabó la tragedia, encendieron tantas velas como abejas tenía una colmena. Ahora la celebración impacta mucho más que entonces, porque las velas crean un espectáculo precioso, único, al que no estamos acostumbrados. A mí, ejercer de utielano me gusta. Para que luego digan que nadie es profeta en su tierra, chúpate esa. Me ilusiona y me devuelve a la niñez, cuando esas calles que este sábado quedarán a oscuras eran mi laberinto de correrías adolescentes. Como diría Lola Flores, *venirsen*.

Tener un pueblo es sanísimo. Y estoy deseando volver con el maletero cargado de dulces del horno, embutidos y vino. Ya sé que son tiempos de operación biquini, pero a mí ya me da igual a estas alturas de abril. Prefiero unas longanizas, unas tajadillas y bien de tomate frito para mojar. Lo sé, lo escribo y salivo. Es lo que tiene el costumbrismo, que se saborea. Y para calmar las inquietudes de mi amigo Javi, pienso venirme

con un bizcocho de limón de un metro cuadrado. De esos que saben a pueblo, a verdad, a infancia. La zanahoria, para los conejos.

LA VIDA RÁPIDA

Se convierte la muerte en cotidiana a partir de una edad. Llevo varios funerales demasiado seguidos en el calendario y no me da tiempo a quitarme de encima esa tristeza que se ha pegado a la camisa. Amigos de mi edad que empiezan a quedarse solos. Así están siendo estos días hilvanados en hilo negro. Extraños, repetidos, duros, amargos.

El mensaje de móvil, el amigo destrozado, su madre muerta y el nudo que oprime el pecho hasta la espalda.

El escenario cambia y el dolor es idéntico, casi físico. Las miradas perdidas, la mandíbula prieta y el abrazo que dura más que nunca. Allí te quedas, diciendo lo que puedes entre titubeos, torpezas y un cariño inmenso, sabiendo que todo es jodidamente difícil. Que ya está. Que nada vale. Que todo sobra. Que nada puede ayudar. Que incluso estorbas queriendo hablar.

«Ya no la voy a poder llamar», me dice mi amigo entre lágrimas. Y la palabra «mamá» cobra una fuerza que, por repetida, no se gasta. El egoísta que habita en cada uno de nosotros quiere irse de allí, salir fuera del tanatorio y llamar a la suya.

«Mamá, qué haces. Solo quería oírte».

No hay palabras que reduzcan el inmenso dolor que hunde los hombros y los ojos hasta la nuca de tu amigo, esa aflicción que vence, que aplasta. Todos dan consejos en la sala de espera (de espera, qué definición más punzante). Hay saludos involuntarios. Besos atropellados. Olor a flores. Esas que, aun siendo las mismas, huelen diferente en un bautizo, en una boda y en un entierro.

Tu amigo se hunde en tus brazos y al mismo tiempo lo haces con él. La vida tiene poquitas letras, dos menos que la muerte. Por eso se pasa rápida y la otra se intuye larga. Te llora, le lloras y le dices que no llore o que llore lo que quiera. Aparecen las anécdotas de niño, el jersey que se compró de color verde, los primeros juegos y las buenas noches. Y no quieres decir nada porque nada le calma.

Nada.

No quería escribir nada de todo esto. Ni siquiera me sale lo que de verdad quiero decir. Por eso vuelo en círculos sin aterrizar en el verdadero dolor que supone. Entiendo que las madres no por serlo son perfectas y que no todos queremos igual a las nuestras. Tal vez algunos queréis más a los padres. Yo qué sé. Pero cada uno escribe de lo que le escuece, de aquello que le araña o que le espanta. Las madres son poderosas y valientes, nos quitan los dolores con saliva, nos quitaron los miedos y dejaron la puerta de nuestra habitación abierta por si acaso llegaban las pesadillas o entornadas por si llegaban los Reyes, llamaban al médico y nos cogían en brazos el día de la operación de anginas, prepararon los cumpleaños y compraron ropa que no queríamos, pero que tocaba tener; remendaron la mochila, aprendieron a soltar cuerda cuando quisimos crecer, crecimos, nos llamaron desde el balcón para la cena, crecimos más, fingieron que no sabían que nos enamorábamos, nos ayudaron con los deberes y con las excusas, con el primer contrato y el primer paro, dijeron: «Adelante, tú puedes», nos esperaron por la noche, supieron de nuestras mentiras, dejaron la nevera llena, hicieron copia de llaves, repitieron la comida que más nos gustaba en domingo y nos contaron las mismas anécdotas de cuando fueron niñas en su vieja España. Y ahí, cuando todo se va, cuando tu amigo o tu amiga llora..., vuelve el niño. Ese que decía «mamá».

Qué jodido no poder consolar a tus amigos con palabras.

No pienso releer nada de lo escrito. Solo quería estar.

EL CRUASÁN

La resaca del otro día fue digna de estas fechas, pero no lo suficiente como para no distinguir los sabores ni el olor del pan recién hecho. Que uno brinda por las fiestas, pero no mastica corcho. Ser novelista no implica acabar como Hemingway por las esquinas. O sí, vete a saber. Lo mismo subiría el caché entre los escritores más valorados, los cultuquetas se pondrían estupendos y esnifarían hasta mis puntos suspensivos. Pero ese es otro tema que merece pedigrí nocturno y amigos diurnos en

páginas literarias de postín. Así que decidí esperar a mi cita en una panadería de esas finas que han surgido últimamente con bollería de muestrario, diferentes tipos de azúcar y café de colección.

«Por favor, cruasán y un expreso», dije con voz de Antonio Orozco. O de Colette, quién sabe.

Rompí el sobre de azúcar blanco sobre el mapa negro de mi taza a pesar de que los médicos me recomiendan consumir moreno por la salud. Bien es cierto que a esas horas lo mismo me daba edulcorante químico que un chorro de anís en el café. La escena no tiene mucho de importante si no fuera por el cruasán: estaba duro como una piedra. Los cuernos eran dignos de una oveja de esas que se crían en Canadá. Podría haberme embestido el cruasán mientras removía el azúcar. Pero no sucedió. Mordí y mastiqué con cuidado de no perder mi empaste de los noventa. Fue un gatillazo versión desayuno tardío por el centro de Madrid. Quise, pero no pude.

Cuando llegó mi cita, me preguntó por mí y seguidamente por el cruasán que dormía en el plato: «¿No quieres?». «Está duro —dije—. Toca y verás». *Toc toc*. Yo intenté mojar un poco en el café para ver si se reblandecía algo la masa. Pero el debate entre mi cita y yo fue cómo decírselo a la camarera. Yo soy de los que no lo dice. Prefiero pagar e irme. En cambio, mi opositor en el desayuno me invitaba a comunicar el estado del cruasán. Ni que decir tiene que el debate subió de temperatura al tiempo que los cuernos me miraban desde el burladero del plato. Y yo, con más hambre que los pavos de Manolo, opté por masticar con fervor de monja y acabarme la bollería.

La cuestión es que, al irnos, cogí la chaqueta, el periódico de papel y el paraguas. Nos acercamos a la caja y pedí la cuenta. En ese momento, en el que el episodio ponía fin a la temporada, la dueña salió de su escondite y, limpiándose las manos en el delantal, me dijo: «¿Qué tal? ¿Cómo ha desayunado? ¿Estaba rico? Me alegra verle por aquí».

Y yo, dejando las tres monedas en el platito y correspondiendo a su afable simpatía, respondí amablemente: «Muy bueno. Feliz día. Y feliz Navidad». Me entró la congoja de los anuncios de turrón y pensé que lo mismo hasta era culpa mía y es que no sé masticar.

DISFRUTA POR MÍ

Escribo este artículo para el pequeño que tal día como hoy hace varias décadas andaba en pijama por casa. A aquel niño todavía sin gafas que había escrito su carta de regalos y rezaba por que llegara el *cinexín*, los *famobil* del Oeste y el tren eléctrico. A aquel crío que llevaba las uñas llenas de plastilina, almacenaba canicas en los bolsillos y hacía trizas todo lo recortable con las tijeras sin punta del colegio. Le escribo a aquel Max de flequillo rebelde y rodillas magulladas, de coderas en el jersey y libretas de dos rayas y espiral.

Hola, Max. Te escribo desde 2016. ¡A punto de 2017! Tranquilo, no habitamos en la Luna ni andamos por el espacio. De hecho, seguimos con sudaderas de *Star Trek* y sigue sonando Raphael en la radio. En el mundo siguen las cosas revueltas, tienes dos sobrinas y has presentado telediarios. Y flipa, Max, ¿recuerdas a Raffaella Carrà? Pues coincidirás con ella en una gala. No te lo vas a creer, pero también presentarás un *magazine* con una estrella de la tele, te harán pregonero en tu pueblo y tendrás varias novelas publicadas. Así que relaja con los deberes, puedes salirte de la línea de puntos y dar dos vueltas más en bici. Tranquilo. Puedes divertirme más.

Sé que a estas horas estás reordenando el belén de la entrada y escribiendo con tu mejor letra «Feliz Navidad y próspero año nuevo» en las postales de Ferrándiz. Si supieras que ahora son *vintage* y que a estas horas el único buzón que se ilumina es el del móvil... ¿Móvil? Sí, un teléfono pequeño, Max. Olvídalo, ya lo verás. También habrá wifi, televisiones planas y microondas para calentar la leche y guardar las sartenes. La vida es rara. Bonita, pero rara.

Sigue con lo tuyo, sé niño, no te preocupes de lo que digan si estás con Paqui, Carmen o Ana. Tú, a lo tuyo. Merienda. Haz los deberes. Pero, sobre todo, lee mucho y juega mucho. Coge fuerzas para el futuro, porque de mayor vas a necesitar forzar alguna sonrisa y tragar saliva para fingir que todo va bien y que eres el más fuerte de la familia. No te lo vas a creer, pero llegará el día en el que serás más alto que tus padres, irás a la farmacia a por sus recetas y harás obras en el baño para que entre la silla de ruedas. Puede que te sorprenda ver que hoy

tienes la edad que ellos tenían y que unas mocosas llamadas Elsa y Olivia se subirán a tus hombros gritando: «Tíííío». Es ley de vida.

Así que ahora, mientras escribes la postal navideña, pones el sello y la mandas a la familia, recuerda sonreír en la comida y en Nochebuena. Todo esto que ahora vives serán fotografías en blanco y negro llenas de emoción. Deja alguna señal para que el de hoy sepa que el de ayer fue feliz. Y si no recibes el tren eléctrico, no pasa nada. El Exin Castillos te va a flipar.

Por cierto, en la carta no pongas que quieres hacerte mayor. Te harás. Es en lo poquito que la vida te hace caso. Así que disfruta. Disfruta más. Mucho más.



¡MAMÁ!

No es el fin del mundo, aviso. Pero todos hemos sido solteros y todos hemos estado resfriados. Ser y estar, confusión voluntaria. Así que, dicho esto, el drama es común.

La mañana en la que te levantas con la nariz de berenjena y el pecho cargado a lo Shrek desearías volver a la cama infantil y decir: «¡Mamááá, mamáááá!». Pero mamá no está. Ni papá. Ni la abuela. Ni la tía Josefa. Eres la perra *Laika*, perdido en el espacio de tu habitación.

Qué tiempos aquellos en los que tu madre se sentaba en el borde de tu cama para ponerte la mano en la frente, abrigarte el cuello y dejar un zumo recién exprimido en la mesita de noche. ¡Más todavía! El termómetro a tiempo, los cuentos de Enid Blyton al alcance, el agua en un vaso, un efervescente removido, el *vicks vaporub*, la tele bajita, la pregunta constante: «¿Cómo estás? ¿Mejor? ¿Bien?». Cada recuerdo de aquella realidad te hunde más en el colchón sudado y habitado de virus que te traga como arenas movedizas de un pasado que no volverá.

Ahora... Ahora suena la cisterna del vecino. La cisterna, su ducha y tu tos. El sol entra por la ventana y molesta como un rayo láser. Se te secan los labios. No hay vaso de agua en la mesita. No hay naranjas. No hay leche caliente. Ni fría. Estás hecho un trapo en la cama, abrigado y escondido del espacio exterior. Te da miedo sacar la pierna. Los párpados pesan. Houdini lo tenía más fácil que tú para escapar, piensas. El edredón es un nuevo planeta que gira alrededor de tu cabeza, hinchada y milimétricamente afectada. El vacío, la soledad y la —ligera — tristeza.



Pero estás solo, eres mayor y quejarse es de cobardes. Es solo un resfriado, aunque siempre parezca el primero y el último. Decides ir al baño, probar con una ducha, peregrinar hasta la cocina, abrir la pesada nevera, comer algo de ayer, abrir cajones en busca de ibuprofenos, paracetamoles, flumiles, gelocatiles, ¡lo que sea! ¡Algo! Pero todo

movimiento de la *Laika* que te ha poseído parece sacado de una excursión *boyscout* en zona rocosa. Torpe. Débil. Solitario. La fiebre, dices por dentro. Y, como un duende, sientes una mano invisible en tu frente. El gesto. La caricia. El mimo. La atención. El arrumaco. El beso.

Nadie ha podido reproducir en un laboratorio las manos de una madre posadas en la frente febril, las caricias en los mofletes acalorados, el cuento leído para distraer las horas, el arropo cariñoso de manta y embozo, el olor a caldo casero con fideos de cabello de ángel, el celo en la mirada cuando los calcetines no cubrían nuestros pies... Lo dice mi doctora Remei, que añade sabiamente mientras me coge la mano: «No tengo receta para nada de eso ni farmacia que la dispense».

EL FUTURO ES AYER

Decía Einstein que no pensaba nunca en el futuro porque llegaba muy pronto. Y que lo diga, maestro. Escribo este artículo con cuarenta y seis años en un ordenador que da síntomas de obsolescencia programada. El ordenador, no yo. Se queda a veces atrapado en su mundo, se atasca cuando intenta abrirse, parpadea con no sé qué intención, da vueltas al reloj y se apaga cuando está cansado. El ordenador, no yo. Insisto. Lo mismo le pasa al móvil, al cargador y a la plancha. La de mi madre ha durado veinte años. Ahora todo caduca muy pronto, también las modas, las redes sociales y los amantes.

El futuro, parafraseando a Einstein, se acelera que es una barbaridad. El aquí y el ahora, que dicen los *coaches*; la vida está llena de presentes, que dicen en los manuales de autoayuda; el «vive el hoy» y todos esos blablablá herederos de Paulo Coelho y de Mr. Wonderful.

Tan pendientes del futuro y de sus asuntos triviales que el día menos pensado todo es pasado. Hasta ese porvenir que te parecía lejanísimo.

Mi padre siempre estuvo preocupado del futuro, pendiente de los años que vendrán. El futuro llegó y lo pilló con las manos manchadas de grasa del coche. El futuro es hoy. Y seguramente habría hecho otras cosas si no hubiera estado tan pegado al miedo del futuro. También mi madre. Les metían miedo. Estoy convencido de que les decían que tuvieran cuidado con el hoy, que no hicieran aventuras, que no se dejaran llevar

por la vida. Les decían que había que ahorrar, no solo dinero, también emociones. Y así han pasado la vida. Día a día escondiendo para el mañana. Y ese ha sido el peor ahorro: que se pase la vida y no hayas consumido los «te quiero» que te dan en la casilla de inicio. Ahora es un poco tarde, pasa la vida y se quedan todos atascados en alguna zona entre cuello y pecho. En ese espacio se duermen, que no se olvidan. Pero te has hecho mayor y ya no hay manera de sacarlos de allí dentro.

El futuro viene tan rápido que crees que un día habrá tiempo para lo que tenías en tu cabeza. Maduró tanto que se pudrió. Cayó el árbol de las ilusiones. Plaf. Al suelo. Esperar no sirve. No siempre hay que esperar. Nos han repetido tantas veces lo del tren que nos hemos subido a cualquier autobús. Y así andamos. Con las suelas gastadas y el billete de metro en la mano.

También nosotros tenemos obsolescencia programada. Se nos atascan las rodillas a cierta edad, se nos olvidan algunos nombres y tenemos sueño en horas de fiesta. Así que, más «te quiero». Más osadía. Más sexo. Más besos. Más llamadas. Más perdón. Más «¿quedamos?». Más vivas. Más oles. Más carne. Más música. Más audacia. Más insolencia. Más riesgo. Más determinación. Más cariño. Más ternura. Más sentimiento. Más querer. Que el día menos pensado llega... el futuro. Y te pilla con las manos manchadas de grasa.

UNA PALABRA TUYA

Suena la canción «Pienso en ti» en voz de Luz Casal mientras escribo. Y todo lo que estaba sobre el papel se ha ido al garete. O sea, a la papelera del ordenador. ¿Está seguro de que desea borrar los ítems? Esta acción no se puede deshacer. Aceptar. Eso me pasa por escuchar música mientras trabajo. Me cambia el estado de ánimo en lo que son tres acordes y dos frases, y el que andaba por calles estrechas lo hace por bulevares o viceversa; y, sí, con la música puedo ponerme muy cerdo o muy romántico o muy festivo o muy nostálgico. O todo. Es sonar un tema de esos que traen cuatro palabras bien puestas y colocarme en situación *ad hoc* como si hubieran escrito el tema para mí. Ya sé que no es para mí, que, como el anuncio, no soy tonto, pero esa es la magia de

una canción. Todas las canciones hablan de uno mismo. Entro de bruces en los párrafos de Marisa Monte y choco con el inicio de Caetano Veloso, me siento en el alféizar del estribillo de Vanesa Martín y me deslizo por el tobogán de «Life on Mars» de Bowie. Tumbo paredes con *The Wall* y pinto de rosa con la brocha de Edith.

Jamás me aprendo las letras porque así me parecen nuevas.

Pero me pasa igual con la mordidita de Ricky Martin, que sube la adrenalina, sube y sube y... debo bajar el volumen, no sea que el vecino crea que he montado una *boîte* en el salón. O con Fangoria, que de tantas campanas sonando en la oscuridad he iluminado un montón de noches.

O viajar. A veces, el ordenador sonrío y dispara una canción italiana de Nina Zilli, que tiene lo que tiene que tener una cantante romana, y te alisa el pasaporte en el arranque de la melodía. Pensativo, mirada perdida y ojos entornados como si el vuelo hacia Fiumicino despegara ya. La temperatura en destino es de veintiocho grados y llegaremos un poco antes de la hora prevista, parece decir. Y, al acabar, sin haber tenido tiempo de saborear una pizza por el Trastevere, te ves en París porque Spotify ha escupido «Éblouie par la nuit», de Zaz. Y allá que vas, a las calles retorcidas como tripas de Montmartre. Paseas hasta la escultura de Dalida en los tres minutos que dura la canción y te enfurruñas cuando acaba porque no estás en París, ni en Roma, ni en *New York, New York, I'm leaving today...* Estás en tu casa. Pero en ese tiempo has viajado. Volado. *Volare*.

La música amansa a las fieras, las alimenta y las mutila. Lo dicen en misa: una palabra tuya bastará para sanarme. Y añadido: o matarme.

El día que sonó el bolero «Historia de un amor» en un bar en el que estaba cogiendo ritmo con el vino tinto, me vine abajo. La madre que parió a algunas canciones. Habría jurado que esos versos no me decían nada en otra época. Pero hasta las letras tienen su tempo, su momento y su puñal. Justo cuando estaba a punto de pedir otra copita —*monsieur*, otro vino!—, vino la canción y me atravesó como una película gore. De lado a lado.

CAMINO DE LAGARTIJAS

Tal vez el mundo se divida entre los que han nacido en el pueblo y los que no.

Echo de menos Utiel y Buñol. Dice mi madre que lo que pasa es que estoy demasiado en la ciudad, porque me atrapa; dice que ella me conoce y que soy cosmopolita, pero que me doy a la nostalgia muy fácilmente. Y eso pasa. Echo de menos el rato que disfrutaba tras los deberes, cuando me iba a dar una vuelta con *la Paqui*, *la Ana* o *el Emilio*. Así lo decía y así lo debo escribir, que en la memoria de este valenciano es inseparable el artículo del nombre. El camino de lagartijas con aquel granado solitario de la esquina era mi ruta hasta los recreativos Bola 8, donde estaban la *pinball*, el billar rasgado y las primeras golosinas. Luego, pipas en mano, salábamos la tarde en el muro del bar Patrón, que entonces era la moda y el faro de iniciaciones varias. Allí te sentías observado. Bueno, más concretamente, allí observabas. Yo iba al Patrón con mi camiseta de rayas, que me parecía francesa, aunque —lo recuerdo bien, el eco de la juventud reverbera mucho— alguien me dijo que era de abeja Maya. Debió de hundirme, pero me vale para hoy como metáfora de los primeros fracasos adolescentes.



Mas no nos desviemos. Aquellas tardes en las que nos quedábamos cuajados en el murete de la calle, ay, pasaron. Y aquí ando hoy, con la memoria floja por el ayer. Nosotros, los de entonces...

Echo de menos el olor de la vendimia, cuando los tractores llegaban a la cooperativa de Utiel cargados hasta los topes y volcaban la cosecha en las trituradoras. Qué olor. Si aspiro, me llevo las letras del texto. Echo

de menos la primera verbena de Buñol, la primera paga y la primera cena de bocadillo en los escalones de la feria. Lo he dicho: mi afición desmedida por la melancolía tiene lo que tiene.

Vuelvo a aquellos lugares por donde sonaba Radio Futura y comía pipas, por otros motivos. Y me fastidia que hayan reformado la plaza, que hayan cambiado los nombres o que no esté ni el granado ni la papelería donde me gastaba la paga en cartulinas, lapiceros y carpetas. Veo que hay un banco y una frutería. Que el bar se llama de otra manera. Que hay sillas donde el muro. Que los alcaldes, tantos y tan variados, han hecho de su capa un sayo y de su gusto un capricho. La manía de dejar huella y borrar la memoria.

No entenderé nunca que quieran parecer ciudades; las ciudades son caóticas y, muchas veces, asépticas. El pueblo debe conservar la magia, la esencia, la cal, la piedra y los aromas. Si no, no serían pueblos. Vestirlos de pequeñas urbes con papeleras raras, fuentes sin gracia y eliminar adoquines por los que ha pasado la vida no hace más que borrarlos, difuminarlos y hacerlos parecidos. Esa especie de clonación y fábrica de farolas presuntamente modernas que se les mete a todos los cargos en la cabeza para ser innovadores. Se creen que pasan a la historia, cuando es la historia la que los arrolla.

Mis pueblos aguantan, resisten con su idiosincrasia y sus tradiciones pese a todo. Mantienen la personalidad y los sabores. Y siento orgullo de ser de ellos, de ser de pueblo. Disimulo cuando veo los cambios y las reformas chirriantes y me cuelo en el horno a por rosquillas, me tomo la caña en el mismo lugar y rescato de mi álbum alguna anécdota más allá de las mudas de los disciplinados urbanistas. La vida pasa de uno. Más vale aceptarla con sus reformas, también las propias. Qué le vas a hacer.

A lo mejor —diréis— lo que echas de menos son los años que ya no tienes. Será eso. Y será también que *la Paqui* tiene un hijo ya de la edad de mis recuerdos.

DIOS ERA ELLA

Desde bien pequeño he escuchado toda la banda sonora de una cocina: los fritos salpicando en la sartén, el clac de los botes de conserva al abrirse, el pan seco rayándose sobre el plato blanco, el batir de los huevos con el tenedor, las pompas de la crema estallando y apagándose, o el crujir de las guindillas y las hojas de laurel ya secas. Supongo que tanto recuerdo de niño ha estallado en mi cabeza y me ha hecho mal amante de la cocina. Comparado con todo aquello que salía de aquel congreso de sabores y olores, todo me es desmañado, triste y tosco. Qué tenía, cómo era, qué echaba, qué le falta. Y sigo sin saberlo bien.

No olvido, además, que la cocina en mi casa era una institución donde pasaba la vida, donde hacía los deberes en voz alta, donde nos confesábamos, donde nos escondíamos y, sí, donde nos alimentábamos de saber. Soy de esa generación que ha visto a su abuela manejándose feliz entre pucheros y cazuelas de barro. La misma mujer que despellejaba el conejo tirando fuerte desde las patas, escabechaba codornices o que batía la sangre de la matanza con sus manos mientras contaba, nudo en la voz, historias de la guerra. Esas manos que me acurrucaban después en el sofá si caía rendido tras los juegos, las mismas manos que hacían ganchillo y remendaban pijamas. Las manos fuertes con las que levantaba claras para hacer dulces o amasaba embutidos en el lebrillo con pimentón dulce. Manos fuertes de mujer fuerte. Mi abuela era la que se las ingeniaba para hacer funcionar los interruptores, arreglar la plancha o enjalbegar el patio. Dios era ella. Esa mujer que con el dedo untaba el mármol de aceite y echaba azúcar hirviendo para improvisar caramelos. La misma que ordenaba la casa y la vida. La que encendía el día y apagaba la tele. La que leía en el sillón y me compraba pinturas. Qué capacidad de gestión, de improvisación y de cariño. La misma mujer que se arreglaba para salir a la procesión o a comprar horchata granizada. Perfumada de lavanda, con el moño italiano cogido con horquillas y brillantina, Maderas de Oriente en las mejillas y las uñas pintadas como el nácar, me sacaba a la calle. «Es mi nieto —decía—. ¿Has visto qué mayor? Cómo crecen, ¿eh?».

Cuando nos damos cuenta del peso emocional y social de esas mujeres, ya no están. Y aunque uno sabe que la vida es una continua partida de parchís, no sé a dónde ni desde qué casillero, esperando que todo dure más, que todo sea eterno, que ya aparecerá el momento de

agradecer tanto esfuerzo, tanto cariño, tanta voluntad, ya es tarde. Supongo también que es una reacción muy natural del ser humano: pensar que es eterno.

No pretendo escribir una columna nostálgica. Bastante tengo con echarla de menos, con lo mío, mis dudas y mis defectos. Pero sí quiero reivindicar a esas mujeres que fueron mes a mes, año a año, creciendo invisibles, cruzando batallas, ganando derechos y usándolos, sin saber ni que lo eran. Universos oscuros que fueron poco a poco iluminándose.

Soy heredero hombre de esa mujer, mi abuela, que podría haber sido presidenta, alcaldesa o ministra. Maestra, médica o periodista. Inteligente, resolutiva y generosa. Lo que tengo claro es que sus maneras, sus silencios y sus palabras han conseguido hacer de mí una mejor persona. No es orgullo personal, es orgullo por extensión femenina. La de ella. La de ellas.

CÓMO PERDER LA CABEZA EN SENCILLOS PASOS

Hay muchas noticias inquietantes en la prensa española, pero algunas pasan desapercibidas porque —digamos— se pierden en la maraña de la imbecilidad. Esta que me llama la atención no va a ser menos. Me llega bautizada como «subasta de 2.800 objetos perdidos, entre ellos cómics antiguos, cañas de pescar o vajillas». Resulta que el Ayuntamiento de Madrid va a desprenderse de todas esas piezas que llevan dos años durmiendo el sueño de los justos en el Almacén de la Villa y en la Oficina de Objetos Perdidos. Durante unos días se han expuesto para que curiosos e interesados vayan a verlas como si fuera el primer día de rebajas.

Veamos de qué se trata: hay un montón de raquetas, tacos de billar, televisores de bolsillo, espejos, figuras decorativas, juguetes o cuberterías. En la nota también se dice que hay mobiliario diverso. ¿Y cabezas?, pregunto. ¿No hay cabezas? Es un escalón más. Entre perder la vajilla y la cabeza no hay mucha diferencia. Llego a pensar, viendo el listado de olvidos, que muchos son a propósito. Que no me la den con

queso. Es lo que tiene la ficción. Leo «vajilla olvidada» y se me va la cabeza.

«La boda empezó a agobiarla hasta tal extremo que salió de casa imaginando los doce platos distribuidos en una cena familiar como doce pasos del viacrucis. Faltaban cinco días para contraer matrimonio, y esa vajilla ordenada acabó colocando también las piezas de su cabeza. Razón y emoción fueron disponiéndose en una celebración de libertad. No. No se casaría. No con él. Subió al taxi, recorrió la ciudad, rio por dentro. Abrió la ventanilla y, en el momento en el que pagaba los doce cincuenta euros, miró por última vez la caja decorada con lazos que dormía entre el respaldo del conductor y sus pies y... sonrió satisfecha. Le dio las vueltas. Salió disparada a la calle. Iba más ligera. Pesaba menos. Flotaba. Cogió aire para expirar toda la ansiedad, se sentó en la primera terraza que vio y pidió una caña. Luego otra. Tres. Se emborrachó pensando en los platos olvidados y no paró de reír imaginando esas florecillas cursis que andaban recorriendo Madrid, *olvidadas* en un taxi. Había empezado su primavera». Título: *El peso de la vajilla de porcelana*. Editorial: Olvidos.

El hombre que perdió los tacos de billar o *La mujer que abandonó las raquetas* me parecen títulos maravillosos. Olvidar no siempre es casualidad. Ni un accidente. Me da por fantasear, lo admito.

Debo reconocer que, además, en cuanto en una novela alguien pierde algo, sobre todo si se sale de lo convencional, empiezo a sospechar que todas las descripciones, más o menos prolijas, que vengan después son para engordar la ficción. Si hay una caja, alguien necesitará su interior. Si hay un fardo de cartas, se complica la trama. Si es droga, una policiaca. Si olvida un anillo, romance truncado a la vista. En el cine es aún peor. Si la escena incluye un olvido del tipo anterior, arranca la trama con música de tensión incluida.

La única pérdida que me preocupa es la de tiempo. Y esa no la subastan en el Ayuntamiento de Madrid.

Prometí recordarlo. Pero como la cabeza irá tiñéndolo todo de *beige*, quiero que se quede aquí, como fe de notario. En esta columna. El autor certifica que todo aquello fue envidiable, bello y muy correspondido.

EL PIANO DE ELSA

En la habitación de papá, arrimado a la mesa del ordenador, está el pequeño piano. Lo protege una telita blanca como las que cubren los muebles en las casas de veraneo.

Es el piano uno de esos teclados eléctricos en los que los deditos quedan como bichitos que navegan de blanca en blanca. Apoyada, una partitura con dibujos de animales invita a sentarse a él; pero es ella la que llega corriendo desde el pasillo, se sienta feliz y dice: «Ponme la de la alegría». Se refiere al himno de Beethoven. Verás.

Evoco los días en los que era su madre la que venía corriendo desde otro pasillo y gritaba: «Tío00000», con los brazos aleteando como un pájaro que quisiera comerse el cielo. Se sentaba en el suelo y golpeaba un pianillo rosa que sonaba como el diablo, chirriante y destemplado. La madre de Elsa, entonces niña, daba improvisados conciertos en el salón y luego aporreaba con la misma fuerza la calculadora de números verdes luminosos donde yo hacía deberes. Era imposible. Iban y venían las horas como la alegría de la casa y, a veces, algún morado, porque de tanto moverse me marcaba los pies en las piernas, subida en equilibrios como si fuera a conquistar América. Las tardes eran fáciles, porque nada podía pasarte en casa de la abuela. Había juegos, había merienda y había ganas. Salíamos al balcón y oíamos el mismo «¡cuidado!» que ahora dice la niña madre de la pequeña Elsa.

Evoco también el suelo brillante recién fregado —prohibido pisar— como un Serengeti de mármol, una tele sin mando a distancia y un tapete de ganchillo que hacía las veces de tienda de campaña junto a los almohadones del sofá.

Toca Elsa el piano, cuatro notas, con sus deditos, y sonrío. Me encanta verla. Baraja las partituras de animales y vuelve a poner las manos como si fuera ya profesional, yergue la espalda y me mira para que preste atención. «Esta es la de la alegría», me recuerda.

No queda otra que escucharla, con su madre en el horizonte de la puerta y el resto de canciones por venir. Parece que está sola en el escenario, con sus deditos y su melena suelta. En la pared, muchas fotos. Y hueco para muchas más. Las que vendrán.

La melodía pasa por sus manos, sube a su sonrisa e inunda toda la habitación, baja después por sus brazos hasta el piano y las manos vuelven a transmitir las emociones, con su torpeza, con su ilusión, con la mirada atenta de todos como público.

La familia repara en el piano que habrá que comprar si la niña progresa, cuando vaya bien y deje de aporrear blancas y negras. Los padrinos tendrán que comprar el piano. «Claro», digo. Y la niña me mira con cara de pilla pensando en ese que ha visto en su clase de piano. Y yo, que tengo facilidad para la evocación, hago gestos y le digo que sí. Aplaudimos. La cena espera en la cocina. El piano de Elsa se queda solo en la habitación cubierto de nuevo con la tela blanca. Mudo. Un silencio que sabe a la vida que vendrá. O a la pizza en la que en ese momento ponemos los dedos.

QUERIDA ABUELA

A los ocho años era adicto al chocolate caliente de mi abuela Irene. Vivía en una casa del centro de Utiel y sobrevivíamos a ese tiempo del blanco y negro que había dejado una larga dictadura. Por eso desayunaba fuerte, comía fuerte y merendaba fuerte. Por si acaso. Porque mi abuela decía que había que comer, que no me dejara nada por si llegaba una guerra. Por eso siempre hacía conservas y salaba jamones en el desván. Tenía el pelo recogido en un moño sujeto con horquillas, llevaba el luto por el abuelo y siempre olía a colonia.

Irene era prudente, sensata, creativa y una impecable cocinera. Cuando no tenía patatas asándose en el brasero para aprovechar el fuego, hervía en la cocina huevos para hacerlos rellenos o se ponía a picar almendra para preparar el mazapán.

La Navidad engorda su recuerdo como yo engordaba con sus dulces, sus mantecados y sus bizcochos de pasas y nueces. Es el tiempo. Si hoy pudiera pasarme por su cocina para volverle a preguntar «qué haces», aprendería la forma de aprovechar todo, sus maneras y su calma frente al fuego. Y, sobre todo, no me quejaría del color de la paella, ni de las albóndigas o del embutido de la matanza. Aquellos sabores no han vuelto. La nostalgia es eso: una máquina del tiempo que

te coloca otra vez en el mismo lugar. La puedo ver atándose el delantal, pidiéndome que probara el sabor del caldo caliente —«abuela, ¡quema!»— o ignorando que le abriera los botes de cabello de ángel a escondidas.

La abuela Irene era hogar. Ponía los mismos adornos con el mismo mimo, me compraba un pijama y me daba los aguinaldos por estas fechas. Luego nos íbamos a misa, me pegaba a ella porque aquel templo siempre estaba frío y me reía cuando cantaba en agudo. Después la besaba reconociendo su aroma a Maderas de Oriente y pellizcaba el mazapán que ya estaba enfriándose en su horno.

Ahora, con los años y las ausencias, se me humedecen los ojos todavía al imaginarla y me paraliza al escribir. Uno no se acostumbra a algunos vacíos. Puedo construir con total precisión su forma de andar, la manera en la que distribuía los cubiertos, cómo respondía al teléfono o su beso de buenas noches. Puedo verla frente al balcón haciendo ganchillo como si fuera el yoga de su tiempo, con el que aceleraba los dedos y calmaba el corazón. Hubo tragedias, emociones y mentiras, hubo pobreza, alegrías y palabras. Hubo de todo, como lo hay en la mayoría de las casas. Pero yo os hablo de la mía. Ella supo respirar hondo y cocinar unas veces dulce, otras salado.

Tal día como hoy hacía provisión de dulces y repartía las participaciones de lotería de la patrona entre hijos y nietos «por si nos toca, que nos toque a todos». La puedo escuchar con su medio tacón llegando por el pasillo: «¡Maxiiii, adivina qué he hecho de comer!».

MALDITO PETER PAN

Esto que viene a continuación no lo van a entender los de veinte. Es materia reservada para los que ya hemos cumplido alguno más. Aviso a los que andan por esas edades mozas, impúdicas y tersas de que soy un *spoiler* de lo que os espera de ahora en adelante. Nada de lo que voy a contar tenía sentido entonces; hoy es el padrenuestro.

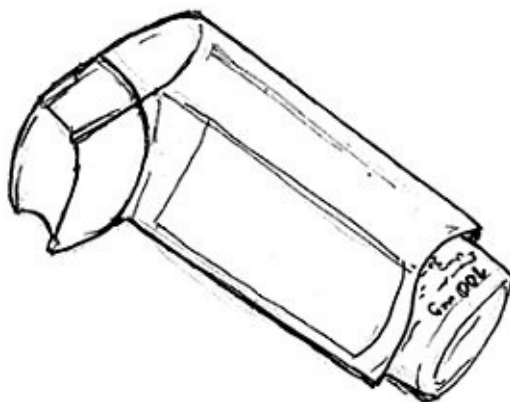
Hubo un tiempo en el que el monte era orégano: comía chorizo, me echaba leche condensada en el café y moría por los torreznos y las patatas bravas con salsa picante. Eran años de boquerones, cebolla en

vinagre y huevos fritos con ajos. Era una época en la que quedabas a las once con los amigos, te tomabas unas cuantas copas en una romería de bares y discotecas y se hacía de día con la misma energía que cuando me enfundaba la cazadora para salir. No tenía ni frío. ¡Ni frío! Mezclabas bebidas, comías una pizza al amanecer y, de camino, unos buñuelos en el bar abierto más próximo a casa. Lo mismo bailabas «Sarandonga» que a Celtas Cortos, a Fangoria que saltabas con los Rolling. La leche tenía lactosa y todo se curaba con tiritas. Alguna herida del corazón fácilmente reparable y alguna rozadura por culpa de las deportivas nuevas. Nada más. Los mareos, el cansancio y el sueño eran cosa de tus padres. ¡Viejos!

Ahora la piel anda todavía más o menos tersa, disimulo los cuarenta y cinco y ando ágil por las calles. No hay ningún problema de gravedad y mantengo datos sin memoria extraíble. Soy moderadamente joven y aún me piden el voto. Pero del mismo modo que mi coche ha pasado ya tres ITV, tengo cita para el digestivo, hago esfuerzos titánicos para no dormirme por las noches y, por si acaso, llevo Almax en el bolsillo en las cenas. Busco leche de soja por los supermercados, cojo el pan sin gluten, huelo los embutidos de lejos y me hago análisis de sangre para el colesterol. Esto es así. Os avisaba.

Ignoro en qué momento todo cambió. Qué día Peter Pan dijo: «Basta, hasta aquí»; cuándo aparecieron las canas en la barba o empecé a echar la bolsa de los medicamentos en la maleta antes que los perfumes. Todo ha sido un relámpago. En un santiamén ha pasado el tiempo de las «no preocupaciones» y he entrado en el Matrix de los adultos. En el cine hacen elipsis con los personajes y en la literatura añaden «unos años después». En la vida, ni idea.

Mi madre, cuando se mira en el espejo, siempre se dice: «Pero ¿quién me ha arrugado? ¿Cuándo ha sido esto, si por dentro soy la misma? ¿Qué han hecho con mi cara, con mis rodillas y con mi espalda?». La entiendo. La entiendo muy bien. Sobre todo porque esto lo he escrito en el sofá, con la pierna estirada y un ibuprofeno de seiscientos miligramos. Me duele y he tenido que decir que hoy no salía. Que después, que ya si eso... Que tenía cosas que hacer y blablablá.



«I LOVE TO LOVE»

Era un coche pequeño, pero tenía su estilo. El Seat 600 que compró mi padre era gigante. Inexplicablemente enorme. Eso o mutaba como los *pokemon* a fuerza de embestidas. Porque esta mañana, mientras echaba las cosas en mi coche actual para irme a ver a la familia, he tenido que montar un *tetris* de maleta, bolsas, cajas y libros. ¿Cómo es posible que entonces —años setenta— entrara mi abuela, mi madre, mi padre, las maletas, los tupperwares, los *porsiacasos*, los juguetes, los odiados libros Santillana, los bañadores, los capazos, las chanclas, los flotadores, los sombreros, la nevera de hielos, la otra maleta, el bolsito de las medicinas para el asma y un sinfín de trastos veraniegos en un seiscientos? ¿Cómo? ¡Cómo!

Queridos lectores que me tenéis entre manos. Me iré a la tumba con esa duda.

Mi padre paraba de vez en cuando, tomábamos un café (en mi caso, un batido de chocolate y boquerones en vinagre. Sí) y algún polo de catálogo refrescante con forma de frigodedo o drácula. Conducía con la ventanilla abierta, con el ruido que eso supone, Los 3 Sudamericanos en el casete y mi madre abanicándose al ritmo. Sudábamos como pollos en corral. Pero como era lo normal, pues... ni te quejabas. Un «uf, qué calor», un «cuánto queda», un «qué ganas de playa» y poco más. Luego parábamos otra vez en alguna veredita para que el seiscientos descansara, pobre animal, y comernos el solomillo con tomate frito y la

tortilla fría que mi madre había preparado para el viaje de horas y horas hasta Vinaroz. A mí, desde entonces, la tortilla de patata fría me parece mejor que cualquier cosa de *Masterchef*, sin espumas, «emplatados» ni reducciones de *yoquesé* con vinagre de algo. Me gusta lo real. Lo auténtico. Vivan las neveras portátiles y aquellos veranos embutidos en el coche.

Los periodistas tendremos defectos, como cualquiera, pero somos observadores. Y, seguramente, somos exagerados. Tal vez lo soy.

Creo recordar que nos gustaba mucho poner a las Baccara, el «limón, mi limonero» y el «I love to love» de Tina Charles. Claro, así he salido.

PAPÁ

A veces miro a mi padre —como ahora— y me quedo callado. Los dos frente a frente, con un café de por medio. «Qué pasa, papá», le digo. «Bien», me responde. Nada más. Ahí acaba toda la charla del día.

Las horas pasan y su mirada va quedándose perdida entre la ventana y la buganvilla. Nadie me dijo que aquel hombre que venía con las manos llenas de callos y manchas de grasa en la ropa, olor a coñac y a tabaco Farias fuera a parecerme hoy tan débil. De eso no te avisan. Aquel hombre del camión, que hacía miles de kilómetros por España y que paraba en todos los bares de carretera posibles, es hoy un anciano que hace pasatiempos. Pasa tiempos. Qué paradoja. Aquel hombre que ponía en alerta a toda una casa con solo escuchar sus llaves colándose en el bombín hoy tiembla con su bolígrafo sumando letras en una sopa de papel. Aquel, de voz rotunda y sueño ronco en el tresillo, bebe a pequeños sorbos su café frío.

La vida no avisa. El olvido que seremos, diría Faciolince.

Levanto la vista de nuevo y está dormido, o lo parece. Tiene heridas, cicatrices, prótesis y mucho silencio.

A mediodía pone a Ferreras y por la tarde, películas del Oeste; a mí las dos cosas me parecen lo mismo: muchos tiros y mucho ritmo. Indios contra vaqueros. Se los conoce a todos, se sabe los guiones del *western* y sube el volumen hasta dejarme sordo. Luego lo baja a cero porque ya

sabe cómo acaba. Vuelve a los pasatiempos, a sus sopas de letras. Ya sabe cómo acaba, pienso. Ya sabe cómo acaba todo.



«¿Todo bien, papá?», pregunto sin esperar respuesta.

Mueve la cabeza y cierra los ojos.

Aquel hombre que se conocía todos los bares, que me llevaba a comer boquerones en vinagre y mejillones al vapor por las calles de Utiel, aquel que me reñía con una mirada, aquel que me compraba enciclopedias, bicicletas y balones de reglamento, aquel que gruñía desde su amenazante altura acaricia hoy la cabeza sumisa de mi perra y se sabe los finales de las películas del Oeste.

Mi padre ha sobrevivido a todo. Yo he sobrevivido a él. Y juntos hemos ido haciendo kilómetros en direcciones opuestas sin saber que la vida nos encontraría en este folio. He heredado su tozudez, sus miedos y también su tripa. He visto cómo la vida se ha dado la vuelta y ahora soy yo el que tiene callos, de empujar su silla.

La vida no avisa. Nunca. En alguno de aquellos bares de carretera, el hombre de bigote y camión aparcado en la cuneta sigue bebiendo cervezas, fumando puros y echando unos duros a una máquina tragaperras. Sigue volviendo a casa a la hora de la cena y sigue firmando las notas del colegio como padre de familia. Sigue comprando enciclopedias y balones de reglamento. El hombre que hoy se duerme frente a mí es distinto. Es otro. Yo, también.

VERANO SEPIA

Si *Verano azul* ha pasado a la historia, es porque reflejó perfectamente una época, no azul, sino dorada. Aquella en la que salías con tus padres en el coche, ventanillas bajadas y baca cargada, rumbo al pueblo, donde todo sucedería aquel verano. Nosotros nos íbamos a Vinaroz, en Castellón, en un Simca 1200 donde sonaban Supertramp, Mocedades y un terrible surtido de rancheras. Qué le vamos a hacer, eléctricos y eclécticos. Al llegar a la meta, con varias paradas de avituallamiento, algunas vomitonas en el arcén y el pelo sudado en el cogote, empezaban las vacaciones. Pero no para todos. Mi madre seguía ejerciendo de madre, o sea: cocinando, haciendo camas, lavando, fregando, comprando, limpiando y tendiendo toallas. El resto, veraneaba. Ella mudaba de escenario. ¿No es eso lo que siguen haciendo muchas madres en verano? ¿Qué parte del cuento ha cambiado? Se hacen invisibles porque consiguen que todo ruede sin problemas. Y, a fuerza de hacerlo todo y hacerlo bien, no nos damos cuenta de que la protagonista sigue temporada tras temporada representando el mismo papel.

—Me gustaría ir a un hotel —dijo un día mi madre.

—¿Por qué? —preguntó ÉL.

—Para que esto parezcan vacaciones —respondió.

Juro en este folio que es cierto el diálogo. Y lo que sucedió después lo guardo para alguna novela con nombres italianos, que siempre funciona. Porque aquel piso de la Torre San Sebastián era un ir y venir de parientes con arena en los pies y maletas en el largo pasillo. Mi padre dormía la siesta por la mañana y por la tarde, yo hacía deberes Santillana y el mar ponía la banda sonora a un verano que se hacía a veces eterno. ¿No era así? Más o menos, la memoria es muy caprichosa y lo pinta todo del color que le da la gana.

El paseo por la tarde, el helado, las terrazas, las fotos que se revelaban en sepia, los amigos, las bicicletas, los hombros quemados, la crema Nivea y los cómics de Mickey ponían guion al veraneo. Porque nadie iba de vacaciones —eso es muy moderno— ni se elegían destinos por catálogo. Se veraneaba. Y veranear era dejar pasar la vida en otro lugar. Descubrías nuevos rincones, te hacías mayor y solo los

chubascos, tormentas de verano, te anunciaban periódicamente que aquello tendría fin.

Hoy escuché en la playa cómo un padre de familia —expresión de NODO— mandaba a la madre al apartamento a hacer la comida mientras ellos aprovechaban el baño. Y lo hacía con una sonrisa. La misma que ella convertía en mueca de camino al piso con su bolso de paja. Me quedé mirándolos como si el DeLorean de *Regreso al futuro* hubiera vuelto a aquel apartamento de Vinaroz en el que ELLAS recogían la playa y ELLOS se tomaban una cerveza hasta la hora de la comida. Me pareció ver la vida en color sepia otra vez. Muy sepia.

SI SE HA ROTO, NO LO TIRES

Me he dado cuenta, porque uno acaba conociéndose con el tiempo, de que tengo cierta tendencia a mirar el pasado. Y no lo hago porque me parezca mejor, no. Lo revisito porque me hace entender mejor mi presente. Incluso, el Presente. No podemos aislarnos de él, como si fuera una nube tóxica, porque forma parte de nuestra vida. Y somos lo que hemos sido. El recorrido nos explica.

Recuerdo de niño un huevo de madera que mi abuela guardaba en la caja de los hilos. Era un poco más grande que los reales, pero tenía una forma idéntica. El tiempo lo había pulido y la madera era suave como la piel a fuerza de su tacto, del uso y de las estaciones. Con el huevo de madera, mi abuela zurcía los rotos de los calcetines, los codos de los jerséis y la carrera de algunas medias.

Mi madre siguió su genética y me compraba parches de rodilleras y coderas para que los pantalones y cazadoras siguieran teniendo vida. Los ponía bajo la plancha y se pegaban a la tela. Luego los remendaba un poco para evitar que se soltaran. Solían ser alegres, a cuadros, de colores fuertes, con dibujos, para que el refuerzo se viera bien en mis rodillas. El tapicero solía hacer lo mismo con los brazos del sofá de escay. Incluso la paragüera, que recorría las calles. Todo podía arreglarse, hasta las cazuelas que se desgastaban al fuego tenían remedio con el estañador, un hombre que venía en su moto dando voces

con un cesto al hombro. Pegaba un poco de estaño en la porcelana y el agujero desaparecía. La vida seguía.

Recuerdo de adolescente ir a Mochales, el zapatero de Utiel que nos ponía tapas en las suelas consumidas. Me veo en este momento corriendo con el encargo en una bolsa de tela por la calle San Juan, tocar la campanilla extenuado y entrar en ese museo de tacones, pegamentos y pinturas de piel. Hoy, cuarenta años después, sé que me colocaba profundamente y que tal vez por eso me gustaba tanto traspasar la campanilla de la puerta.

No siempre quedaba perfecto, era el intento de serlo lo que lo hacía maravilloso. El roto era parte de la vida. Las cosas se rompían. Las cosas se arreglaban. Erosionadas, envejecidas, deshilachadas, usadas, ajadas, consumidas, carcomidas, roídas. Escribo esto mientras miro un palo de madera que acaba en forma de mano cóncava. Lo trajo mi abuela como regalo *souvenir* de Gata de Gorgos. Lo usaba siempre para rascarse la espalda. Un día se partió por la mitad. Tras el «ay, qué pena», se levantó del sillón donde hacía ganchillo, cogió pegamento del cajón de la cocina y cinta aislante negra para vendarlo. Así sigue. Aquí sigue, fajado y curado.

El *kintsugi* es una técnica centenaria de Japón que consiste en reparar las piezas de cerámica rotas. En lugar de disimular las líneas de rotura, las piezas muestran las heridas del pasado. Y con eso, adquieren una nueva vida. Son únicas. El *kintsugi* —podemos traducirlo como «carpintería de oro»— se ha convertido en una metáfora de la resistencia y el amor frente a las adversidades. Qué belleza, ¿verdad?

Pienso ahora en el amor, en las relaciones de amigos, en las familiares. Pienso en lo fuertes que son tras atravesar una tormenta, cuando tenemos la poderosa herramienta del *kintsugi*. Cuando decidimos, con gran esfuerzo y delicadeza, recomponer lo roto.

¿CÓMO VES LA VIDA?

Si te empeñas, hasta las cosas que van bien pueden acabar mal. Verán. Percibo dos tipos de personas. Y cuanto más las observo, más distinguidos veo los bloques. Salen algunas particularidades, como en

las cajas de bombones —con alcohol o almendrados—, pero los dos estándares suelen aparecer bien diferenciados: los que perciben la parte buena de la vida, que la hay; y los que retozan en el mínimo malestar. No hay más. O eres de unos o de los otros.

Todos vamos cumpliendo años y hay algo apabullante: la edad te matiza, pero no te cambia. Nadie cambia. El ser humano no cambia. Es zoquete, repetitivo y cansino. Vuelve a lo mismo una y otra vez. La mala memoria que tenemos ha destrozado generaciones y borrado libertades y/o territorios del mapa de un plumazo. Pero no voy por ahí. Voy a lo menor, al detalle del café, que es lo que a mí me gusta. Conviví con mi tío, mi tío Rafa, hermano de mi madre. Era un tipo estupendo, trabajador, nos quería más que a su vida y estaba al minuto en casa, alicates en mano, para lo que necesitáramos. Era bromista y socarrón. No hablaba mucho, pero tela marinera cuando lo hacía. Sin embargo, tenía una tendencia a ver las cosas de manera negativa, si algo podía ir mal, sucedería. Y así se fue. Entre un silencio y un enfado. Pero vivió razonablemente feliz con unas hijas maravillosas y dos nietas que brillan de simpatía para alegría familiar. Algo de la genética se habrá quedado en la familia, digo yo. Tengo amigos del estilo. Hasta mi madre, incluso. A ella la entiendo, la vida es muy hija de puta cuando te junta demasiadas recetas junto al DNI. Envejecer es solo para valientes. Su frase mítica de los viernes ya es mía: «Hazte la vida fácil». Yo se la digo cuando toca como si fuera un bumerán.

El refrán conocido habla del vaso medio vacío o medio lleno. No es cuestión de medidas; es de actitud. En tiempos como estos, tan atribulados, entiendo perfectamente la queja. Faltaría más. ¡Será por temas! El surtido de quebraderos en los telediarios es de órdago. Por eso insisto en la actitud. No puede ser igual de alterado el lamento cuando se nos quema la bechamel que cuando sube el paro. Mesura, familia. Me-su-ra. Va por vosotros. Hablo hoy de los que van por la vida con esa carga excesiva. Con la queja constante. De esos en los que siempre hay una pequeña posibilidad de jeremiada hasta en la barra del bar, una mala mirada, un bufido, un gruñido, un quejido de tuit. Un ay. Atribulados con sus cosas y con las de los demás. El peso innecesario.

¿No te viene a la mente, lector, alguno de esos entre tu lista de amigos? Los hay que parecen tablas de corcho: te hacen flotar y te salvan de cualquier malentendido. Otros son plomos. Metafórica y

físicamente. Plo-mos. Si pueden arrastrarte con ellos a buscar la tetera rota del *Titanic*, lo harán. Descuida. Bucearán hasta quedar sin aliento. Líbreme el señor de todo mal y... de ellos. En la poco valorada película de Pedro Almodóvar, *La mala educación*, un estupendísimo Javier Cámara travestido como la Paca decía: «Para las cosas malas las dos juntas, pero *pa* las buenas tú sola». Pues eso. Que los hay que solo comparten los dramas y muy poquito las alegrías. Con la falta que nos hace reír, leñe.

Estos días, con el aniversario del nacimiento de Charles Dickens, apareció de nuevo una de esas frases que hoy me vienen como anillo al dedo. Dice, o decía: «Concéntrate en todo lo bueno que te pasa, que a todos no pasa mucho; y no en las desgracias, que a todos nos pasa alguna». Qué más decir.

HACER TIEMPO

«Estoy en casa haciendo tiempo». Lo dijo un amigo al que llamé para quedar y tomar algo por el barrio. Creo que me quedé distraído cuando colgué. Mi amigo estaba haciendo tiempo en su casa. ¡Haciendo tiempo! Como si el tiempo fuera algo que se puede hacer, como quien fríe unas torrijas o dobla barquitos de papel. ¡Estoy haciendo tiempo! Con lo rápido que pasa. Con lo veloz que va la vida. Ojalá, pensé. Estuve por encargarle que me hiciera un mes del verano anterior, diez años a plazo fijo para repetir la adolescencia y quince años de encargo para mi madre, que le vendrían bien ahora que anda regular. Me pareció la expresión más maravillosa jamás escuchada. Y creo que, por repetida, no había caído en ella. Hacer tiempo.

Hubo un tiempo en el que tenía ganas de crecer, de hacerme mayor, de irme de casa, de tener años y ordenar la vida a mi antojo. Quería cumplir años para poder tener copia de las llaves, después para quedarme hasta la una y media en el *pub*, tener edad para dormir fuera de mi casa o llegar de una vez a los dieciocho años para poder votar. Recuerdo que para ganarnos la simpatía del dueño de los recreativos nos afeitábamos el bigotillo y masticábamos chicle con fuerza. Otros fumaban aparatosamente, con gestos copiados de las películas del

Oeste. Es algo que los adolescentes suelen hacer cuando juegan a ser adultos: copiar gestos que parecen sacados del cine negro. Había que ser mayor, crecer. Así ha sido siempre. Tener tiempo para gastarlo. Ahora queda menos.

Cuando llegué a casa, me imaginé a todos mis amigos sentados en el sillón orejero y con dos agujas de calceta haciendo tiempo para cuando lo necesitemos. Una semana para alargar la Pascua, otros diez días para el cumpleaños y un buen trozo de tiempo para cuando las cosas se pongan feas. Hacer tiempo como si fuera el mejor pasatiempo del mundo. Qué maravilla.

Lo sé. Era una bobada. Mi amigo estaba haciendo tiempo como quien lo pierde. Porque espera, porque desespera o porque quiere quedarse mirando las musarañas hasta que llegue la hora. Gastando tiempo como quien apura un cigarrillo en el ventanal.

Me gustaría un banco de tiempo, pensé. Es lo único que nos hace ricos. Tener tiempo para hacer lo que nos dé la gana, tener tiempo para apurar noches que no deberían acabarse, tener tiempo para estar en casa con la familia y, al mismo tiempo, tiempo para estar de viaje con los amigos. Tiempo para alargar la mañana en la cama, tiempo para los preámbulos del sexo, tiempo para ver tu serie favorita, tiempo para volver al pueblo o recorrer Nueva York, tiempo para charlar con todos los lectores en la Feria del Libro, tiempo para la siesta, tiempo para regalar a tus amigos, tiempo para volver a ser niño y tiempo para ser mucho tiempo adulto. Tiempo añadido para sumar, para vivir, para amar, para no morir. Tiempo, por favor.

EL CIELO EXISTE

Mi sobrina Elsa entró de pronto en el salón y me pilló mirando una foto. Yo no me lo esperaba, porque cuando llega siempre se siente el barullo feliz de sus carreras, sus zapatitos y ese salto olímpico con el que pretende llegar a mis hombros. Un día llegará porque ella será más alta y yo, más pequeño.

No lo he dicho, pero era una foto de cuando era niño. Y de eso hace mucho, lo suficiente para que te invadan un montón de preguntas y

ninguna respuesta. Está uno harto de recordar —y ustedes, aburridos de que yo lo haga— el mantra de mi familia: «¿Dónde fue a parar todo ese tiempo?». Y, sin embargo, es algo que me pregunto, como si todo lo pasado ya no me perteneciera porque ya no lo puedo tocar. Y en eso, sin recapitación ni respuesta, mi sobrina me dijo: «Y el papá, tu papá, ¿dónde está?». No les diré cómo tragué saliva para evitar llorar delante de ella porque sería a costa de mi zozobra. Y un amigo majadero me diría: hazlo. Sea como fuere, la tristeza se nota en las palabras elegidas.

La pequeña Elsa me miró esperando que le dijera dónde estaba el «papá tuyo». Yo me callé. No sé gestionar a los niños, ni mucho menos sus preguntas. Ahí intervino su madre, Raquel, para sumar y zanjar el tema con cariño y ternura de progenitora que las arropa en la cama. «Elsa, el papá de Maxi está en el cielo, con el abuelo Rafa», dijo sin masticar ninguna duda. Más saliva. Segundos de silencio y escozor familiar.

Y ahí sucedió la magia de los niños. Sucedió.

Elsa, satisfecha con su respuesta, sonrió y zanjó las vacilaciones acerca del cielo: «Entonces está bien, no está solo. Está con el abuelo. Vale». Y buscó con la mirada a su hermana Olivia, que intentaba acariciar, temerosa, a mi perra *Leo*.

Y entonces volvió a coger carrerilla para subirse a mis hombros, mi madre amagó una sonrisa desde la mesa camilla y Raquel y yo nos miramos cómplices.

El cielo existe si los niños lo dibujan.

Y en ese momento de la mañana, con los días todavía rojos en el calendario, todo cambió. La mirada de los pequeños, de mi pequeña Elsa, es sana, cristalina, nívea como las páginas por escribir. Le inquietaba que el sillón donde mi padre hacía pasatiempos estuviera vacío, pero lo ocupó para desplegar los *plastidecores* y llenar de color un periódico. ¿Hay algo mejor? ¿Hay algo más bonito que un niño te dé ese bálsamo de Fierabrás que necesita tu alma? Ya os lo digo yo: no. El cielo que dibujó Elsa con su sonrisa es maravilloso. Y en ese quiero vivir yo. En el que guarda la inocencia.



BIENAVENTURADOS

Bienaventurados los que empiezan el año delgados, sin hambre y sin resaca.

Bienaventurados los que no se alteran por nada, los flemáticos y templados.

Bienaventurados los que se irritan ante injusticias, se conmueven y alborotan.

Bienaventurados los enamorados, con un mensaje por la mañana y otro por la noche.

Bienaventurados los que ocupan el centro de la cama, con o sin compañía.

Bienaventurados los que no roncan, los que no toman orfidal, ni diazepam, ni tilas y se levantan frescos.

Bienaventurados los que salen a correr, los que presumen del kilometraje, los que regresan felices del recorrido y, además, tienen todo el día por delante.

Bienaventurados los que no corren, no tienen remordimientos y se la sopla todo lo que pase por detrás.

Bienaventurados los que tenéis vuestra talla en oferta, en invierno, en verano y en entretiempo.

Bienaventurados los que saben idiomas —escrito, hablado, por señas— y entienden las canciones de la radio.

Bienaventurados los que no tienen que cambiar las ruedas del coche, ni cambiar el filtro, ni pasar la ITV.

Bienaventurados los que trasnochan con únicamente un café solo y están atrevidos, libertinos y lozanos.

Bienaventurados los que ponen la tilde en sólo por no dejarnos solos.

Bienaventurados los que tienen el pelo liso y no son de derechas.

Bienaventurados los que lo tienen rizado y fingen serlo.

Bienaventurados los que no tienen *haters*, los que los bloquean alegremente, los que los silencian sibilinamente.

Bienaventurados los que tienen ofertas de trabajo que se ajustan a sus sueños.

Bienaventurados los felices de verdad, los que no cambian la voz ni fruncen el ceño.

Bienaventurados los sanos.

Bienaventurados los que hacen y no dicen.

Bienaventurados los que no tienen dolores de cabeza.

Bienaventurados los que no tienen cabeza, ni sombrero, ni hacen morritos.

Bienaventurados los duros de piel.

Bienaventurados los que tienen arrugas y presumen de ellas.

Bienaventurados los que olvidan lo urgente, pero recuerdan lo importante.

Bienaventurados los que se visten de rosa y solo tienen ropa en azul.

Bienaventurados los que dan *likes* a la vida y «me gustas» a la amistad.

Bienaventurados los niños, las niñas, con corona y sin corona.

Bienaventurados los padres que se visten de reinas, las madres que se ponen barba de Papá Noel y los que creen en la magia.

Bienaventurados los que saben volar.

Bienaventurados los que vuelan.

[PREFIERO LA VIDA]

(Suena «Debut», de Melanie Laurent).

Me acuerdo ahora de la mesa del principio. Me acuerdo de la foto de mis padres, de la bola de nieve, de la vela, ahora apagada. Me acuerdo de los sobres sin abrir, de los lápices afilados, de la planta recién regada.

Todo se calma.

Dejé de escribir columnas hace un tiempo, las semanas previas a ser nombrado ministro de Cultura y Deporte. Me había tomado un respiro, quería hacer unos cambios en las colaboraciones, acabar tranquilo la gira de firmas de libros, refrescar la imaginación en la playa, moverme de ciudad, tal vez a París, empezar otra novela... Y, en ese recreo, me llamó Pedro Sánchez para ofrecerme la cartera. Estaba desayunando con una amiga en una cafetería de Chamberí: «Otra vez el número desconocido», murmuré entre cruasán y café. Cogí el teléfono, hablamos un rato y acepté.

Todo cambió.

En ese verano posterior a todo, empecé a escribir una historia que ahora me resulta innecesaria. No es el momento, tal vez más adelante, cuando todo se tiña de *beige* y las fieras solo maúllen como gatos en la ventana. Será mejor volver cuando entrar en esa casa no suponga dolor alguno. Todos los duelos tienen algo de macabro: visitar el lugar, mirar las fotos, recoger los papeles y abrir carpetas. La herida está ahí. Hay episodios de nuestra vida privada que son determinantes en las decisiones que tomamos en la vida pública, se lo leí a Abad Faciolince y tiene toda la razón. Pero es otra historia. Es como si uno, de todos modos, necesitara ser el antagonista de su adolescente. En fin, en ese

desierto inmenso que fue el verano, escribí y recuperé mi costumbre de dibujar. Qué bien. Qué bueno reencontrarse con uno mismo en la mudanza. Pintaba de nuevo con acuarelas. Hojas nuevas, limpias, blancas para dejar pequeños dibujos de tinta. A pesar de la dureza que supone registrar en los cajones de un muerto, para vaciarlos, fui también apuntando cosas, los olvidos más resbaladizos. El recuerdo me conmovía demasiado para poder relatarlo todo. Qué bien, Elvira (Lindo), qué bien. Tus consejos, entre ironía, vino tinto y afecto, han sido el aguijón para salir del mal sueño. Besos a Antonio.

Anduve leyendo, viajando con amigos y recogíendome en un silencio buscado, necesario.

Fue una carta la que me devolvió la confianza. Una carta desde México. La viuda de Gabriel García Márquez, Mercedes Barcha, me felicitaba, me abrazaba fuerte desde miles de kilómetros de distancia, me demostraba su ternura con una dulzura extraordinaria y me entregaba el mejor regalo de mi vida: el Nobel de Literatura había leído mi novela *El susurro de la caracola* y había sido tema de buena conversación en su casa. Mi libro estaba en su biblioteca. Mi libro en manos de Gabo. Ahogué la sorpresa.

Al final, tenías razón, mamá.

Rompí a llorar en la furgoneta que me llevaba al norte de Italia. Y mis amigos cerraron círculo.

Podría buscar palabras para definir ese verano maravilloso y extraño, pero me sirven las de Albert Camus: «En las profundidades del invierno finalmente aprendí que en mi interior habita un verano invencible».

Hice archivo de fotografías, dibujos y columnas, todos los que conforman esta *Intimidad improvisada* que ahora se cierra. *Desde aquí, mirando al mar, escribo este texto final que no es el final, es el principio. Todo ha cambiado. Como las olas. Van y vienen. Nunca es igual el mismo paisaje.*

Después de recopilar todos los textos, eché a andar, uno de mis vicios favoritos. Había quedado con Juan para dar una vuelta, para perder el tiempo por el Retiro a esa hora en la que todo se pone dorado y rosa, como ficticio. Me gusta ver a las echadoras de cartas bajo esa luz que las hace creíbles, con su mesa plegable, su silla de tijera, el pequeño

tapete y la mirada perdida que se cruza con la de los paseantes. En ese momento del día es en el que parece que acertarán con nuestro futuro.

—¿Quieres saber qué pasará? Anda, acércate... —me espeta la primera adivina del paseo con la que me cruzo. Me lo dice clavando las pupilas en las mías y vocalizando las palabras de manera forzada mientras baraja lentamente. Mezcla los palos. Muevo la cabeza y sonrío.

—No. No quiero. No quiero saber nada. —Sonrío para sortear el desaire que pueda lanzarme la bruja—. Otra vez será —añado en voz bajita como un requiebro.

Prefiero la vida, decía Chejov. Ya me iré encontrando con lo inevitable, pienso mientras camino. Prefiero el devenir en blanco, como esa agenda del principio que me acompaña impoluta sobre la mesa, sin rechistar. Como ese paseo en barca que no doy, como la bolsa de pipas que no me como y que me apetece, como el teatro de las marionetas en el que no me siento porque ya no soy niño, como la llamada que no hago y que debería marcar de una puñetera vez. Ese número atragantado que sigue creando fantasmas y que merece un *váyase usted a la mierda* también. Como la visita al cementerio que aguarda desde hace tiempo, como el baile que me debo, como las clases para mejorar inglés y francés.

Cosas por hacer.

En eso pienso, en todas las cosas que tengo por hacer.

Paseo mucho. Pienso y olvido. Callo. El silencio sigue, un mutismo obligado, amordazado por la zozobra que, a pesar de todo, no cesa.

Camino.

El peatón sin rumbo.

Deambular de ansiedad y sobresaltos.

De vuelta a casa me voy fijando en las fachadas, en los remates de los edificios de este Madrid que escupe y atrapa. Siento que fue ayer cuando vine a dejarme morder, a estudiar, a trabajar, a amar, a vivir. Que todo fue ayer.

Alguien me dice algo. Es bonito.

No sé responder a la ternura.

El jodido llanto inesperado. Justo ahora. A punto de acabar.

Sale el sollozo de manera estúpida, es agradable y liberador. Despega y aligera. Así es la ansiedad. Es lo que sucede cuando reabres cajones que estaban cerrados...

Camino así durante varias calles, durante muchos días. Me cuelo por las más estrechas, ando relativamente tranquilo y finjo que algo me ha entrado en los ojos cuando me cruzo con algún extraño. Esos que miran. Murmuran.

Fuerzo un grito al girar la esquina, pero es mudo. No me sale.

No puedo. El fantasma sigue dentro.

Escupe, joder. Escupe.

Miro los escaparates de las panaderías como los miraba mi abuela Irene, con ganas de parar y comprarlo todo, de llevarme una bolsa de magdalenas, otra de palmeras, merengues, nata, chocolate y un surtido de pastas de té para el café con leche. Dice mi médico que me reprima con los dulces porque los digiero mal. Así que me reprimo, porque tiene razón. Digiero mucho mejor los disgustos. Eso no lo sabe.

Así voy dibujando el mapa, este y el otro, con pausas y respiros como nuevos puntos de partida.

Llego a casa con ganas de descalzarme, de abrir el ordenador y desplegar las ventanas como alas, dejar que el aire de primavera cambie el olor a cerrado.

Todo es ya. Ahora.

El día de mañana es hoy.

Vuelvo a ella, a la mesa donde empecé esta intimidad, para reposar los versos, las emociones y las preguntas que ahora me revolotean en la cabeza.

Cuarenta y ocho años. Cuarenta y ocho. Utiel, Buñol, Valencia, Madrid... Parece que ha pasado mucho tiempo y no es tanto —«Sal a la pizarra, Maxi»—, sólo han sido varias hostias, hostias fuertes —«Me gustaría proponerte algo, Huerta»—, algunos buenos viajes con amigos, noches de cenas interminables —«¿Otra más? No puedo»—, camas revueltas, unos cuantos libros escritos —«el intruso»—, muchos leídos en la estantería, varios abandonados en el banco de la calle, infinidad de dibujos en la libreta —«¿También sabes pintar?»— y demasiados cafés. En ese tránsito anda escondiéndose la vida. Esta.

No hay otra.

El llanto regresa. Pero también la sonrisa.

Es primavera. Vive, vive, vive. Palabra de A. M. Matute.

Nunca nos alejamos del niño. Escríbelo, Maxi, antes de que no quede tiempo.

Reverdece la planta con el riego en la mesa. Reverdece la calle, las hojas del árbol golpean en la ventana de la cocina como si quisieran entrar, la abro también, se cuele la brisa fría, el borrador de la próxima novela está lleno de notas nuevas, se remueven, la máquina de café pita con desenfreno ridículo, un taxi arranca en la calle, se escucha el semáforo y la sirena de un coche de la policía, humea la vela junto a la caracola de no sé qué mar y... suena el timbre. Debo acabar. Ah. Una última cosa: he puesto una foto más sobre la mesa, junto a mis padres, la de mis sobrinas: Elsa y Olivia. Están creciendo demasiado deprisa. Todo va muy rápido.

M. H.

[AGRADECIMIENTOS]

No podría haber abordado este libro sin la ayuda de mis amigos Paco Tomás, Alejandro Melero, Isidro Romero, Luis Riveiro, Rafa Dueñas, Virginia Pizarro, David Linares, Marta Fernández, Ana Campillo y Bibiana Fernández..., que han estado tan cerca en este tiempo de mudanza y de miedos. Viajando conmigo, sacándome una sonrisa y sirviendo más vino en las copas. Y mis primas, tan próximas, tan necesarias. A las niñas, Elsa y Olivia, por enseñarme de nuevo a jugar. Y no sería lo mismo sin los lectores y lectoras que suman siempre, que escriben *mails*, cientos de comentarios, mandan fotos y hacen suyos los personajes dándoles vida y eternidad literaria. Gracias por estar cerca y demostrar fidelidad, libro tras libro. A ti. Y a ti.

A Leo, que me mira desde los pies con la confianza de una maestra de escuela. «Termino y paseamos», le digo.

A mi quiosquero, a la camarera del café con leche, a mi librería (y a los librerías), a los bares cercanos, a mis vecinos de rellano, al del cupón de la Once, a mi farmacia, al veterinario, a mi médico de cabecera, al portero de al lado, a los del horno, a la chica que sonrío siempre... En fin, a los que formáis la vida, mi vida, en esas intimidades improvisadas del día a día y la hacéis respirable sin necesidad de ventolín.

No habría coleccionado todo esto sin mi madre, la mujer que más me ha animado a ser feliz, porque me quiere feliz. *Hazte la vida fácil*, dice. Pues eso, un beso.

M. H.

[PROCEDENCIA DE LOS ARTÍCULOS]

Abrígate, compañero [*El Español*, 08/12/2017]

A la luz de las velas [*El Español*, 29/04/2017]

Almodóvar y *Julieta* [*El Español*, 18/03/2016]

Al otro lado de la cama [*El Español*, 13/05/2016]

Amor para llevar [*El Español*, 10/03/2017]

Anestesiados [*El Español*, 09/11/2015]

Año de nieves... [*20 Minutos*, 12/02/2018]

Arqueología del amor [*20 Minutos*, 30/05/2016]

A tu edad yo... [*20 Minutos*, 15/09/2016]

Balada para un soltero [*El Español*, 17/06/2016]

Balada para un soltero (segunda parte) [*El Español*, 24/06/2016]

Baja el volumen [*El Español*, 14/04/2017]

Barras de bar [*El Español*, 19/02/2016]

Barriguitas [*20 Minutos*, 29/03/2017]

Bienaventurados [*El Español*, 05/01/2018]

Bienvenidos a Matrix [*El Español*, 08/04/2016]

«¡Boom!» [*20 Minutos*, 11/07/2016]

Caminante, sí hay camino [*El Español*, 29/04/2016]

Camino de lagartijas [*El Español*, 03/11/2017]

Canta conmigo [*20 Minutos*, 16/01/2017]

Cartas de amor [*El Español*, 14/07/2017]

Cásate conmigo [*El Español*, 11/05/2018]

Chicos malos [*20 Minutos*, 02/01/2018]

Cicatrices [*20 Minutos*, 26/09/2016]

Cómo perder la cabeza en sencillos pasos [*El Español*, 04/05/2018]

¿Cómo ves la vida? [*El Español*, 26/02/2018]

Con cien columnas por banda [*El Español*, 20/11/2017]

Con las manos torpes [*El Español*, 24/03/2017]

Consejos del mar [*20 Minutos*, 31/05/2018]

Con ustedes, la infancia [*El Español*, 07/04/2017]

Cucharas de plástico [*El Español*, 25/03/2016]

Cuñados y «enteraos» [*20 Minutos*, 05/10/2017]

De cerdos y perros [*20 Minutos*, 02/01/2017]

Departamento de recuerdos [*El Español*, 03/06/2016]

Diez al día [*El Español*, 30/10/2015]

Dios era ella [*El Español*, 09/03/2018]

Disfruta por mí [*El Español*, 23/12/2016]

El amor engorda [*20 Minutos*, 14/02/2017]

El bar de siempre [*20 Minutos*, 19/04/2018]

El cable del teléfono [*20 Minutos*, 20/11/2017]

El cielo existe [*20 Minutos*, 09/10/2017]

El cruasán [*El Español*, 09/12/2016]

El extraño viaje [*20 Minutos*, 23/10/2017]

El futuro es ayer [*El Español*, 03/02/2017]

Elige tu propia aventura [*El Español*, 01/06/2018]

El momento más feliz [*20 Minutos*, 31/07/2017]

Elogio de la pereza [*El Español*, 12/10/2016]

El piano de Elsa [*El Español*, 21/05/2018]

El tiempo entre mentiras [*El Español*, 27/04/2018]

Envidia cochina de la buena [*El Español*, 24/03/2018]

¡Esa puerta! [*20 Minutos*, 26/03/2018]

Ese chico que pasea [*El Español*, 16/02/2018]

Estoy en la terraza [*El Español*, 20/11/2015]

Fantasía a tutiplén [*El Español*, 21/04/2017]

Galimatías, verás qué fácil [*El Español*, 30/03/2018]

Gracias [*El Español*, 26/05/2017]

Grandes ilusiones [*El Español*, 19/02/2017]

Guau [*El Español*, 22/05/2017]

Hacer tiempo [*20 Minutos*, 15/01/2018]

Ha sido niño [*El Español*, 27/04/2018]

Hazte la cena [*20 Minutos*, 30/01/2017]

Historia de una foto [*20 Minutos*, 22/05/2017]

«I love to love» [*20 Minutos*, 19/06/2017]

Instagram [*El Español*, 02/11/2015]

Jóvenes y guapos [*20 Minutos*, 05/06/2017]

La abuela de la calle Fuencarral [*El Español*, 04/12/2017]

La ansiada ilusión [*El Español*, 25/05/2018]

La buena gente [*20 Minutos*, 03/05/2018]

La dictadura de Twitter [*El Español*, 11/12/2015]

La erótica del desayuno [*El Español*, 26/11/2017]

La familia bien, gracias [*20 Minutos*, 08/05/2017]

La flor de mi secreto [*El Español*, 05/05/2017]

La foto de tu ex [*El Español*, 22/07/2016]

La mano en el fuego [*El Español*, 17/10/2017]

La posibilidad [*El Español*, 19/09/2016]

La primavera de Ana [*El Español*, 01/04/2016]

La realidad [*El Español*, 24/04/2017]

La realidad está en los zapatos [*El Español*, 02/03/2018]

La ridícula idea de amar [*El Español*, 11/11/2016]

Las gafas de verte [*El Español*, 27/10/2017]

La soledad sonora [*El Español*, 02/06/2017]

La tele y yo [*El Español*, 02/12/2016]

La vida en una dedicatoria [*El Español*, 19/01/2018]

La vida rápida [*El Español*, 23/09/2016]

La vida soñada [*El Español*, 23/06/2017]

Ligerita de ruedas [*El Español*, 20/05/2016]

Lo importante [*20 Minutos*, 13/03/2017]

Lo invisible [*20 Minutos*, 26/02/2018]

Los lugares amados [*El Español*, 21/10/2017]

Los *Porsiacasos* [*El Español*, 15/04/2016]

Maldito Peter Pan [*20 Minutos*, 21/11/2016]

Malditos Petas Zetas [*20 Minutos*, 04/12/2017]

¡Mamá! [*El Español*, 03/03/2017]

Mamihlapinatapai [*El Español*, 09/02/2018]

Me gusta [*El Español*, 27/01/2017]

Melocotón 69 [*20 Minutos*, 27/02/2017]

Memoria y tatuaje [*20 Minutos*, 13/03/2018]

Mi perra no tiene raza [*20 Minutos*, 17/05/2018]

Mi teléfono [*20 Minutos*, 10/04/2017]

¡Móvil, para qué os quiero! [*20 Minutos*, 13/06/2016]

Móvil, te detesto [*El Español*, 02/02/2018]

No lo llames amor [*20 Minutos*, 25/09/2017]

Nosotros, los de entonces [*El Español*, 16/06/2017]

Ocho apellidos y más [*El Español*, 27/11/2015]

Orgullo y WhatsApp [*El Español*, 31/10/2016]

¡Oh, «Runners»! [*El Español*, 28/07/2016]

Papá [*20 Minutos*, 16/09/2017]

Papá, no corras [*El Español*, 29/01/2016]

Paparruchas [*El Español*, 18/11/2016]

Parece que fue ayer [*El Español*, 16/03/2018]

París no se acaba nunca [*El Español*, 15/01/2016]

Pastillas de colores [*El Español*, 19/10/2016]

Perdido como *Laika* [*20 Minutos*, 25/07/2016]

Pierdo el tiempo [*El Español*, 05/02/2016]

Pirata no, ladrón [*El Español*, 07/06/2018]

Pisando fuerte [*El Español*, 02/04/2017]

Por favor, cállate [*El Español*, 05/08/2016]

Postal de Navidad [*El Español*, 22/12/2017]

¿Qué ha cambiado? [*El Español*, 02/01/2016]

Qué manía tienes [*20 Minutos*, 24/10/2016]

Qué paliza [*El Español*, 12/10/2015]

Queridos vecinos [*El Español*, 10/02/2017]

¿Quieres salir conmigo? [*El Español*, 31/12/2016]

Quiero saber de ti [*El Español*, 02/02/2018]

Quítese todo [*El Español*, 25/11/2016]

Saca la pandereta [*20 Minutos*, 05/12/2016]

Satán vive en el Gym [*20 Minutos*, 07/11/2016]

Sedúceme [*El Español*, 12/11/2015]

Ser maestro [*El Español*, 17/03/2017]

Sexo para llevar [*El Español*, 27/05/2016]

Se vende sofá [*El Español*, 10/11/2017]

Sin datos [*El Español*, 11/03/2016]

Si se ha roto, no lo tires [*El Español*, 12/01/2018]

Si te pica, te rascas [*El Español*, 16/04/2018]

Solo palabras [*El Español*, 13/01/2017]

Stranger Things [*El Español*, 16/12/2016]

¡Sube a casa! [*El Español*, 29/12/2017]

Superhéroes en pijama [*El Español*, 04/03/2016]

Te lo dije [*El Español*, 08/09/2017]

Tienes un e-mail [*El Español*, 29/09/2017]

Tierra [*El Español*, 21/10/2016]

Todos tenemos una canción [*El Español*, 06/05/2016]

Una casa [*El Español*, 08/09/2016]

Una copa en Le Carillon [*El Español*, 22/01/2016]

Una máquina de escribir [*El Español*, 24/02/2017]

Un año ajetreado [*El Español*, 09/09/2016]

Un catálogo de frikis [*20 Minutos*, 12/09/2016]

Un lugar en el mundo [*El Español*, 01/07/2016]

Un poco desordenado [*El Español*, 15/09/2017]

Veinte años no es nada [*El Español*, 13/05/2017]

Vente al pueblo [*20 Minutos*, 11/09/2017]

Verano sepia [*El Español*, 15/07/2016]

Vivir de cine [*El Español*, 20/01/2017]

Ya no somos niños [*El Español*, 06/01/2017]



MÁXIMO HUERTA (Utiel, Valencia, 1971) es periodista. Tras licenciarse en Ciencias de la Información por la Universidad CEU San Pablo de Valencia, inicia su trayectoria profesional en radio y medios escritos de su tierra natal. Su salto a la televisión se produce en 1997, en Canal 9. Dos años después, comienza a trabajar en Telecinco. De 2005 a 2015 forma parte del equipo de presentadores de *El programa de Ana Rosa*. Es miembro de la Academia de las Ciencias y las Artes de la Televisión.

Escritor y periodista, es autor de las novelas *Que sea la última vez...*, *El susurro de la caracola*, *Una tienda en París*, *La noche soñada* (Premio Primavera de Novela 2014), *No me dejes/Ne me quitte pas*, *La parte escondida del iceberg* y *Firmamento*. También es autor de los libros ilustrados *El escritor*, *Mi lugar en el mundo eres tú*, *Elsa y el mar* y *Paris sera toujours Paris*.

<http://www.maximhuerta.com>

@maximhuerta

<http://www.facebook.com/Maximhuerta>

Intimidad improvisada

Máximo Huerta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de interiores: María Pitironte

© ilustraciones de interior: Máximo Huerta Hernández

© foto de autor: David Olivas

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Sara Morante

© Máximo Huerta Hernández, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-670-5576-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com